



CORNELIA

UNA NOVELA DE
FLORENCIA ETCHEVES



Lectulandia

Una profesora de un prestigioso colegio inglés de Buenos Aires viaja con cinco de sus alumnas a El Paraje, para estudiar cómo esa localidad del sur argentino ha resurgido luego de la erupción violenta del volcán Tunik. Lo que la profesora no imagina es que regresará sin Cornelia Villalba. Hija de un reconocido médico, la chica desaparece misteriosamente y de ella solo queda una cadena que Ariel, el hijo de los dueños de la pensión donde el grupo se aloja, dice haber encontrado tirada en la nieve. Diez años después, tras una misa a la que la familia convoca para mantener viva la memoria de Cornelia y la intervención de una extraña coleccionista de avisos fúnebres, el caso se reabre y, como consecuencia directa, desaparece otra de las cuatro exalumnas. En esta tercera novela de Florencia Etcheves, una vez más, es central el dúo de investigadores de *La Virgen en tus ojos* y *La hija del campeón*: Francisco Juárez y Manuela Pelari. Pero en *Cornelia*, la joven policía tendrá un protagonismo mayor, insospechado. Cuando el pasado vuelve, no habrá armas ni entrenamiento que la protejan para enfrentarlo, sobre todo si se trata de una historia llena de secretos.

Lectulandia

Florencia Etcheves

Cornelia

Francisco Juárez y Manuela Pelari - 3

ePub r1.0

Titivillus 23-12-2016

Título original: *Cornelia*
Florencia Etcheves, 2016
Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A ellas, siempre. #NiUnaMenos

Marina Abiuso

Ingrid Beck

Ana Correa

Mercedes Funes

Micaela Libson

Marcela Ojeda

Hinde Pomeraniec

Valeria Sampedro

Soledad Vallejos

1

Antonia Delgado circulaba por la vida con una sola certeza: creía que la muerte era un error que podía corregirse, el único suceso que a pesar de repetirse siempre la sorprendía. Le ponía voluntad y esfuerzo desmedido al asunto, pero nunca había logrado torcerle el brazo al más allá.

De chica, cada vez que su abuela abría las puertas pesadísimas del ropero y descolgaba el vestido negro de mangas tres cuartos, sabía que alguien se había muerto. No era necesario preguntar. Antonia dejaba el balero de madera, el yoyo o el bebote que le había regalado su padre para Navidad y despacito iba a cambiarse a su habitación. Ella también tenía su ropa de velorio: una pollera de pana verde oliva, una camisa de algodón gris que tenía que abotonarse hasta el cuello, unas medias de nylon azul marino y unas botitas que se ajustaban con velcro en el tobillo. No importaba si al muerto se le había ocurrido dejar el barrio en enero o en julio: la ropa siempre era la misma. Así lo había determinado su abuela Lela, que decidía todo lo relacionado con la muerte. Ella era una especie de faraona celestial y punto, no se le cuestionaba nada.

La pasión que doña Lela tenía por los velatorios había sido durante años compartida con sus hermanas. Solían levantarse temprano, poner la pava para el mate, acomodar el diario en la mesa debajo de la parra del patio y hurgar minuciosamente los avisos fúnebres; de allí sacaban la información para armar la agenda de la semana. Podía ser un vecino, un conocido, un familiar lejano; toda muerte era útil para desplegar el ritual: sepelios en caravana, sanguchitos en las salas velatorias, hombres y mujeres codo a codo llorando vestidos para la ocasión.

Pasó el tiempo, la hermana mayor se casó y abandonó la comparsa macabra de la adolescencia, pero lo que más le dolió a Lela fue la actitud de su hermana menor. Antes de morir, la muy ingrata dejó una carta de puño y letra en la que daba órdenes expresas: su cuerpo debía ser cremado. Nada de velatorio ni mortaja. Y remarcaba en mayúsculas que a nadie se le ocurriera redactar un aviso fúnebre para los diarios, ella quería morir en la intimidad. Así, textualmente, escribió «morir en la intimidad». Lela tuvo la certeza de que ese último párrafo estaba dedicado a ella y no se lo perdonó jamás. Pero este traspíe no detuvo su ímpetu mortuorio, y siguió atesorando en cajas de zapatos recortes con los avisos fúnebres más destacados; también les heredó a su hijo y a su nieta la costumbre de leerlos con una pasión desbordada.

Le bastaron diez pasos arrastrados para llegar a la cocina y retirar del fuego la pequeña pava de aluminio, un poco abollada tras los años de uso. Vertió el agua en la taza en la que unos minutos antes había puesto un saquito de té, lo apretó contra el borde y exprimió encima la mitad de un limón. El departamento era chico, pero cómodo. Una cama pocas veces compartida; dos mesitas de luz; una mesa de madera de pino pintada de rojo, con cuatro sillas haciendo juego; una mecedora que había sido de su abuela Lela y un aparador que sostenía un televisor viejo, era todo el

mobiliario que vestía el monoambiente de Almagro. Cuando lo compró, casi veinte años atrás, le había parecido una mansión. Acostumbrada a compartir el baño con los vecinos del conventillo, ella interpretó ese bañito diminuto como un lujo merecido. Por primera vez en su vida la privacidad iba a formar parte de sus días.

Puso un saquito de té en la taza humeante y dejó los ojos clavados en el agua, que de a poco se iba tiñendo con la infusión. Le llevó un segundo decidir no ponerle azúcar: quería bajar unos kilos, o por lo menos intentar cerrar los botones de los únicos dos abrigos que tenía. El invierno estaba por llegar y su escaso guardarropas le quedaba chico. Las tardes de verano devorando kilos de helado habían hecho estragos en su cintura.

Ese sábado había amanecido nublado y fresco. Una luz tenue se colaba por la ventana. Antonia se sentó a la mesa, se calentó la garganta con dos tragos largos de té amargo, se frotó las manos y, de manera automática, abrió el diario en la página de los avisos fúnebres. No se detenía ni por curiosidad en las idas y vueltas presidenciales, ni en las subidas y bajadas del dólar, ni en los artículos que informaban los sucesos en lugares del mundo que nunca conocería. Los avisos fúnebres era lo único que le interesaba, ahí estaban las historias. Un buen obituario no solo informa qué hombre no cruzará más la puerta de su casa o qué mujer ya no necesitará comprarse zapatos: delata los amores, odios, resentimientos y el dolor de los que quedan. Con una lectura rápida, Antonia detectaba por dónde podía llegar a armarse el escándalo por la herencia o por el protagonismo. Tenía el ojo entrenado para darse cuenta de quién era la amante del homenajead y sonreía ante la proclama insistente de la mujer verdadera ante los ojos de Dios y de los otros deudos. Le fascinaba imaginarse a las amigas de doble apellido de una mujer que había sido escoltada hasta su hogar celestial disputándose a la mucama huérfana de patrona en pleno velatorio.

Había dejado de leer los fúnebres del diario *Clarín*, harta de que publicaran muertos que no conocía nadie. Sin embargo, los de *La Nación* la deleitaban con locura. Los recortaba y los guardaba en folios por orden alfabético; se enorgullecía de tener la saga casi completa de las mejores familias de la ciudad y adjuntaba al simple aviso las necrológicas que muchas veces el editor del diario consideraba pertinente escribir. Esos textos eran sus favoritos, allí se relataban los actos más destacados de ese muerto que se había ganado un lugar de privilegio en el diario. Muchas veces dudaba de la justicia de esas líneas, ¿cuanta verdad se puede decir al describir a una persona mediante sus hechos más honestos y admirables? ¿Se puede saber con solo cuatro o cinco actitudes loables cuánta maldad o bondad habita en un ser humano? Pero bueno, pensaba Antonia Delgado, en definitiva uno se muere una vez; después de años de leer necrológicas, entendía que solían ser injustas tanto en la celebración como en la crítica, y un poco en el olvido.

Ese sábado prometía ser muy productivo. Abrió una cajita de metal que hacía las veces de costurero y sacó una tijera pequeña. El jueves se había muerto un diseñador

famoso, y la sección de fúnebres se había convertido en una pasarela. Modelos, actores, actrices, periodistas, nadie quería dejar de poner su firma. «Cómo les gusta figurar a estos», pensó Antonia mientras movía la cabeza de un lado a otro desaprobando lo que consideraba una falsa pena. La historia que ella buscaba no estaba en esas lagrimitas de tinta, de ninguna manera. Había que descifrar el dolor verdadero, y su experiencia la guiaba a los anónimos, a los don nadie, a esos avisos que los morbosos miran por arriba porque buscan ver sufrir al conocido, al que ven en la tele. Y Antonia Delgado no era ninguna morbosa, no señor. Ella era una historiadora de la muerte.

Con la punta de la tijerita señaló un cuadrito breve. Sonrió mientras lo recortaba con prolijidad extrema.

† Castillo, Nahuel, q.e.p.d. Siempre nos quedará París. Martín.

Ahí, en una sola frase se decía todo lo que había para decir. Antonia casi pudo imaginar a Nahuel y a Martín caminando abrazados por esa ciudad que tanto había visto en fotos. París, la capital de la moda, testigo de ese amor eterno. Con una plasticola en barra pegó el recorte en una hoja blanca y siguió buscando las señales de los que habían querido de verdad al talentoso Nahuel Castillo. A medida que sus ojos bailaban agudos entre tanta pena impostada, la mujer se iba enojando. Cómo podía ser que la muerte de un muchacho tan lindo y tan simpático arrastrara tanta falsedad: «Siempre te recordaré», «Nadie como vos», «Te llevo en mi corazón». Todas mentiras. Antonia tenía la certeza absoluta de que esas mujeres famosas más temprano que tarde saltarían a los brazos de otro «el mejor del mundo» para enfundar sus cuerpos perfectos con nuevos diseños. «Traidoras», susurró.

De repente, un aviso chiquito llamó su atención. Casi se perdía entre tanta publicación dedicada a Nahuel. Antonia dejó la tijerita junto a la taza del té y se acercó al diario como si, aparte de leer, pudiera escuchar. Se levantó de golpe y fue a mirar el calendario que le habían regalado en la carnicería; confiaba más en ese calendario que en la fecha que decía el diario, ella no se dejaba engañar por la prensa. Era sábado 15 de abril. Se golpeó la frente con la palma de la mano. ¿Cómo se había olvidado? ¿Cómo se le había pasado por alto una fecha tan importante?

Se arrodilló frente a la puerta del aparador y empezó a revisar sus archivos. Dentro de cajas de zapatos apiladas y etiquetadas, Antonia guardaba recortes de los avisos fúnebres más significativos. Con el dedo índice acompañaba la lectura de las etiquetas. La tercera caja del segundo estante era la que buscaba, allí guardaba lo importante, sus historias favoritas.

Apoyó la caja sobre la mesa y la abrió con sumo cuidado, casi de manera amorosa. Respiró hondo para sentir el aroma que todavía largaba la ramita de romero que había acomodado entre los papeles el año anterior. Porque esa caja se abría una vez al año, todos los 15 de abril. «Ya pasaron diez años, mi querida. Alguien te sigue

extrañando, Cornelia», susurró con una sonrisa apenada, sin sacar los ojos de los recortes archivados.

Buscan a una adolescente perdida en El Paraje

La chica de 15 años participaba de un viaje de estudios.

La Policía Federal se suma a la búsqueda.

EL PARAJE - Una adolescente porteña está desaparecida desde hace veinticuatro horas en la pequeña localidad patagónica.

Cornelia Villalba, de 15 años, forma parte de un contingente del prestigioso colegio inglés Dullmich College, que llegó al pueblo en el marco de un viaje de estudios y convivencia. Según las declaraciones de sus compañeras, la última vez que la vieron fue en el bar del pueblo. La coordinadora del viaje de estudios, la docente Ludmila Roviralta, fue la que puso en alerta a las autoridades locales.

La nieve caída en las últimas horas dificulta la tarea de búsqueda de la chica. La gobernación ya puso a disposición un helicóptero de emergencia y, según pudo saber este matutino, un equipo de la Policía Federal estaría llegando en las próximas horas para sumarse a la pesquisa.

La chica desaparecida es la hija del reconocido médico Eugenio Villalba, premiado por la Academia Nacional de Medicina a raíz de la investigación de métodos de cura en la lucha contra el cáncer.

Cornelia Villalba mide 1,60 y pesa 50 kilos, tiene el cabello oscuro muy corto, con un flequillo irregular, ojos claros. En el momento de su desaparición vestía un pantalón de jean negro, una remera de mangas largas celeste, una campera inflable de color rosa y una bufanda a rayas violeta y blanca.

Antonia Delgado dobló el recorte con sumo cuidado, el paso del tiempo había vuelto el papel de diario de un color amarillo y la tinta en algunas palabras se había esfumado. No le importaba, casi que podía recitar el texto de memoria.

Como todos los 15 de abril, se detuvo en las fotos que en su momento había publicado la revista *Gente*. Una investigación especial donde no solo se contaban los pocos avances en la búsqueda de la chica, también incluía una descripción acabada de la vida y la obra de los Villalba, esa familia adinerada y elitista a la que la desesperación había puesto de rodillas. Ni sus cuentas millonarias en dólares y en pesos, ni su chacra de Punta del Este, ni su piso sobre la Avenida Libertador, ni siquiera los autos antiguos de colección del doctor Villalba alcanzaban para pagar el retorno de Cornelia. Narrar los hechos de la desaparición de la pobrecita no parecía suficiente: los lectores necesitaban más y la prensa —a la altura de las circunstancias— lo ofrecía gustosa.

La expresión de Cornelia siempre había llamado la atención de Antonia: no existía una foto en la que la chica sonriera. En todas, parecía querer ocultar los dientes, o las angustias, o vaya a saber qué cosas. Muy por el contrario, su hermano

Dionisio iluminaba cada una de las fotos de archivo que se habían publicado. Alto, musculoso, con porte de galán de cine, el chico copaba todas las imágenes.

Con gesto resignado, la mujer guardó los tesoros de la historia de Cornelia nuevamente en la caja y se quedó unos minutos releendo el aviso que había salido publicado ese día.

Cornelia Villalba, la mitad de tu ausencia es amor.

Los ojos de Antonia se llenaron de lágrimas. Ninguno de sus muertos favoritos la conmovía tanto como Cornelia. Ella era distinta, tal vez el hecho de que nunca hubieran encontrado su cadáver la hacía especial. Era como un fantasma que daba vueltas en el tiempo haciendo que las cosas sucedieran más de una vez, todos los 15 de abril. En esas cavilaciones estaba cuando otro aviso en la parte de recordatorios fúnebres acaparó su atención. Se secó los ojos con el dorso de la mano y se acercó al diario que estaba sobre la mesa. El doctor Eugenio Villalba y su mujer Clara convocaban a una misa al cumplirse diez años de la desaparición de su hija Cornelia.

El segundo fúnebre sobre Cornelia la sorprendió, nunca había sucedido algo así: dos publicaciones en el mismo día. No se detuvo a pensarlo demasiado, la cita era ineludible. Antonia miró su reloj: no tenía mucho tiempo, pero, si se apuraba, tal vez llegaría a ocupar uno de los asientos principales de la iglesia. Buscó su monedero, que había quedado en la mesada de la cocina. Por suerte, tenía dinero suficiente para tomarse un taxi. La ocasión ameritaba el gasto.

Se puso un vestido negro. Las mangas le llegaban hasta el codo y la falda justo por debajo de las rodillas. Una hebilla de carey con forma de mariposa le ordenó los rulos ingratos. Caminó unas cuadras hasta la avenida más cercana, al principio con cierta dificultad: los zapatos abotinados le apretaban a la altura de ambos empeines. No le importó. Respiró profundo y apuró el paso. No podía darse el lujo de llegar tarde. Desde hacía diez años esperaba ese momento.

«Las meteduras de pata dan demasiadas pistas sobre los orígenes humildes de las personas», había leído Mariana en un libro. Mientras recorría las dos cuerdas que la separaban de la Iglesia de Santo Domingo, recordó esa frase y sonrió avergonzada.

Hacía años que no pensaba en su clase social, tal vez estar a pocos metros de las personas que la habían hecho sufrir desenterraba inseguridades que creía haber escondido debajo de un título universitario. Porque Mariana García siempre había sido la becada, la chica pobre que, gracias a un contacto familiar que creyó haberle hecho un favor, terminó en un colegio que no había sido pensado para ella. Cuando miraba durante largos ratos el diploma en la pared de su consultorio o cuando decía orgullosa «soy psicóloga», sentía que se despojaba de las humillaciones padecidas durante el secundario. «Acá adentro todos son valiosos, menos vos y yo», le había dicho una de las mucamas del colegio cuando la encontró llorando en el baño. No recordaba cuál de todos los desaires la habían llevado a encerrarse, pero nunca iba a olvidarse de esa mujer de piel oscura, ojos achinados y manos ásperas, que le enseñó la diferencia entre valor y precio en una sola frase.

Se detuvo frente a un local y usó la vidriera como espejo. El jean negro le quedaba bien; combinado con la camisa blanca y el *blazer*, también negro, la hacía sentirse elegante. La carterita se la había traído de París una paciente, como regalo de Navidad; la cruzó sobre el pecho para que se viera la marca del diseñador de moda, como si el éxito estuviera puesto justo ahí, en el charol rojo que se destacaba. Seguía usando el pelo negro larguísimo, casi como un gesto de rebeldía; esa melena que le había costado el apodo de «India pata sucia» era su orgullo, su bandera. Nunca iba a cortárselo más de lo necesario. Se lo acomodó detrás de las orejas, llenó de aire sus pulmones, relajó los hombros, practicó una sonrisa forzada y caminó los pocos metros que la separaban del patio de la iglesia.

—Hola, Mariana.

Se dio vuelta despacio. Reconoció al instante quién era la dueña de esa voz aguda pero agradable.

—Hola, Leonora —contestó sin demasiada cortesía, solo la suficiente para acompañar el abrazo rápido, casi de compromiso.

—Qué lindo verte, no pensé que ibas a venir —dijo Leonora.

—Desde hace tiempo ya no necesito invitaciones para ir a donde se me canta —la desafió—. Esas épocas ya pasaron. Ahora somos todas iguales.

Leonora se sintió atacada. Martín, su marido, le había templado bastante el carácter y por amor hacía esfuerzos diarios para agradaarle a todo el mundo, aunque no siempre funcionaba. Miró a Mariana de arriba abajo, con esos ojos de hielo que solían ser su marca registrada, luego contraatacó:

—No, no somos todas iguales.

La Mariana del pasado, tímida, sumisa y sin capacidad de reacción alguna,

parecía haber vuelto. Respiró hondo, hizo crujir los dedos de sus manos y se arrepintió de haber llegado hasta ese lugar donde el tiempo parecía haberse detenido. Decidió quedarse en una esquina del patio de la entrada de la iglesia, casi escondida. Era una experta en mirar sin ser vista.

Leonora estaba más bella de lo que creía recordar. Alta, flaquísima, con porte de modelo de revista. El vestido entallado color salmón resaltaba el bronceado perfecto de sus piernas y brazos, pero algo había cambiado en la Durán, como la llamaban sus compañeras, con cierta mezcla de admiración y envidia. A pesar de moverse como si la iglesia, las calles, la ciudad y el mundo le pertenecieran, estaba nerviosa y hasta un poco insegura. Se tocaba todo el tiempo la melena rubia, se mordía los labios, por momentos saludaba a la gente que iba llegando con un tono de voz muy agudo y hablaba mucho, demasiado, como quien quiere tapar con palabras silencios de los que se siente responsable.

—¡Qué actriz la Durán!, ¿no?

Cuando escuchó esa voz grave muy cerca de la oreja, pegó un respingo y se dio vuelta de golpe. No pudo evitar sonreír.

—Micaela Bordón... —dijo Mariana mientras la tomaba de las manos y la miraba a los ojos—. No creí que te iba a ver en este lugar.

—Pero mirá si me voy a perder este circo —dijo con gesto teatral, y soltó una risotada—. No se me ocurre mejor plan que este.

A pesar de los kilos de más, Micaela Bordón estaba exactamente igual: seguía sin poder domar los rulos rojizos que le daban un marco perfecto a su rostro de piel blanca y pecosa, los ojos celestes se veían tan brillantes como siempre.

Micaela había logrado sobrevivir al Dullmich College a fuerza de mentiras. Su madre era actriz y soltera, dos cuestiones que resultaban insoportables en una estructura conservadora. Las ansias de que su nena tuviera acceso a la mejor educación habían sido el pasaporte para años de burlas, señalamientos y discriminación. Pero a Micaela no le importó: estaba más interesada en inventar la historia de su padre ausente. En su relato, el señor Bordón —a quien le había hecho usurpar el apellido materno— era un aristócrata millonario que vivía en Europa. Más de una vez faltó al colegio y se quedó encerrada en su casa argumentando las visitas de un padre invisible.

—¿Qué fue de tu vida, Mica? —preguntó Mariana con sincero afecto.

—Soy periodista. Escribo para la revista *Semana* y estoy haciendo pruebas para entrar en la tele, ¿y vos?

—Soy psicóloga —respondió Mariana.

El patio de la iglesia se fue llenando de gente; todos se saludaban con abrazos distantes, apelando a la cara de circunstancia que, se supone, hay que poner a minutos de homenajear a alguien que ya no está.

—Mirá —murmuró Micaela mientras apuntaba con el dedo a una mujer vestida con una túnica larga de color marrón—. ¡No lo puedo creer!

Mariana se quedó quieta, sin capacidad de reaccionar. La profesora Ludmila Roviralta había tenido el atrevimiento de aparecer.

—Qué desubicada —sentenció.

Micaela se volvió de golpe, la chispa de sus ojos se desvaneció.

—Desubicada, ¿por qué? —preguntó.

—Ella era la responsable de todas nosotras —respondió Mariana, el labio inferior le temblaba.

—¿Vos te acordás de lo que pasó esa noche, García? —Micaela llamó a su excompañera por el apellido, una manera simple de volver atrás.

Mariana miró el piso mientras asentía en silencio, respirando hondo. Lentamente levantó la cabeza, le clavó los ojos y confesó:

—Fue una gran noche, a pesar de lo que pasó después.

3

Su hija vivía, de eso estaba segura. Tal vez era de lo único de lo que estaba segura. Solo tenía que rezar, que rogar, que humillarse si era necesario, y su hija aparecería. Nunca le habían traído un cadáver, ni una mancha de sangre, ni un mechón de pelo. Nada. Lo único que conservaba era una imagen que fue retocando con el correr de los años. Pero ¿quién se atrevía a decirle, mirándola a los ojos, que Cornelia estaba muerta? Nadie.

Esa noche, exactamente diez años atrás, no había podido dormir. Dio vueltas por la casa sin parar. Se hizo un café en la cocina, y tomó el primer trago en el *living*; el segundo, en su escritorio, y lo terminó tirando, ya frío, en la bacha del baño. Tenía un nudo en el estómago, que con el correr de las horas se desplazó al útero. Y ahí se quedó, en ese lugar en el que había engendrado a sus dos hijos. La sensación fue un aviso, tal vez el más evidente que uno podía esperar en toda una vida. En cuanto sonó el teléfono, supo que algo había sucedido y no se equivocó.

Mucho tiempo después, al evocar esa noche, se dieron cuenta de que durante toda la cena habían hablado de las vacaciones de invierno. Íntimamente, Clara nunca se perdonó haber estado pensando en si era mejor la nieve o la playa, mientras su hija desaparecía.

El chofer estacionó el auto justo en la puerta de la iglesia. Primero bajó su marido, el doctor Eugenio Villalba; después, su hijo Dionisio, y por último ella. Se había prometido no saludar a nadie. Desde hacía tiempo no creía en los que se llenaban la boca diciendo qué era lo que tenía que hacer, de qué manera correspondía sufrir o cómo era la mejor forma de olvidar. ¿Qué sabían ellos lo que era perder a una hija? Los anteojos oscuros la protegían de las miradas ajenas, un truco bastante mentiroso, por cierto, pero que en ese momento le daba la seguridad que necesitaba.

Su marido y su hijo saludaban en el atrio de la iglesia. Notó la mueca de Dionisio: le costaba mantenerse serio, sin exponer esa sonrisa que solía derretir a todas las mujeres. Su hijo era angelado, bello, inteligente. Clara sabía que era el chico perfecto que toda madre desearía tener, pero había asumido la culpa de no quererlo lo suficiente. Su parte más tierna, más amorosa, se había ido con su hija Cornelia. Siempre había sido así: Dionisio era del padre y Cornelia, de la madre. Esa división se había planteado desde muy pequeños, hasta se parecían físicamente. Los hombres de la familia por un lado; las mujeres, por el otro.

El vozarrón de su marido la distrajo. Lo vio a un costado de la puerta de la iglesia, hablando con una mujer. Clara se acercó con curiosidad y con la resignación de los que saben que tienen que ocupar un rol en la vida, el suyo era calmar a Eugenio. Desde que Cornelia no estaba, su carácter se había vuelto irascible y, en muchas oportunidades, violento.

La imagen de Ludmila Roviralta le provocó un sacudón. Apenas pudo sacarse los anteojos oscuros. Las manos le temblaban. Después de tanto tiempo, volvía a tenerla

casi frente a frente. No había cambiado demasiado: seguía usando el pelo hecho un rodete a la altura de la nuca y una cantidad impensada de collares y anillos. La responsable de que su Cornelia estuviera desaparecida estaba allí, vestida con una túnica color marrón, bordada con hilos dorados y espejitos.

—Doctor Villalba, por favor, esto es muy doloroso para todos —dijo la mujer de manera pausada, sin dejar de mirarlo a los ojos—. Vine a rezar por la nena.

El hombre no llegó a responder. El tono seguro de la voz de su mujer lo dejó mudo, como tantas otras veces.

—Señora Roviralta, debería dedicarse a rezar por usted y por su alma. Deje que yo me ocupe de las oraciones por mi hija —dijo e hizo un silencio solo para mirarla de manera despectiva—. Retírese ya mismo de este lugar. No me obligue a perder la elegancia y a tener que sacarla por la fuerza.

Ludmila bajó la cabeza y clavó los ojos en el piso. Pudo ver los zapatos de gamuza negra de Clara alejarse taconeando sobre los baldosones maravillosos del patio de la iglesia. En otro momento, les habría sacado fotos con el celular para subirlas a su cuenta de Instagram, pero no podía distraerse con nimiedades; tenía que luchar contra la convicción de que toda su vida giraba en torno a reservas que podían destrozarse en segundos. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Cuando finalmente se animó a levantar la cabeza, ya había decidido no entrar a la misa.

Estaba llegando a la vereda, cuando escuchó el nombre que había sido suyo durante tanto tiempo, el nombre que murió la misma noche en la que a Cornelia se la tragó la tierra.

—Profesora Lumi, ¿se va a ir sin saludarnos?

La sorprendió gratamente ver que Micaela Bordón no había cambiado casi nada en los últimos años. Siempre ese pelo indomable. Y las chispas que parecían irradiar sus ojos iluminaban como entonces su cara redonda. Había sido ella la encargada de revivir su apodo. No pudo evitar dedicarle una sonrisa y un abrazo.

Unos pasos más atrás reconoció a Mariana García. La notó cambiada; salvo por su pelo largo y brillante, parecía otra.

—Ya son mujeres, chicas —dijo sabiendo que caía en un lugar común—. Se las ve estupendas.

—¿Por qué estaba llorando? —le preguntó Mariana con un tono que sonaba más a reproche que a duda.

La profesora bajó la mirada, no recordaba haber agachado la cabeza tantas veces en tan poco tiempo. Todo lo relacionado con Cornelia la humillaba. A pesar de los años pasados y de las horas de terapia, la culpa seguía allí, como una espina clavada en la carne. Ella había sido la responsable de cuidar a cinco adolescentes durante un viaje de estudios y había fallado: volvió con cuatro.

—Lloro por Cornelia, por mí y también por ustedes —dijo casi sin voz—. Ninguna de nosotras volvió a ser la misma después de esa noche.

Durante unos minutos que parecieron siglos, las tres mujeres se quedaron en

silencio. Pensando en las que habían sido y en las que eran. El sonido del órgano que salía de la iglesia interrumpió esa suerte de análisis tan personalísimo como colectivo.

—Vamos a entrar a la misa —anunció Micaela—. Chau, Lumi.

Las vio irse juntas, tomadas del brazo, como tanto tiempo atrás en otra circunstancia. Se quedó parada, sola, en el medio del patio. Tenía la sensación de que sus pies estaban clavados con estacas al piso.

De a poco se fue nublando y empezó a refrescar. Ludmila se frotó los brazos, se acomodó la cartera en el hombro y, despacio, caminó hasta la puerta del patio de la Iglesia de Santo Domingo. Cuando estaba por alcanzar la vereda, la vio. Pipa estaba tan hermosa como la recordaba. El pelo color miel, atado en una cola alta que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Los ojos celestes rasgados y la boca demasiado grande para su cara —detalle que le había causado más de una broma de mal gusto en la adolescencia— le daban ahora un aspecto sensual. En conjunto, sin embargo, se destacaba por su porte elegante.

Estuvo a punto de acercarse a saludarla, pero se reprimió. En ningún momento Pipa sacó los ojos de la puerta de la iglesia, como si la música del órgano la tuviera hipnotizada. Salir de ese patio era lo mejor que podía hacer. En ese lugar, dejaba a todos los protagonistas de una historia que jamás debería haber sucedido. No son los años, ni las arrugas, ni la experiencia lo que endurece a las personas. La desaparición de Cornelia Villalba seguía ejerciendo un efecto devastador.

La foto de Cornelia le heló la sangre. No le sorprendió que la familia Villalba hubiera decidido poner ese cuadro gigante sostenido por un atril en el altar de la iglesia, lo que le llamó la atención fue su reacción. La piel se le puso fría; las manos, sudorosas y el labio inferior comenzó a temblarle sin control.

Esa mañana había estado un buen rato eligiendo qué ropa ponerse, nunca había asistido a una misa por una persona desaparecida. Los colores fuertes son para una boda; el negro, para un velatorio, pero no conocía ningún código de vestimenta para honrar a alguien que se esfumó. Tal vez porque no había forma de explicar cómo se puede desaparecer a los quince años ante la vista de todos. ¿Dónde van los sueños, los planes, las angustias y los caprichos de quien ni siquiera es un muerto? ¿Cómo recordar a un muerto potencial? No se ganó el cielo por sus bondades, ni el infierno por su alma mezquina. Es uno de los casos en los que ni la religión alcanza. Ante la duda, había optado por un traje azul marino heredado de su madre, que no había usado nunca; se veía algo anticuado, pero le pareció prudente. Se recogió el pelo en una cola alta. Casi nunca se maquillaba y esta no iba a ser la excepción.

Tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerle la mirada a Cornelia. Los Villalba habían elegido una foto en la que su hija parecía interpelarlos a todos. Un detalle le hizo suponer que esa elección había estado dirigida solo a las personas que estaban en El Paraje cuando a la chica se la tragó la tierra. No había dudas: Cornelia aparecía vestida con la campera inflable color rosa con la que se la había visto por última vez.

La voz del cura la distrajo de sus pensamientos. Hablaba sobre los cuidados que seguramente Cornelia estaba recibiendo del Señor e hizo una semblanza de «esa chica alegre, llena de luz y alegría que guardamos en nuestros corazones». Era evidente que el hombre no conocía a la Villalba y repetía un discurso al que le cambiaba el nombre del venerado de acuerdo con la ocasión. No le interesaba escuchar nada de lo que se dijera en esa misa, tampoco tenía muy claros los motivos que la habían llevado a asistir al evento. Durante diez años intentó ocultar hasta de ella misma todo lo relacionado con Cornelia. Siguió adelante y hasta disfrutó de la vida que creyó merecer. Y, sin embargo, allí estaba sin poder sacar los ojos de la foto que le devolvía una parte importante de su pasado.

Casi sin darse cuenta, empezó a caminar muy despacio por el costado de la nave de la iglesia; todos los bancos estaban ocupados. Fue avanzando en línea recta hasta que estuvo a pocos metros de los primeros lugares reservados para los familiares y los amigos. De manera instintiva, se escondió detrás de una columna: quería ver sin ser vista.

La madre de Cornelia estaba impecable. Unos años atrás, en un reportaje publicado en una de las revistas más vendidas, había dicho que no pensaba cambiarse el corte ni el color de pelo, tampoco su forma de vestir; no quería que su hija la viera muy distinta cuando volviera a casa. A Pipa la había conmovido esa declaración casi

de principios; ahora que la tenía a pocos metros, comprobaba que Clara le ponía un esfuerzo físico a quedar congelada en el tiempo. No era el caso del doctor Villalba: las arrugas y las ojeras profundas parecían haberse ensañado con él. Sin embargo, lo que más sorprendió a Pipa fueron los hombros volcados hacia adelante, como si llevara una mochila invisible con todo el peso de su hija desaparecida. Era la imagen de un hombre que había asumido que nunca iba a volver a abrazarla. En el cuadro familiar, Dionisio desentonaba. Lo notó más buen mozo que como lo recordaba: alto, erguido, con ese pelo rojo, lleno de pecas, con los ojos verdes. Desde niño, además de belleza, ostentaba una personalidad que hasta logró espantar esa leyenda que asegura que los pelirrojos traen mala suerte: tanto hombres como mujeres querían estar cerca de él. Se notaba que no prestaba atención a la misa, ni miraba la foto de su hermana menor, a pesar de tenerla casi al alcance de la mano.

A Pipa le ganó la curiosidad y, de a poco, abandonó la columna de mármol; quería ver quiénes eran las personas que estaban rodeando a la familia Villalba. En la fila de atrás, pudo reconocer a Leonora Durán; se le puso la piel de gallina cuando la vio. El efecto Durán era indeleble: no se borraba a pesar de los años. Estaba hermosa como siempre, y no sacaba los ojos de la foto de Cornelia.

—Señorita, está blanca como un papel. ¿Se siente bien?

La sorpresiva pregunta le hizo pegar un salto. Una mujer vestida de negro la miraba con una mezcla de curiosidad y preocupación. Por deformación profesional, Pipa le miró las manos. En una llevaba un monedero grande; en la otra, una caja de zapatos envuelta con una bolsa de nylon transparente.

—Sí, sí. Estoy bien, gracias —contestó Pipa.

—Ah, disculpe. ¿Usted es familiar de la chica Cornelia? —preguntó la mujer, señalando con una mano la foto del atrio.

—No, no —respondió Pipa sin saber muy bien qué relación la unía con un fantasma, porque eso era la Villalba: un fantasma—. Vaya tranquila, señora. Me siento bien.

Antonia Delgado asintió y se alejó caminando despacio. Sabía darse cuenta de cuándo estaba de más o, como en este caso, molestaba. Decidió quedarse en la puerta de la iglesia, del lado de afuera; quería hablar con los padres de la chica. Era la única oportunidad que iba a tener para felicitarlos por la tenacidad de sus avisos fúnebres. Aunque pensarán que estaba loca, se merecían saber que no todos los deudos estaban a la altura de la tragedia como ellos. Se acomodó la hebilla de Carey, no quería estar despeinada cuando llegara el momento.

El cura terminó la misa con frases de rigor y una bendición desangelada. Clara Villalba se levantó y se plantó frente al cuadro con la foto de su hija. Durante unos segundos todos los presentes se quedaron con el aire contenido mirando la escena, esperando un escándalo, un berrinche, un desahogo, algo para contar esa noche en la cena o a la mañana siguiente en la clase de tenis del club. Pero Clara Villalba no les iba a dar ese gusto. Conocía al dedillo cómo manejaban los sentimientos sus

amistades, hasta el momento más desgarrador era convertido en material para justificar mesas carentes de todo diálogo; la vida del otro, las penas del otro y, sobre todo, los fracasos del otro servían para que algunos se regodearan en una superioridad moral con pies de barro. Puso la mano sobre el cuadro como si acariciara la mejilla de su hija y así se quedó unos minutos.

Pipa salió de su escondite, la imagen de Clara le resultaba magnética. Por primera vez en su vida lloró por Cornelia. Desde donde estaba logró ver cómo Dionisio tomaba a su madre del brazo, le murmuraba algo al oído y juntos salían de la iglesia por el pasillo por el que habitualmente suelen salir los recién casados. Eugenio los siguió con paso lento, y detrás de ellos se encolumnó un cortejo de los dolientes de ocasión. Entre ellos, Pipa reconoció a Mariana García y a Micaela Bordón. Tuvo el impulso de saludarlas, de saber sobre sus vidas, pero se contuvo; no había ido a la misa a hacer sociales. Aunque tampoco podía definir muy bien los motivos que la llevaron un sábado por la mañana a ese lugar.

Rodeó los bancos de madera mientras se acomodaba unos anteojos de sol, quería sortear a todos los que estaban en el atrio sin ser reconocida. Estuvo a punto de conseguirlo, pero una voz muy seductora, a sus espaldas, le arruinó de lleno los planes.

—Pipa, ¿te vas a ir sin saludarme?

Cuando se dio vuelta, ya sabía con lo que se iba a encontrar: la sonrisa y la mirada de Dionisio Villalba, que tantas veces la habían hecho temblar en la adolescencia estaban allí, a centímetros. Sintió cómo se le enrojecían las mejillas.

—¡Qué gusto verte! —dijo él—. Estás lindísima.

—Gracias, Dioni. No quería molestar a tus padres, imagino que hoy no es un buen día para ellos.

—Nunca es un buen día para ellos —dijo sin quitar la mano del hombro de Pipa—. Mi familia es una sombra de lo que conociste. Somos apenas un grupo de gente que habla de todo menos de Cornelia. Armamos relatos con pedazos de recuerdos en los que ella no está, esas historias terminan construyendo a nuestra familia. No fue fácil para mí crecer ocupando mi espacio y el de mi hermana.

—¿En estos diez años no supieron nada? Un dato, una pista, algo que...

—Nada de nada —la interrumpió Dionisio—. Cuando el caso se empezó a enfriar, mi padre contrató a detectives privados, gastó fortunas en investigaciones paralelas que no llegaron a ningún lado.

—¿Y tu madre? —Si bien las gafas oscuras disimulaban sus ojos llenos de lágrimas, Pipa no pudo evitar que se le quebrara la voz al preguntar.

—Ah, mi madre... Ella cree que Cornelia vive y la espera todos los días de su vida. No se quiso mudar por temor a que mi hermana no supiera dónde encontrarnos. Lo único que le queda es una hija armada con sus recuerdos y fantasías.

—¿Y vos?

Dionisio clavó los ojos en su madre, que se encontraba a un par de metros de

donde ellos estaban, y se corrió con el dedo índice un mechón de pelo rojo que le caía sobre la frente. Estaba acostumbrado a que siempre indagaran por Cornelia o por sus padres, pero nunca por él. Nadie parecía mensurar el peso y la culpa que carga el hermano que queda, el que sobrevive.

—Me acostumbré. Creo que no sabría qué hacer con padres felices —contestó en un registro indescifrable, con una media sonrisa. ¿Verdadera resignación o ironía?

Pipa le puso la mano en el hombro, fue la manera que encontró de consolarlo. Las consecuencias del viaje a El Paraje habían sido demoledoras, y ella había estado ahí, en la primera fila del horror. Todas las dudas que había escondido bajo la alfombra durante esos años aparecieron de golpe. Si esa noche no se hubiera quedado dormida, si le hubiera prestado atención a Cornelia cuando le dijo que quería hablar con ella, ¿el final habría sido distinto?

Los dos jóvenes se despidieron con un beso en la mejilla y un abrazo corto; aunque sabían que no se iban a buscar más, se pasaron los teléfonos de manera mecánica, con esa certeza que tienen las personas que comparten buenos modales y una tragedia.

Clara Villalba se alejó unos metros de su marido, que seguía recibiendo condolencias en el atrio de la iglesia. Después de la desaparición de Cornelia, había empezado a fumar y necesitaba un cigarrillo. Se concentró en su hijo Dionisio, lo veía muy interesado hablando con una chica. Abrió su cartera y se cambió los anteojos de sol por los de ver de lejos; no terminó de calzárselos sobre la nariz cuando la reconoció. Pipa estaba ahí, tan bella como cuando era una adolescente. No pudo evitar sentir un ramalazo de odio. Esa chica ocupaba el lugar de su hija en el territorio de los presentes; deberían estar buscándola a ella, o a Leonora, o a Mariana, o a Micaela, a cualquiera menos a Cornelia. Pero no, la bolilla negra les había tocado a ellos, a los Villalba.

Cada día de su vida se preguntaba si su hija sería fanática de tal banda de rock, o adicta al celular como tantas chicas de su edad; a veces no dudaba, estaba segura de que le seguirían gustando los fideos con brócoli y que continuaría con la costumbre de esconderse para comer bombones. «Si no me ven, seguro que no engordo», la recordaba diciendo mientras se reía carcajadas. Suspiró mientras le daba una última pitada a su cigarrillo y esperó a que Pipa se despidiera de su hijo, no quería ni siquiera acercarse a saludar. Las últimas personas que vieron a Cornelia fueron sus amigas, y Clara nunca pudo soportar no haber disfrutado de sus últimos ratos.

Cuando estaba por ir a buscar a su marido con la intención de regresar a su casa, una mujer apareció por un costado y, sin pedir permiso, le puso una mano en el hombro. Clara se sobresaltó y apretó contra su pecho la cartera marca Chanel.

—No, no, señora. No se asuste, no soy una ladrona. Me llamo Antonia Delgado —se presentó—. Quisiera hablar... bueno, saludarla.

Con fastidio, Clara apartó su brazo. ¿Quién se creía esa mujer para ponerle una mano encima? No tenía nada de qué hablar con una desconocida.

—No sea atrevida, no la conozco. Retírese de mi vista antes de que llame a seguridad —dijo con el tono que mejor le salía, el de desprecio.

—Ya me voy, no la quiero molestar. Es que durante muchos años estuve esperando este momento, siempre la quise conocer. Cornelia es muy especial para mí.

Clara abrió los ojos, estaba desorbitada. ¿Quién era esa mujer ordinaria que se atrevía a nombrar a su hija? Pensó en darse media vuelta y dejar a esa loca hablando sola, pero algo la detuvo. Tal vez fue el tono cálido pero firme que usaba la tal Antonia, o la manera amorosa con la que nombró a Cornelia, y se quedó para preguntar.

—¿Usted conoce a mi hija? —dijo, y la señaló con el dedo, amenazante—. Le aclaro que si lo que quiere es enredarme para sacarme plata, no lo va a conseguir. Ya pasé por esa etapa en la que regaba con billetes a cualquier aprovechador que decía conocer a mi hija. Hable corto y claro, ya mismo.

—De ninguna manera, señora Villalba. Yo no conocí a su hija, me acerqué para saludarla y felicitarla por compartir con todos su amor por Cornelia. No todas las familias tienen el coraje de recordarnos que no debemos olvidar a los muertos. Le puedo asegurar, me consta —dijo mientras miraba hacia abajo con gesto resignado—, bueno, no quiera saber lo ingratos que son los vivos con los que ya no están...

—Mi hija no está muerta —dijo Clara, casi escupiendo las palabras—. No entiendo de qué me está hablando.

Antonia asintió con la cabeza mientras con movimientos torpes abría la caja de zapatos y sacaba una carpeta de cartón ajado. Las manos le transpiraban, sabía que solo tenía una oportunidad y, sin dudar, le extendió una pila de hojas amarillentas. Clara se las arrancó con una mezcla de bronca y curiosidad. En cada una de las hojas, estaban pegados anuncios de los recordatorios fúnebres de los diarios; parecía un *collage* infantil. En la primera, se veía el aviso que había salido publicado esa mañana: la invitación a la misa que los tenía a todos en el atrio de la iglesia. Clara la descartó con fastidio. Con el ceño fruncido, siguió pasando una por una el resto de las hojas; a medida que iba leyendo los anuncios, sus manos comenzaron a temblar, primero de manera casi imperceptible. Cuando llegó al final, casi no podía controlarlas. Miró a la mujer que tenía enfrente como si no la hubiera visto antes, como si fuera la primera vez.

—No entiendo. ¿Esto es real? —murmuró.

Antonia le sacó con suavidad las hojas de las manos, temió que se las rompiera. La sorprendió la reacción de la madre de Cornelia, creyó ver en sus ojos un rasgo de locura y se asustó. Metió los papeles en la carpeta de cartón y amagó a despedirse.

—Señora Villalba, me voy. Yo solo quería saludarla, haga de cuenta que nunca nos vimos.

—Espere —dijo Clara y la agarró con firmeza del brazo—. ¿Qué son esos avisos que hablan de mi hija? No se puede ir sin explicarme.

Antonia Delgado era una mujer precaria, casi sin educación, y sin ningún tipo de

roce social, pero eso no le impidió notar que estaba en el lugar equivocado y que su buena voluntad, un tanto invasiva, había desatado un huracán en la madre de la chica desaparecida.

—No se preocupe, señora Villalba. Son pavadas mías —dijo con la vista baja, y de inmediato metió la carpeta dentro de la caja, se estiró con un gesto mecánico la falda, dio media vuelta y se fue.

Mientras se alejaba, Clara no le sacó los ojos de encima. A partir de ese inesperado encuentro, una vez más, la realidad le imprimía un brusco giro a su vida.

Una imagen recurrente solía aparecer en su memoria; a pesar de que había muchas otras, solo esa le provocaba una angustia infinita: recordaba una oveja vieja, intentando que sus patas no se quebraran por el peso de las cenizas del volcán, encima de su lomo. Un paso, dos, casi tres, y el animal cayendo de costado. Todavía podía sentir la mano de su padre como una tenaza sobre su brazo de adolescente flaco. Una garra que no le permitía salir al campo para ayudar a la oveja, tuvo que conformarse con verla agonizar detrás del vidrio. También solía despertarse de noche, con el corazón desbocado y la piel sudorosa; los balidos de esa oveja que no se resignaba a morir ahogada repiqueteaban en su cabeza y lo obligaban a taparse las orejas hasta volver a caer en el sopor del sueño. Ariel Alonso no era el único habitante de El Paraje que, a pesar del paso del tiempo, seguía teniendo pesadillas con esos tres días en los que no hubo más que noche, una noche eterna y con olor a azufre que marcó tantas vidas.

El volcán Tunik no se ve desde el pueblo. Es necesario recorrer 130 kilómetros y hundirse en la cordillera chilena para fotografiar a ese bello monstruo dormido que de vez en cuando se despereza y origina desastres. El rugido en las entrañas del Tunik vino acompañado por un sacudón de la tierra. Los pájaros huyeron, las ovejas dejaron de pastar, los ladridos desesperados de los perros sorprendieron a todos. Como si hubieran sido parte de una coreografía de baile, los habitantes de El Paraje salieron a la calle todos al mismo tiempo, y al mismo tiempo miraron hacia el lado del volcán. Un volcán que no veían, pero percibían. Un enemigo invisible, un tumor maligno que estaba allí, al acecho.

Diez millones de hectáreas patagónicas quedaron sepultadas bajo las cenizas del monstruo. Durante tres días nadie pudo salir de su casa, casi no se podía respirar, algunos techos se derrumbaron por el peso de las cenizas. Los pocos que por necesidad, o por urgencia, se animaban a salir a las calles tenían que recorrerlas de memoria. Todo estaba oscuro, todo era una gran noche.

—¿Nos vamos a morir, papá? —preguntó Ariel. Las lágrimas habían dejado un dibujo en sus mejillas manchadas con cenizas.

Mario Alonso miró a su hijo en silencio. Un nudo en la garganta le impedía darle una respuesta adecuada. Se limitó a acariciarle la cabeza. Su intuición de hombre de campo le indicaba que habían perdido todo. Los cultivos, los animales, todo.

Unas horas antes, él y otros vaqueanos se habían animado a salir. La laguna estaba convertida en una mancha negra; los canales de riego, inutilizados; las hectáreas, regadas de animales muertos. Por primera vez en su vida, ese hombre duro, criado bajo la inclemencia del clima patagónico, lloró.

Durante mucho tiempo, El Paraje se convirtió en un pueblo de hombres. Las

mujeres y los niños habían sido evacuados. Ataviados con botas, guantes y máscaras que habían llegado desde Buenos Aires, limpiaron las calles, los techos, y cargaron en camiones más de 20 000 toneladas de cenizas. Esos hombres rudos se convirtieron en héroes; no era para menos: gracias a ellos, el pueblo perdido logró renacer literalmente de las cenizas. La odisea ocupó la tapa de todos los diarios de la Argentina y años después iba a ser el tema que Ludmila Roviralta, una joven profesora de Ciencias Sociales, elegiría para llevar adelante un viaje de estudios, acompañada por cinco de sus mejores alumnas.

Después de casi cuatro horas de avión y doscientos kilómetros en camioneta, las porteñas llegaron a la hostería Los Alonso. No sabían si tenían más hambre que frío; tal vez por eso, el alojamiento, muy por debajo de la calidad a la que estaban acostumbradas, les pareció un remanso.

La sala de recepción era bastante acogedora. Las paredes de piedra y madera, un jarrón enorme lleno de flores sobre un escritorio de hierro y los leños crujiendo en la chimenea produjeron en todas una sensación de bienestar. Irma, la dueña, las esperaba en la puerta para darles la bienvenida.

—¡Qué alegría que hayan llegado temprano! —exclamó mientras le echaba una mirada al cielo plomizo desde la ventana—. Se espera una nevada grande para esta noche.

Mientras las cinco adolescentes dejaban sus bolsos en un rincón, Ludmila se acercó a saludar a Irma.

—Ay, sí. En el aeropuerto nos comentaron de la tormenta. No tengo palabras para agradecerles lo que han hecho por nosotras. Nadie podía recibirnos en esta época del año y realmente este viaje es muy importante para mi clase —dijo mientras miraba de reojo a las chicas, que se calentaban las manos frente a la chimenea—. Mis alumnas van a valorar mucho todo lo que puedan conocer sobre el gran esfuerzo que han hecho para sobrevivir al desastre del volcán.

Irma asintió con la cabeza y una sonrisa tímida, no estaba acostumbrada a tanto halago. Después de todo, solo habían hecho lo único que estaban acostumbrados a hacer: sobrevivir.

Un sonido gutural llamó la atención de todas. Una nena de aproximadamente 10 años estaba parada en la puerta que comunicaba la recepción con la cocina. Vestía un jardinero de jean, una polera roja y una zapatilla distinta en cada pie, una blanca y otra negra. El pelo suelto y un flequillo demasiado largo tapaba parte de una mirada perdida, de unos ojos azules que parecían no estar en ese lugar ni en ningún otro.

—Pasá, changuita, vení que tenemos visitas —dijo Irma. Mientras con una mano le secaba la saliva que a la nena se le caía por la barbilla, con la otra la empujaba suavemente hacia el centro de la sala.

Ludmila se conmovió con esa nena desgarbada que intentaba sonreír y solo conseguía una mueca bastante siniestra. No pudo evitar prestar atención a sus cinco alumnas, que habían dejado de murmurar y miraban a la chiquita con una mezcla de

miedo y asco.

—Ella es Livia, mi hija. Tiene problemas para comunicarse, pero entiende todo. Si necesitan una toalla o algo para comer, ella entiende. Livia, el cuarto de las chicas es el de la llave roja, el de la profesora es el de la llave azul —dijo Irma, como si quisiera demostrar las aptitudes de la nena.

Livia caminó despacio, casi arrastrando los pies, hasta el escritorio de hierro, abrió un cajón y sacó las llaves. Puso sobre la mesa un llavero azul, otro rojo, y se quedó mirando expectante.

—Gracias, Livia —dijo Ludmila con a temor a que sus alumnas hicieran algún comentario o algún gesto fuera de lugar.

Los cuartos estaban en el primer piso, uno al lado del otro. El de las chicas, decorado con extrema sencillez, era muy amplio; las cinco camas estaban en fila, separadas por mesitas de luz. Lo verdaderamente impactante era el enorme ventanal desde el que se veían las montañas cubiertas de nieve. El de la profesora Ludmila era más pequeño y no tenía vista al exterior, pero una salamandra maravillosa compensaba la falta de paisaje.

Mientras desarmaban los bolsos y acomodaban a las apuradas la poca ropa que habían llevado, las chicas no paraban de comentar los detalles del viaje agotador. Ludmila escuchaba —pared de por medio— los cuchicheos y, al mismo tiempo, organizaba en su cabeza las actividades de los tres días que tenían por delante. Quería que sus alumnas se involucraran por primera vez en sus vidas con el sufrimiento, el trabajo y el esfuerzo. Cuando le propusieron dar clases de Ciencias Sociales en el Dullmich College, a la profesora la motivó la posibilidad de sembrar algo en esas chicas elitistas y malcriadas. Después de conocerlas, llegó a la conclusión de que sus alumnas eran niñas carentes de todo, casi vacías, un grupo de ricas sufrientes.

Ludmila Roviralta se quitó y tiró sobre la cama la ropa con la que había viajado. Necesitaba cambiarse, abrigarse un poco más. Eligió un pantalón de polar, una camiseta térmica y un *sweater* de lana gruesa. Metió en una riñonera un poco de plata, sus documentos y la libretita donde había anotado los teléfonos de emergencia de los padres de las chicas. Su melena estaba imposible: los rulos se habían enredado, culpa de ese viento feroz que parecía colarse por cada hendidija. Un gorro tejido, calzado hasta casi tapar las cejas, fue la mejor solución que encontró. La voz chillona y amanerada de Leonora la apartó de la imagen que le devolvía el espejo.

—¿Qué hacés vos acá? ¿Nos estás espiando?

Con reacción rápida, la profesora abrió la puerta de su cuarto. En el pasillo, frente a la habitación de las chicas, estaba Livia. Ludmila Roviralta intervino sin dudar.

—Leonora, dejá de gritar. ¿Qué pasa acá?

—Lumi, este monstruo estaba escuchando detrás de la puerta —dijo la chica señalando a la nena, que no le sacaba los ojos de encima—. Me voy a quejar al *lobby* del hotel.

—Leonora, esto no es un hotel. Acá no hay ningún *lobby*. Te pido que no

maltrates a Livia, no seas maleducada. Disculpate, por favor.

Leonora Durán la miró con todo el odio que, en su caso, era capaz de esgrimir. Acostumbrada a que cada uno de sus pedidos fuera una orden y cada berrinche, cosa juzgada, se negó a pedir perdón por algo que consideraba su derecho de clase: insultar al inferior. Y Livia, para ella, era poca cosa. Fue Pipa la que intervino para establecer el orden, como tantas otras veces.

—Durán, sos una bestia —dijo sin mirar a su amiga. Se acercó a Livia y con dulzura le acomodó el flequillo. La chiquita tenía unas pestañas largas y tupidas—. Hola, yo me llamo Pipa. Tenés unos ojos hermosos, deberías mostrarlos todo el tiempo.

La nena extendió la mano y le enseñó su muñeco, un oso de peluche que en algún momento parecía haber sido amarillo. Pipa sonrió. Cuando quiso agarrarlo, la reacción fue inesperada: Livia se negó a soltarlo y empezó a gruñir como si fuera un animal herido. La profesora intentó abrazar a la nena para calmarla, pero lo único que logró fue que los gruñidos se convirtieran en gritos desgarradores. Impaciente, una de las chicas interrumpió la escena de manera brutal: con la mano abierta cacheteó a la nena.

—Dejá de gritar, mocosa de mierda —dijo con tono firme, sin gritar.

Todas se quedaron heladas. La Cornelia Villalba que tenían enfrente parecía una desconocida: más alta, más grande, más cruel. Con una mano, Livia se acariciaba la mejilla enrojecida. Con la otra, apretaba el osito contra su pecho. Por primera vez bajó la mirada.

—Ahora, chiquita del demonio, te vas de acá. Y ni se te ocurra contarle a nadie lo que acaba de pasar. Bah, no creo que sepas hablar —remató Cornelia con tono burlón—. ¡Fuera!

—Cornelia, calmate o ya mismo llamo a tus padres —la amenazó la profesora, casi susurrando; no quería que la dueña de la pensión se enterase de lo que acababa de suceder.

La nena desapareció tan sigilosamente como había llegado. Tras la violenta escena, Ludmila les pidió a las chicas que se tranquilizaran y se preparasen para bajar a comer algo; luego darían inicio a las actividades que tenía planeadas. No podía comprender a qué se debía la brutalidad de Cornelia y le costaba, además, reconocer que había sido el miedo a provocar la rebeldía y burla del grupo de adolescentes lo que la había llevado a ampararse en la imposibilidad de que Livia contara lo que acababa de suceder. A pesar de la sensación extraña que anidaba en su estómago, no midió las consecuencias de su falta de autoridad.

6

Luego de que las cenizas del volcán Tunik devastaran El Paraje, muchas familias se fueron para no volver, dejando atrás lo que había quedado de sus casas y de sus campos. No tenían ni dinero, ni voluntad para desenterrar sus recuerdos, y prefirieron dar todo por perdido. Otros, en cambio, decidieron quedarse. No les importó el agua turbia que salía de las canillas, tampoco el silencio del tren que ya no llegaba a la estación, mucho menos les preocupaba tener que hacer cincuenta kilómetros para llenar de alimentos las camionetas. La tierra se había muerto, nada tenían para ofrecer esos terrones ajados en los que se habían convertido los mejores campos de la región. Sin embargo, los Alonso nunca pensaron en abandonar su lugar, porque consideraban que El Paraje era algo propio.

Mario recorrió a pie durante horas cada palmo de lo que había sido hasta el momento un terreno fructífero, contó cada uno de los animales muertos y, cuando tuvo claro que había perdido todo, tomó la decisión: no se iba. Irma, su mujer, siempre había sido una persona fuerte, por eso no puso jamás en duda que ella iba a compartir la epopeya de quedarse. Si bien Irma no era una mujer sumisa y rebelarse ante los deseos de su marido era prácticamente el arma de seducción más precaria que ostentaba, esa vez el desafío se lo planteaba el infortunio y esa era una provocación mucho más poderosa.

Ariel se vio obligado a dejar el secundario, en parte porque el trabajo codo a codo con su padre no le dejaba tiempo para estudiar y, además, porque tras la erupción la escuela quedó cerrada. Mario evaluó la posibilidad de mandar a vivir al chico a la casa de unos amigos en Trelew, pero Irma se negó rotundamente y, cuando ella decía que no, la chance de insistir era casi suicida. La única que hacía lo que quería con Irma era Livia. En realidad, la chiquita era la debilidad no solo de su madre, sino de todo el clan Alonso, que le rendía pleitesía a esa muñeca a la que sabían fallada. Nunca hablaban de ella, se limitaban a quererla y defenderla frente a la más mínima agresión.

Cuando la nena cumplió dos años, no pudieron seguir disimulando el problema: Livia tenía un retraso madurativo evidente. Caminaba con dificultad, se comunicaba con sonidos guturales y se babeaba constantemente. De a ratos, sus ojos parecían conectarse con la realidad: miraba a sus padres y a su hermano como queriendo decirles algo. Esos instantes eran fugaces y terminaban siempre igual: Mario, Irma y Ariel congelados, expectantes, y la nena abrazada al oso de peluche amarillo que le habían regalado al nacer.

—Al fondo del pasillo está el comedor. Les armé una mesa grande para que puedan comer tranquilas —dijo Irma sonriente, mientras se secaba las manos en el delantal de cocina—. El pan de semillas es una de mis especialidades.

Ludmila y las chicas agradecieron al mismo tiempo y se dejaron guiar por el aroma exquisito que llegaba desde la sala. Se ubicaron en una mesa puesta de manera

amorosa. Vajilla antigua haciendo juego con unos individuales de lino, un jarrón con tulipanes en el centro y tablas de madera repletas de delicias.

—Señora Irma, ¡esto no puede estar más rico! —exclamó Mariana García mientras cortaba una rebanada de pan casero y paseaba los ojos entre una hormita de queso gruyère y una bandeja de salamines—. Muchas gracias, un placer estar en su hostería.

—Bue, para eso pagamos, García —intervino Leonora Durán con hastío.

Mariana se sintió avergonzada, como cada vez que la Durán le recordaba lo que era: pobre. Nunca iba a perdonarle a su madre haberla metido en ese colegio de niñas tan ricas como brutas. No le alcanzaba el tiempo para arrepentirse de haber rendido con honores el examen de ingreso con el que se ganó una beca en el infierno. Su ropa nunca era la adecuada y su manera de hablar carecía de los modismos de la clase alta; se avergonzaba de su casa, que no tenía los metros cuadrados indicados, ni quedaba en ninguno de los tres barrios aceptados por sus compañeras de aula. Sus padres le habían jurado que todo eso que no tenía se reemplazaba con su inteligencia superior. Era mentira, más de una vez habría cambiado alguno de los tantos éxitos en los estudios por las zapatillas importadas que nunca iba a tener.

Micaela Bordón, la más callada del grupo, intervino a su favor:

—Leonora, sos tan... maleducada. ¿Dónde creciste, nena? ¿En la selva?

—No, Mica. A mí me criaron en una casa de familia, ¿entendés? Con madre y padre —atacó la rubia, sabiendo qué armas usar para hostigar a cada una de sus compañeras.

Micaela no conocía a su padre. Su mamá era soltera y se empeñaba en hacer silencio cada vez que su hija preguntaba por el hombre con quien la había engendrado. A falta de respuestas, las inventaba. Había hablado muchas veces del señor Bordón, un hombre adinerado que partía su tiempo entre Europa y Buenos Aires. Copiaba características físicas de distintos actores de moda para describirlo: se había armado un padre a imagen y semejanza de sus deseos. Su excesiva imaginación la ayudaba a sortear los apuros en los que la metían tantas mentiras, como aquella vez que tuvo que explicar por qué su madre también se apellidaba Bordón.

Las diferencias entre las cinco compañeras saltaban a la vista. Mientras Pipa seguía degustando en silencio los platos riquísimos que había preparado Irma, Cornelia revolvía con desgano una ensalada de papas. La profesora Ludmila estaba agotada, el viaje no había empezado y ya no aguantaba a ninguna.

—Hasta acá llegamos, chicas. No quiero una pelea más, ni una falta más de respeto a ningún integrante de la familia Alonso. La primera que desobedezca estas órdenes no solo va a tener que volver a Buenos Aires, tampoco va a aprobar la materia, y no quieren saber lo firme que puedo ser en una mesa de examen —dijo mientras las miraba a todas con dureza, sin hacer excepciones, y luego remató—: ¿Entendido?

Las chicas asintieron en silencio. Finalmente, las seis se dedicaron a probar cada

uno de los manjares patagónicos. De no haber estado tan concentradas en la comida, habrían advertido los fogonazos de luz que se colaban por el inmenso ventanal. Desde afuera, un hombre vestido con un gamulán negro les sacaba fotos. A todas.

¿Se puede llevar la valentía, el arrojo, la entereza como si fuera un disfraz de carnaval? Muchas veces no hace falta vivir los momentos para identificar cuál es el importante y cuáles son apenas anécdotas que quedarán en el olvido; basta que llegue una palabra, una mirada, un olor o un sonido para reconocerlo. Ese es el instante en el que todo vuelve, en el que todo cambia.

¿Es posible esconder debajo de capas de piel lo que asusta, lo que paraliza, lo que da culpa? Hasta esa mañana, Pipa creía que sí. Lo hacía todos los días, cada mañana en la que abría los ojos, cada noche en la que los cerraba. Sin embargo, ese esfuerzo que había naturalizado durante años no sirvió de nada. En tan solo una hora, el muñeco de arena que tanto le había costado construir se desarmó y ahora se encontraba a sí misma sola, muerta de frío, parada en la vereda de una iglesia, con la sensación de estar en el purgatorio de los malos recuerdos.

Empezó a caminar. Sabía que si llegaba rápido hasta la avenida más cercana podía tomarse un subte, un colectivo o un taxi, y alejarse de todo. Lo que no tenía claro era si la mirada de Cornelia desde la foto del altar iba a dejarla en paz. El olor a garrapiñadas tostadas la distrajo de sus cavilaciones, no pudo evitar sonreír. Qué cuidadoso puede ser el cerebro: nos mete y nos saca de su laberinto con los detalles más simples. No dudó en comprar dos paquetes: maníes y almendras. Guardó uno en la cartera y dejó que el azar determinara cuál empezar a saborear primero.

La avenida Belgrano estaba casi vacía. A unos pocos metros, una señora que arrastraba un cochecito de bebé esperaba en la esquina para cruzar la calle Balcarce, pero no fue eso lo que llamó la atención de Pipa. Al lado de la mujer del cochecito había otra, bien distinta. El traje de saco y pollera color blanco le calzaban a la perfección, un hilito dorado bordado en sus medias de nylon cristal subía por la parte de atrás de sus pantorrillas perfectas, una mata de rulos dorados y armoniosos caían a la altura de los hombros. No la había visto en la iglesia, el único lugar que en diez cuadras a la redonda era digno de semejante elegancia. ¿Se habría despertado en la casa de algún amante y no le había quedado otra alternativa que arrastrar la máscara de la noche anterior? ¿O tal vez se había vestido de manera tan amorosa para compartir un almuerzo tardío en alguno de esos pisos antiguos que tan bien sabe esconder el microcentro porteño?

Mientras divagaba sobre los destinos de ese figurín inusual para un sábado por la mañana, una mujer que posiblemente hubiera estado más a tono caminando por alguna callecita de París, Pipa se paró detrás de ella, manteniendo una discreta distancia: quería verla de cerca y, además, también necesitaba cruzar la calle. Los rulos de la llamativa mujer se movieron un poco con el viento y un perfume intenso y dulzón copó la esquina. De repente el semáforo cambió de color y el escaso tránsito de la calle Balcarce se detuvo. La señora del cochecito avanzó primero; después, la del traje blanco. En el momento en que Pipa se disponía a apurar el paso, el cielo se

oscureció de golpe y algunos gotones empezaron a mojar la vereda. Pipa levantó la cabeza y observó las nubes, intentó calcular cuántos minutos le quedaban para encontrar un taxi antes de que cayera un chaparrón. Maldecía no haber llevado paraguas. Miró con insistencia hacia el fondo de Paseo Colón, donde apenas se veían unos pocos autos y ningún taxi.

Las gotas se convirtieron en una lluvia muy leve, pero a Pipa ya no le preocupaba mojarse. Algo la había inquietado de golpe. Una sensación extraña en la piel, en la boca del estómago, en la garganta. Respiró hondo y se dio vuelta de golpe: no había nadie. Haber estado en esa iglesia en el medio de un pasado que había negado durante tantos años la había alterado, pensó. No se arrepentía de haberse mantenido escondida durante la misa, saludar a sus excompañeras habría sido un esfuerzo que no estaba en condiciones de llevar adelante. Sin embargo, la alivió haber cruzado unas palabras con Dionisio. Él nunca las había culpado por seguir vivas mientras a su hermana se la devoraba el misterio. Cuando volvieron de El Paraje en un avión privado contratado por el colegio, fue el único que les preguntó cómo estaban, cómo se sentían, mientras que todo el mundo las indagaba por Cornelia.

El regreso fue peor, incluso, que el momento en el que en la habitación de la posada se dieron cuenta de que una de ellas faltaba. Cuando aterrizaron en Aeroparque, el piloto las hizo pasar por el medio de una horda de periodistas que, a los gritos, les reclamaban por Cornelia. Pipa recordó a Leonora tapándose la cara con una bufanda, a Mariana llorando, a Micaela contestando lo que podía, a la profesora Lumi intentando ordenar la salida, y se recordó a sí misma, con la cabeza gacha, tomando una decisión: iba a ser policía. En ese momento, no tenía claro si le importaba o no el destino de Cornelia; en el fondo, tenía la sensación de que podía tratarse de una de esas bromas a las que la chica las tenía acostumbradas. Lo que la hizo imaginarse vestida de policía, con un arma en la cintura y un cuadernito para anotar las pistas de un crimen fue un collar, el collar de Cornelia.

Se concentró nuevamente en la espera del taxi. El saco y el pelo ya estaban húmedos, la llovizna no amainaba y el estado de alerta, tampoco. Su profesión la había entrenado en varias cuestiones, pero el instinto no se entrena, se tiene o no. La calle estaba vacía, el agua había espantado a los pocos que andaban por allí un sábado a esa hora. Se dio media vuelta, puso la mano en la culata del arma que tenía en la cintura y miró la vereda con atención. Intentó detectar algún movimiento en las puertas de entrada de los edificios, detrás de los autos estacionados, pero no había nada fuera de lo común.

Volvió a mirar hacia adelante. En esos pocos minutos, la mujer con el carrito de bebé había cruzado; pudo distinguirla a lo lejos, en la otra cuadra. La imaginó apurando el paso, la llovizna estaría mojando a su hijo. La que ya no estaba era la otra, el mujerón que le había llamado la atención. ¿Dónde se había metido? En la vereda de enfrente no había nadie, era imposible que hubiera caminado tan rápido; pudo haberse subido a un auto, pensó usando la lógica, pero no había pasado

ninguno. Avanzó un par de metros, la sensación de peligro no se le iba. En la Academia, había aprendido a dominar y valorar el mecanismo de la ansiedad de corto plazo, el cerebro mandando mensajes al sistema nervioso, ambos controlando los niveles de energía del organismo para la acción inmediata: respuesta de lucha/huida, así llamaba a esta reacción uno de sus profesores. La clave era distinguir cuándo era el momento de luchar y cuándo el de huir. En ese momento, no había nadie contra quien luchar, ni nada de lo que huir. Decidió relajarse, tenía que conseguir un taxi, se avecinaba una tormenta que amenazaba con ser fuerte.

Casi al trote llegó a la esquina de Belgrano y Paseo Colón. El viento y la ropa húmeda la hicieron estremecer, no tuvo tiempo ni de abrocharse el *blazer*. Un auto negro, con vidrios polarizados, avanzó rápido hacia donde ella estaba parada. Con un solo movimiento, Pipa subió a la vereda y sacó el arma de la cintura; dejó la glock contra la pierna. Apuntar en un lugar público le pareció una locura. El auto frenó de golpe a menos de un metro, el chirrido de los neumáticos y el olor al caucho de las cubiertas raspando el cemento le hicieron entrecerrar los ojos. Pudo ver cómo el chofer abría la puerta del acompañante y llegó a escuchar a sus espaldas, bien nítido, el ruido de zapatos de taco contra las baldosas. Se dio vuelta. La mujer con el traje blanco corría hacia el auto, miraba al piso para no caerse mientras resguardaba sus rulos de la lluvia con un pañuelo verde. Encogió sus piernas largas con una habilidad y elegancia atípicas en esas circunstancias y se metió en el auto. Ya habían hecho casi una cuadra cuando Pipa advirtió, sobre el cordón de la vereda, el pañuelo, arrugado y mojado, que segundos antes le había servido de protección a la enigmática mujer.

Los lugares desérticos lo hacían feliz, eran su debilidad; cuanto más solitarios y alejados, mejor. Si por trabajo tenía que pasar un tiempo en la ciudad, en el mar o en la montaña, se quedaba encerrado durante horas mirando desiertos por internet. Su ambición era dejar su huella en esas tierras masacradas por el sol o por el viento; era la manera que había encontrado para desandar el camino largo y farragoso hasta los brazos de la única mujer que lo había amado de verdad: Basira, su madre.

Khalfani Sadat había nacido en la afueras de El Cairo, Egipto, en una casa humilde, en el medio de los sembradíos de algodón que pertenecían a su padre, Abdel Sadat, un hombre violento que se comunicaba con los demás a puro golpe y humillaciones. Khalfani era hijo de la cuarta esposa de su padre, Basira Farrah, una bella joven de origen turco. La cultura poligámica la había destinado a criar sola a su hijo en la cuarta casa de Sadat, un beneficio inesperado, habida cuenta de los golpes y las mutilaciones sexuales que habían padecido las primeras esposas del hombre. Basira le agradecía diariamente a Alá el hecho de que su marido llegara a sus brazos extenuado de violencia y de sangre ajena, por lo que muchas veces, antes de ponerle una mano encima, se quedaba dormido.

La joven de 26 años era adicta a la lectura y a las matemáticas, y poseía algunos conocimientos de química, saber que había heredado de su familia. A pesar de que su marido se negaba, Basira pasaba largas horas enseñándole a su hijo Khalfani esos trazos de cultura que, según ella creía, lo ayudarían a escapar de la cárcel de miedo que Abdel Sadat construía alrededor de todos los que consideraba propios. Gracias a esas enseñanzas, con tan solo 10 años, el chico había conseguido avanzar más rápido que el resto de sus compañeros en los cursos de enseñanza básica. Los profesores y directivos de la escuela solían felicitar a Sadat por haberle heredado a su hijo una inteligencia superior; el hombre, que se sabía analfabeto, agradecía los halagos sin esconder un atisbo de orgullo. A la larga, fueron esos comentarios los que salvaron a Khalfani de las palizas frecuentes que recibían sus hermanos mayores; mandar al niño genio al colegio con las marcas de los cintazos en el cuerpo era algo que Sadat no se iba a permitir.

La vida del niño era bastante feliz: se refugiaba en sus deberes escolares, pescaba en el río, adiestraba a sus perros y se empalagaba con los dulces deliciosos que le preparaban sus maestras, hasta que una tarde de verano todo cambió para siempre. Supo que algo malo había sucedido cuando a la salida del colegio no vio los ojos verdes de Basira, su madre, y en su lugar estaba la primera esposa de su padre. Como los golpes que recibía por parte de Sadat la habían deformado, la mujer solía ocultar la mitad de su rostro con un lienzo negro.

—Tu madre murió —le dijo—. Vendrás a mi casa y vivirás conmigo.

El niño se cansó de preguntar qué había pasado con su madre; como toda respuesta, recibía un tirón de pelo o algún que otro cachetazo. La muerte de Basira

era un secreto del que nadie se atrevía a hablar. Si bien Khalfani se convirtió en un chico taciturno y lleno de temores, su rendimiento académico fue cada vez más brillante; sabía que sus calificaciones eran el pasaporte para que la ira de su padre no se descargara sobre su cuerpo esmirriado.

Cuando cumplió 12 años, como era la tradición, Sadat convino el matrimonio de su hijo con una prima dos años menor que él. A los 16, el chico decidió no hacer efectivo el vínculo; quería mudarse a El Cairo para comenzar sus estudios en la Universidad. Pero la hecatombe familiar no tardó en llegar: los hermanos de la niña rechazada lo amenazaron de muerte y su suegra juró quitarse la vida antes de tener que seguir criando a una hija desairada. Llamativamente, su padre no se enfureció; muy por el contrario, felicitó a Khalfani y le dio el dinero suficiente para que se mudara a la ciudad. Tiempo después se enteró de que su pobre prima, apenas una niña, había sido destinada a los abusos sexuales de Sadat, que a cambio de unas monedas la había convertido en una esclava.

Khalfani Sadat se inscribió en la Facultad de Ciencias de la Universidad de El Cairo, donde alcanzó un promedio de 9,8. Luego trabajó como maestro en una escuela secundaria y hasta obtuvo una beca en la Unión Soviética para un proyecto de investigación financiado por el gobierno egipcio, pero su sueño —como el de todos los jóvenes de esa generación— era viajar a los Estados Unidos. Allí estaba el centro del mundo, las mujeres más bellas, los autos más lujosos, los rascacielos y la posibilidad de ganar cientos de dólares para manejar el mundo a su antojo.

Con todas esas ilusiones, Khalfani se embarcó hacia la ciudad de Nueva York, donde su desempeño académico le abrió las puertas de la industria cosmética. Sus proyectos en el área parecían no tener techo: llegó a crear veintiséis patentes de petroquímica que le dieron réditos millonarios. Alquiló un piso en la Quinta Avenida, «la avenida tapizada de diamantes», como solía decir, y pasaba sus noches rodeado de mujeres a las que antes del amanecer descartaba como lo que eran: objetos para paliar su eterna soledad; se acodaba en su balcón abrazado a una botella del champán más caro de la tienda, cerraba los ojos e intentaba despejar su mente abotargada para recordar la imagen de su madre. Lo único a lo que temía era a no poder recordar sus rasgos, su boca, la forma ovalada de su rostro. Ya se había resignado a olvidar su voz, pero había jurado por Alá que nunca, pero nunca iba a borrar de su memoria la cara de Basira, una sirena que no había podido sobrevivir en las arenas del desierto.

La mujer del traje blanco estaba hecha una furia. El enojo, en realidad, era la tapadera que solía usar cuando se asustaba. Había ido hasta allí para mirar de lejos: quería saber quiénes, a pesar de los años, seguían llorando a Cornelia y para intentar verlo a él, aunque fuera a cierta distancia. Su propósito había sido pasar desapercibida, y casi lo logra, pero alguien inesperado se había fijado demasiado en ella. Su habilidad era desenvolverse en las sombras; a pesar de su cuerpazo, la adiestraron para no ser tenida en cuenta, y ella solita aprendió que muchas veces sus curvas, incluso, la volvían invisible. Con un movimiento de cintura lograba que todos los ojos fueran a sus caderas, y levantando los hombros conseguía que más de un hombre solo pensara de qué manera desprender el corpiño que apenas sostenía unos más que generosos pechos. Esa era su manera de distraer: hacerse ver para que no se viera nada.

Apoyó la cabeza en el respaldo del auto, respiró hondo e intentó tranquilizarse. Por suerte el chofer no había dudado a la hora de intervenir y de arrancar a toda velocidad; además, como si pudiera percibir su estado, puso música clásica y no emitió ni una palabra, esa era la clase de gente de la que le gustaba rodearse.

El Puente de la Mujer de Puerto Madero siempre le había llamado la atención, no por su tamaño, su diseño perfecto o su armonía, tampoco le hacía ilusión —como al resto— pararse en la mitad y sacarle fotos a la ciudad iluminada; lo que la atraía era la idea de que la construcción representara a una pareja bailando el tango: el hombre, sobre la mujer inclinada hacia atrás, en posición horizontal. En el puente, el hombre es el mástil de 39 metros de altura y la mujer, el resto de la obra. Mientras miraba el puente desde la ventanilla del auto, recordó lo mucho que se había enojado cuando un cliente le contó la historia.

—¿Vos me querés decir que la parte que une las orillas, la parte que todos pisotean, representa a la mujer?

—Sí, exacto —sonrió el cliente, y con el dedo índice le corrió el flequillo—. No te pongas así, es un homenaje precioso...

—¿Homenaje a quién? —dijo y le sacó la mano de un manotazo, luego intentó sentarse en la cama.

—Bueno, bueno, calmate —dijo el cliente mientras de un tirón volvía a ponerla en esa posición en la cual ella era la parte femenina del puente, la parte dominada.

El auto entró despacio en el estacionamiento que tenía asignado en el edificio. Sin saludar al chofer, ella se bajó y dio un portazo, y enseguida se acomodó la pollera.

El espejo del ascensor le sirvió para retocarse el maquillaje; podía arreglar un desbarajuste en el rímel, con un toque de brillo hacer que sus labios parecieran más carnosos todavía, y hasta darle color a sus mejillas en menos de diez segundos. «Gajes del oficio», pensó mientras se refrescaba el perfume.

Entró en una oficina enorme. Desde el ventanal, podía verse la profundidad del

Río de la Plata; en la pared principal, un cuadro con un diseño de palmeras y flores le daba el único toque de color al espacio casi aséptico; algunos rumores en el mundillo del arte aseguraban que se trataba de un Frida Kahlo original. La secretaria, sentada detrás de un escritorio de acero y vidrio, extremadamente flaca y ataviada con una túnica blanca, también parecía parte del decorado.

—¿Sabés si el señor está con alguien? —preguntó.

—Está ocupado.

—Te pregunté si estaba con alguien —retrucó—. El señor nunca está ocupado para mí.

Sin esperar respuesta, se abalanzó sobre la puerta y la abrió de un tirón. El olor a alcanfor la inundó en un segundo; la obsesión del Egipto de perfumar sus ambientes al principio la había asqueado, pero con el tiempo se resignó. En definitiva, de eso se trataba la vida para ella: de aceptar. Cerró la puerta con suavidad; al hombre no le gustaban ni los ruidos fuertes, ni los berrinches.

Khalfani Sadat se recostó en el sillón que se había mandado a hacer especialmente; los dolores de espalda lo tenían a mal traer y el sobrepeso no ayudaba demasiado. Tenía que empezar a comer de manera saludable, a hacer algún tipo de ejercicio y dejar el alcohol de una vez por todas. Cada vez que tomaba la decisión, le venían a la cabeza los años en los que había tenido que comer, con el único fin de no morir, guisos de arroz con hongos y hasta con insectos; la comida en las cárceles de máxima seguridad formaba parte del castigo. Pero ahora las cosas eran bien distintas: Buenos Aires lo había recibido con los brazos más abiertos que las piernas de una puta, como le gustaba decir. Su paso conflictivo por los Estados Unidos y México había sido solo una anécdota que había quedado en el olvido gracias al combustible que mueve al mundo: el dinero.

—¿Qué pasa, Sirenita, que anda un poco alterada? —dijo mirando a la mujer de arriba abajo.

La Sirena se sacó los zapatos de tacos altísimos lentamente, sin dejar de mirarlo a los ojos; sabía al detalle qué gestos hacer para manipular al Egipto a su gusto. Soltó un gemido de placer al apoyar los pies en la mullida alfombra. Y así, de a poco, mientras intercambiaban algunas frases sueltas, se fue poniendo cada vez más cómoda, más liviana.

—Nada, mi rey. Tuve que ir a constatar que los fantasmas de un viejo negocio fracasado sigan calladitos en su lugar.

Khalfani la miró más interesado por su cuerpo que por sus problemas. La Sirena había llegado a su vida llena de conflictos. Comprar y vender mujeres no era tarea para una mujer; se lo había dicho docenas de veces, pero ella no hacía caso y actuaba como si se tratara de carteras. Le ofreció llevarla a vivir a una casona en Punta del Este, también pasar un tiempo largo en París o en Londres; hasta una vez —desbordado de champán y algo de cocaína— le propuso casamiento. Ella siempre se negaba, o le prometía pensarlo, y así seguía desembolsando miles de dólares cada vez

que su Sirena se equivocaba. Pero ahora que la tenía a menos de dos metros totalmente desnuda y solamente para él, volvía a creer que esa mujer valía cada uno de los centavos que pagaba por sus errores.

Cuando Ariel llegó a su casa, donde también funcionaba la hostería de sus padres, vio una escena que le desgarró el corazón. A los 25 años ya era un hombre duro, así lo había criado su padre: no se llora, no se tiene miedo y se aguanta. El cuerpo lo había acompañado desde muy chico, tenía una altura muy superior a la de sus amigos, unos brazos y una espalda fuertes y desarrollados a fuerza de cortar y cargar leña para el fuego en invierno y nadar contra la corriente en los lagos durante el verano. Nada lo conmovía y no sabía el significado de la palabra «piedad», salvo que estuviera en juego su hermana Livia; ella era la única capaz de encontrar un rasgo de humanidad en el fondo del pozo profundo y oscuro en el que la vida había convertido a Ariel Alonso.

La nena nació en el medio del caos, en esos días en los que El Paraje fue un infierno de cenizas del volcán Tunik. Algunos decían que era la bebé del milagro, y no era para menos: fue la única vida que le plantó cara a la adversidad cuando todo moría ahogado y enterrado a su alrededor. Solo Ariel notó desde un primer momento que su hermana era extraña, pero no dijo nada, se lo calló y aprendió que los mejores secretos son los que no se cuentan.

Apenas bajó de la camioneta, la vio. Livia estaba agachada en el piso de la galería de la casa y lloraba. Entre sus manos había algo que le provocaba lágrimas y sonidos de angustia. Ariel apresuró el paso y se sentó junto a ella, le pasó su brazo enorme por los hombros y con la voz más cálida —la que solo usaba con Livia— le habló:

—No llores, ¿qué tenés ahí? Mostrame.

La nena levantó la cabeza y le extendió las palmas de las manos abiertas. En la izquierda, tenía un pichón con el cuello en una posición antinatural: estaba muerto. Una mezcla de furia e impotencia se apoderó de Ariel; como cada vez que se enojaba, una vena del cuello comenzó a latirle hasta causarle dolor. Quería resucitar a ese pájaro, aunque sabía que eso era ilusorio. Él, que se creía invencible, que podía ser el dueño de la vida y de la muerte de tantas personas, no era capaz de resucitar a un pájaro para que su hermana dejara de sufrir. Pensó por un segundo en meterse en el campo a cazar cien aves, o miles, o millones para dárselos a Livia en ofrenda, pero era en vano. La nena quería ese pájaro, no otros. Ese.

La abrazó con su cuerpo, que parecía el de un oso, y lo reconfortó notar que su hermana se acurrucaba en su pecho, un gesto que los unía desde niños; el abrazo como comunión, que los hacía fuertes, aunque impotentes ante lo único irreversible: la muerte.

—Ariel, ayudala a tu hermana a enterrar a ese pájaro —dijo Irma tras asomarse por la puerta, mientras se secaba las manos con el delantal de cocina—. Después vení a ayudarme. Tenemos un grupo de pasajeras de la Capital y vamos a necesitar bastante leña, se viene una tormenta grande y no quiero que se me enfríen.

Los dos hermanos bordearon la hostería y caminaron en silencio. Livia llevaba el

pájaro muerto apretado contra el pecho, como si el calor de su cuerpo pudiera revivirlo. Al llegar al pie de una montaña, se agacharon para meterse en sus entrañas; era una cueva que el tiempo había construido de manera natural y que desde siempre había sido el refugio de ambos. En ese hueco espacioso, estaba enterrado Jimie, un perro callejero que durante años fue la mascota de la familia.

Ariel empezó a cavar una pequeña fosa con una pala mediana que estaba apoyada en la pared de roca; la nena lo miraba casi sin pestañear, con el dedo índice acariciaba la cabecita del ave.

—Dámelo, Livi. Lo vamos a meter en este agujero para que descanse con los angelitos.

Livia dudó, los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez.

—No llores, chiquita. Dame el pajarito —insistió Ariel con la voz más dulce que encontró en su garganta.

Lo metieron en su pequeña tumba eterna y Ariel improvisó una cruz con dos palitos, luego los ató con un cordón de nylon azul. Tras el rápido ritual, desandaron sus pasos hasta la hostería; esta vez tardaron un poco más, una especie de letargo los embargaba a ambos.

Antes de entrar, Ariel sacó de la leñera del fondo dos pedazos grandes de quebracho para avivar el fuego tal como le había encargado su madre. Vio que las chicas y la profesora estaban en la recepción de la casa. Camperas inflables, gorros de lana, bufandas y guantes; una indumentaria que las convertía a todas en muñecos gigantes, preparados para el frío atroz.

Livia las esquivó y subió corriendo las escaleras, con esa habilidad que había desarrollado para no hacerse notar. Irma estaba con ellas, les había preparado una vianda para la tarde: termos con café y un budín de limón hecho a las apuradas la noche anterior.

—Acá llegó mi hijo Ariel —dijo con una sonrisa—. Es el encargado de acompañarlas a conocer el pueblo. Él también es un sobreviviente de las cenizas del volcán, seguro que les va a poder contar varias historias de nuestra lucha.

Solo una mirada bastó para que Leonora, Mariana, Micaela, Pipa y Cornelia se olvidaran de los motivos académicos que las habían llevado hasta ese lugar inhóspito. El porte de Ariel las dejó mudas. El muchacho era alto, de espaldas anchas y brazos tan torneados que sus músculos se dejaban notar a pesar del *sweater* celeste que lo abrigaba. No tenía doble apellido, no jugaba al rugby ni al polo, no estaba vestido con ropa de marca comprada en Miami y, sin embargo, todas se quedaron mudas.

La profesora Ludmila Roviralta se presentó y le agradeció al chico la gentileza de llevarlas a recorrer el lugar. Ariel se limpió la mano derecha en el pantalón y se la tendió.

—Tengo una Trafic, creo que vamos a entrar todos cómodos —dijo con una sonrisa que dejó ver unos dientes blancos y unos ojos grises iluminados.

Salieron en fila. Guardaron en la parte de atrás de la camioneta las canastas con la

comida que les había dado Irma y se acomodaron en los asientos. Ariel prendió la calefacción y puso un CD de música tropical.

El paseo por ese paisaje desolado y monótono las aburrió un poco. Cornelia y Leonora se quedaron dormidas, el resto intentaba recordar algo de las apreciaciones que hacía Ariel. Recorrieron la parte del pueblo que nunca pudo ser reconstruida y pasaron por la laguna que durante mucho tiempo estuvo contaminada por las cenizas del volcán. Después de más de una hora de ruta, pudieron finalmente conocer al enemigo, ese volcán maldito que les había dejado a todos los habitantes de El Paraje una marca perenne.

Se bajaron de la camioneta en silencio y miraron hacia donde Ariel les señalaba: el Tunik se mostraba imponente, altivo. A simple vista, era solo una montaña enorme que a esa altura del año estaba cubierta de nieve, parecía imposible imaginar que dentro de esa mole de tierra y roca habitaba un infierno de lava y fuego que, de un momento a otro, podía arrasarlo con todo ser vivo que osara cuestionar su poder impune.

—Esa mañana me despertó un rugido, pensé que había sido una pesadilla, pero cuando abrí los ojos ese ruido penetrante seguía ahí —dijo Ariel, que empezó su relato con un tono de voz casi monótono y la vista fija en el volcán—. Ni tiempo tuve de sentarme en la cama, la tierra empezó a moverse y me sentí mareado de golpe. Mi mamá Irma entró corriendo a mi pieza y mucho más no me acuerdo. Hubo gritos, ladridos de los perros. Mi viejo que nos ordenaba meternos debajo de la mesa como solíamos hacer durante los sismos chilenos. Me sorprende lo confuso que recuerdo ese momento, es la primera vez en diez años que hablo de esto. Acá en el pueblo creemos que las palabras son como un imán que atrae la maldición y ese volcán está maldito.

Las mujeres tampoco sacaban los ojos del volcán, estaban hechizadas; algunas, con la historia; otras, con la voz grave y pausada de Ariel.

—¿Cómo se sobrevive a una tragedia semejante? —le preguntó la profesora Ludmila.

—Con mandato y bravura —contestó Ariel con una sonrisa.

Pipa dejó de mirar el Tunik para concentrarse en Ariel, la respuesta del chico la había sorprendido. Unos meses atrás, la empresa de su padre había quebrado, las deudas habían convertido a ese hombre guapo y de alta estima en uno arrasado por la desgracia. La casona familiar de Belgrano R estaba en venta y el viaje de estudios lo había pagado su madre con una plata que tenía escondida; no quería que en el colegio se especulara con los motivos por los que su hija podía faltar a la excursión. «Vos vas a seguir con tu ritmo de vida habitual, aunque tengamos que comer de prestado», le dijo su padre cuando le confirmó que de cualquier manera ella iba a participar de la idea de la profesora Ludmila. Quiso preguntarle a Ariel por qué, al igual que su padre, había usado la palabra «mandato», pero prefirió callar.

El grupo estaba hambriento, tiraron unas lonas plásticas que encontraron en unos

cajones de madera en el fondo de la Trafic e improvisaron un pícnic con las provisiones de Irma. El café caliente y el budín pusieron a las chicas de tan buen humor que hasta reconocieron en voz alta que nunca habían estado en un lugar tan bello. Entre las chicas y Ariel se dio una charla amena, en apariencia espontánea; la profesora Ludmila hizo soberanos esfuerzos para no reírse a carcajadas ante la obvia competencia que mostraban sus alumnas en un intento infantil de conquistar a Ariel. Ese fue, tal vez, el primer error de la profesora: de tanto mirar a sus chicas, se olvidó de Ariel y no pudo advertir que el chico ya había elegido.

Llegaron a la hostería de noche. La nieve había cubierto los caminos, la galería y los techos de la casa. El frío calaba los huesos, tanto que no existía un abrigo capaz de amainar el efecto de esa humedad helada.

Irma los esperaba en la puerta con una sonrisa; a sus espaldas, el fuego de la chimenea era una invitación perfecta para que el grupo entrara casi sin saludar.

—Profesora Lumi, lo ayudo a Ariel a bajar las cosas y ya entramos —gritó Leonora, que seguía en la camioneta con la ventana abierta.

—Hagan rápido, chicos, que se van a helar —intervino Irma.

La solidaridad de la Durán sorprendió a Pipa, que no pudo evitar asomarse a la ventana mientras sus amigas ya se calentaban el cuerpo junto al fuego. Allí estaba la rubia dejándose acariciar el pelo por Ariel; la escena podría haber terminado en un beso rápido, casi esquivo, pero algo interrumpió las claras intenciones del muchacho. Livia había salido de la casa y se había quedado clavada en la nieve, muy cerca de su hermano y Leonora. Pipa no daba crédito a lo que veía: a pesar del frío y de la nieve, la nena estaba en remera de manga corta y los miraba con una cara que difícilmente podría olvidar con el tiempo. Lejos había quedado esa niña dulce y ausente que había conocido unas horas atrás; ahora el odio se le notaba en los ojos, en el ceño fruncido, en la postura del cuerpo, dura como estaca. ¿Acaso estaba celosa de su hermano? ¿O era otra cosa lo que la hacía reaccionar así?

La voz de Mariana García la distrajo de su puesto de observación, las chicas habían decidido darse un baño caliente antes de cenar. Finalmente Leonora y Ariel entraron en la casa cargando los canastos y los termos de la merienda; la Durán, con una sonrisa triunfante, la de siempre.

Pipa volvió a la ventana: la camioneta seguía en el mismo lugar, el techo se le estaba llenando de nieve. No había ni rastros de Livia, parecía haberse esfumado tan misteriosamente como había aparecido, como si fuera un fantasma. Se encogió de hombros y subió corriendo las escaleras; a pesar de que la profesora había ofrecido su baño, las chicas improvisaron un sorteo con unos papelitos para que el azar decidiera a quién le tocaba bañarse primero, no podían dejar de competir. Siempre tenía que haber alguien que ganara y alguien derrotado, eso era la vida para ellas: una competencia permanente. Pipa no pudo evitar sumarse; en definitiva, se les parecía bastante.

«Cincuenta kilos de cocaína no son tan rentables como una mujer de 50 kilos. La cocaína se acaba, desaparece por las fosas nasales del cliente; la mujer, no. La podés usar, usar y usar, es rentabilidad a largo plazo. Ahí está el negocio». Cada vez que se enojaba por algo, Ariel solía recordar esa frase que lo había rescatado de un mal momento, fue lo primero que le dijo el hombre que terminaría convirtiéndose en su jefe. Muchas veces se preguntó que habría sido de su vida si el Egipcio no lo hubiera sacado de la comisaría aquella noche helada. En esa época, tenía 20 años y estaba fascinado con su descubrimiento: la cocaína. Ni comer, ni el sexo, ni dormir, nada le daba más placer que ese polvo blanco que le convidaban los turistas que empezaban a llegar al pueblo y lo contrataban de guía.

Arrancó, como todos, metiéndose pequeñas dosis en el cuerpo; cuando ya no fue suficiente, tuvo que procurarse sus propios pases de placer. Una o dos veces por semana, según su bolsillo lo permitiera, se iba en la camioneta hasta la ciudad: en uno de esos cortos viajes, con sorpresa se enteró de que la droga más fácil y segura era la que le vendían los policías. No pasó demasiado tiempo hasta que le propusieron lo que se convertiría en su mayor ingreso económico: vender cocaína en El Paraje. Entonces las cosas empezaron a cambiar desde lo sutil, como operan todos los cambios que llegan para quedarse: guardó en el fondo del ropero sus jeans usados y remendados por Irma para empezar a usar otros nuevos, traídos desde Buenos Aires; se compró su primer perfume, que usaba solo para salir, y las camisas verdes de trabajo fueron reemplazadas por otras de un género suavcito, de colores vivos. Estaba tan contento que ignoraba con una sonrisa cada vez que Mario, su padre, le decía delante de cualquiera: «Estás cada vez más puto vos».

El Egipcio —así le decían porque nadie podía recordar ni pronunciar su nombre — había llegado a ese hueco patagónico huyendo. Ariel no tenía muy en claro de qué o de quiénes, pero era obvio que el hombre se estaba escondiendo: se ponía y se sacaba la barba a menudo, se rapaba o se dejaba el pelo largo y, a pesar de que le había contado que su lugar de nacimiento era El Cairo, todas las demás historias sobre su vida eran oscuras y poco creíbles. Había llegado desde México —eso también era seguro—, y hablaba bastante bien el español, con una tonada que a Ariel le recordaba al Chavo del 8. Se habían conocido una noche en la que el chico Alonso —así le decían en el pueblo— había cometido el error de combinar dos actividades: el trabajo y el vicio. «Donde se come no se caga», le solía decir su padre, claro que no se refería a vender cocaína totalmente drogado. Lo había enganchado un policía joven recién llegado desde un destacamento de Tierra del Fuego; estaba de franco, tomando una cerveza en el bar, cuando vio llegar a Ariel Alonso. No era necesario ser un especialista en la materia para darse cuenta de que estaba pasado de rosca: se reía solo y a carcajadas, hacía chistes de dudoso gusto a los gritos y sin disimulo alguno dejaba ver el arma calibre 22 que tenía ajustada en la cintura. El policía pidió un

refuerzo a la comisaría segundos después de verlo sacar del bolsillo del pantalón un puñado de ravioles de cocaína. Ariel estaba tan eufórico que no tomó ni el más mínimo recaudo: puso los paquetitos de droga sobre la barra del bar y agarró los billetes que le dio el cantinero. Pero no tuvo ni tiempo de guardar la plata, porque el frío del metal de las esposas en las muñecas lo sorprendió tanto que no atinó a resistirse.

Lo cargaron en un patrullero destartado —el único que tenía el pueblo—; a su lado, el cantinero no paraba de insultarlo. Por esas horas, ninguno de los dos sabía que un parroquiano que había presenciado toda la escena en silencio iba a sacarlos del apurón. «El comisario es cuate mío, ustedes se vienen conmigo», les dijo el hombre unas horas después del otro lado de las rejas. Ninguno de los dos detenidos dudó de las palabras del hombre; ¿a quién se le ocurriría poner en duda a alguien que, sin ser policía, tenía en su poder las llaves del calabozo? Desde esa misma noche, Ariel se puso bajo el ala de su salvador. El Egipcio le comunicó que iba a ayudarlo a desintoxicarse. «Con drogones no trabajo», sentenció.

Los métodos terapéuticos del extranjero no eran convencionales, pero funcionaron. El chico tuvo que decirle a su familia que se iba por unos días a la casa de un amigo, en la ciudad. Armó una mochila con algunas pertenencias y esperó a su nuevo amigo en un costado de la ruta; de haber sabido lo que se le venía encima, la sonrisa con la que subió al auto último modelo del Egipcio se le habría borrado de golpe.

Durante una semana entera, con sus días y sus noches, horas completas y segundos, Ariel Alonso estuvo desnudo, atado a una silla. El cordón de nylon azul que sostenía sus muñecas le había hecho surcos en la piel. Cada mañana, un hombre al que no había visto nunca en su vida le ajustaba un poco más las ataduras; al tercer día Ariel dejó de rogar cuando se dio cuenta de que, tras cada pedido de piedad, llegaba una trompada. Su verdugo lo alimentaba con violencia, le metía por la fuerza cucharadas de una polenta fría y agria que le provocaba arcadas. Dejó de vomitar cuando lo obligaron a comerse su propio vómito. Era eso o un dedo menos, le advirtieron mientras se reían a carcajadas, ostentando un hacha desafilada. El Egipcio casi no se dejaba ver por la sala de torturas, solo aparecía para recordarle al chico que, si volvía a tomar cocaína, ese lugar hediondo en el que estaba encerrado era un hotel cinco estrellas al lado del hoyo al que lo iban a mandar.

A los pocos días, Ariel se dio por vencido. Había perdido la noción del tiempo; ya casi ni sentía los golpes, ni los manguerazos con agua helada con los que lo bañaban. Cada vez que se abría la puerta de la habitación donde lo tenían, lo único que deseaba era que le metieran un tiro en la nuca. El día en el que entraron, lo desataron y lo ayudaron a levantarse de la silla sintió un subidón de adrenalina; «por fin me van a matar», pensó. Pero nada de eso sucedió. El Egipcio le anunció que su programa de rehabilitación había concluido y que ahora solo dependía de sus ganas no volver a esa silla. «Así son las cosas, Arielito. El ser humano no funciona ni con psicólogos, ni

con tranquilizantes. El ser humano es un animal y los animales funcionan con miedo. Y a mí deberían darme un Premio Nobel en esa materia». Esa fue la primera lección que le dio el Egipcio: el miedo como arma de seducción. Y hay que decir que Ariel Alonso se convirtió con los años en el mejor alumno, aunque nunca dejó de temerle a su maestro.

Salió de la hostería dando un portazo. En cuatro trancos llegó hasta el cobertizo, levantó unos tablones de madera del piso y sacó una 9 mm del fondo de un agujero cavado en la tierra. Su madre le tenía prohibido meter el arma en la casa; «mirá si Livia la agarra y se lastima», argumentaba con razón.

Mientras manejaba hasta el otro lado del pueblo, no paraba de maldecir a sus pares de Entre Ríos. Un llamado telefónico le había helado la sangre: su contacto y cuatro taxistas que trabajaban para él en la zona del litoral estaban presos. No entendía qué podía haber fallado; el plan estaba aceitado y había funcionado sin problemas durante meses. Las mujeres dominicanas llegaban a la ciudad de Salto, en Uruguay, sin problemas; entrar a la Argentina se volvía complicado, en esa frontera eran bastante quisquillosos con los visados y en los últimos tiempos se habían puesto decentes y rechazaban el dinero que se les ofrecía para cerrar los ojos algunas noches. Ariel había dado con la solución a esa traba y su idea lo había posicionado muy bien ante los ojos del Egipcio, pero ahora todo se derrumbaba como un muñeco de nieve. «Negras de mierda y la puta que las parió», repetía sin parar.

Estacionó la camioneta sin cuidado alguno; estaba tan enojado que no necesitó ponerse el abrigo a pesar de la tormenta, la sangre le hervía. Tampoco tuvo que golpear la puerta, el Cholo lo esperaba afuera fumando un cigarrillo bajo el techo de la galería.

—Entremos, muchacho —le dijo y tiró la colilla que se apagó en la nieve.

La casa del Cholo olía a sopa de verduras. El *living* era pequeño y estaba decorado sin mucho esmero: un sillón de cuero negro de dos cuerpos, una mesa ratona de madera y una alfombra bastante raída y decolorada. El hombre corrió al perro, que estaba despatarrado sobre el sillón, y con un gesto invitó a Ariel a sentarse. Trajo dos latas de cerveza helada y fue al punto sin vueltas.

—Están todos presos, muchacho. En el lado uruguayo el operativo lo manejó Zalazar, un poli amigo de confianza —aclaró el Cholo—. Metió a las tres negras en la balsa, les había dado antes la pichicata, todo tranquilo. Cruzaron el río sin problemas, pero cuando llegaron a la costa argentina ya estaba todo podrido.

—¿Quién buchoneó?

—No sé. En Concordia la balsa fue recibida por catorce gendarmes. Rescataron a las dominicanas, encanaron a los taxistas que las estaban esperando —dijo e hizo un silencio— y lo agarraron a Suárez.

Romeo Suárez era el encargado de la plaza litoral; manejaba el comercio de mujeres en Entre Ríos, Corrientes y Misiones. Se había ganado el puesto gracias a los contactos que tenía en el límite con Paraguay y su habilidad para hacer desaparecer

las fronteras; ningún control parecía amedrentarlo, hasta que llegaron los chinos y tuvo que compartir su reinado. Al principio todo anduvo bien y cada uno trabajaba en los suyos: las mujeres de Suárez por Paraguay y Brasil, y la gente que traía a los chinos de manera ilegal, por Uruguay. Pero un día el Egipcio bajó un capricho disfrazado de orden —«quiero meter negras en el negocio»— y ahí mismo salieron los encargados de todas las plazas a buscar negras.

Suárez fue el primero que levantó la mano: «Uruguay está lleno de dominicanas que llegan sin necesidad de visa, con un buen chamuyo las traigo a Concordia y las pongo a laburar», dijo. Sonaba fácil, pero no lo era. Por tierra, resultaba imposible: esa frontera estaba comprada por los que traían chinos y doblarles el brazo no era nada fácil. Desesperado por quedar bien con el Egipcio, Suárez metió a dos dominicanas en el baúl de un auto, las mujeres estaban tan drogadas que murieron asfixiadas por su propio vómito. La habilidad de Suárez para deshacerse de los cadáveres sorprendió gratamente a todos. «No hay mal que por bien no venga», concluyó el Egipcio. Finalmente fue Ariel, acostumbrado a florecer en la desgracia, quien planteó una solución: contratarían a un balsero y cruzarían por el Río Uruguay a las chicas, desde la ciudad de Salto hasta Concordia, en la Argentina. La idea fue exitosa y durante varios meses la plaza de Entre Ríos proveyó a *cabarets*, whiskerías y fiestas privadas de mujeres con piel de ébano.

—Espero que el pelotudo de Suárez no abra la boca y se coma solito la que le toque —dijo Ariel apurando la cerveza de un trago.

—No termina ahí la cosa, muchacho.

El Cholo lo miró fijo, esperando alguna reacción; sus años como policía le habían dado el don de la paciencia, usaba las palabras como si fueran piezas de ajedrez: hacía un movimiento y esperaba la vuelta.

—¿Qué querés decir? Desembuchá, Cholo —se impacientó Ariel.

—Hablé con el Egipcio y está furioso. Suárez es hombre muerto —dijo y luego hizo una pausa—, pero igual te culpa a vos.

Ariel se levantó de golpe y empezó a caminar como si fuera un león enjaulado. No podía creer lo que escuchaba, él había salvado la plaza de Entre Ríos y de repente lo culpaban del error de algún otro, estaba furioso. El Cholo, que lo miraba desandar los pasos de un lado a otro de su *living*, no pudo evitar una media sonrisa.

—Y bueno, muchacho. Nadie dijo que este negocio fuera justo. Siempre alguno tiene que pagar los platos rotos.

Ariel dejó de caminar y se clavó firme frente al jefe policial.

—Mirame, Cholo, mirame bien —dijo, y el policía obedeció—. Siempre, siempre pago mis deudas. En este caso no debo nada, pero voy a pagar igual. Vos ocupate de silenciar a Suárez, yo voy a reemplazar a las tres negras que perdimos.

Ni Ariel ni el Cholo necesitaron decirse nada más. Sabían cuándo hablar y cuándo ya estaba todo dicho. No conocían otro lenguaje que el del crimen, y ambos carecían de energías y de escrúpulos como para inventarse otro idioma.

La noche en la que todo pasó fue una noche como cualquier otra, como tantas otras noches en las que la vida de las personas puede cambiar para siempre. Para algunos solo sería un recuerdo; para otros, una herida. Pero los que se cruzaron con el diablo llevarían la daga en las entrañas por el resto de sus vidas, de manera imborrable. Y, ya se sabe, el diablo suele hacerse ver de noche.

Se puso unos pantalones negros nuevos, una polera del mismo color y eligió un perfume que olía a madera. Se miró al espejo y sintió de inmediato una pulsión sexual, se refregó los ojos y trató de controlar la erección. «Donde se trabaja no se coge», pensó, aunque esta vez sabía que iba a ser difícil mantenerse a raya. Sacó de su ropero la campera de cuero y salió de su cuarto. Cerró la puerta con llave, como siempre.

La camioneta estaba lista: había cambiado las chapas patentes por unas con una numeración inexistente, debajo de uno de los asientos tenía lista la caja de metal con las herramientas de trabajo y sobre el asiento del acompañante estaba el ramito de flores y la caja de bombones. Ariel Alonso siempre estaba en los detalles.

Cuando pasó por el cuarto de las chicas, pudo escuchar sus voces detrás de la puerta. Volvió a sentir la presión de una erección, cerró los ojos y se detuvo unos instantes, los necesarios para retomar el impulso y bajar las escaleras con una media sonrisa en su boca.

—Me parece que le tenemos que avisar a la profe que vamos a salir —dijo Mariana mientras se ataba el pelo con una hebilla plateada.

—Callate, India —respondió Leonora con desprecio—. Yo hago lo que se me canta, no tengo que avisarle nada a la grasa esa de Lumi.

Pipa no logró concentrarse en la conversación, sabía cómo terminaban siempre esos debates: chicanas clasistas, gritos y alguna llorando; la de las lágrimas casi siempre era Mariana. Pero esta vez no fue lo previsible lo que la distrajo, su atención estaba puesta en Cornelia Villalba. Desde que habían llegado a El Paraje, estaba callada, ausente; si bien no era una chica de muchas palabras, solía divertirse molestando a sus amigas, pero ni eso parecía entusiasmarla. Solo se relacionaba con Leonora, con la que cruzaban miradas cómplices todo el tiempo; las había descubierto cuchicheando encerradas en el baño.

—Cornelia, ¿vas a ir al bar con nosotras? —preguntó Pipa de golpe—. No te cambiaste, ni siquiera te bañaste...

—Claro que voy a ir —contestó sin dejar de mirar las fotos de una revista de moda que había llevado en la valija.

—Basta, quiero que me escuchen —interrumpió Leonora.

Mariana dejó en suspenso el intento de controlar su pelo, Micaela la miró mientras se seguía pintando los labios, Cornelia tiró la revista arriba de la cama y Pipa hizo un esfuerzo por prestarle atención.

—El plan es el siguiente —dijo casi murmurando—. Ariel nos va a llevar a un bar, me dijo que es lo más parecido a un boliche que hay en este pueblo de mierda. Le prometí que no le íbamos a decir nada a nadie, menos que menos a Lumi. Así que silencio absoluto.

Todas asintieron con la cabeza, más allá de los odios y las envidias que despertaba la Durán, sabían que a la hora de organizar fiestas o planes divertidos no había como ella; «puedo armar un carnaval en el desierto», solía decir. Y no se equivocaba.

Cuando por fin todas estuvieron listas, bajaron en puntas de pie por la escalera y cruzaron la cocina para salir por la puerta de atrás; tal como Ariel le había indicado a Leonora, él iba a estar afuera, en la camioneta.

—Esperen —dijo Pipa en voz baja, muy cerca de la puerta—. Me olvidé la billetera.

—¡Qué boluda sos! Te esperamos afuera, apurate —dijo Cornelia con fastidio; justo ella, que era la que más se había demorado.

Pipa se descalzó para poder subir las escaleras corriendo, sin despertar a nadie. Tardó menos de tres minutos en recoger la billetera, pero cuando regresó a la cocina, se llevó una sorpresa: las botas que había dejado junto a las alacenas habían desaparecido. Buscó debajo de la mesa, corrió unas sillas de mimbre y hasta miró detrás de un gran tacho de basura. Seguro habían sido sus compañeras, tan graciosas y pesadas, pensó mientras metía la billetera en el fondo de una carterita que tenía colgada al hombro. Estaba a punto de abrir la puerta para increpar a las chicas cuando un gemido a sus espaldas le erizó la piel. Se dio vuelta asustada. Livia, la hija menor de los Alonso, la miraba con los ojos llenos de lágrimas. Pipa se acercó lentamente; la nena tenía las botas, una en cada mano.

—Livia, ¿por qué llorás? —le preguntó.

La nena no contestó, se limitó a negar con la cabeza. Pipa se agachó para tenerla a su altura y la agarró fuerte de los hombros.

—Cálmate —le susurró.

Ante el contacto físico, la nena dejó caer las botas.

—No, no, no, no —repetía la chiquita.

Pipa no sabía bien qué hacer, pero atinó a ponerse las botas con cuidado, sin dejar de estar atenta a la reacción de Livia. Optó por secarle las lágrimas y darle un beso en la mejilla. La nena pareció calmarse, suspiró, se dio media vuelta y se fue.

Pipa se acomodó el pelo en una cola alta y cerró su campera hasta el cuello. Intentó sacarse de la cabeza una idea que de a poco se transformó en una sensación que no se le iría por mucho tiempo: Livia Alonso quiso avisarle algo, quiso impedir que esa noche pasara lo que finalmente pasaría después.

El bar del pueblo se llamaba Tunik, como el volcán que había enterrado a El Paraje en la desgracia; que el único lugar de diversión llevara ese nombre era, para muchos, una declaración de principios, de superación. Las chicas se sorprendieron al entrar: el Tunik les resultó mucho mejor que lo que habían imaginado. El salón era muy amplio, con mesas y sillones puestos de manera prolija; las paredes estaban llenas de cuadros coloridos firmados por una artista influenciada por la corriente esencialista; un gran hogar a leños le daba al espacio el toque de calidez justo, y hasta la música sonaba a un volumen que permitía mantener una charla sin gritar. Ariel se manejaba allí como pez en el agua: saludaba con apretones de manos y palmadas en la espalda no solo a los parroquianos, sino que también el barman, los mozos y el *discjockey* eran destinatarios del toque del chico Alonso.

El grupo fue ubicado en la mejor mesa. No fue necesario pedir nada, los tragos empezaron a desfilan por las manos de las chicas. De a poco, el local se fue llenando y muchos empezaron a bailar.

—Vamos, bonitas, a mover el esqueleto —dijo Ariel, entusiasmado.

Las chicas largaron la carcajada por la expresión tan fuera de moda, pero se levantaron de golpe y se sumaron a la pista. Leonora se paró frente a Ariel y empezó a mover las caderas sin sacarle los ojos de encima, quería que sus amigas supieran que ese chico era de ella. Micaela y Mariana fueron al baño a retocarse el maquillaje; cuando volvieron al salón, se encontraron con Cornelia bailando con un hombre al que no habían visto antes; les llamó la atención la manera desvergonzada con la que se movía al ritmo de la música.

—Mirala a la mosquita muerta —susurró Mariana.

Micaela respondió con una risa pícaro, la agarró del brazo y se unieron al grupo.

Muy cerca del bar Tunik, en una cabaña a todo lujo en el pie de una montaña, un hombre recostado en un sillón de cuero fumando un habano y tomando un whisky repasaba una a una las fotos que tenía en una pila. El Cholo había hecho un buen trabajo fotografiando a escondidas a esas niñas ricas que habían llegado en las últimas horas a El Paraje, sus años en la policía provincial no habían sido en vano. El Egiptio rompió las fotografías que no le interesaban y se puso a analizar con detalle las elegidas. Después de un buen rato, había tomado una decisión; dejó el sillón y marcó un número en el teléfono antiguo que tenía colgado en la pared.

—Si me traés a la rubia tetona, te perdono el moco que te mandaste en Entre Ríos —dijo, y cortó la comunicación sin esperar respuesta. Abrió una botella, esta vez de vodka y se sentó a esperar.

Ariel tuvo que salir del bar para atender el llamado de su jefe, una sola frase bastó para que se le hiciera un nudo en la panza: nunca iba a dejar de temerle. Esa era tal vez la emoción humana más perenne que atesoraba: el miedo al Egipto. Guardó el teléfono celular en el bolsillo de su pantalón y se puso a caminar como si fuera un león enjaulado. La orden que le había dado era una locura, ¿cómo le iba a entregar a Leonora? Su plan con la rubia era absolutamente personal, la chica le gustaba mucho.

Prendió un cigarrillo, fumar lo ayudaba a pensar con claridad; escuchaba la música de fondo y a las chicas cantar a los gritos. Estaba seguro de que su evaluación había sido la correcta: Mariana tenía un aspecto demasiado normal, chicas como esas estaban al alcance de cualquiera; Micaela era petisa y tenía unos kilos demás, no daba con el perfil que buscaban. Su elección estaba entre Pipa y Cornelia, ambas parecían de clase alta y se podían usar en el mercado de los empresarios. Esa noche, segundos antes de que sonara su teléfono, había decidido quedarse con Cornelia; verla bailar tan desenfadada lo había sorprendido gratamente y no por nada el Tuerto —su mano derecha— se puso a jugar con ella. Se la estaba marcando y nadie como el Tuerto para elegir la mercadería.

Tiró el cigarrillo sin apagarlo y entró en el bar. Leonora lo estaba esperando detrás de la puerta y se le colgó del brazo, después le mordió la oreja. Ariel sonrió, la agarró por la cintura y la besó. Las chicas seguían bailando, pero ya no con el mismo entusiasmo; habían bebido demasiado. Mariana estaba mareada y Micaela había vomitado dos veces en el baño. Pipa había tomado dos vasos grandes con agua, no recordaba quién le había dicho que esa fórmula ayudaba a controlar las náuseas; recordó que Cornelia se le había acercado porque quería decirle algo, la buscó con la mirada, pero no la encontró. Cornelia había desaparecido.

Después de golpear tres veces la puerta del cuarto de las chicas sin obtener respuesta, la profesora Ludmila Roviralta supo que algo no estaba bien y decidió entrar. El olor a alcohol y a encierro le hizo fruncir la nariz. La habitación era un desorden total. Mariana, Micaela y Pipa estaban durmiendo sobre las camas sin abrir, totalmente vestidas. Leonora estaba en el baño; cuando salió, en ropa interior y con el maquillaje corrido, a la profesora le llamaron la atención unas marcas moradas en la piel blanca de los brazos de la chica.

—¿Qué pasó, Leonora? ¿Dónde está Cornelia? —Le había llamado la atención que fueran dos las camas que estaban vacías.

La chica miró la cama de su amiga y frunció el ceño, confundida.

—No sé —contestó con voz afónica y temerosa—. Recién veo que no está.

Ludmila despertó a las tres chicas a los sacudones; más que con enojo, con preocupación. Ninguna sabía dónde estaba Cornelia. Como pudieron, le confesaron la escapada al bar; estaban atontadas por la resaca y no recordaban cuándo la habían visto por última vez.

La profesora bajó corriendo las escaleras, la sangre le corría a borbotones y sintió que el corazón iba a salirse del pecho. Se metió en la cocina, donde Irma estaba preparando el desayuno.

—¿Dónde está Ariel? —preguntó casi gritando—. Me falta una alumna.

La vista por la ventana de la cocina metía miedo: casi diez centímetros de nieve se habían acumulado contra el vidrio. Irma dejó la cafetera y se secó las manos con el delantal, con una lentitud que a Ludmila le resultó desesperante.

—Está afuera cortando leña, ya lo busco.

A pesar del frío, el chico estaba todo transpirado; con un hacha había deshecho un tronco enorme. En cuanto vio a su madre abrir la puerta de la cocina, se sacó los guantes de cuero y entró en la casa. No necesitaron decir ni una palabra.

Apenas cruzó la puerta, la profesora se le tiró encima.

—Decime ya mismo dónde está Cornelia —dijo con voz temblorosa—. Las chicas me contaron que anoche salieron con vos. Falta Cornelia.

—No, no puede ser —le dijo mientras la agarraba fuerte de los hombros, con un gesto que intentaba ser tranquilizador—. Señora, fuimos un rato al bar del pueblo y volvimos todos. Yo las traje a las cinco.

Ludmila se alejó de un modo brusco. Se había dado cuenta de que estaba vestida con un camisón blanco bastante transparente, y se abrazó el pecho, en un intento fallido de cubrirse. Irma no dejaba de mirar a su hijo: sabía que estaba mintiendo. Nadie lo conocía como ella y, con la tranquilidad que la caracterizaba, se puso la situación al hombro.

—Señora Ludmila, vaya a vestirse, mientras tanto Ariel y yo vamos a dar una vuelta por los alrededores de la casa. Tal vez la chica salió a dar un paseo —dijo, y la

profesora asintió con la cabeza—. Hable con sus alumnas, pero si mi hijo dice que trajo a las cinco, es así. No tenga dudas de eso.

—¿Y si no la encuentran afuera? —preguntó Ludmila con un hilo de voz.

—Ya veremos —remató Irma mientras se ponía un abrigo de paño y piel de oveja.

En la habitación de las chicas, todo era confusión y reproches. Habían tomado demasiado alcohol y no se acordaban con claridad cómo y cuándo habían vuelto a la hostería. Los hechos no siempre son tan concretos como parecen, dependen de la memoria de las personas que los vivieron. Y de los testigos. ¿Qué sucede cuando por diversos motivos los recuerdos son difusos e incoherentes? ¿En qué lugar de la línea de tiempo quedan los hechos? ¿Qué había pasado en realidad? Mariana y Micaela aseguraban haber viajado en el asiento de atrás de la camioneta de Ariel, pero no sabían cómo habían llegado a sus camas; Pipa se lamentaba por haberse quedado dormida en la tráfico, no recordaba en qué lugar del vehículo se había sentado Cornelia. Leonora no hablaba, se envolvió con una manta y se paró frente al ventanal, sola. Las montañas nevadas parecían haberla eclipsado.

En la habitación de al lado, Ludmila intentaba pensar los pasos a seguir. Se lavó la cara con agua helada, se puso unos pantalones de pana, unas botas y un polerón de lana. En un bolsillo de su cartera, estaba la libreta con los teléfonos de contacto de los familiares de sus alumnas; el de los Villalba figuraba primero en la lista. El azar puede ser muy irónico a veces.

Bajó las escaleras. En el *living*, Ariel y su madre hablaban en voz baja. En cuanto la vieron, se callaron de golpe.

—¿Alguna novedad? —preguntó la profesora.

—Sí. Me metí unos metros por el comienzo del bosque y encontré esto, creo que hay que armar un equipo de rescatistas para que la busquen montaña adentro —dijo el muchacho.

Ariel había encontrado un collar, el collar de Cornelia. Ludmila lo levantó y lo puso frente a sus ojos. De una cadena gruesa de oro colgaba una chapita redonda con las iniciales de su alumna: C. V. Recordó lo orgullosa que estaba la nena con su joya; se la habían regalado sus padres para el cumpleaños de 15. La voz de Ariel interrumpió sus pensamientos.

—Señora, me tomé el atrevimiento de llamar a la policía. Están viniendo para ponerse a buscar a su alumna por las montañas. Debe estar perdida.

La seguridad del chico la tranquilizó. Tal vez Cornelia había salido a dar una vuelta y no sabía cómo volver a la posada. Aunque la lógica indicaba que a nadie en su sano juicio se le ocurriría ir de paseo en medio de una tormenta de nieve, Ludmila prefirió creer el relato de Ariel y con esas palabras informó a los Villalba lo que estaba ocurriendo.

Los padres de Cornelia no dudaron un segundo: casi con lo puesto, abordaron un avión privado y en horas del mediodía llegaron a El Paraje. No arribaron solos, los

acompañaba la mano derecha del Ministro de Interior. Todo el poder y el dinero de los Villalba se puso a disposición de un solo fin: encontrar a la chica con vida.

Su nombre era Cornelia Villalba y tenía 15 años. Su padre, un prestigioso médico. Su madre, una aristócrata heredera de una fortuna. Pero después de cuarenta y ocho horas desnuda y atada sobre un colchón húmedo y maloliente, la chica no era más que un pedazo de carne desesperado por un trago de agua o un pedazo de pan. Solo recordaba un golpe seco en el oído y una voz ronca: «Quietita, pendeja. Perdiste». No entendía qué pudo haber pasado, cómo fue que estaba bailando en el bar y de repente apareció encerrada en el baúl de un auto.

Lo primero que hizo fue lo que siempre le dio resultado en su vida: amenazar. Luego siguieron los pedidos y enseguida las súplicas. Que su padre, el doctor Villalba, tenía contactos con la policía; que la familia de su madre era gente poderosísima; que tenían acceso a los medios de comunicación; que si querían cobrar un rescate, ella podía conseguir todo el dinero del mundo; que por favor la sacaran del baúl, porque se estaba asfixiando; que no sabían con quién se estaban metiendo; que tenía ganas de vomitar; que estaba muerta de miedo. Finalmente entendió que su inteligencia, su acidez, su don de mando y hasta sus ruegos no eran moneda de cambio; su máximo capital se desmoronaba, no servía de nada. Entonces lloró, por primera vez en quince años, con lágrimas de verdad.

La primera noche golpeó la puerta del cuarto en el que la guardaron; fue un error, los nudillos de ambas manos se le hincharon y solo consiguió que le pusieran una cadena que unía su tobillo a un gancho en la pared. Entonces decidió gritar, mucho, fuerte; otro error: le arrancaron la ropa, la dejaron en corpiño y bombacha, y le tiraron un baldazo de agua helada. Su cuerpo y el colchón en el que estaba tirada quedaron empapados por completo.

La segunda noche la angustia dio paso al terror más primitivo: sabía que iban a violarla. Cada paso que escuchaba detrás de la puerta le helaba la sangre. Y tenía hambre, y tenía sed. Casi sin darse cuenta, de manera instintiva, empezó a chuparse los dedos con desesperación: estaban salados. Con esas manos se había secado las lágrimas que por momentos caían sin control. La lengua parecía agradecerle esa sensación, pero la panza no dejaba de sonar y la sequedad en la garganta se había tornado insoportable. Los pasos y las voces, que por momentos le daban terror, ya no le importaban. Quería que alguien abriese la puerta, quería que la mataran.

La tercera noche intentó sentarse, no pudo. La debilidad en los músculos se hizo sentir, la cabeza le daba vueltas y una arcada se le acomodó en la garganta. La pierna que tenía encadenada a la pared se le acalambró; la sensación la distrajo y durante mucho tiempo se dedicó a mover el tobillo, el dedo gordo, el empeine para un lado y para el otro. Advirtió que no estaba a oscuras: una bombita de luz cansina le permitía ver el lugar en el que estaba cautiva. La habitación era mucho más chica que su cuarto, calculó Cornelia usando la medida de lo conocido. Las paredes tenían la pintura blanca descascarada, las manchas de humedad a la altura del techo la

entretuvieron un buen rato adivinando formas: un perro, un árbol de Navidad y una estrella. La única ventana que había le dio una mínima esperanza. Los vidrios estaban sucios; del otro lado, papeles de diario le impedían ver y ser vista. Tal vez, si rompía esos cristales, podía pedir ayuda, pero, ¿con qué podía hacerlo? En el piso solo había dos cucarachas muertas, patas para arriba.

Tanteó con desesperación el colchón en el que la habían dejado: en una punta, estaba su ropa, la que le arrancaron para tirarle el agua helada. Se estiró hasta donde la cadena le permitió; debajo de la campera rosa y de la remera celeste, estaban sus jeans negros. A pesar de la situación en la que se encontraba, sonrió. Metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y sacó una tableta de chocolate. Unas horas antes, cuando casi por instinto se la había guardado, ni se imaginaba lo indispensable de ese hurto inocente. Rompió el envoltorio con desesperación y mordió un pedazo. El sabor dulce inundó su lengua y su paladar; cerró los ojos, tenía que evitar comer el resto de la golosina. Casi sin mirar, para no tentarse, metió lo que quedaba de chocolate en un hueco entre el colchón y la pared.

Se acostó boca arriba. Ese bocado dulce le había dado un subidón de energía. Levantó una pierna, se miró el tobillo y empezó a hacer círculos con el pie. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando quiso hacer lo mismo con la otra pierna: la cadena que la unía a la pared se lo impedía. El ruido de los eslabones de metal la aturdió; se tapó los oídos con ambas manos hasta que, embotada en el tiempo, se durmió.

—Despertate ya mismo.

Cornelia abrió los ojos de golpe. La sospecha de que esa voz era parte de una pesadilla duró solo un segundo. A los pies del colchón, una mujer intentaba con dificultad meter una llave en el candado que unía la cadena al gancho en la pared. Iban a liberarla y no pudo evitar sentir un atisbo de entusiasmo.

—¿Quién sos? ¿Hablaron con mi padre? ¿Qué dijo? ¿Ya pagaron el rescate? ¿Cuándo me voy a mi casa? —lanzó una catarata de preguntas con voz llorosa.

La mujer soltó la cadena y lentamente la fue enrollando, eslabón por eslabón, hasta armar una rueda de metal que dejó en un rincón del cuarto. Era imposible determinar su edad. Vestía una túnica de color negro que le llegaba hasta los tobillos. Pocos centímetros de piel estaban al descubierto, parecía querer esconderla entre los hilos del género. Lo que más impresionaba era su cara, o lo que quedaba de ella: la cicatriz de una quemadura había hecho desaparecer el lado derecho. Aunque intentaba cubrir la deformidad con su pelo largo y lacio, no lo conseguía del todo.

—A partir de este momento tu nombre es Barbi y tenés 18 años. Te escapaste de tu casa en Buenos Aires y estás en este lugar trabajando como recepcionista.

Cornelia se sentó en la cama con un movimiento torpe; estaba mareada, tenía hambre y sed, pero sabía que había otras prioridades que atender.

—No entiendo, debe haber un error. Llamen a mi padre, él va a pagar lo que sea por mí...

La mujer largó una carcajada y su rostro masacrado se convirtió en una máscara de terror.

—Pibita, tengo una lista de hombres que van a pagar más de lo que valés —dijo, y se acercó para agarrar a Cornelia de los hombros—. Escuchame bien y repetí: «Me llamo Barbi, tengo 18 años y soy la recepcionista del bar».

—¿Estoy en un bar? —preguntó la chica.

La cachetada no se hizo esperar; fue rápida, aguda, sin miramientos. El primero de los tantos golpes que vendrían.

—Dejá de llorar y repetí lo que te dije.

—Me llamo Barbi, tengo 18 años y soy la recepcionista.

Las lágrimas le quemaban la piel enrojecida de la mejilla y no podía dejar de temblar.

—Mirame —ordenó la mujer—. Todas tus soluciones desaparecieron. No están más. Cornelia está muerta y los muertos no regresan, nena. Nunca.

Mientras guardaba la pollera y la camisa en el fondo de su placard, tomó una decisión: nunca más se iba a vestir de negro. La certeza le vino de pronto, como si hubiera estado escondida en un lugar de su cabeza, agazapada, esperando para dar el gran paso. Sus manos cerraron —por última vez— los botones dorados del saco que nunca más se iba a poner. «Una cosa es vestir de negro y otra, muy distinta, es estar de luto», pensó Clara Villalba y sonrió. Su hija no estaba muerta, el luto no era necesario. Durante años mantuvo ese disfraz más para darles una respuesta a los otros que a sí misma. Ella lo sentía en la sangre, en la piel, en el estómago. ¿Quién podía saber más que una madre sobre su propia hija? Nadie. Y, sin embargo, la miraban con pena, con compasión; escuchaban sus argumentos como quien escucha los argumentos de una loca. Pero desde ahora todo iba a ser distinto, ella tenía razón.

Se cubrió con una bata de seda color coral y la ajustó con un lazo en la cintura; notó que, en el último tiempo, había adelgazado bastante. Salió de su habitación y se asomó por la baranda; en el piso de abajo, su marido, el doctor Villalba, estaba sentado en el sillón de siempre tomando un whisky, con la mirada clavada en la pared. No podía contar con él; era un hombre débil, había sacudido la bandera blanca de la derrota desde el primer día. A pesar de que movió cielo y tierra y de que gastó fortunas en investigadores privados, su actitud era la de un hombre que pagaba para que le trajeran un cadáver. Se arregló los mechones de pelo que se habían escapado de su peinado y con paso firme recorrió el largo pasillo. La puerta del fondo era la puerta de ella, la del cuarto de Cornelia. Recordó el momento en que estaba embarazada y frente a esa habitación destinada a la niña por venir decidió que le pondría Cornelia, en honor a Silvina Ocampo y su cuento «Cornelia frente al espejo». El corazón se le aceleró; respiró hondo y, con delicadeza, movió la manija dorada hacia abajo. No pudo evitar una sonrisa resignada.

Entró despacio, en puntas de pie. ¡Cómo se enojaba Cornelia cuando la despertaban un sábado por la mañana! La habitación estaba tal cual la chica la había dejado diez años atrás; hasta la pila de ropa que había descartado al hacer la valija, antes de viajar a El Paraje, seguía en la misma silla. La mucama tenía una orden precisa: limpiar, pero no ordenar. En las zapatillas debajo de la cama, en la botella vacía de jugo en la mesita de luz, en los bollos de papel debajo del escritorio, Clara encontraba a su hija, la percibía en esos detalles y hasta podía extrañarla menos. Recorrió con la mirada el escritorio: cuatro libros de inglés, una taza que habían comprado en Disney usada como lapicero, un cuaderno anillado con anotaciones de la clase de historia y un osito de peluche azul. Se frotó las manos, de golpe se le habían puesto frías; la idea de tener que abrir los cajones la atemorizaba, pero no le quedaba opción: tenía que encontrar lo que había ido a buscar, de eso dependía traer de nuevo a su hija.

Se sentó en el piso con las piernas cruzadas. En el primer cajón, estaban los dos

álbumes de fotos que Cornelia había usado para guardar su colección de estampillas; en el segundo, unos marcadores sin tapa, lápices de colores y unas gomas de borrar con forma de corazón. Clara abrió el tercero, no fue necesario revolver demasiado: el cuaderno de comunicaciones forrado con papel araña color verde —tal como pedían en el Dullmich College— estaba allí. No tardó ni cinco minutos en sacarlo, cerrar el cajón y salir del cuarto de la chica; por muy firmes que sean algunas decisiones, a veces basta un segundo para hacerlas tambalear y ella no iba a permitir que la debilidad o el miedo se colaran, esta vez no.

—Mamá, ¿qué hacías en ese cuarto?

La voz de Dionisio la sorprendió. No lo había visto en el pasillo hasta que se cruzaron, su cabeza estaba en otra cosa.

—¿Me estás espiando? —preguntó Clara, para tener tiempo de pensar alguna excusa.

—Te busqué en tu habitación y no estabas. Llamó el padre Tomeo para que le digamos qué hacer con la foto de la nena, quedó en el altar de la iglesia.

Miró a su hijo como si acabara de descubrirlo: se había sacado la ropa de la misa, con el jean y la remera blanca que se había puesto parecía mucho más joven y más guapo.

—¿Por qué no nombrás como se debe a tu hermana? —preguntó—. Siempre decís «la nena» o «esta chica». No recuerdo la última vez que dijiste su nombre. *Cornelia* —dijo con énfasis—. Se llama Cor-ne-lia.

—Se llamaba, mamá —respondió Dionisio.

La mujer le acarició la mejilla, en un gesto más de pena que de amor.

—Permiso, querido. Dejame pasar. Tengo cosas que hacer.

Sin mirar a su marido, que seguía en el mismo sillón en el que se había sentado cuando volvieron de la misa, Clara se metió en la cocina y trabó la puerta. Agradeció la lucidez que había tenido al haberle dado franco a la cocinera. Prendió la jarra eléctrica y, mientras esperaba que se calentase el agua para el té, recorrió con la mirada la cocina. Era enorme, incluso más grande que las habitaciones de sus hijos. Cuando compraron la casona, el doctor Villalba todavía no era doctor, le faltaban dos materias para recibirse, y a ambos les pareció apropiado achicar el jardín y armar un espacio en el que no solo se pudiera cocinar: allí desayunaban, almorzaban, merendaban y, en la mesa grande que habían comprado en un mercado de pulgas, Eugenio terminó de estudiar lo que quedaba para conseguir su título. Después nacieron los chicos y, entre cacerolas y platos, solían aparecen muñecas y pelotas de tenis. «Fuimos felices», pensó la mujer al mismo tiempo que le ponía una cucharada de miel al té.

Desde que se acomodó en la silla acolchonada de la cabecera hasta que se animó a abrir el cuaderno de comunicaciones de Cornelia, pasó un tiempo indefinido. Eso le sucedía habitualmente: había perdido la capacidad de mensurar el tiempo. Vagaba en letargos sin principios ni fines, y la mayoría de las veces lloraba sin saber cómo había

llegado hasta ese punto. Pero esa vez era diferente, ahora no tenía tiempo para perder.

Le sorprendió ver que, en la mayoría de las notas que enviaban del colegio, su firma estaba falsificada. No pudo evitar besar ese pedacito de hoja en el que la letra chiquita de Cornelia intentaba aparentar ser quien no era; la manera de permanecer de quienes ya no están tiene caminos insondables, y a Clara le resultó casi mágico haber descubierto esa travesura de su hija, lo tomó como un mensaje. En la última página, pegada con plasticola, estaba la lista que buscaba. Con la uña perfectamente esmaltada del dedo índice recorrió uno a uno los nombres de las familias de las compañeras de Cornelia. Allí estaba la información: direcciones y teléfonos.

Buscó su teléfono celular en la cartera que había dejado sobre la mesada e ignoró los mensajes de whatsapp que tenía pendientes: no quería que nada la distrajera. Como cada vez que se ponía nerviosa, se sacó su pulsera de oro y la dejó arriba de la mesa. Marcó con excesiva precisión el número. A los pocos timbres, una mujer atendió el llamado. Clara no dudó.

—Hola, buenas tardes. Soy la señora Clara Villalba. Pipa, ¿se encuentra?

—No, ella ya no vive en esta casa.

—Espere, no me corte. Necesito ubicarla...

—Déjeme su teléfono y si en algún momento la veo, le paso el mensaje.

—No, usted no entiende. Quiero el teléfono de Pipa, es un caso de vida o muerte —insistió con una excusa que, en definitiva, tenía su cuota de verdad. Clara tenía tal habilidad para dar órdenes que, del otro lado de la línea, la mujer dudó.

—A ver, espere un segundo. Yo soy la empleada doméstica, le voy a consultar a mi patrona.

Por instinto, Clara cruzó los dedos; el gesto infantil le dio seguridad. Necesitaba encontrar a Pipa, ella era la única que podía ayudarla.

—Hola, señora. ¿Sigue ahí?

—Sí, sí, acá estoy.

—Dice mi patrona que la chica que usted busca trabaja de policía, es de esas que investigan a los asesinados y esas cosas...

—Homicidios —la corrigió Clara.

—Sí, eso.

—Muy bien, muchas gracias —dijo. No pensaba rogarle más a una mucama—. Seguiré buscando por esa vía.

Cortó la llamada sin esperar el saludo de cortesía del otro lado. El dato no era nuevo para ella: unos años atrás, había leído en el diario que la excompañera de su hija había participado en la investigación del crimen de una chica llamada Gloriana Márquez. Fue una de las pocas noticias que siguió de cerca: la muerte joven y saber qué había sido de la vida de Pipa le despertaron el interés.

El té ya estaba frío, pero no le importó. Metió el nombre completo en el buscador de google del celular y empezó a leer. Memorizó el número de la División Homicidios de la Policía Federal y marcó.

Llegó a su casa empapada. Dejó el arma reglamentaria sobre la mesa de luz, apiló la ropa mojada dentro de la bañera y se quedó en ropa interior. No tenía fuerzas ni para darse una ducha. Los últimos diez años se le habían venido encima de golpe; tanto guardar, callar, disimular, fingir no había servido de nada. La mirada de Cornelia desde la foto, en el altar de la iglesia, la había desmoronado como si fuera una figura de hielo bajo el sol.

Cuando volvió de El Paraje, su vida cambió para siempre. Todos la acompañaron, esperaron de ella lo que se pretende de una chica de 15 años: que ría, que baile, que se divierta, que se enamore... Y cumplió. Hizo todo eso, pero cuando se quedaba sola o durante alguna clase aburrida, y hasta incluso después de tener sexo, pensaba en Cornelia, la que ya no estaba. No era un recuerdo afectuoso, ni siquiera una sensación cercana a la ternura: sentía culpa. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que repasó, segundo a segundo, esa noche: el bar, la música. Hasta los olores seguían escondidos en un lugar de su memoria; a pesar de los esfuerzos que todos hicieron para que olvidara, no olvidó. Lo vivido era como un par de medias sucias guardadas en el fondo de un cajón; un buen día, uno mete la mano y aparecen. Ese parecía ser ese día, y las medias seguían allí, sucias como siempre.

Se preparó un café con leche, un nudo en el estómago le había anulado las ganas de almorzar. La tormenta parecía imparable; desde la ventana de su balcón, no llegaba a distinguirse la vereda de enfrente. Se distrajo un buen rato viendo los dibujos que el agua dejaba en los vidrios. Cuando empezaba a relajarse, el sonido de su celular la arrancó de golpe del lugar al que parecía haberse ido. Se fijó en el identificador de llamadas: era el número de la central de Homicidios. Cuando atendió, una de las telefonistas le comunicó que tenían en línea a una mujer que decía necesitar hablar con ella por una cuestión de vida o muerte. Pipa se sorprendió, generalmente se la solicitaba por lo segundo. Aceptó la comunicación sin dudar.

—Hola, Pipa, ¿sos vos?

Se le aflojaron las rodillas. Nadie en su mundo actual la llamaba por su apodo de la adolescencia. Cuando volvió de El Paraje, convenció a sus padres y se cambió de colegio. En ese momento Pipa dejó de existir. Como cada vez que no sabía qué contestar, preguntó:

—¿Quién habla? Identifíquese, por favor.

—Soy Clara Villalba, la madre de Cornelia Villalba —dijo la mujer con voz firme.

—Qué sorpresa —balbuceó mientras se sentaba en el piso. No podía mantenerse parada ni un minuto más—. No imaginé que usted me...

—Ya está, querida, no te esfuerces. Es lógico que te sorprenda mi llamado, incluso hasta puedo imaginar que te gustaría cortar la comunicación, y estás en tu derecho...

—No me recite mis derechos, ese suele ser mi trabajo —interrumpió a la defensiva.

—Sí, claro. No me olvido de que sos policía. De hecho, ese es el motivo por el que te estuve buscando. No me importa que esta mañana en la iglesia hayas evitado saludarme. Suelo darme cuenta cuando me evitan, así que no intentes negarlo.

—No pensaba negarlo —retrucó—. Señora Villalba, no demos más vueltas. ¿Qué es lo que necesita?

—A Cornelia, a mi hija —contestó la mujer con una certeza demoledora.

No supo qué contestar. ¿Qué le hacía pensar a esta mujer que ella podía traerle de nuevo a Cornelia? Y como un rayo le cayó la pregunta que nunca había querido hacerse: ¿por qué, siendo policía especializada en homicidios, nunca pidió la causa por la desaparición de su compañera para saber en qué punto se había estancado? Por suerte, la voz de Clara la sacó de sus cavilaciones.

—Pipa, necesito que nos veamos. Tengo un dato que nos puede llevar a saber qué pasó con mi hija.

Hablar en plural no fue inocente, tampoco el cambio en su tono de voz: Clara sabía que la única manera de convencer a la chica era involucrarla. Ambas tenían trabajo por delante, ambas estaban juntas en esto, ambas debían buscar a Cornelia.

—No le prometo nada, pero tengo la obligación de escucharla y derivarla a quien corresponda. Es parte de mi trabajo.

—Es más que eso, querida. Es parte de tu vida —sentenció triunfante la mujer.

Habían pasado dos horas desde la conversación con Clara Villalba y seguía temblando. Estaba entrenada para enfrentarse con los asesinos o violadores más despiadados, había visto los horrores más indecibles en las mesas de autopsias, sabía cómo sonaban las balas de su pistola desgarrando la piel del enemigo, pero su pasado era cosa seria. Nadie la había preparado para desandar ese camino del que había borrado las huellas.

Necesitaba darse una ducha. Sacó de la bañera el pantalón, la camisa y el saco que había usado para la misa y dobló cada una de las prendas, todavía húmedas, para llevarlas al lavadero. En el bolsillo del *blazer*, encontró el pañuelo verde que se le había caído a esa mujer que le había llamado la atención a la salida de la misa. En tan poco tiempo le habían sucedido tantas cosas que había olvidado el momento en el que lo había rescatado del cordón de la vereda. Estiró el género sobre la mesa del *living* y lo rozó con la yema de los dedos: era de seda natural. Había sido criada en una familia de alcurnia; entre tantas otras frivolidades, su madre le había enseñado a reconocer al tacto la calidad de las prendas. «La seda es una fibra natural que se produce a partir de los capullos de los gusanos de seda. Se necesitan 5500 gusanos para obtener un kilo de seda», solía decirle ella para que tomara dimensión de lo valioso que era ese material que inundaba su placard.

Con un secador de pelo le tiró aire despacio. Eso también se lo había enseñado su madre: «Cuando la seda está pintada a mano, cada una de las fibras tiene que estar completamente seca para poder disfrutar del diseño». Como si fuera una ofrenda, el cuadrado verde empezó a develar el dibujo y se abrió tímido ante sus ojos. Tomó el pañuelo por las dos puntas superiores y lo extendió. Cada vez que una partícula de aire tocaba la seda, el pañuelo ondeaba y generaba el efecto de un mar. Revisó la tela buscando la etiqueta o algún sello, dando por descontado que sería de algún diseñador; esa era otra de las costumbres heredadas de su madre: buscar la marca para certificar la calidad. Nada, no tenía absolutamente nada. Lo dobló en cuatro y lo dejó en un costado de la mesa, por el momento no se le ocurría de qué manera podía encontrar a la dueña para devolverlo.

El pañuelo la había entretenido solo por un rato. Mientras el agua caliente enrojecía su piel, la cara de Cornelia volvió a atosigarla. Se puso un jean recto azul oscuro, un *sweater* escote en V color rojo y unas botas de lluvia. Metió su pistola en el bolsillo interno de la cartera. La incomodaba la idea de ir armada, pero sin su glock estaba desnuda. Se acomodó el pelo en una trenza larguísima y fue a encontrarse con el pasado por segunda vez en el día.

Nada más rancio que un boliche de día. Lo que la noche, las luces y la música tapa, queda al descubierto: los tapizados gastados de los sillones, las manchas pegoteadas en el vidrio de la barra, el polvo flotando en los halos de luz que se filtraban por las ventanas y el olor a sudor, alcohol y tabaco inundando el ambiente. Con un gesto que mezclaba enojo y asco, la Sirena cruzó el salón y tiró su cartera Louis Vuitton sobre una butaca. Aplaudió cuatro veces, esa era su manera de llamar a quienes consideraba suyos. Estaba de pésimo humor y haber perdido su pañuelo verde de la suerte no ayudaba a mejorarlo.

Yayo se asomó por la puerta de la cocina, abrió grandes los ojos, se limpió las manos en el delantal y salió a su encuentro.

—¿No tenés pensado limpiar estar mugre? Hoy es sábado, unos tipos de guita alquilaron el local para esta noche —anunció la mujer casi gritando.

—Sí, sí. Ya me pongo con eso, pero hace un rato me trajeron la mercadería y estaba chequeando que todo sea de primer nivel —dijo el chico y le guiñó un ojo.

—¡Qué sabrás vos lo que es primer nivel! —ironizó, despectiva.

El muchacho asintió con la cabeza y le sirvió lo de siempre: gin, limón y miel. La mujer se lo tomó de un trago y con un gesto pidió otro.

—¿Qué tenés en el fondo, Yayo? —preguntó de mejor humor.

—Cuatro mayores, dos menores y el staff de siempre. Ahora están con Natasha. Las está tuneando un poco. De las grandes, hay un par que están muy desmejoradas...

—¿Y qué hacen acá? —interrumpió la Sirena—. ¿Las chiquitas son mías?

—Las dos menores, sí. A las otras las tenemos a préstamo —aclaró Yayo.

Eso era lo único que le importaba: las menores. Estar cerca del Egipto para salvar el pellejo era una estrategia que tenía bien aceiteada. Ella ya se consideraba perdida, rota; pero mientras pudiera salvar a las nenas que estaban por ser obligadas a caminar la ruta que ella había caminado a puro golpe, iba a hacerlo.

—De las pibitas me encargo yo. El que las toca se las va a tener que ver conmigo —ordenó.

A esas alturas, la Sirena conocía muy bien las reglas del negocio. Según se contaba, era la mayor de cinco hijos de una familia española. Tenía solo 13 años cuando su cuerpazo —demasiado desarrollado para su edad— llamó la atención de un tratante. Algunos decían que la habían capturado en Madrid; otros, en Barcelona. Lo cierto era que, mediante el engaño clásico de trabajar como niñera en una casa de gente adinerada, se la llevaron. Le enseñaron a trabajar a los golpes y durante tres años fue la chica todo uso del dueño de casa y sus amigos. El correr del tiempo le jugó una mala pasada —aunque en el negocio del sexo no existen las buenas pasadas— y dejó de parecer una niña, entonces sus abusadores buscaron chicas más jóvenes. A partir de ahí, la historia de la Sirena era una incógnita. Muchos sostenían que la

habían vendido a la temible mafia de trata de los Balcanes; otros decían que la habían bajado de categoría y la habían mandado a los burdeles de Ibiza. En el ambiente, corría la voz de que había estado unos años con un narco llamado el Torero, pero en lo único en lo que los rumores coincidían era en que había sido el Egipcio el que la había salvado de convertirse en una de esas mujeres casi muertas que se ofrecían por comida en los puertos europeos.

—Haceme otro trago, Yayo. Voy al fondo a chequear lo que les vamos a ofrecer a los clientes esta noche —dijo la Sirena mientras se sacaba el *blazer* blanco, se arremangaba la camisa y se ataba los rulos en un rodete a la altura de la nuca.

En el pasillo, mientras se dirigía hacia los cuartos, la Sirena se cruzó con Adalberto, un gigante de casi dos metros que estaba a cargo de custodiar la mercadería. Era el encargado, también, de suministrarles la cocaína para que estuvieran lo suficientemente desenvueltas con los clientes, a los que no les gustaban las mojigatas. Al hombre le decían «el Doctor», se había ganado el apodo gracias a su talento para meterles a las chicas las dosis exactas de droga. Era fundamental que no se hicieran adictas; se pagaba demasiado dinero por ellas como para, además, tener que sostenerles el vicio. Lo justo y necesario para que cumplieran con su trabajo y no fueran molidas a golpes por algún cliente falto de paciencia. Adalberto salía de una de las habitaciones.

—Eh, Doc —dijo la Sirena a modo de saludo.

El hombre largó una carcajada, la piel del rostro se le enrojeció de golpe. La Sirena era la única con la que se permitía reír. Estaba convencido de que él era la parte masculina que a ella le faltaba; aunque ella tuviera como amante al Egipcio, Adalberto sabía que el único hombre de su vida era él. Ella se lo había dicho hacía años en otras circunstancias, pero nada había cambiado.

—Vamos, movete, querido —dijo ella con coquetería—. Andate de acá ya mismo, que tenés pendiente la tarea que te encomendé. No me falles.

A pesar de que ya la había visto esa mañana, Clara estaba expectante; imaginaba que su Cornelia podía haberse parecido bastante a Pipa. Ver a las amigas de su hija le resultaba insoportable. El tiempo les había pasado por la piel, por el alma; sin embargo, su hija aún tenía quince, era una hija de foto.

Fue hasta la baulera de la casa. En el fondo de un armario, estaba colgado el vestido de lino violeta que se había puesto el día que fue a despedir a las chicas. Sonrió al pensar que la última imagen que Cornelia tenía de ella era con esa ropa, con ese color. Nunca más se lo había vuelto a poner, pero esa vez las cosas habían cambiado. Una manera de retomar la historia donde había quedado era esa: estar igual, descongelar esa escena que la atormentaba hacía años.

Pipa llegó media hora antes de lo pautado. Tenía esa deformación profesional: necesitaba ver cómo era el lugar de la cita, las vías de llegada, las de escape. Y, además, si el encuentro era en un restaurante o en un bar, necesitaba elegir la mesa para sentarse mirando hacia la puerta; su espalda nunca —nunca— tenía que quedar cerca de las ventanas. Las paredes eran la mejor protección, nadie podía atacarla desde esa posición.

Había dejado de llover y el viento había despejado el cielo; la noche de sábado empezaba a caer clara y fresca. El lugar que había elegido Clara Villalba estaba muy a su altura: mesas de una madera tan oscura como noble, vajilla original y flores frescas en cada una de las mesas. Pidió una botella de agua de marca francesa; cuando estaba por tomar el primer trago, la vio entrar. Como había comprobado esa mañana en la iglesia, Clara seguía siendo una mujer impactante. Pipa levantó el brazo para hacerse ver y no pudo evitar una sonrisa.

—Querida, un gusto verte —dijo la mujer a modo de saludo mientras colgaba en el respaldo de la silla una capa de cachemira negra. No le dio ni un beso, ni un abrazo, ni siquiera le tendió la mano. Nada.

Como por arte de magia, el mozo se acercó a la mesa y tomó el pedido de Clara: un café irlandés. Se miraron en silencio por unos segundos que parecieron años. Fue Pipa la que decidió salir de esa situación incómoda.

—Para mí también es un gusto verla.

Mientras recitaba las palabras de cortesía, no pudo sacar los ojos del vestido de la mujer. Clara se dio cuenta y la interrumpió:

—¿Te acordás, no? De este vestido, digo. Vos tenías puesto, si no recuerdo mal, un gorro de lana de muchos colores y una campera verde...

—Azul.

—Ah, sí, azul. ¿Pero te acordás? —insistió.

Claro que se acordaba. Mariana, Micaela, Leonora, Cornelia, la profesora Lumi y ella se habían despedido de sus padres en Aeroparque. Estaban entusiasmadas, era la primera vez que salían de la ciudad sin sus familias; no era un viaje de egresados,

pero así lo sentían. Mientras compraban revistas de moda en el kiosco del aeropuerto y llenaban sus mochilas de golosinas, no imaginaban lo poco que faltaba para que sus vidas de cajita de cristal se estrellaran en mil pedazos.

—Sí, me acuerdo —murmuró.

Tomó dos tragos de agua, mientras el mozo traía el café con una bandejita de plata llena de bombones pequeños.

—Bueno, querida, vayamos al punto. Esta mañana en la misa te vi charlando con mi hijo. Estuve tentada de saludarte, pero preferí no hacerlo. No tengo un afecto especial por ninguna de ustedes. No las culpo de nada, pero nunca entendí cómo mi hija pudo desaparecer ante los ojos de sus amigas y que ninguna haya visto nada.

La chica quiso interrumpirla, pero la mujer levantó la mano y con ese gesto la hizo callar.

—No te busqué para hacerte reproches, ni para escuchar las excusas que seguramente habrán dado durante muchos años. Te busqué para que me ayudes a traer de nuevo a Cornelia.

Pipa se sirvió más agua; necesitaba esos segundos para acomodarse, poner la cabeza fría y enfrentar a esa madre que la embestía como una leona.

—Yo sé lo difícil que fue y es todo para usted y su familia, pero no entiendo el pedido que me está haciendo.

—No es un pedido, querida. No necesito favores de parte de nadie —dijo con certeza—. Vos sos policía, yo tengo una hija perdida y es tu obligación colaborar conmigo.

—Clara, ¿esto es una denuncia formal? Porque si esos son los términos hay que hacerlo por la vía correspondiente. Me ofrezco a acompañarla.

La mujer largó una carcajada llena de ironía.

—Querida mía, la vía correspondiente, como te gusta llamarla, no me sirvió de nada. Mirame bien. ¿Me ves? —dijo, y Pipa asintió—. Con este vestido que tengo puesto vi a mi hija por última vez, me lo puse para que te des cuenta de que estoy exactamente en el mismo lugar. La diferencia es que ahora hay algo que cambió, algo nuevo que puede hacer girar esta historia y ahí es donde entrás vos, Pipa.

—La escucho.

—Esta mañana, cuando terminó la misa, estábamos en el atrio de la iglesia y una mujer se acercó. Tenía una especie de carpeta o cuaderno, no me fijé bien, lleno de recortes de diarios. Me habló de Cornelia y me agradeció por los avisos fúnebres que publicamos durante años en su honor.

—Hay mucha gente que se dedica a esas cosas, Clara. Aunque no lo crea, he conocido personas que suelen ir a los velatorios de los famosos y hasta los lloran...

—Nosotros nunca publicamos avisos fúnebres para Cornelia y sin embargo estaban ahí.

Pipa se despabiló de golpe. Se le anudó el estómago como cada vez que en una investigación una pista saltaba entre el resto de la información. Siempre funcionaba

igual, como ver un listón de un marrón diferente en un piso de madera, o la tecla apenas corrida en el teclado de una computadora; no todos lo veían a simple vista y así se diferenciaba el buen sabueso del resto de los mortales. De manera automática, sacó de su cartera una libreta y una lapicera. Clara tomó el café, que había empezado a enfriarse.

—Entonces... ¿usted dice que se publicaron avisos fúnebres para Cornelia en nombre de la familia Villalba?

—Sí y no.

La policía levantó la vista de sus anotaciones. Clara siguió explicando.

—Digo que alguien los publicó. No estaban firmados por nuestra familia.

—¿Qué decían esos avisos?

—No recuerdo. Me quedé muy impresionada, pero eran muy personales —dijo, e hizo un silencio mientras se esforzaba en hacer memoria—. «Te extraño por siempre» o algo así. ¿No se pueden buscar por internet?

—Sí, claro —contestó Pipa, y siguió con lo que le interesaba—. ¿Cómo era la mujer que le mostró los recortes?

—Era una mujer grande, de unos, no sé, 60 o 70 años. Estaba vestida de negro, un vestido humildón —dijo frunciendo la boca—. Bastante desalineada. La carpeta en la que tenía los recortes estaba guardada en una bolsa de nylon, de esas que usan en los supermercados. Con un brazo sostenía una caja de zapatos.

Dejó de tomar notas, no lo necesitaba. Pipa también recordaba a esa mujer. La había visto merodeando en la iglesia e, incluso, le había preguntado si se encontraba bien. El dato que aportaba la madre de Cornelia era interesante.

—Clara, ¿existe algún amigo o amiga suya, familiar o vecino que pudiera haber publicado durante estos años recordatorios para su hija? Piense bien. Tal vez alguien a quien usted no ve hace mucho.

La mujer negó con la cabeza.

—No, de ninguna manera. Desde hace tiempo que mi marido, mi hijo y yo estamos solos en el dolor. Los más allegados se fueron alejando. Ellos tenían una idea de cómo se transita una pérdida y nos la quisieron imponer. «Ya va a pasar, ya van a estar mejor» —imitó con voz burlona—, y la verdad es que nosotros no queremos que pase. Pensamos que si nos olvidamos de Cornelia, tal vez nunca más aparezca.

Pipa hizo un esfuerzo por no conmovirse, tenía que estar fría si quería ayudar a Clara a desentrañar el misterio. Decidió cambiar el tono de la conversación.

—¿Qué sabe de Mariana García, Micaela Bordón, Leonora Durán y la profesora Ludmila Roviralta? —le resultó extraño recitar sus nombres como si no las conociera.

—No mucho. Dionisio me contó que Leonora se había casado. Ellos se ven en algunos eventos sociales, se manejan en el mismo ambiente, y de las otras, no supe nada más. Los padres de todas al principio llamaban a casa para saber si había alguna novedad —dijo, luego hizo un silencio y le clavó la mirada—. Tus padres también llamaron varias veces, pero no había nada que contar. Creo recordar que el colegio

echó a la profesora y ella que se mudó de provincia, más de eso no sé. ¿Vos no seguiste en contacto con tus amigas?

—No, me cambié de colegio y nunca más las vi, hasta hoy en la misa.

No había mucho más para charlar. Una duda y un conjunto de avisos fúnebres no eran suficientes para que un fiscal abriera una investigación después de tantos años. Pipa tenía que llevar algo que demostrara que esas publicaciones estaban directamente relacionadas con un hecho delictivo o con el paradero del cuerpo de Cornelia.

—Clara, voy a ponerme a averiguar un poco más sobre esto que me contó, le prometo que en cuanto sepa algo me comunico con usted.

La mujer la tomó de las manos.

—Te repito: esto no es un favor que le estoy pidiendo a Pipa. Es una obligación que vos, Manuela Pelari, tenés ante la verdad. ¿Me explico?

Ya era de noche cuando ambas mujeres dejaron el bar, luego de intercambiar las tarjetas con sus datos, una manera de hacer tangible el compromiso se seguir conectadas. Manuela acompañó a Clara hasta la esquina en la que había dejado estacionada su camioneta; por un momento, tuvo ganas de agarrarla del brazo y caminar así esos metros, pero no lo hizo. Se despidieron con un abrazo corto y frío.

Si quería avanzar sobre la pista que tenía entre manos, Pipa tenía que dejar de ser Pipa, pensó la agente Manuela Pelari mientras caminaba hacia su auto. Era la única manera de despojarse de toda cuestión personal. Se abrochó hasta el cuello la campera y apuró el paso. Tenía que llegar a su casa y bucear en la computadora: los avisos fúnebres eran fáciles de encontrar.

—Señorita, ¿tiene fuego?

El hombre se le acercó demasiado, había surgido de la nada. Tenía un cigarrillo en la mano y un olor a transpiración que traspasaba la campera de cuero negra. Manuela dio un paso hacia atrás, mientras fijaba en su memoria ese rostro anguloso que parecía tallado en piedra.

—No fumo. Permiso, necesito seguir caminando —contestó.

El hombre no se movió ni un centímetro, se limitó a mirarla con lascivia. Era altísimo, tanto que el campo visual de Manuela quedó reducido al pecho ancho de esa mole. No era fuego lo que el hombre quería, no tuvo dudas. En segundos, resolvió qué hacer.

—Ah, espere —dijo con media sonrisa y un tono aniñado—. Creo que en mi cartera tengo el encendedor de una amiga.

Metió la mano en el bolsillo interno del bolso y con un movimiento certero le clavó el cañón de su glock en el estómago; pudo notar que los abdominales del hombre eran una roca. No se amedrentó.

—Soy policía. Quedate quieto porque el fuego que me pediste te lo voy a meter por las tripas —dijo sin sacarle los ojos de encima.

La mole levantó las manos con cara de fingida sorpresa.

—Eh, yo no hice nada. ¡Qué carácter! —exclamó.

El hombre tenía razón. Manuela se avergonzó. Desde esa mañana, estaba en estado de alerta permanente. Sin dejar de apuntarlo, le sacó el arma del estómago.

—Muy bien, ahora te vas a dar vuelta y tranquilito te retirás por donde viniste. ¿Está claro?

El grandote giró con las manos aún en alto y caminó lentamente, como si supiese que ella lo seguía apuntando. Sí lo siguió, pero con la mirada, durante la media cuadra que el desconocido caminó hasta meterse en un auto. Manuela intentó concentrarse en la patente para memorizar los números; en esas estaba, cuando una calcomanía al lado de la chapa la sorprendió. A pesar de que era de noche, las luces traseras iluminaban bien el dibujo. Metió el arma en la cartera y sacó su teléfono

celular. Cuando logró activar la cámara de fotos ya era tarde: el auto se alejaba por la avenida.

Mientras se maldecía por la falta de reflejos, apoyó su libreta negra contra la fachada de un edificio e intentó hacer un esbozo del diseño de la calcomanía. «Así trabajaban los policías de antes, los buenos de verdad. Memorizaban las escenas del crimen, dibujaban los detalles y percibían olores, sabores y tonos de voz con sus sentidos. Internet y las cámaras de fotos son los epitafios de los buenos sabuesos». Las palabras —a veces exageradas e idealistas— de Francisco Juárez se le cruzaban cada vez que tenía que recurrir a las viejas técnicas o, simplemente, cuando lo extrañaba.

Juárez no había llamado. El hecho de conocerlo tanto esta vez no era una buena noticia, sospechaba que no iba a comunicarse y no lo hizo. Tal vez no había vuelto de Miami; a pesar de que los resultados de la investigación sobre los crímenes seriales de Key West habían sido satisfactorios y le habían permitido ayudar a la hija del campeón Pipo Larrabe, Francisco Juárez esta vez —como tantas otras— había preferido el silencio.

Apuró el paso hasta su auto, la cabeza le daba vueltas. Las situaciones de las últimas horas intentaban acomodarse: el llamado de Clara Villalba, la señora de los avisos fúnebres y ahora el auto de este hombre gigante con esa calcomanía extraña. Miró el dibujo que con torpeza había esbozado: el diseño se parecía bastante al del pañuelo verde de seda que reposaba sobre su escritorio. La conexión con la mujer que le había llamado la atención a la salida de la iglesia se develaba como evidente.

Apenas subió al auto, bajó la ventanilla: necesitaba que el aire fresco le acariciara el rostro. Manejó sin rumbo, como lo hacía cuando necesitaba pensar. En cada semáforo, en cada bocacalle en los que tenía que frenar, una imagen se le hacía recurrente: la foto de Cornelia durante la misa. El nudo en el estómago, la piel fría y la sensación de que se estaba olvidando de algo volvían. Pegó un volantazo y buscó la avenida Libertador, en dirección al bajo porteño.

En menos de media hora, estaba en la puerta de la Iglesia de Santo Domingo. Dejó el auto mal estacionado. Sin ni siquiera ponerse el abrigo, cruzó el atrio y entró en la nave central del convento. El ambiente olía a incienso; los confesionarios de mármol a la derecha, las columnas decoradas con relieves, los retablos del altar mayor, los cuadros del Rosario y de Santa Rosa de Lima y las esculturas del 1700 no pasaron desapercibidos para Manuela, que sentía la historia de los criollos resistiendo a los invasores ingleses en cada centímetro del edificio. No se permitió correr por el pasillo enorme, aunque sus pies parecían pedírsele a gritos. Por el rabillo del ojo, vio a dos mujeres y a un hombre de rodillas, acodados en los bancos de madera, rezando.

Se paró frente al altar mayor. La foto gigante de Cornelia en el atril ya no estaba; tal vez Clara o el doctor Villalba se la habían llevado, pero no quería que ellos supieran que estaba interesada en verla de nuevo. El debate interno la tenía tan entretenida que no vio que por el costado de la nave un cura se acercaba.

—Señorita, ¿la puedo ayudar en algo? —dijo.

El cura era joven y tenía una mirada capaz de tranquilizar a cualquiera; el rostro despejado, el pelo bien corto peinado hacia atrás y el olor a lavanda que salía de su ropa le inspiraron confianza.

—Sí, padre.

—Fabián, soy el padre Fabián.

—Padre Fabián, ¿usted sabe dónde está la foto de la chica por la que se celebró misa esta mañana? —preguntó Manuela sin rodeos, señalando las escaleras del altar.

—¡Ah, qué suerte que la viene a buscar! Estuvimos llamando a la familia Villalba y no nos atendieron el teléfono. Se fueron tan conmovidos que se olvidaron la foto. Los entiendo, no es para menos.

Pensó en mentirle, pero, a pesar de que su catolicismo tambaleaba hace años, prefirió ir con la verdad; tuvo la misma sensación que cuando evitaba pasar por debajo de una escalera: por las dudas, mejor no.

—Soy policía, pero también conocida de la familia Villalba. Esta mañana hubo algo en esa foto que me inquietó y me gustaría poder verla de nuevo —dijo Manuela y, mientras hablaba, el cura asentía con la cabeza, en silencio—. Me gustaría que mi visita quede entre nosotros, padre.

—¿Es una investigación policial?

—No. Personal.

El padre Fabián la guio por un pasillo oculto detrás del altar, era como recorrer lo que no se ve en una escenografía de cine. El olor a incienso mezclado con el perfume cítrico del cura la tranquilizó. En un costado, apoyado contra un armario de madera, estaba el atril con la foto de Cornelia. Lo pusieron debajo de la luz de una bombita que colgaba del techo de esa especie de desván. Manuela sacó su libreta, hizo un par de anotaciones y con su celular sacó una foto de la foto. El padre Fabián se quedó concentrado mirando el atril.

—Padre... —dijo Manuela y le rozó el brazo con la punta de los dedos.

—Hija, disculpe mi distracción, pero no puedo dejar de mirar a esta chica sin pensar qué pudo haberle pasado. Los caminos del señor son insondables, pero la veo ahí tan sonriente...

—No está sonriente —interrumpió ella.

—Bueno, es cierto que no tiene una sonrisa común, pero sus ojos o la manera en la que mira a quien le sacó la foto es... no sé... risueña.

El nudo que solía anidar en el estómago de Manuela cada vez que su cabeza ataba cabos se convirtió de repente en una roca. ¿Quién le había sacado esa foto a Cornelia? Dejó su cartera en el piso y se acercó como si pudiera meterse en ese lugar desde el que la chica la miraba. Abrió su libreta en una página nueva y comenzó a armar una lista. La Villalba estaba vestida con la campera rosa inflable que tenía puesta la noche en la que desapareció, una remera escotada dejaba ver su cuello largo y blanco...

—¡El cuello! —exclamó Manuela.

El padre Fabián se sobresaltó.

—El cuello, el cuello... —repitió Manuela mientras escribía la palabra «cuello» en la libreta.

Durante diez años escondió en los laberintos de su mente ese dato. Siempre supo que estaba allí como quien sabe que tiene la lengüeta del zapato despegada y sigue caminando igual. Cada vez que pensaba en Cornelia, muy de vez en cuando, la atormentaba la sensación de que había visto algo que nunca terminó de recordar con la suficiente claridad. Ese algo acababa de cobrar forma.

—Gracias, padre, por la paciencia. Ya encontré lo que necesitaba. Me gustaría pedirle que cuando los Villalba vengan a buscar el atril no les diga que yo estuve por acá.

—No, claro que no —dijo el sacerdote, y le puso la mano en el hombro, con ternura—. Espero, hija, que se vaya más calmada de lo que vino. La casa de Dios obra milagros.

Manuela le sonrió. En este caso, lo profesado se cumplía: una de las tantas puertas se había abierto. ¿Qué encontraría detrás?

Caminó liviana hasta su auto y puso música. Se acomodó en el asiento y repasó la galería de fotos de su celular: la parte de atrás del auto del grandote que la había amedrentado era una mancha oscura y borrosa, no había llegado a tiempo a registrar la calcomanía pegada en la patente. Pasó con el dedo índice a las fotos que había sacado del atril de Cornelia, agrandó la figura. Esta vez no se concentró en su amiga, intentó identificar el lugar en el que esa fotografía había sido tomada. El fondo era confuso y al ampliar los costados todo se veía muy borroso. Iba a necesitar ayuda técnica.

Guardó el teléfono en la cartera y se abrochó el cinturón de seguridad. Sin pensarlo demasiado, manejó hasta el lugar en el que podía empezar a tirar de la punta de la madeja en la que se había convertido su sábado.

La plaza Dorrego, en el corazón de San Telmo, estaba llenándose de gente. Grupos de turistas hacían fila para conseguir lugar en las mesas al aire libre de varios bares. Algunos puesteros todavía estaban embalando en cajas y valijas de cuero ajado las antigüedades que no habían podido vender por la tarde. Manuela estacionó el auto en la calle Humberto 1° y caminó unos metros hasta el edificio viejo en el que había estado en reiteradas ocasiones.

El portón de hierro y vidrio estaba cerrado. Tocó el timbre en el número 3 varias veces, sin suerte. Respiró hondo y fue hasta el cantero de la esquina. El árbol había crecido y estaba frondoso. Con el pie corrió una bolsa de basura: el pedazo de botella de cerveza estaba clavado en la tierra tal como lo había dejado la última vez. Lo usó para hacer un hueco. No necesitó esforzarse demasiado; después de sacar dos montículos pequeños de tierra, la punta de la bolsa de nylon asomó. La levantó con cuidado; en el fondo de la bolsa, envuelta en papel de diario, estaba la llave.

Volvió tras sus pasos. Tuvo que empujar la puerta de hierro con el peso de su cuerpo para que finalmente cediera. El hall de entrada era pequeño; en la pared del lado derecho, cuatro estantes estaban dispuestos para que dejaran la correspondencia. El del departamento número 3 desbordaba de sobres, revistas y cuentas para pagar.

El edificio no tenía ascensor, una escalera de mármol era la única manera de subir. Manuela evitó tocar la baranda; la suciedad, el olor a pis y la humedad de las paredes hacía difícil el uso de las escaleras sin contener la respiración.

Cuando llegó al tercer piso, no le sorprendió ver un par de bolsas de residuos apiladas a un costado de la puerta, tampoco las cuatro botellas de vodka vacías en fila. Tocó el timbre. No funcionaba. Entonces no le quedó otra que golpear con el puño. Apoyó la oreja en la madera y pudo escuchar movimientos dentro del departamento.

—Alina, abríme. Sé que estás ahí. Soy Manuela —gritó sin dejar de golpear.

La puerta se abrió de golpe. Una mujer extremadamente flaca, envuelta en una sábana blanca, la miró con ojos de furia.

—¿Qué hacés acá? —preguntó con esfuerzo.

Manuela la agarró de un brazo y la metió en el departamento. La arrastró hasta el baño y la obligó a poner la cabeza bajo la ducha de agua fría. Alina no se resistió, no era la primera vez que ambas pasaban por esa escena. Alina Zambrano era una sobreviviente. El último momento feliz lo había tenido a los 4 años, cuando su madre le puso velitas a un bizcochuelo de chocolate y empezó a cantar. Era el día de su cumpleaños, el último que festejó. Cada vez que alguien le preguntaba cuántos años tenía, ella decía «cuatro»; no consideraba que el resto de su vida fuera algo digno de recordar.

La culpa de tanta desolación la tenía Rubén, el novio de su madre. El hombre había llegado a la vida de ambas disfrazado de golpe de suerte. Prometía una casa

nueva, un colegio digno para la nena, vacaciones en la costa y, lo más urgente, comer todos los días. Se presentó en la casilla del asentamiento con un paquete de medialunas, Alina nunca las había probado y se le llenaron los ojos de lágrimas de emoción cuando el paladar se le endulzó. No le importó el dolor de panza que tuvo esa noche, se atracó de medialunas ante las carcajadas de su madre y del señor que le repetía que desde ese día iba a ser su papá. Pero ¿los padres se meten en las camas de sus hijas de noche? ¿Los padres tocan a sus hijas en las partes íntimas? Alina creía que sí, que eso era lo normal. Rubén le decía que no tenía que llorar. Compraba con galletitas y chokolatines su silencio; años más tarde, lo haría con amenazas.

El día que llegó al colegio con sangre chorreando por sus piernas, todo cambió. La maestra la llevó al baño y le preguntó qué estaba pasando en su casa. No fue difícil para la nena relatarle el infierno. ¿No era así en todas las casas? ¿No eran así todos los padres?

Manuela la conoció mucho tiempo después, cuando Alina vivía en un instituto de menores. La chica había intentado matar a Rubén y su madre le dijo al juez que ya no sabía qué hacer con esa chica y su rebeldía. Tenía 13 años cuando la internaron. La mujer de su psiquiatra también había sido una niña abusada y decidió tutelarla. A pesar del esfuerzo, poco pudo hacer con los pedazos rotos de esa niña que solo se refugiaba en la computadora. «Si la vida nos da limones, hagamos limonada», dijo Manuela; tanto ella como sus colegas de la fuerza empezaron a usar las habilidades informáticas de la chica, a cambio de un dinero con el que ella podía pagar el alquiler de ese agujero en el que vivía.

El chorro de agua fría le caía por la cabeza y por la espalda. Después de vomitar en la bañera, Alina se sintió mejor. Manuela la secó con una toalla bastante raída; le impresionó lo flaca que estaba: se le notaban los huesos de las costillas y las caderas salían de su pelvis como montañas amenazantes. Le tiró una remera limpia que encontró en el fondo de un cajón y le preparó un café bien fuerte.

—Estoy con resaca, hoy no te puedo ayudar. Vení otro día —dijo Alina mientras se metía en la cama y con una almohada se tapaba la cabeza.

La policía dejó la taza humeante sobre unas cajas de cartón que hacían las veces de mesa, se sacó la campera, se arremangó el *sweater* y por la fuerza sacó a la chica del colchón. Nuevamente, Alina no se resistió.

—Chiquita, sentate frente a la computadora. Tomate ese café y no me vengas con pelotudeces —ordenó sin contemplación alguna.

Alina obedeció.

—¿Qué mierda querés, rati?

—Tomá. En mi celular hay una foto de una chica, fijate, es la última que saqué —dijo Manuela mostrándole el teléfono—. El fondo está difuso, necesito verlo con más claridad.

La chica se quedó unos segundos mirando la foto de Cornelia, frunció el ceño y arqueó los labios.

—¿Quién es? —preguntó.

—No te importa.

—Sí me importa —insistió.

—Una chica desaparecida —concedió Manuela.

—Es una foto rara. Para empezar, no es digital.

—Es cierto. Es vieja, en el momento en el que fue sacada no existían los teléfonos con cámara digital. Debe ser una cámara de rollo.

Manuela no pudo evitar largar una carcajada cuando vio la cara de desconcierto de la chica. Le dio un empujón cariñoso.

—Eh, mocosa. Así se sacaban las fotos antes, con cámara de rollo. No tengo tiempo de explicarte ahora, después gogleá. Dale, ayudame a ver qué mierda hay detrás de la piba de la foto.

Alina sacó unos cables guardados en una lata oxidada y comenzó a teclear en su máquina. Mientras tanto, Manuela se puso a hacer lo mismo que hacía cada vez que iba a lo de la chica: vació en la pileta de la cocina las botellas de alcohol, tiró por el inodoro las pastillas para dormir y la bolsita con marihuana que siempre estaba detrás de la misma maceta.

—¡Dejá de allanarme la casa y vení para acá, ortiva! —gritó la chica sin sacar los ojos de la computadora.

La cara de Cornelia ocupaba toda la pantalla, el proceso había mejorado notoriamente la imagen. En el fondo, se podían ver claramente unos estantes con botellas y unos sillones blancos. Manuela no tuvo dudas: era el bar Tunik, la noche en la que Cornelia desapareció.

—Manu, ¿estás bien? Te pusiste blanca.

La mano flaca de Alina acariciándole la espalda la trajo a la realidad, pero decidió no contestarle. Solo pensaba en que esa noche dramática alguien le había sacado una foto a Cornelia y esa foto había llegado a manos de la familia Villalba. Manuela se acercó más a la pantalla, no podía dejar de mirar el cuello de su excompañera.

—Alina, en mi celular hay otra foto. No llegué a sacarla bien. Es la parte de atrás de un auto, fíjate si la podés rescatar —ordenó.

La chica asintió con la cabeza, y no tardó ni cinco segundos en dar su veredicto.

—Imposible, una cosa es rescatar una imagen y otra es inventarla. No sacaste nada —dijo Alina en tono socarrón.

—Qué pena —murmuró Manuela, resignada—. Por lo menos llegué a dibujar lo que me interesaba, claro que la foto me habría servido más.

—¿Me mostrás el dibujo?

La policía estuvo a punto de negarse, pero eran tan pocas las veces que Alina se mostraba interesada en algo que no dudó en sacar la libreta negra de su cartera. Buscó la página y se la alcanzó. La chica se acercó tanto a la hoja que parecía querer oler el boceto.

—Es un dibujo rápido hecho con birome —intentó excusarse Manuela.

—Yo conozco este dibujo, yo lo conozco —dijo la chica con la voz quebrada.

—¿De dónde?

—Es un tatuaje, yo lo conozco.

Manuela le apoyó suavemente una mano en el hombro. Tenía la piel fría y sudada. Con la otra le sacó la libreta. La reacción de Alina la sorprendió.

—¿Dónde viste ese tatuaje? —insistió con la voz más dulce que encontró.

—La Fantasma lo tenía en la muñeca.

—¿Quién es la Fantasma?

Alina se levantó y fue directo a un ropero de chapa. Revoleó botas, zapatillas y borceguíes hasta encontrar lo que necesitaba: una botella de vodka barata. La abrió y tomó un largo sorbo del pico.

—Dejá de tomar, Alina —dijo Manuela sin éxito—. ¿Quién es la Fantasma?

La chica no respondió. Dejó la botella en el piso y se acostó en la cama, bien acurrucada contra la pared. Manuela volvió a mirar el dibujo, sin encontrar nada que le llamara la atención. Decidió no insistir, sabía que cuando Alina se encerraba en sí misma era imposible sacarle una palabra. Se puso la campera y le dejó sobre el teclado de la computadora trescientos pesos.

Salió a la calle más confundida de lo que había llegado. Ahora tenía la certeza de que alguien había fotografiado a Cornelia en el bar la noche en la que había desaparecido. Por más vueltas que le diera al asunto, no recordaba haber visto a nadie con una cámara de fotos; por otro lado, Clara Villalba le había confirmado que ninguno de su familia era el responsable de los avisos fúnebres publicados durante todos esos años. Y se sumaba ese dibujo maldito que había alterado tanto a Alina. Detrás de esa hoja, escribió «la Fantasma»; tenía que averiguar quién era. Todas estas cuestiones daban vueltas en la cabeza de Manuela Pelari mientras volvía a enterrar en el cantero la llave de la puerta de la chica. Sabía que no sería la última vez que tendría que entrar por la fuerza.

Mientras subía a su auto, se distrajo pensando en el queso gruyere que tenía en la heladera; acompañarlo con una copa de vino le resultó una buena idea. Tenía una larga noche por delante: iba a bucear en los archivos digitales de los diarios hasta dar con esos avisos fúnebres que habían inquietado a Clara Villalba. Sentía que había algo extraño en esa historia.

Muy cerca de su casa, se vio obligada a detenerse para atender su celular. El sonido del ringtone era el que había programado para las llamadas entrantes de la central de policía. Era un mensaje de voz, no había llegado a atender a tiempo. Tecleó su clave de acceso y lo que escuchó la dejó helada.

El lugar en el que había estacionado dos horas atrás estaba ocupado por la camioneta de la escena del crimen de la policía. Un agente joven estaba vallando la puerta de la iglesia con la clásica cinta amarilla. Manuela dejó el auto en doble fila y sacó del baúl la caja metálica donde guardaba sus elementos para recolectar pruebas. De manera mecánica, como tantas otras veces, se sacó la campera, se puso la azul impermeable del uniforme, convirtió su larga cola en un rodete y se cubrió todo el pelo con la cofia. A pesar de que no la conocían, le dejaron pasar la valla de contención sin pedirle identificación alguna; agendó en la cabeza este detalle para pasarlo a sus superiores: la vulnerabilidad de la escena del crimen era pasmosa.

Caminó por los pasillos de la iglesia por tercera vez en ese día. Cuando llegó a la puerta de la sacristía, la recibió el comisario de la zona.

—Agente Pelari, me avisaron de jefatura que la habían mandado para acá —dijo el comisario mientras le daba un apretón de mano—. Estamos muy consternados. *A priori* descartamos el robo, las pocas cosas de valor están en su lugar, a la vista de todos.

—¿Qué cosas? —preguntó Manuela.

—Un equipo chico de música que creo se usa para las misas, una *tablet* y arriba de una mesa, la billetera del cura con doscientos cincuenta pesos. No tocaron nada.

La policía se puso los guantes de látex y se dejó acompañar por el comisario. La habitación era amplia. A un costado, en los estantes de un mueble de madera, había dos cálices dorados, una bolsa de hostias sin consagrar, un paquete de velas, una botella de agua y otra de vino; en el centro, una mesa y cuatro sillas haciendo juego. Manuela observó con atención los elementos, no notó nada extraño o fuera de lugar.

—Vamos al baño, ahí está el cadáver —dijo el comisario.

Manuela levantó la mano.

—Un minuto por favor, que el padre Fabián no se va a ir a ningún lado. Necesito ver un poco más este lugar.

—¿Cómo sabe el nombre del cura? ¿Lo conoce? —insistió el comisario.

La chica asintió con la cabeza mientras recorría lentamente con la mirada la sacristía. Tal como le había dicho el hombre, arriba de la mesa había una billetera. Levantó ambas manos a la altura de los ojos para chequear que sus guantes de látex no tuvieran ninguna rajadura. Revisó la billetera con cuidado, era del padre Fabián; su documento estaba en uno de los bolsillos, también la plata. Claramente no había sido un robo, de todas maneras algo no cerraba.

Abrió su valija de metal y sacó un portacosméticos negro. Acomodó sobre la mesa dos frasquitos, un pincel y un rollo de cinta adhesiva. El comisario se acercó con curiosidad; estaba acostumbrado a perseguir maleantes, a negociar con las banditas del barrio y más de una vez había tenido que disparar su arma reglamentaria en alguna persecución, pero la tarea de los peritos le fascinaba y se lamentaba por no

haber seguido los pasos más científicos de la profesión.

—¿Va a buscar huellas digitales? —preguntó con sincera curiosidad.

—Sí, vamos a buscar alguna huella latente en esta billetera de cuero —contestó Manuela mientras elegía uno de los frasquitos—. Le vamos a poner el polvo reactivo color gris. Es ideal para superficies de color oscuro como este cuero marrón, sirve también para superficies brillantes.

—Ah, ¿y el otro?

—El otro es polvo negro, lo usamos para soportes de colores claros o muy blandos.

La policía usó el pincel para aplicar el reactivo; siguió el procedimiento, aunque en su fuero íntimo ya tenía la respuesta. Repitió el proceso del otro lado de la billetera. En unos pocos segundos comprobó científicamente sus dudas: no había huellas en el cuero.

—Comisario —dijo—, está limpia.

El hombre frunció el ceño.

—¿No deberían estar, como mínimo, las huellas del dueño de la billetera? —preguntó.

—Exacto —dijo Manuela, y sonrió satisfecha, como cada vez que sus pálpitos se confirmaban—. El o los asesinos quisieron que supiéramos, sin lugar a dudas, que el motivo del asesinato no fue el robo. Nos plantaron la billetera del cura en la mesa y en el apuro por borrar sus huellas, borraron las del padre Fabián.

—Bueno, esto me está empezando a exceder. Me gustaría que viera el cuerpo del pobre hombre, el forense de turno está haciendo una preliminar.

Manuela sacó algunas fotos de la sacristía con una cámara digital que tenía en su valija de trabajo y siguió al comisario hasta el baño.

El espacio era chico y la única ventana estaba cerrada, había olor a pólvora y a sangre. La parte superior del cuerpo del cura estaba dentro del baño, el resto fuera. El forense estaba agachado trabajando sobre la cabeza del hombre. A Manuela la tranquilizó ver al doctor Cristian Ado haciendo la preliminar. Era joven y, tal vez por eso, no había adoptado los vicios de sus colegas de más experiencia. Le importaba saber qué había pasado, descartaba de plano las primeras impresiones y respetaba a los muertos como si estos, desde algún lugar, estuvieran chequeando qué sucedía con ese cuerpo de carne y hueso que había sido el soporte de sus almas.

—Masculino, 37 años, aspecto conservado. No presenta golpes visibles. Causal de muerte: proyectil que ingresó unos dos centímetros aproximadamente por encima de la oreja izquierda, sin orificio de salida, trayectoria descendente.

La policía no pudo evitar sonreír: el recitado monótono, a modo de saludo, era el signo distintivo del patólogo.

—¿Lo mataron en el baño o arrastraron el cuerpo? —preguntó Manuela señalando el piso. Los azulejos cerámicos color negro del pasillo que desembocaba en el baño tenían marcas de arrastre.

—Sí, ya miré el piso —dijo el patólogo—. Evidentemente, el producto con el que lo limpian dejó una película grasa que favoreció que queden marcas, pero a este hombre lo mataron acá, en el baño.

Manuela se arrodilló junto al cuerpo del cura, que estaba boca abajo. Cristian Ado le alcanzó unos guantes de látex; ella se cambió los que tenía puestos y, con cuidado, revisó la herida de bala. El hueso estaba roto y entre el pelo corto del hombre se podía ver claramente el tatuaje de pólvora: la huella que había dejado la combinación de la deflagración y el calor del caño del arma.

—¿Le apoyaron el fierro en la cabeza, no? —preguntó la chica, intuyendo la respuesta.

—Sí, y a pesar de la trayectoria descendente de la bala, me animo a decir que no lo arrodillaron. Fue rápido, y el tirador era claramente más alto —completó el médico legista.

Manuela recorrió con la mirada el cuerpo sin vida del padre Fabián.

—¿Un metro ochenta? —preguntó.

—Un metro setenta y nueve —respondió el forense—. ¡Qué buen ojo tenés para los hombres, eh!

Manuela dejó pasar el chiste y siguió sacando conclusiones.

—Entonces el tirador es un tipo alto.

—Muy alto —dijo Cristian Ado mientras repasaba sus anotaciones—. Más de un metro noventa, seguro.

Entre los dos cubrieron las manos del cura con unas bolsas de nylon; si el hombre se había defendido, no querían que los restos en sus uñas se contaminaran. Dieron vuelta el cuerpo; como la bala no había tenido orificio de salida, el padre Fabián parecía dormido. Manuela se sobresaltó. Palpó con cuidado la sotana, revisó los bolsillos y le abrió la camisa. La voz del forense la interrumpió.

—No sé qué estás buscando y tampoco sé por qué no me preguntaste la data de muerte. ¿No te importa saber hace cuánto mataron a este cristiano?

La chica lo miró y levantó ambas manos con un gesto de rendición.

—Cris —lo llamó por el apodo, quería que supiera que lo que iba a contarle entraba en el plano de la confianza—, al padre Fabián lo mataron hace menos de dos horas...

El forense la interrumpió sorprendido:

—Guau, agente Pelari, es muy buena para calcular data de muerte sin ni siquiera tomar la temperatura del cadáver.

—No, no calculé nada. Yo estuve con él en este lugar hace dos horas.

—¿Y qué viniste a hacer a esta iglesia? —preguntó casi en un murmullo.

—Vine a buscar un atril con una foto de la hija de una familia amiga —mintió a medias Manuela.

Cristian Ado la miró en silencio por unos segundos; su especialidad era descifrar a los muertos, pero con los vivos no se le daba para nada mal. Notó cómo la piel

blanca de Manuela se había ruborizado; fue apenas un rosado tenue, pero para un médico forense la piel de los humanos habla. Vivos o muertos. Y supo que la chica no estaba diciendo todo. Sin sacarse los guantes de látex, empezó a guardar sus cosas en los estantes de su valija de trabajo.

—Creo que deberías contarle eso al comisario. No sé, tal vez viste algo que le pueda servir en la investigación —dijo en su tono calmo habitual y luego le preguntó casi al pasar—: ¿Qué buscabas entre la ropa del muerto?

Manuela decidió no contestar a esa pregunta, no tenía por qué hacerlo.

—Voy a informarle al comisario mi visita a esta iglesia, por supuesto. Me mandaron a ver esta escena de crimen en mi franco, así que supongo que Homicidios se hará cargo de este muerto.

El forense asintió en silencio, no pensaba insistir con su pregunta. Antes de revisar la herida en la cabeza del cura, había revisado el cuerpo y no encontró absolutamente nada. Llegó a la conclusión de que su colega había visto algo en vida que, ahora muerto, el pobre cura ya no tenía.

Se despidieron con un abrazo corto y la promesa de juntarse a comer una pizza en ese lugar de la avenida Corrientes que tanto les gustaba. Manuela sacó unas fotos rápidas de las marcas en el piso de cerámica y, por costumbre, buscó en las paredes y en el techo de la sacristía lo que los peritos llamaban «el golpe de suerte»: las camaritas de seguridad que se habían puesto tan de moda en tantos lados. No había absolutamente nada, solo pintura descascarada y manchas de humedad.

Antes de salir a la vereda a charlar con el comisario, caminó hasta el pasillo que estaba detrás del altar, donde el padre Fabián había guardado el atril con la foto de Cornelia. No faltaba mucho tiempo para que la prensa empezara a cubrir el crimen del cura, y no quería que Clara Villalba se presentara toda escandalosa a buscar lo que le pertenecía. El pasillo estaba oscuro, solo se iluminaba de manera muy tenue con el reflejo de las velas que adornaban el altar; la puerta del desván estaba abierta, pudo adivinar la forma del armario en el que hacía un poco más de dos horas estaba apoyada la foto de su amiga. Tanteó la pared buscando la perilla de la electricidad. El ruido de sus botas pisando pedacitos de vidrio la distrajo; con la linterna de su teléfono celular iluminó el techo: la bombita estaba rota. Apuntó con el haz de luz al piso: allí estaban los cristales, alguien la había roto. Fue hasta el armario a chequear si lo que suponía era cierto. Y sí, el atril y la foto de Cornelia Villalba ya no estaban. Otra vez Cornelia había desaparecido.

«Me llamo Barbi, tengo 18 años y soy la recepcionista del bar. Me llamo Barbi, tengo 18 años y soy la recepcionista del bar. Me llamo Barbi, tengo 18 años y soy la recepcionista del bar». La frase se había convertido en un mantra, un límite que determinaba cuántos golpes recibía, cuántas cucharadas de guiso podía comer o cuántos tragos de agua podía tomar.

Lo descubrió la noche en la que la desnudaron, la ataron a una silla y la dejaron al aire libre bajo el agua nieve que le quemaba la piel. El frío quema, otro de los hallazgos de esas horas interminables. Cuando ya no le quedaban lágrimas y la garganta dolía de tanto gritar, soltó «Me llamo Barbi, tengo 18 años y soy la recepcionista del bar», y la magia ocurrió. Alguien le desató las manos, la agarró de un brazo y la arrastró unos pocos metros hasta un lugar que parecía un galpón. Fue la primera vez que su carcelera la trató con algo parecido a la piedad: le tiró una manta para que se abrigara y le alcanzó una taza grande de un caldo espeso que le pareció delicioso.

La mujer hablaba poco y las veces que lo hacía era para darle órdenes. La mayor parte del tiempo se la pasaba alisando con las manos su pelo largo para que las hebras oscuras taparan la mitad de su cara. Cornelia encontró en ese gesto obsesivo la vía de escape para no pensar en lo que le estaba sucediendo: vivía pendiente de que algún mechón de pelo rebelde se le corriera.

—¿Qué te pasó en la cara? —preguntó una vez, intentando generar empatía.

Como respuesta recibió un cachetazo. Mientras tragaba la mezcla de saliva con la sangre de su labio partido, decidió no preguntar más. Es increíble cómo la violencia anula por completo la curiosidad.

Un día, dos, tres, cuatro —ya ni se acordaba— después de que la capturaran escuchó una conversación. La habían pasado a la habitación del fondo de una casa, un lugar extremadamente chico, pero con una cama y una manta que a Cornelia le pareció casi un premio. La única ventana tenía rejas, pero podía ver un campo inmenso, todo blanco por la nieve, y un cordón de montañas en el fondo, un paisaje que invitaba a ni siquiera pensar en escapar. El silencio era casi total, algunas veces interrumpido por el ladrido de un perro al que nunca había podido ver. Pero una tarde o una mañana —el tiempo en cautiverio es muy difícil de determinar— la voz de un hombre y el gruñido de una mujer la sacudieron del sopor.

—Celia, ya la tengo vendida. Ocupate de que recupere unos kilos y de que esté presentable. Hay mucho quilombo en la prensa, así que cambiala lo más que puedas.

La mujer emitió un sonido gutural, era su manera de comunicarse. Ese día Cornelia supo dos cosas: su carcelera de la cara deformada se llamaba Celia y «ser vendida» debería ser algo bueno, ya que a partir de ese momento los caldos que eran la base de su alimentación se convirtieron en platos decentes: carne con papas asadas, pollo con ensaladas de distintos vegetales y hasta en dos oportunidades le dieron unos

chocolates deliciosos. También la dejaron tomar una ducha caliente con jabón, champú y desenredante para el pelo. Celia dejó de pegarle y las heridas en sus labios, provocadas por tantos cachetazos, cicatrizaron.

Una noche las cosas empezaron a cambiar incluso más: Celia la hizo sentar en una silla y le tiñó el pelo. Su castaño se convirtió en un rubio platinado. Quiso quejarse, gritar, negarse a esa decisión, pero las intenciones le quedaron atascadas en la garganta. Los primeros días de torturas sistemáticas estaban dando sus frutos. Qué adocrinadora resulta ser la violencia.

Arriba de la cama le dejaron una bolsa roja, parecía un regalo. Adentro había tres cajas chatas. En la primera, un conjunto de ropa interior de encaje negro; la bombacha era mínima y el corpiño armado tenía los breteles de cadenitas. En la segunda caja, había una bata de tul también de color negro. La tercera era una caja de zapatos con los tacos más altos que había visto en su vida. La costumbre la llevó a chequear las etiquetas de las prendas. Se sorprendió: eran de una de las marcas más finas y caras de Europa, lo sabía porque su madre solo usaba ropa interior de esa marca. Sintió una puntada en el medio del pecho al recordar a su madre. Ya casi se había olvidado de que ella era Cornelia Villalba. En definitiva, decir que era Barbie, que tenía 18 años y era la recepcionista del bar le estaba salvando la vida.

En el fondo de la bolsa, encontró otra más pequeña de nylon con artículos de perfumería. No pudo resistirlo: se puso desodorante y crema con olor a vainillas por todo el cuerpo, sin dejar de respirar hondo para que el aroma la colmara. Sintió un espasmo de placer. Si hubiera sabido que era la última vez que sentiría esa sensación de bienestar, tal vez, la habría hecho durar unos minutos más.

Un empresario de la Capital Federal había comprado la virginidad de Cornelia. No era la primera vez que pagaba miles de pesos por chicas menores de edad. «Compro perfumes caros, joyas antiguas e hímenes jóvenes», solía decir a los gritos, escoltado por aduladores que le festejaban todos los chistes.

La mañana en la que leyó en el diario la noticia sobre la desaparición de la chica Villalba, sospechó que la banda del Egiptio tenía algo que ver. En más de una oportunidad, habían sido los proveedores de sus placeres más secretos. Tuvo una erección imaginando que le habían secuestrado a la chica solo para él. Llamó a su contacto infinidad de veces; las respuestas lo ponían más y más ansioso: que toda la policía la busca, que hay que guardarla un tiempo, que estaban pensando en sacarla del país, que todavía no la habían cotizado. Pero él era un hombre con paciencia y dinero, una combinación que alcanzaba para ir al cielo ida y vuelta. Cuando recibió el llamado en el que le informaban que ya podía hacer uso de la mercadería, abrió un whisky caro, prendió un habano y sacó de la caja fuerte de su oficina unos cuantos fajos de dinero. La mercadería se llamaba Cornelia Villalba, pero por seguridad tenía que decirle «Barbi».

La chica no era una de esas negritas que compraba de vez en cuando. Cornelia o Barbi podía ser tranquilamente la hija de un amigo suyo: piel blanca, educada en escuela privada, con la dentadura completa y —lo que más lo excitaba— no iba a aceptar que su destino empezara y terminara en una cama al servicio de hombres como él. Eso era lo mejor, por eso había pagado: por esa cuota de rebeldía, por esas horas en las que iba a convertir a una nena de 15 años en una puta. Por eso, para festejarlo y homenajearla con todo, mandó a su secretaria a la Avenida Alvear a comprar lencería de lujo, cremas y un perfume. Él también podía ser un caballero, pensó con cinismo.

El negocio de la trata de mujeres tiene infinitas maneras de llevarse a cabo. Cada país, cada zona de ese país y cada banda lo aplica de diferente modo. Algunas mafias lo llevan adelante de la forma más cruenta: las mujeres son capturadas y retenidas para todo uso. Mientras que otros grupos arman un esquema de pago perverso por el que a las mujeres se les da monedas por un servicio que no quieren prestar; los peores ni se toman esa molestia: las obligan a tener sexo en situaciones inimaginables y, cuando esos cuerpos vejados e infectados dejan de ser rentables, las matan. Muchas veces a golpes, consideran que ellas no valen ni siquiera el precio de una bala.

La banda del Egiptio había incorporado distintas metodologías, según los clientes; en eso se basaba el éxito y la permanencia en el negocio. Los más fieles eran los que menos dinero tenían: trabajadores rurales, marineros, empleados mineros de la Patagonia o ladrones de poca monta. «Ellos sí saben disfrutar la vida», pontificaba el Egiptio. Juntaban con esfuerzo los billetes para pagar una hora de placer, no pretendían a las mejores mujeres, sabían que ellos no estaban destinados a lo bueno,

se conformaban con lo que había. Eso les permitía a los tratantes poder optimizar a sus putas hasta el final. Las mujeres vencidas después de años de abusos, las enfermas, las que quedaron con cicatrices irrecuperables a causa de torturas eran mandadas a whiskerías de mala muerte donde solo les quedaba esperar el final. Y rogaban morir atadas a catres roñosos. Pero la muerte piadosa no era para ellas.

En la escala, también había otra clase de cliente: el de clase media, el hombre que en su vida cotidiana vive pensando que está para más y que por cuestiones ajenas ese ascenso económico y social no le llega. Ese tipo de hombre aplica el mismo criterio con las mujeres que compra. Fantasea con la *vedette* de moda, con la chica del momento, con las mujeres que mira en las revistas, colgadas siempre del brazo de otro; para ellos, el Egipto tenía la solución: chicas de buen cuerpo, que ejercían la prostitución de manera voluntaria; en muchos casos, esa voluntad estaba viciada por amenazas o por la necesidad imperiosa de mantener hijos. A ellas se les proveía ropa interior de mediana calidad, disfraces de enfermera, mucama o colegiala, y se les daba servicio de depilación y peluquería. Esos beneficios —que en verdad no eran tales— se les descontaban mensualmente de la tarifa. Estas mujeres estaban destinadas a los locales bailables de las grandes ciudades y muchas veces prestaban servicios a domicilio o en fiestas privadas. Ninguna de ellas sabía que, cuando sus cuerpos comenzaran a pasar factura, o cuando cayeran en la cama de algún perverso que las golpeará o quemará con cigarrillos, sus destinos quedarían más marcados que sus pieles: sus huesos irían a parar a la categoría más baja.

Muchos creían, de manera errónea, que los hombres con mucho dinero y poder únicamente consumían prostitución VIP; nada más alejado de la realidad. En ese caso, no se trataba de satisfacer deseos sexuales; la mayoría buscaba cumplir sus deseos más oscuros. Cuando advertían que con dinero —lo que les sobraba— podían comprar todo, la rueda no paraba, sino que escalaba hasta el infierno. Porque para ese selecto grupo de hombres el infierno no estaba abajo; se ubicaba bien arriba, al final de una escalera tapizada con la piel de mujeres de todo tipo y color.

Desde que a los 19 años, junto con sus dos primos, habían violado a la hija de la empleada doméstica, el empresario no disfrutaba el sexo con ninguna mujer que no fuera virgen. Se iba a la cama con bellas, no tan bellas, altas, petisas, con más o menos tetas, pero el deleite de penetrar a una chica virgen no se lo daba nadie. Y, como en el mundo de los negocios lo que no se da se compra, él compraba. Últimamente la cosa estaba complicada; con la crisis económica, muchas chicas empezaban a vender sus cuerpos más temprano. Una adolescente virgen era un perla difícil de conseguir. Le habían ofrecido nenas menores de 14 años, pero se había negado rotundamente, ofendido. «¿Qué se creen ustedes? ¡Una cosa es ser violador y otra es ser pedófilo!», gritó más de una vez esgrimiendo unas pautas morales bien extrañas.

Ese día culminaría con una noche especial y estaba ansioso. La suma de dinero que le habían cobrado por Cornelia, y que le había parecido un exceso, ahora le

sonaba a monedas. No solo había pagado la virginidad de la chica, también esa sensación adolescente que lo embargaba desde que se había levantado y se tomó el primer café de la mañana. Salió a caminar por el barrio de la Recoleta, se metió en una de las joyerías más prestigiosas y compró una pulsera de oro blanco con un dije que le pareció precioso. Sabía que después de esa noche no iba a verla nunca más — tampoco le interesaba—, pero le pareció un buen detalle regalarle una joya. «En unos años, cuando esté reventada y solo le queden las whiskerías de ruta, tal vez pueda ganar unos pesos vendiendo este regalo», pensó, y se sintió un hombre generoso. Anduvo un buen rato por la Avenida Callao con la bolsita de la compra en la mano y sintiendo que estaba por hacer la buena acción del día.

Despertó con una resaca atroz y se maldijo por no haber cerrado la persiana de su habitación antes de irse a dormir. Un rayo de sol le daba justo en el ojo derecho; se tapó la cara con el antebrazo, pero el dolor de cabeza le impidió volver a conciliar el sueño. Estaba desnuda; buscó su bata de seda por arriba de la cama, no la encontró. Así como estaba, fue hasta la cocina a prepararse un café. Mientras calentaba el agua, tragó dos analgésicos. Recordó de golpe que no había chequeado lo importante, tanto champán le había embotado la lucidez. «No puede volver a pasar», se reprochó.

Con la taza de café humeante entre las manos, cruzó el *living*. El lugar parecía sacado de una revista de decoración. Todas las paredes, menos una, eran ventanales con vistas inmejorables al Río de la Plata. El sol bañaba los sillones blancos y destacaba las alfombras persas antiquísimas con las que un jeque árabe le había pagado unas horas de lujuria. El pasillo que conectaba la sala con la habitación estaba revestido con sedas chinas. A los costados de la inmensa cama, las dos mesas de luz, de una madera rojiza, daban el único toque de color al blanco impoluto que gobernaba todo.

La Sirena dejó la taza en el piso y abrió la caja de metal dorado, el único adorno sobre una de las mesas rojas. Largó el aire que tenía contenido en los pulmones desde la cocina, sacó el fajo de dinero y contó uno a uno los billetes; el olor particular de la tinta de los dólares la tranquilizó. «Deberían hacer un perfume con esta fragancia», pensó.

La noche anterior, el Egipcio había caído en su departamento con dos amigos extranjeros; primero dijeron que era ingleses, después belgas, pero pasadas los dos botellas de champán Cristal empezaron a hablar en ruso. De sus años de trabajo en Europa, había traído varios souvenirs: hablar y entender cinco idiomas, una cuenta bastante aceptable en un banco suizo y terror a Albania, los albaneses y todo lo que viniera de esa parte del planeta.

Había visto en callejones de Ibiza, Madrid y Barcelona las consecuencias de caer en manos de las redes de trata de los albaneses. Chicas mutiladas, quemadas con ácido; mujeres como zombis, infectadas con HIV y otras enfermedades venéreas, tiradas en la calle, ofreciendo su cuerpo por un pedazo de pan, los restos de una lata de coca o, en el mejor de los casos, un pase de cocaína. La mayoría de ellas ni podían hablar; se tiraban en una esquina, desnudas de la cintura para abajo y con las piernas abiertas, a esperar. Y esas mujeres —le habían explicado— eran privilegiadas. Las que no lograban escapar eran entregadas a grupos violentos que pagaban monedas por matarlas a golpes, filmar las torturas y vender ese material a otros grupos de sádicos que se contentaban con ver las masacres. Mujeres a las que les habían contaminado tanto la sangre que ya no servían ni para ser violadas. Esa fue una de las lecciones de supervivencia más valiosas que aprendió en Europa: «Mantenete lejos de los rusos, siempre».

Cuando el inglés precario de los invitados del Egipto se convirtió en un ruso claro y nativo, miró a su hombre con una mezcla de sorpresa, miedo y reproche. Él la agarró con firmeza del brazo y la llevó a la cocina con la excusa de buscar más champán.

—Sirenita de mi corazón —dijo con ese tono complaciente que ella odiaba—, son dos amigos que han venido de lejos y vos sabés cómo gratificarlos y que se lleven un lindo recuerdo de Buenos Aires...

—Son albaneses y sabés lo que pienso de los albaneses.

—Sé lo que pensás de la mafia albanesa, no de los albaneses.

—Me da igual tu explicación —dijo, y lo perforó con la mirada.

El hombre decidió cambiar de estrategia. No tenía tiempo para los caprichos de su hembra y era tarde para buscar a otra mujer para sus socios; además, ninguna sabía satisfacer a tres hombres al mismo tiempo como su Sirena, porque él no se iba a quedar fuera de la fiesta.

—Te hago una propuesta...

—Hablame de negocios, no de propuestas —interrumpió la chica mientras le bajaba el cierre del pantalón.

—Tres mil dólares cada uno, solo dos horas. Yo me quedo como garante de tu seguridad, aunque estás tratando con caballeros.

—Cuatro mil dólares cada uno, lo tuyo va como cortesía de la casa.

Los analgésicos estaban haciendo efecto, o tal vez era el hecho de acomodar los ocho mil dólares sobre la cama. El dinero suele tener propiedades curativas.

Fue al baño y se paró desnuda frente al espejo gigante que el Egipto había hecho poner cuando le regaló ese departamento en Puerto Madero. Revisó cada detalle de su piel como había aprendido hace tiempo. Su cuerpo era la mercancía y debía estar perfecta: sin manchas, sin marcas y sin moretones. Notó un pequeño mordisco en el hueso de la cadera, nada demasiado vistoso. Le sacó una foto con el teléfono y se la mandó al Egipto con un breve mensaje: «Esto sale 1000 dólares más». Abrió las canillas de la inmensa bañera y echó unas sales perfumadas. Mientras se llenaba de agua y el olor a rosas inundaba todo, prendió la televisión.

El noticiero del domingo por la mañana del canal de noticias tenía puesto el zócalo rojo, como cada vez que sucedía una noticia relevante y urgente. Por curiosidad, subió el volumen: el cura de la Iglesia de Santo Domingo había sido asesinado. La policía descartaba la hipótesis del robo. Un hombre que había estado rezando frente al altar declaraba ante los micrófonos que creía haber visto al asesino saliendo tranquilo por la bóveda de la iglesia. Agarró nuevamente el teléfono, pero, antes de hacer el llamado que tenía que hacer, quiso escuchar más. El conductor del noticiero prometió que después de la pausa iban a poner el testimonio completo del testigo.

Fueron los minutos más largos. ¿A quién podía importarle que el detergente marca Limpito venía con un suavizante para manos? ¿Quién con dos dedos de frente

podía creer que si un niño se alimenta con yogur reforzado con calcio va a ser más sano e inteligente? Cuando volvieron al piso y presentaron la nota del testigo clave, así le decían, subió aún más el volumen. Al hombre en cuestión se lo notaba encantado con la fama repentina: contaba con lujo de detalles todo lo que había hecho desde que se levantó hasta que decidió ir a rezar a la iglesia. Le ponía a su relato un tono de misterio tan forzado que por momentos daba gracia. La pregunta concreta de una de las cronistas le dio pie para que contara lo que a la Sirena le interesaba escuchar, casi que tuvo ganas de abrazar a la periodista que sacó al testigo de su cháchara absurda.

—¿Qué vio concretamente dentro de la iglesia, señor?

—Bueno, yo estaba arrodillado rogando a nuestro Señor y levanté la cabeza. Un hombre salió del costado del altar, por la puerta que se usa para entrar a la sacristía. Me llamó la atención que no era cura, ese lugar es solo para los curas. Yo lo sé porque soy habitué de la Santo Domingo, empecé a venir cuando tenía 4 años...

—¿Y cómo era el hombre, pudo verlo bien? —interrumpió la cronista.

—Sí, claro. Lo vi perfecto con estos ojos que Dios me dio —dijo—. Era alto, pero no un alto así nomás. Era muy alto, una mole como de tres metros.

—No existe persona de tres metros, señor —acotó la cronista, harta de los delirios del entrevistado.

—Bueno, es verdad. Es una manera de decir. Era muy alto y de espalda muy ancha. Tenía el pelo corto, como rapado a los costados. Estaba vestido de color oscuro, con un abrigo oscuro, negro o azul.

—¿Y salió caminando o corriendo?

—Caminando, supongo que no podía correr con esa cosa que cargaba.

—¿Qué cosa cargaba? —insistió con interés la cronista.

La Sirena apagó el televisor y revoleó con bronca el control remoto. No necesitaba seguir escuchando nada. Marcó el número de emergencia que tenía registrado en su celular. La mano le temblaba. Del otro lado, atendieron al primer ring.

—Buen día, Sirena.

—La reputa que te parió, Adalberto. ¿Qué hiciste? —preguntó la mujer con tono histérico.

—Nada.

—Te vieron salir de la iglesia, Adalberto. Mataste a un cura.

—Matar es nada, deberías saberlo.

—Te vieron. ¿Entendés que te vieron? —insistió más tranquila. La calma con la que se manejaba su guardaespaldas la había contagiado.

—Nada que no pueda resolver —dijo Adalberto, y cambió de tema de manera abrupta. Era hombre de pocas palabras—. Tengo la foto gigante de la piba.

La Sirena respiró hondo. En definitiva, Adalberto había cumplido con el encargo. Esa foto era la prueba más contundente del error que había cometido años atrás.

—Quemala, que no quede ni un rastro —dijo, e hizo un silencio, mientras con el dedo gordo del pie tanteaba la temperatura del agua de la bañera—. Los muertos no regresan. Nunca.

Ya no tenía dudas. Todo lo que había pasado en las últimas horas estaba relacionado directamente con la desaparición de Cornelia. Durante diez años, no había tenido ninguna noticia importante, solo alguna mención de vez en cuando y varias pesadillas, olores y recuerdos fragmentados. Y ahora, en su departamento, arriba de su escritorio, un pañuelo, unas fotos en su celular, su libreta llena de anotaciones y la tapa del diario con la foto del cadáver de un cura la arrastraban hacia el lugar del que tanto le había costado salir: el pasado.

Había dormido pocas horas y tenía hambre. Preparó tostadas, unos huevos revueltos y un licuado gigante de banana y leche, un desayuno de domingo. Se sentó frente a la computadora con la idea de dividir el material que tenía sobre Cornelia y lo que había sobre el pobre padre Fabián. Tenía que mandar un informe a la fiscalía con los detalles del asesinato del cura. Mientras se bañaba, se ponía un jean y una remera de manga larga, había decidido no judicializar algunas de las cosas que le habían llamado la atención sobre su amiga. No era momento de abrir el juego; con los años, había aprendido a manejarse por los márgenes, sin perjudicar ninguna investigación. No era lo que indicaba el manual del buen policía —y lo sabía—, pero únicamente los buenos distinguían qué contar y qué callar, y ella era de las buenas. Eso también lo sabía.

La casilla de mensajes de su celular estaba llena; la mayoría de los mensajes eran de Clara Villalba, se había enterado por la televisión del crimen del cura y estaba alteradísima. Después de pensarlo unos minutos, la llamó. La mujer contestó al instante.

—Pelari, necesito explicaciones y a mí no me des vueltas. A ese cura lo mataron los asesinos de mi hija, estoy segura.

Manuela tragó de golpe un pedazo de tostada, sintió cómo le raspaba la garganta. En una sola frase, Clara la había puesto a sus órdenes llamándola por el apellido, exigió explicaciones sobre algo de lo que decía estar segura y, lo más llamativo, fue que por primera vez asumió que su hija podía estar muerta.

—Buenos días, Clara. Me puede llamar Manuela. Estamos investigando el crimen del cura y existe la posibilidad de que se haya tratado de un intento de robo —mintió—. Es una zona que en cualquier momento del día se pone peligrosa y las iglesias, como usted sabe, son de puertas abiertas, sin ningún tipo de...

—Basta, querida. Yo no soy estúpida —interrumpió enojada—. En los medios dicen que no fue robo.

—No está determinado aún. Le prometo que en cuanto tenga novedades la llamo.

Manuela estaba por cortar la comunicación cuando decidió arrancar de cuajo una duda, entonces utilizó su voz más encantadora.

—Clara, la saco del tema del cura. Me quedé pensando en algo y me olvidé de consultarle. ¿De dónde sacaron esa foto tan linda de Cornelia que estaba en el atrio

durante la misa?

—Ay, sí, ¡qué foto tan bonita! —exclamó la mujer con un notable cambio de voz, hablar de su hija la apaciguaba—. Tenía ganas de pedirle al padre Tomeo, el encargado de esa iglesia, si me la podía regalar. No lo llamé porque con el crimen del otro curita no quiero molestar.

Manuela se incorporó de golpe en la silla.

—Pero ¿esa foto en el atril no es de ustedes, de la familia?

—No, nunca la había visto antes. Qué detalle tan lindo, ¿no? Algún allegado debe haber puesto esa foto ahí para que mi chiquita estuviera presente, me conmovió mucho.

Se despidió de Clara disimulando su asombro, no quería que la mujer se presentara en la iglesia haciendo un escándalo.

Abrió sus *mails* y buscó el archivo que le había mandado Alina, donde había varias versiones de la foto de Cornelia. La primera era la que Manuela le había sacado al atril en la iglesia, pero ampliada y con los colores retocados. Se quedó unos segundos con los ojos clavados en la pantalla, mientras se despojaba de todo lo que tuviera que ver con lo emocional. Un esfuerzo para hacer de cuenta que esa noche la Manuela del pasado —Pipa— estaba ahí y no hizo nada para que su amiga no desapareciera. Estaba vestida tal cual se la había visto por última vez: remera celeste debajo de una campera rosa inflable. Miraba a quien le tomó la foto con esa expresión tan típica de Cornelia y que casi había olvidado. Algunos podían ver una sonrisa amable; otros, un gesto de desprecio. Manuela estaba en el segundo grupo, no lograba encontrar empatía en ese rictus. Agrandó la foto para hacer foco en el cuello, y otra vez sintió el nudo en el estómago. Ya era hora de abordar lo que había escondido durante tantos años. Esa duda que ahora —lo sabía, siempre lo supo— se convertía en pista.

Abrió YouTube en la computadora, preparó una hoja en blanco y un lápiz negro. Se sacó las zapatillas y, con una bandita elástica que encontró en el escritorio, se ató el pelo en una cola de caballo larguísima. Tecleó en el buscador *You oughta know*, la canción que estaba de moda en la época del viaje de estudios y que con sus amigas no paraban de cantar. En la letra, Alanis Morissette arranca deseándole felicidad a su exnovio y a su nueva pareja y termina queriendo saber si la otra es mejor o si todavía la recuerda. A Manuela siempre le gustó ese tema, era una canción de despecho, y ella solía defender a capa y espada a los despechados y las despechadas. Sostenía que el despecho es el sentimiento más noble. Mientras la venganza requiere de frialdad y estrategia, el despecho está ahí a flor de piel, no tiene miedo al barro o al papelón. Ahora, una despechada Alanis Morissette iba a musicalizar el momento que durante tanto tiempo evitó. La música, como los olores, son buenos conductores de la memoria. La canción empezó a sonar.

*I want you to know
That I'm happy for you
I wish nothing but
The best for you both*

Manuela cerró los ojos, movió la cabeza para un lado y para el otro; los acordes de la canción le pusieron la piel de gallina. El pasado, a través de *flashes*, se fue alineando en su cabeza. Podía sentir en la espalda el calor de la chimenea del salón de la hostería Los Alonso. Allí las había juntado la profesora Ludmila para ponerlas al tanto de las novedades de Cornelia, aunque ahora se daba cuenta de que, en realidad, quería tenerlas a todas juntas, a la vista.

—Chicas, tienen que estar tranquilas —dijo cuando la más nerviosa era ella y se notaba—. La policía del pueblo está buscando a Cornelia. Y están viniendo sus padres para hacerse cargo de todo. Necesito que me cuenten lo que pasó, qué hicieron, a dónde fueron. No tengan miedo que nadie las va a retar. Es fundamental que no se guarden nada.

Micaela, Mariana y ella fueron armando el relato de esa noche: el viaje hasta el boliche en la camioneta de Ariel, el local, la música. Confesaron que habían tomado de más. Ninguna recordaba en qué momento habían dejado de ver a Cornelia. Se habían quedado dormidas en el viaje de vuelta y ninguna había notado que había una menos. Leonora no habló, optó por el silencio.

*An older version of me
Is she perverted like me?
Would she go down on you in a theatre?*

Manuela dejó de sonarse los dedos y de manera automática se puso ambas manos en el cuello. Se esforzó en mantener los ojos cerrados, no quería distraerse con nada. El cuello de Cornelia le daba vueltas en la cabeza desde el día anterior en que había visto la foto en el atril en la iglesia. Esa sensación era la misma que había sentido diez años atrás, y a ese momento intentó llegar.

*Does she speak eloquently?
And would she have your baby?
I'm sure she'd make a really excellent mother*

Recordó que mientras Ludmila les hacía preguntas y ellas iban contestando de manera confusa lo que se acordaban, se distrajo con algo que la profesora tenía en las

manos. Apretó más los ojos y se masajó lentamente las sienes. Le caían gotas de sudor por la espalda. Visualizó el collar de Cornelia, esa cadena de oro con un dije en forma de chapa que su amiga no se sacaba nunca. Se la habían regalado para su cumpleaños de 15.

—¿Qué es eso? —preguntó Micaela.

—El collar de Cornelia —respondió Ludmila, levantando la cadena—. Ariel lo acaba de encontrar afuera. Suponemos que salió a caminar y se le cayó cerca de la casa.

*'Cause the love that you gave that we made
Wasn't able to make it enough for you to be open wide, no
And every time you speak her name*

Abrió los ojos de golpe e intentó, sin éxito, controlar su respiración agitada. Desde la pantalla, Cornelia parecía mirarla con esa sonrisa difusa de Mona Lisa. El cuello de la chica estaba desnudo. La remera celeste, escote en V, no dejaba la menor duda: en el boliche Cornelia Villalba no tenía puesto el collar. La teoría de que se le había caído cuando volvieron a la hostería era falsa. Escribió en su libreta el nombre de Ariel Alonso. Sintió unas ganas enormes de llorar, algo todavía la angustiaba. Siempre supo que el motivo más profundo por el que decidió ser policía tenía que ver con esta historia.

*Does she know how you told me you'd hold me
Until you died, till you died
But you're still alive*

Mientras la canción de Alanis Morissette seguía sonando, necesitó cerrar de nuevo los ojos. Había algo más. Llevó su cabeza al boliche.

—Tunik —murmuró.

Sus amigas bailaban, ella también. Manuela odiaba bailar, nunca bailaba en las fiestas, pero se recordaba moviendo los brazos y las piernas al ritmo de la música, como si no fuera ella, como si otra persona hubiera ocupado su lugar. Por primera vez, evaluó la posibilidad de que les hubiesen puesto alguna droga en las bebidas; tal vez por eso, los recuerdos eran confusos, como *flashes*; tal vez por eso, ninguna había reparado en que Cornelia no estaba; tal vez por eso...

«Pipa, dejá de tomar agua, te quiero decir algo. Voy al fondo, ahora vuelvo. No se

vayan sin mí».

*And I'm here to remind you
Of the mess you left when you went away
It's not fair to deny me
Of the cross I bare that you gave to me
You, you, you oughta know*

Sintió las lágrimas correr por sus mejillas, un llanto mudo que parecía llegar desde otro tiempo. Cuando una persona desaparece, lo primero que se esfuma es la voz, el tono de sus palabras, la manera particular de pronunciar las *s* o las *r*, esa especie de ADN de cuerdas vocales. Los que se quedan cuentan anécdotas de los que ya no están y llenan con su timbre los dichos de la personan recordada. No pueden reemplazar ni las imágenes, ni los olores, pero la voz es lo primero que se llena de contenido ajeno. Sin embargo, Manuela pudo escuchar la voz de Cornelia, la había grabado en algún rincón de su cerebro. Y Cornelia le había pedido que no se fueran, y ellas se habían ido y la habían dejado sola. Con un grito que pretendió ser ahogado, largó el llanto. Se recostó sobre el escritorio y se dejó llevar un buen rato por una sensación desconocida. Alanis Morissette seguía sonando en loop desde su computadora.

*You seem very well
Things look peaceful
I'm not quite as well
I thought you should know
Did you forget about me
Mr. Duplicity*

Se incorporó de golpe en la silla, con el dorso de la mano se secó las lágrimas. Había recordado todo. Ahora ya no tenía dudas: tal vez el último pedido que Cornelia había hecho en su vida pesaba sobre sus espaldas, y cuando lo hizo tenía puesto el collar. Lo había visto con claridad. Entonces esa foto con el cuello desnudo no había sido sacada en el Tunik.

Se concentró nuevamente en la foto que seguía en la pantalla, amplió el fondo que se veía a un costado. Alina había hecho un trabajo impecable digitalizando esa foto de mala calidad. Se veían claramente unos estantes de madera llenos de botellas, colgados sobre una pared pintada de azul. Ese no era el bar Tunik, esa foto había sido sacada después de la desaparición de la chica. Manuela cerró la tapa de la *notebook* de un golpe, y Alanis Morissette dejó de cantar.

—Acaba de empezar el juego —murmuró.

Muchas veces, las grandes investigaciones se caminan por los márgenes. En las escenas de los crímenes, los investigadores levantan las pruebas que hay dentro de un círculo de cinco metros alrededor de un cuerpo; la información periférica circula despacio, solapada. La prioridad es capturarla antes de que horade el muro de dudas y que por ese hueco se escape la verdad.

En el cuerpo del *mail* en el que Alina había mandado la foto digitalizada de Cornelia, había escrito además un mensaje con tres palabras: «Fantasma-Luis-Cudet». Manuela tardó segundos en descifrarlo: en el Instituto psiquiátrico Luis Cudet estaba la clave para encontrar la conexión entre el pañuelo de seda que había encontrado en la calle y la calcomanía que estaba en el auto de ese hombre gigante que la había amedrentado y que —ahora sospechaba— podía haber tenido que ver con el crimen del padre Fabián.

Decidió llevar la placa de identificación y su arma; no tenía pensado usar ninguna de las dos cosas, pero en las últimas horas su instinto la tenía alerta. Optó por ropa de entrenamiento: calzas de *lycra* negras, remera, campera deportiva y zapatillas de correr. Volver al Cudet le provocaba una mezcla de asco e indignación. Unos de sus primeros operativos como criminóloga de la policía había sido en ese neuropsiquiátrico. La denuncia había sido gravísima: un enfermera afirmaba que los pacientes eran sedados para luego ser abusados sexualmente por médicos y guardias de seguridad. El allanamiento había sido una pesadilla; le había costado días sacarse de la ropa y de la memoria el olor a sangre y excrementos. La mayoría de los enfermos estaban atados a unas camas de metal oxidado; algunos desnudos, otros tapados con harapos. El lugar fue clausurado por la Justicia, pero no se pudo condenar a los responsables de los ataques sexuales; muchas de las víctimas padecían patologías tan severas, y tan mal tratadas por los médicos, que ni siquiera podían hablar. Mucho tiempo después, el Cudet fue reformado e inaugurado con bombos y platillos; lo anunciaban como un centro de salud mental de primer nivel.

Manuela estacionó su auto en el playón y, antes de bajar, dejó el arma debajo del asiento del auto. La fachada se veía muy distinta de como la recordaba. Ahora era blanca y las rejas de las ventanas estaban pintadas de un celeste claro que las hacía parecer parte de la decoración, y disimulaba lo que en realidad eran: la contención para que nadie escapara.

La recepcionista la hizo esperar en una salita pequeña, bien acondicionada con sillones, una mesa ratona con revistas y un *dispenser* de agua fría. No pudo evitar respirar profundo, con temor a que ese olor nauseabundo que recordaba se escondiera entre tanta perfección. Se sorprendió: el lugar olía a desinfectante. Una mujer vestida con un ambo azul oscuro entró en la sala con la mano extendida y una sonrisa, lista para saludar.

—Buenos días, soy la doctora Claudia Marini, directora del Instituto.

—Hola —dijo Manuela mientras le daba un apretón de manos—. Yo soy Manuela Pelari, criminóloga. Quería hacerle unas consultas sobre una paciente.

La médica dejó de sonreír.

—No puedo hablar de los pacientes, pero tal vez si escucho su consulta, la puedo ayudar. Vamos a mi oficina.

Caminaron por un pasillo largo de paredes blancas y pisos de mosaicos negros. Lo único que le daba color eran unos cuadros con dibujos que parecían ser obra de los pacientes; cada uno tenía como firma nombres de pila escritos en letras grandes. Le habría gustado mirarlos con atención, pero la doctora Marini impuso un paso rápido para llegar a su despacho.

—Adelante, Pelari. Puede tomar asiento. ¿Agua? ¿Café? ¿Abro la ventana?

La médica hizo todas las preguntas casi al mismo tiempo que cerraba la puerta, le corría una silla y se ubicaba en su sillón detrás del escritorio. Manuela aprovechó esa hiperactividad para observarla. Era una mujer bella, de unos 50 años, aunque el pelo corto rubio decolorado en las puntas le daba un aspecto muy juvenil. Su máximo capital estético era la sonrisa: amplia, de dientes blanquísimos que hacían un contraste perfecto con sus ojos negros.

—Gracias, por ahora no quiero tomar nada —dijo Manuela, y enseguida se desvió de su objetivo para medir a la mujer que tenía enfrente y buscó un tema—. Estoy sorprendida con lo cambiado que se ve este lugar. Hace años participé del allanamiento, esto era un infierno.

—Lo que ustedes no vieron fue peor. Las consecuencias de años de violencia, abusos sexuales y condiciones inhumanas fueron letales para algunos pacientes e irreversibles para otros. Los que sobrevivieron están perdidos, ya no son humanos —dijo e hizo una breve pausa—. Son como fantasmas.

—La Fantasma —dijo Manuela, clavándole la mirada.

—¿Es por ella que usted está acá?

—Me puede tutear. Sí, es por ella.

La doctora Marini se levantó de su silla y, en silencio, puso agua y cápsulas en una máquina de café muy moderna. Luego sacó dos tazas de un mueble de madera que había debajo de un ventanal enorme. Ya no parecía una mujer apurada y activa, cada paso de la preparación de un simple café le tomaba segundos que se convertían en minutos. Manuela la dejó hacer a su ritmo; cuando una persona se debate consigo misma, no hay que interrumpirla. Mientras con un ojo la controlaba, con el otro repasaba cada rincón del despacho; no solo el detalle de la cafetera y el mueble para la vajilla creaban un espacio doméstico, las cortinas blancas con voladitos de encaje y las fotos familiares en los estantes de la biblioteca ayudaban a generar un ámbito agradable. Los portarretratos de madera develaban la existencia de un marido y dos hijos varones adolescentes.

La médica puso un pocillo con café humeante frente a sus narices, le había agregado un chorrito de leche y media cucharada de azúcar; volvió a sentarse en su

lugar, detrás del escritorio, frente a Manuela, que seguía mirándola sin hablar.

—La primera sorpresa —arrancó la médica— es que alguien pregunte por la Fantasma y la segunda es que alguien sepa que ese es su apodo. Solo quienes pasaron por el Cudet tienen ese dato.

Manuela asintió con la cabeza y decidió dejarla hablar.

—Si la necesitan para alguna investigación judicial, desde ya te aviso que pienso firmar un certificado de discapacidad total. La paciente no está en condiciones de nada.

—La quiero ver —dijo Manuela.

—No habla y cuando lo hace dice incoherencias o directamente no se entiende lo que dice.

—No quiero hablar con ella —insistió—, necesito verla.

—Y yo necesito saber los motivos —dijo la médica y tomó un trago de café—. Durante muchos años, en este lugar se hizo cualquier cosa. Se trató a los enfermos como objetos, sin derecho alguno. Entraban y por unos pesos los violaban. No los alimentaban, los castigaban con una violencia salvaje; toda la perversión que te imagines era descargada en esos cuerpos indefensos. A los que morían los incineraban junto con las bolsas de basura, total nadie los reclamaba. Me pregunté muchas veces si morir en el Cudet no era un beneficio inesperado, una forma de no seguir padeciendo torturas sistemáticas. Los pocos que quedaron son sobrevivientes.

—¿La Fantasma es una sobreviviente? —preguntó Manuela casi en un susurro.

—Sí —aseguró, y volvió a tomar café—. Después del allanamiento, cuando ustedes se fueron, quedaron veinticinco pacientes, y con el tiempo se fueron muriendo. Hoy quedan tres, la Fantasma es una de ellos.

—¿Por qué le dicen la Fantasma?

La doctora Marini se recostó en su silla y sonrió.

—Cuando con mucho esfuerzo pudimos poner en funcionamiento el Cudet, en condiciones dignas, la Justicia empezó a mandarnos chicos y chicas menores en conflicto con la ley. La mayoría no tenía nada que hacer en un centro neuropsiquiátrico, no padecían ningún trastorno mental, pero era este lugar o algún instituto de menores. Con el grupo de médicos decidimos aceptar ese desafío. Acondicionamos el segundo piso para las mujeres y el tercero para los varones. Hicimos un buen trabajo de contención con esos pibes. Perdón —dijo—, me fui por las ramas. Vos me preguntabas por la Fantasma. A pesar de todos los ultrajes de los que fue víctima, nunca fue una mujer agresiva, actúa como si fuera una nena. Solía escaparse de su cuarto y de noche caminaba por los pasillos de los pisos donde estaban las chicas.

—Como un fantasma —interrumpió Manuela.

—Exacto. Le empezaron a decir la Fantasma y como desconocemos su identidad, es el único nombre que tiene.

Manuela apoyó los antebrazos en el escritorio de la doctora.

—¿Cómo que no conocen su identidad? Hoy por hoy, es fácil identificar a una persona: archivos, huellas dactilares...

—Hicimos todo. Hubo incluso una causa judicial para lograr reconstruir la vida de esta mujer, y no llegamos a ningún lado.

—Es realmente como un fantasma —murmuró Manuela.

—La Fantasma —dijo la doctora Marini—. Ya hablé mucho, ahora me gustaría que me cuentes por qué querés verla y cómo te enteraste de su existencia.

—Una chica que estuvo internada un tiempo en el pabellón de menores me contó sobre la Fantasma. Estoy con una investigación en curso; usted comprenderá que no pueda darle demasiados detalles, pero sospecho que en esta mujer puede haber un nexo con una persona que cometió un crimen.

—¿Tenés orden judicial?

—No, no tengo —respondió Manuela.

Sabía que no podía mentir en eso, aunque estaba convencida de que haber sido sincera le acababa de cerrar una puerta. Sin embargo, para su sorpresa, la doctora se levantó de la silla, se alisó con las manos las arrugas imaginarias de su ambo y le dijo:

—Vamos, me alegro de que no haya ningún juez detrás de tu visita. Esto es entre vos y yo, no voy a permitir que dañen más a la Fantasma.

Salieron del despacho y caminaron por pasillos impecables; un ascensor de acero y sin espejo las llevó hasta el quinto piso, el último. La doctora Marini saludó a dos enfermeras y firmó una receta que un médico joven le acercó.

—Desde que me hice cargo del Cudet —explicó Marini—, solo yo firmo lo que se les da a los pacientes. Sin mi firma, no se puede retirar de la farmacia del hospital ni una aspirina.

Caminaron unos minutos más, el lugar era enorme. Cuando llegaron a una puerta de vidrio, la médica agarró del brazo a Manuela.

—Escuchame, cuando pasemos esta puerta la cosa cambia. En este lugar están los pacientes más complicados. Algunos dicen los más peligrosos, a mí me gusta decir complicados —dijo y la miró con seriedad, como una madre que les da indicaciones a sus hijos—. No respondas insultos, no les sostengas la mirada y no te muevas de mi lado.

No tuvo tiempo para responder. Marini puso el pulgar derecho en un lector de huellas digitales y con el hombro empujó la puerta de vidrio. El olor a desinfectante era mucho más intenso allí que en el resto del edificio. Avanzaron por un recibidor que desembocaba en una sala grande con sillones, mesas ratonas y un televisor gigante sostenido con un soporte a la pared.

—Este es el espacio de recreación. Acá pueden mirar un poco de televisión, solo programación autorizada —aclaró—. Es en el único lugar en el que pueden relacionarse con los otros. Las habitaciones son individuales.

Manuela no la escuchaba, uno de los pacientes había acaparado su atención: un

hombre de edad indefinida que estaba sentado en uno de los sillones mirando con tanta intensidad la mesa ratona que parecía querer perforarla con los ojos, un rompecabezas de tan solo seis piezas grandes lo tenía concentrado.

—Se llama Tincho —contó la doctora—. Está condenado por matar a su mujer y a sus tres hijos chiquitos. Ese es el rompecabezas que los nenes estaban armando cuando los baleó. Nunca se lo pudieron sacar, es el objeto que según él lo une a su familia. Se levanta por las mañanas, se sienta en ese sillón, junta dos piezas, y se queda descifrando las otras cuatro. Así todos los días, desde hace años.

La sala tenía un ventanal que daba a una terraza enrejada. Una mujer de pelo blanco, vestida con un batón floreado, metía las manos en la tierra de la única maceta.

—Ella es Susana, pero dice llamarse Amelita, por Amelita Baltar. Entonces le decimos Amelita. Es la paciente con más edad que tenemos en el Cudet, tiene 76 años. Su diagnóstico es esquizofrenia. Viene de otro instituto en donde estuvo muy mal medicada, tiene momentos muy violentos y su edad no le impide hacer uso de una fuerza que nos sorprendió a todos.

—¿Qué hace con la tierra? —preguntó Manuela.

La doctora Marini sonrió con ternura, sin dejar de mirar a Amelita.

—Ella dice que planta flores, que en su juventud fue la jardinera de los Jardines de Luxemburgo en París. En realidad, el contacto de la tierra con las manos la tranquiliza. Nadie se anima a tocar esa maceta, es una mujer muy respetada en esta comunidad.

—No es para menos —dijo Manuela—. Una jardinera de palacios parisinos no es poca cosa.

Ambas rieron cómplices. La doctora le contó que el resto de los pacientes estaba en sus habitaciones, en los «días buenos» podían salir a la sala de recreo o a la terraza. Todos eran peligrosos para sí mismos o para terceros, y se los evaluaba constantemente. En cada pared de ese piso, había cámaras de seguridad y unos botones rojos; si algo se complicaba, el personal a cargo pulsaba esos botones, lo que alertaba a la seguridad de Cudet y a la comisaría más cercana.

Dejaron atrás la sala y la terraza, y entraron a un cuarto que parecía un estudio de televisión: un escritorio enorme con botones y palancas frente a una pared revestida de monitores. Todos estaban apagados, salvo dos. En uno se veía a Tincho y su rompecabezas infinito y en el otro, a Amelita y su maceta.

—Desde este lugar controlamos a todos —explicó Marini—. Los pacientes están monitoreados todo el tiempo. Los monitores que están apagados son los que corresponden a cada habitación. En cuanto salgamos, el sensor de la puerta los va a prender. No cualquiera tiene derecho a ver la intimidad de los pacientes.

Sentado a un costado del tablero, un enfermero joven las miraba con atención. Era el encargado, entre otras cosas, de chequear las cámaras de seguridad.

—Esteban, prendeme la cámara de la Fantasma —ordenó Marini.

El chico la miró con sorpresa, pero obedeció. El monitor que estaba en el medio

se encendió de golpe y les devolvió la imagen de un cuarto en blanco y negro. Una cama que parecía deshecha, dos mesas de luz y un sillón pegado a la ventana.

—Acercá la cámara al sillón, Esteban.

Una figura oscura estaba recostada en el sillón, no parecía una persona.

—Se tapó de nuevo, doc —informó Esteban—. Hace un ratito estaba sentada en la cama, pero de golpe agarró el acolchado, se cubrió de la cabeza a los pies y se puso en el sillón.

—Nos olió —murmuró la médica.

—No entiendo nada. ¿Me explican? —preguntó Manuela.

Esteban y Marini cruzaron una mirada rápida, la doctora le cedió la palabra.

—La Fantasma es ciega. Cuando este lugar era el infierno, ella se animó a contarle al exdirector lo que sucedía. Le arrancaron los ojos y le cortaron la lengua —explicó el muchacho ante la cara de espanto de Manuela—. A pesar de no ver y de no poder hablar, tuvo que seguir sobreviviendo. Y lo consiguió: tiene el oído y el olfato más desarrollados que yo haya visto jamás. Sin dudas percibió la presencia de un extraño y se tapó con la colcha, una manera inocente de esconderse. La Fantasma siempre se está escondiendo, el miedo es su lugar de confort.

—Necesito verla de cerca —dijo Manuela con un hilo de voz.

El muchacho y la médica volvieron a cruzar una mirada.

—Esteban, ¿nos acompañás? —preguntó Marini, sabiendo desde ya la respuesta.

Los tres recorrieron otro de los tantos pasillos del Cudet y se pararon frente a una puerta. Era la número 4, eso decía el cartelito de metal. La doctora Marini se dio vuelta de golpe.

—¿Qué necesitás exactamente de ella? —preguntó mirando a Manuela.

—Ver un tatuaje que tiene en la muñeca —respondió—. Solo eso.

—Muy bien —intervino Esteban—, yo me encargo. Pero no la voy a forzar, si no quiere, no quiere.

Los tres asintieron. Esteban pasó su credencial por el sensor de la cerradura de la puerta y entraron. El bulto humano seguía en el sillón, en la misma posición que habían visto por el monitor. Las mujeres se quedaron paradas en la entrada y el muchacho avanzó sin titubear.

—Esteban se encarga de la medicación nocturna, los pacientes le tienen confianza —susurró la médica.

El muchacho se paró frente al sillón y posó con suavidad la mano sobre la cabeza de la mujer, que seguía tapada con la manta. El bulto se sobresaltó.

—Eh, tranquila, tranquila —dijo con un tono en el que se combinaban la suavidad y la firmeza—. Cornelia, tenés visitas.

En la caja de herramientas que guardaba en la parte de atrás de la Fiorino, tenía todo lo que necesitaba. Sacó dos alambres rígidos que había rescatado de un viejo paraguas y un par de pinzas con mango de goma. Se calzó una gorra de lana negra y, sin dejar de mirar para los costados, se puso a trabajar en el auto azul que estaba estacionado frente a su camioneta blanca. Insertó uno de los alambres entre el burlete y el vidrio de la ventanilla y consiguió hacerla ceder un poco, metió el mango de goma de la pinza para crear un poco más de espacio. La abertura era suficiente para introducir la punta del otro alambre. Con el cuidado que, supuso, usaban los cirujanos, fue guiando la pieza de metal hasta el botón que iba a permitirle abrir la puerta. Un ruido seco, casi musical, le avisó que el seguro estaba desactivado. Sonrió.

Revisó el auto y volvió a cerrarlo. Guardó sus materiales en la caja. Volvió al auto, se sentó sobre sus talones y desenroscó la válvula de una de las ruedas traseras; con su navaja consiguió que perdiera un poco de aire, repitió la operación con el otro neumático. En menos de quince minutos, había conseguido lo que quería, volvió a sonreír.

Se subió a la Fiorino y, respetando las velocidades máximas, para no llamar la atención, se fue del lugar. Ahora, solo restaba esperar.

Cuando abrió los ojos, estaba sentada con la espalda contra la pared y las piernas estiradas. La doctora Marini le tomaba el pulso y el enfermero Esteban le acercaba a los labios un vaso de plástico con agua fría.

—¿Cómo te sentís? —le preguntó la mujer.

Estaba un poco mareada, tenía el estómago revuelto y el corazón le galopaba tan fuerte que creyó que todos podían escuchar sus latidos, pero se limitó a decir que se sentía bien. Miró al enfermero e hizo un esfuerzo para reponerse, todavía tenía la presión baja.

—Esteban, ¿vos le dijiste Cornelia a la Fantasma o yo escuché mal?

La médica se le adelantó en la respuesta.

—Ya te dije que esta mujer es oficialmente una NN, pero Esteban —dijo y lo miró con reproche— suele llamar a los pacientes con los nombres que ellos dicen tener. Te conté que a Susana le decimos Amelita. Se angustian mucho si se los contradice.

Manuela siguió atenta al enfermero e insistió.

—¿Ella te dijo que se llamaba Cornelia?

—La Fantasma no habla —contestó el enfermero—, no puede.

—Sí, sí. Estoy al tanto de su mutilación, pero ¿por qué le decís Cornelia?

—Porque hace mucho, no recuerdo cuánto, en uno de los talleres terapéuticos de pintura, ella escribió «Cornelia» con un pincel y acrílico rojo. Tal vez es su nombre, no sé.

La cabeza de Manuela se había convertido en un torbellino de ideas, se dirigió a Marini.

—¿Cuántos años tiene?

—No lo sabemos con certeza, pero según sus estudios clínicos, es una mujer de aproximadamente 40 años.

Sintió que el alma le volvía al cuerpo. Todo el malestar que tenía hacía segundos se esfumó como por arte de magia. No era su Cornelia. No habría podido soportar la idea de que su amiga hubiera pasado por tantos padecimientos, mientras ella crecía, se educaba, celebraba, se enamoraba, vivía. La energía que le vino de golpe le impidió pensar que tal vez el destino le había tendido a la chica una jugarreta peor. Se levantó del piso con la ayuda de la médica y de Esteban, y les pidió retomar la visita.

Repitieron la escena: el enfermero entró primero, las dos mujeres esperaron en la puerta, del lado de adentro. Pero esta vez Manuela no pudo permanecer demasiado en su lugar: la imagen que tenía frente a sus ojos la hechizó. Se acercó al sillón de a poco, sin sacarle los ojos de encima a la Fantasma. El miedo que habitaba a la mujer se había convertido en curiosidad, el desmayo de Manuela la había hecho salir de la coraza de acolchado que se había fabricado: estaba sentada en su sillón y el acolchado había quedado hecho un bollo en el piso. Vestía una túnica color celeste

que solo dejaba ver sus pies descalzos y sus manos.

—Tenés una visita —le dijo Esteban con dulzura y le hizo a Manuela un gesto con la mano para que se acercara—. Ella es Manuela.

La Fantasma la miró con sus ojos ciegos. Manuela no pudo evitar un gesto de espanto: el rostro flaco de la mujer estaba surcado de cicatrices; la más profunda, en el labio inferior, no le permitía cerrar la boca y dejaba al descubierto la encía oscura y sin dientes. Mantenía un ojo cerrado, el otro era una cuenca vacía. Tenía una cabellera blanca, a la altura de los hombros; sin dudas el estrés había acelerado el proceso natural de despigmentación, en algunos lugares le faltaban mechones. Manuela no tuvo que adivinar los motivos: uno de los puños de la Fantasma apretaba un puñado de pelos blancos.

—¡Pero qué cosa! —exclamó Esteban—. Otra vez te arrancaste pelos, me prometiste que no lo ibas a hacer más.

La dulzura con la que el enfermero le hablaba a ese ser que no parecía humano conmovió y avergonzó a la mujer policía; le dio culpa que su primera reacción hubiera sido el rechazo. Respiró hondo, largó el aire despacio y le habló.

—Hola, gracias por recibirme —dijo, pero se sintió torpe y sobreactuado, no sabía qué decir—. Yo vine... Bueno, se me ocurrió que...

Esteban la rescató de ese mal momento; del bolsillo de su ambo, sacó un chocolatín y se lo puso en la mano a la Fantasma.

—Manuela te trajo este chocolate, comelo despacito, eh —dijo mientras le sacaba el papel.

La mujer hizo un gesto que por un segundo se pareció a una sonrisa y se metió la golosina de golpe en la boca. En menos de un minuto, su túnica celeste estaba manchada de chocolate y saliva; los salvajes que la habían mutilado le habían quitado hasta la posibilidad de disfrutar una comida sin que la mitad se le escapara por unos labios que no iban a poder cerrarse nunca más. De repente, Manuela notó que la actitud amorosa del enfermero de ir limpiando a la mujer con un trapo húmedo tenía una doble intención: mientras le sacaba chocolate derretido de entre los dedos, le iba dando vuelta de a poco las manos, para que las muñecas develaran lo que ella había ido a buscar al Cudet.

—Acercate, Manuela. Es ahora —le dijo por la espalda la doctora Marini.

Un paso, dos, tres y quedó a centímetros de la Fantasma. Si quería, podía tocarla, pero no quiso. El olor a chocolate se mezclaba con un perfume dulce y penetrante. Se concentró en el movimiento de las manos de la mujer como una nena que intenta descifrar el truco de un mago. Cruzó una mirada con Esteban, era necesario que le mantuviera los brazos quietos.

—A ver, mi linda, poné las palmas de las manos hacia arriba, tengo que limpiarte —insistió el muchacho, y la Fantasma obedeció.

Manuela no necesitó mucho tiempo para confirmar sus sospechas: en la muñeca derecha, entre cicatrices viejas de suicidios que no fueron, estaba el tatuaje. Alina

tenía razón. El dibujo, que medía unos diez centímetros de largo, se notaba bastante decolorado, tal vez por el paso del tiempo, pero era el mismo diseño del pañuelo que había encontrado en la calle y del calco en el auto del gigante sospechado de matar al cura: el dibujo de una sirena. Estuvo a punto de sacar su teléfono celular para tomar una foto del tatuaje, pero la posible reacción de la pobre mujer que tenía en frente la frenó. La voz de la médica a sus espaldas colaboró bastante a evitar el desliz.

—¿Pudiste ver el tatuaje? —le dijo, y no esperó la respuesta—. Vamos yendo, no quiero que de los nervios se siga arrancando el pelo. Esteban se queda un rato con ella, él sabe cómo calmarla.

Cerraron la puerta de la habitación número 4 y en silencio llegaron hasta la salida del Cudet.

—Doctora, necesito pedirle otro favor —dijo Manuela mientras se arreglaba el pelo—. Es importante saber por qué la Fantasma escribió el nombre Cornelia en un dibujo. No creo que sea casual que esta mujer haya elegido un nombre tan poco común.

La médica clavó los ojos en el piso y con la punta de su mocasín izquierdo empezó a hacer circulitos imaginarios en la baldosa. Pasaron unos minutos.

—Imagino que tendrá que ver con su pasado —aventuró sin levantar la mirada.

—Claudia —insistió Manuela. Por primera vez la llamó por su nombre de pila, no fue casual, sabía bien el peso de las palabras en los interrogatorios—. Usted sabe quién es la Fantasma.

—No, no lo sé —dijo—. Lo que viste es lo que te puedo ofrecer en relación a ella. No hay más.

Se despidieron con un beso y un abrazo rápido, la amabilidad y calidez de la doctora Claudia Marini habían desaparecido. Manuela se quedó junto a la puerta vidriada, del lado de afuera del instituto, y pudo ver cómo la médica volvía a estirarse las arrugas imaginarias de su ambo frente al espejo de la recepción. Sin dar vuelta atrás, se perdió por el pasillo que la llevaba de nuevo a su despacho.

Se cerró hasta el cuello la campera deportiva, y se soltó el pelo. Una mata castaña con reflejos dorados le cubrió casi hasta la cintura. Caminó hasta el playón del estacionamiento de manera mecánica, su cabeza era un revuelo de interrogantes que la llevaban a ese dibujo de la sirena. No veía la hora de llegar a su casa, sentarse frente a la computadora y escribir la larga lista de motivos que la habían llevado a tomar una decisión: iba a presentarse ante la Justicia para que se reabriera la investigación por la desaparición de Cornelia Villalba. Por primera vez en diez años, sintió que estaba haciendo lo que tenía que hacer: lo correcto. Cerró los ojos por unos segundos, la sensación del sol de otoño en el rostro la relajó. Había muy pocos autos estacionados; la mayoría estaban en la zona determinada para el personal del hospital, evidentemente no era día de visitas.

Sacó las llaves del bolsillo de la campera y se metió rápido en su auto. Con una mano se abrochó el cinturón de seguridad, mientras que con la otra ponía un poco de

música. El Hospital Neuropsiquiátrico Luis Cudet había sido construido en 1860; antes de su existencia, las personas con enfermedades mentales eran recluidas en las cárceles, como si fueran delincuentes. Fueron las damas de la Sociedad de Beneficencia las que le propusieron al gobierno nacional la creación de instituciones en las que albergar a tantas almas y a sus infiernos. Así se hizo: en la ciudad de Buenos Aires, se inauguró el Braulio Moyano —exclusivo para mujeres—, y en la provincia de Buenos Aires, a la altura de Pilar, el Cudet. Con los años, los caminos rurales se fueron asfaltando y se convirtieron en calles, las empresas constructoras arrancaron con el negocio de los barrios privados y finalmente las obras de la Panamericana hicieron de ese lugar un sitio accesible y deseado por los porteños, que soñaban con huir del asfalto. El loquero, como se lo conoce en la zona, quedó asentado, sin quererlo, en una ubicación inmejorable.

Desde la salida del playón de estacionamiento hasta la subida a la Panamericana, solo había que recorrer diez minutos por un camino de tierra. Las autoridades nunca lo pavimentaron para evitar que los autos superaran la velocidad permitida, una excusa amparada en una lógica que nadie se atrevió a discutir. Manuela se puso los anteojos de sol y acercó su cuerpo al volante; los charcos que la lluvia de la noche anterior había dejado en la tierra la obligaban a manejar con extremo cuidado. Unos metros después de la salida del hospital, sintió que el auto perdía estabilidad. Miró por el espejo retrovisor: detrás de ella no había nadie. Pisó levemente el acelerador, y la cola del auto se movió de un lado a otro. Frenó de golpe, puso las balizas y golpeó con bronca el volante; no podía darse el lujo de tener que llamar al Automóvil Club, no tenía tiempo para perder.

Se bajó del auto, no le quedaba otra alternativa que meter las zapatillas en el barro. No tuvo que prestar demasiada atención, el problema estaba a la vista: la rueda trasera derecha estaba desinflada, la izquierda también. El camino estaba vacío; la autopista no estaba lejos, pero desde donde estaba no la veía. De un lado y del otro la vegetación era tupida: arbustos silvestres y una ligustrina que en algún momento la intendencia había dejado de cuidar.

Se quedó quieta, como clavada en el barro. La certeza de que alguien le había desinflado las ruedas en el Cudet empezó a tomar cuerpo en su cabeza, los motivos eran un interrogante que no tenía ganas de descifrar; no era el momento. Se concentró en las huellas que los autos habían dejado en el camino de tierra mojada. A menos de dos metros de donde estaba, uno había salido de la ruta para meterse entre los matorrales: se veía la marca y algunas ramas quebradas. La huella de ese auto rebelde, a diferencia de las otras, no tenía agua de la lluvia de la noche en el surco; era reciente, no había dudas. De manera automática, se tanteó la cintura y se maldijo por haber dejado el arma en el auto. Volvió sobre sus pasos y metió la mano debajo del asiento del conductor. Lo primero que notó fue una sombra, algo se había interpuesto entre el sol y ella. Lo segundo fue el frío de un caño de metal en la nuca.

—No creo que encuentres lo que estás buscando —dijo una voz áspera y ronca.

Supo que eso que parecía querer penetrarle la piel del cuero cabelludo era su propia arma, la que ya no estaba donde la había dejado. Agachada, casi recostada sobre el asiento y de espaldas al hombre que la apuntaba, no tenía muchas opciones. Su cuerpo estaba entrenado para correr a velocidad, para aplicar tomas de artes marciales más allá de la fuerza de su oponente, incluso podía levantar más peso que la media de las mujeres, pero su mente podía determinar en segundos cuándo sus aptitudes físicas resultaban inútiles. Levantó las manos mientras evaluaba las escasas posibilidades que tenía de defenderse.

—Agarrá mi cartera, hay guita —dijo firme—. Llevate el auto si querés, las llaves las tengo en el bolsillo de la campera.

Una carcajada feroz, estridente, casi perversa le aclaró el panorama: nadie se había tomado tantas molestias para robarle. Con un movimiento imperceptible, bajó unos centímetros la mano izquierda para dejarla disimulada debajo del volante; con el pulgar fue sacándose de a poco el anillo de oro que usaba siempre, consiguió apretarlo en el puño. El hombre le pasó un brazo por la cintura y la levantó de un tirón mientras que con la otra mano le tapaba la boca. Manuela no perdió ni tiempo, ni energías en tratar de zafar de ese cuerpo que parecía de acero. A pesar de los latidos acelerados de su corazón y del sudor que le corría por la espalda, su cabeza estaba fría. La habían entrenado para pensar en lo que iba a pasar, cuando no se podía evitar lo que estaba pasando.

Una camioneta Fiorino blanca salió de entre la ligustrina y estacionó detrás del auto de la chica. El hombre la cargó con un solo brazo, como si fuera una muñeca de trapo; abrió las puertas traseras del utilitario y la tiró sobre el piso de metal. Un segundo antes de que la encerrara, pudo verlo: era el gigante que la había amedrentado por la calle el día anterior, el sospechado por el crimen del cura. Manuela cerró los ojos y se masajeó el costado derecho de la cadera; a pesar del dolor causado por el golpe de la caída, tuvo un atisbo de esperanza: no la habían atado, tenía las manos y los pies libres.

La cabina de la camioneta estaba oscura, la única ventana tenía los vidrios pintados de negro; la parte que conectaba el espacio con los asientos delanteros había sido cerrada con un chapón. Afuera dos hombres hablaban, podía escuchar las voces, pero no entendía lo que decían. Apoyó una oreja en el vidrio negro de la ventana y comprobó lo que sospechaba: se comunicaban en otro idioma. No era inglés, no era francés; parecía ruso. En cuatro patas, recorrió esa jaula improvisada de la que no podía ni siquiera imaginar escapar. Estaba totalmente vacía. Apoyó la espalda contra el chapón, si abrían las puertas, quería tenerlos de frente. «Nunca des la espalda», le repetían en la Academia de Policía.

Primero escuchó cómo alguien arrancaba su auto y luego, casi al mismo tiempo, la camioneta empezó a rodar. La estaban secuestrando. En su cabeza se le apareció el mapa de la zona. En menos de cinco minutos iban a llegar a la Panamericana. Si doblaban a la izquierda, iban hacia la ciudad; a la derecha, se metían en la zona norte

de la provincia de Buenos Aires. Repasó mentalmente cada bajada de la autopista tanto para un lado como para el otro, mientras se acariciaba el dedo en el que hasta hacía minutos había estado su anillo de oro. A pesar de la incertidumbre, sonrió.

Cada cliente era una esperanza. Donde sus compañeras percibían solo asco y resignación, Cornelia veía una posibilidad de escapar. Lejos había quedado esa primera noche con el empresario que había comprado su virginidad, un detalle del que se enteró mucho después. En ese entonces, creyó que la ropa que le habían puesto, el perfume con el que la habían rociado y la buena comida de los días anteriores eran parte de una buena noticia.

La llevaron al hotel más lujoso de Bariloche —eso le habían dicho—, y allí la esperaba el hombre vestido solo con una bata de toalla blanca, una sonrisa extraña y la bolsa de una joyería que ella supo reconocer gracias a los conocimientos heredados de su madre. Celia, su cuidadora, había sido clara: si se portaba bien y el cliente quedaba satisfecho, su vida iba a ser notoriamente mejor. No sabía lo que significaba tener un cliente y sospechó que portarse bien era ser educada, pero sí supo que, si de eso dependía dejar de tener hambre y frío, se abría ante ella la posibilidad de hacer un buen trato.

Lo único que recordaba de esa noche era que el hombre de la bata le había dado muchas copas de champán, y que decidió tomarlas después de haberle dicho que estaba secuestrada y que seguramente la estaban buscando y escuchar como respuesta, mientras él le acariciaba el cuello: «Nadie te busca y no sé quién sos». También recordaba un dolor punzante en la entrepierna y el enojo del cliente cuando vomitó en la alfombra al costado de la cama. Y de lo que nunca se olvidaría era de lo que sucedió al día siguiente, cuando le sacaron todos los regalos que le había hecho el hombre de la bata y la devolvieron a esa habitación pequeña con una cama y una ventana. Pero no tuvo tiempo de lamentarse, ni siquiera de meterse bajo la única manta que tenía, cuando se abrió la puerta y lo vio entrar, y el corazón le dio un brinco y pegó un salto para abrazarlo.

—Ariel —balbuceó ahogada en lágrimas—, ¿cómo me encontraste? ¡Llévame a mi casa por favor!

Creó que Ariel Alonso se había convertido en su salvador, en el héroe sin capa que venía a rescatarla de la pesadilla que estaba viviendo. Lloraba y se reía al mismo tiempo, el cuerpo le temblaba de la emoción.

—Dejá de gritar, pendeja —dijo el muchacho, y de un empujón la tiró en el catre.

Detrás de él, venían dos hombres; a uno de ellos le pareció haberlo visto la noche en la que se la llevaron del bar Tunik.

—Disfruten —dijo Ariel, y se fue dando un portazo.

La trata de mujeres para explotación sexual no es solo un delito o la violación de un derecho: es una suma de delitos sobre muchos aspectos de una mujer, la supresión de todos sus derechos humanos. Una mujer víctima de trata para la explotación sexual es una persona devastada, alguien a quien se le ha quitado por la fuerza toda condición humana con la mera intención de convertirla en una cosa que se puede

golpear, vejar, torturar y matar. Y Cornelia no iba a ser una excepción.

Durante las horas siguientes, rogó varias veces que la mataran, pero los salvajes no tuvieron la gentileza. El valor económico de su virginidad la había protegido por unas horas del rito iniciático por el que pasan todas las niñas o mujeres capturadas para la trata: «el ablande», así le dicen. Cornelia se desmayó tres veces, y cada vez que volvía en sí los dos hombres se turnaban para hacer lo inimaginable con su cuerpo. La cuarta vez que se despertó, ellos se habían ido, pero no estaba sola. Unas manos amorosas le limpiaban la sangre de la piel con una toalla mojada con agua tibia. Abrió los ojos con dificultad, tan hinchados estaban por los golpes. Se quedó hipnotizada viendo a esa especie de ángel que la cuidaba con devoción. Se incorporó como pudo: sentía la pelvis inflamada y las heridas de su cuerpo le quemaban.

—Livia, ¿sos vos? —preguntó con un hilo de voz.

La nena dejó la toalla en una palangana con agua jabonosa y se puso el dedo índice sobre los labios, pidiéndole silencio. La nena discapacitada de los Alonso, esa criatura a la que le había dado un cachetazo, esa nena de la que ella y sus amigas se habían burlado, era ahora la única persona que la trataba con humanidad.

Días después del feroz ataque, Cornelia, ya devenida en Barbi, fue «puesta en la ruta»; en la jerga, eso significaba que comenzaba el desfile de clientes. Al principio, fueron hombres adinerados de extrema confianza; la búsqueda de la chica había tenido mucha difusión mediática y la banda no quería problemas. A los primeros, ella les contaba quién era, les pedía ayuda. Algunos la callaban de un cachetazo; otros, más perversos, le prometían a cambio de una mejor *performance* sexual un rescate que nunca llegaría. No bajaba los brazos, lo único que no terminaba de desmoronarla era la esperanza en el cliente que todavía no había llegado, en el próximo, en el de la noche siguiente, en el del sábado. Mientras tanto, lejos de todo acto de propia voluntad, repetía: «Soy Barbi, tengo 18 años y soy la recepcionista del bar».

La Patagonia argentina amanece en silencio: las nubes se evaporan, el sol arranca brillando tímido y las hojas de los árboles, de un verde intenso, forman una escena bella, simple, muda, sin alardes. Tal vez, aguzando el oído, se puede escuchar a lo lejos el tintineo del agua helada de los arroyos, golpeando alguna piedra impertinente que quedó clavada en el cauce con el único fin de ser horadada, pero el sosiego manda. Desde que era chica, su madre siempre le repetía que el amanecer era sagrado, que no había que gritar, ni que llorar, porque cualquier ruido fuerte podía interrumpirlo. Ahora, a pesar de ser una chica de 20 años, todavía se quedaba calladita, detrás del vidrio de la cocina, mirando cómo de a poco lo oscuro se hacía luz. Después tomaba el café con leche con espuma que le hacía Irma. No era el amor desmedido de su madre y de su padre, ni siquiera el de su hermano Ariel, lo que a la chica le daba seguridad. Eran las rutinas lo único que le ordenaba la vida.

Levantarse siempre por el lado derecho de la cama, cepillarse los dientes con el dentífrico de frutillas —aunque ya no era una nena lo seguía usando—, lavarse la cara con el jabón de rosas, el amanecer en la ventana, el tazón espumoso, el jardinero de corderoy marrón con la polera roja —su madre le había confeccionado cuatro iguales—, la campera de piel de oveja y esa bufanda escocesa que hacía diez años había encontrado en la cueva secreta donde con su hermano enterraban a las mascotas que se iban muriendo. Sin embargo, esa mañana, todo fue distinto. Se despertó escuchando a su madre en el teléfono, casi a los gritos; tuvo tanto miedo que metió la cabeza debajo del acolchado. Intentó entender lo que decía, pero no pudo: cuando las personas hablaban muy rápido y fuerte, las palabras se le agolpaban en la cabeza.

De los nervios salió de la cama, pero por el lado izquierdo; bajó las escaleras y casi se tropieza con la cinta de la bata. En el último escalón se quedó quieta, el corazón le latía tan fuerte que pensó que le podía explotar el pecho. Entonces hizo lo que su hermano Ariel le había enseñado: «Cuando se te mezclen las palabras o te asustes, contá despacito hasta diez». 1, 2, 3, 4... y se fue calmando. 5, 6, 7... la boca se le torció hacia arriba; era su manera de sonreír... 8, 9, 10... Todo había pasado. Se ató la bata, se puso el pelo detrás de las orejas y caminó hacia la cocina. Irma le había preparado el café con leche con la espuma.

—Buenos días, cosita linda —le dijo mientras le daba un beso en la frente.

Con un movimiento sacó un elástico de su muñeca y le ató el pelo a su hija. Livia tiró un beso al aire, como hacía cada mañana, y vació el tazón de dos tragos. Su mamá estaba nerviosa. No se había peinado los rulos, tenía los cachetes muy rojos y se había puesto el *sweater* al revés.

Con esa habilidad que tenía desde muy chica para desaparecer sin llamar la atención, Livia se deslizó hasta su habitación y se vistió como todos los días, con su enterito marrón y su polera roja. Se asomó por la ventana, y vio que Ariel había llegado manejando la camioneta negra. Cerró los postigos y rescató dos chocolates

que estaban escondidos debajo del escritorio de madera. Cada vez que su hermano usaba esa camioneta, ella sabía lo que tenía que hacer. Livia Alonso sabía. Siempre supo.

Tenía orden de matarla, pero no iba a cumplir. No era un acto de rebeldía, mucho menos un acto de moral; no lo iba a hacer y punto. Su manera de cuidar a la Sirena era esa: desobedecerla de vez en cuando. Gracias a eso ella estaba viva, gracias a él ella seguía respirando. Lo sabía ella, lo sabía él. Ambos.

Todas las víctimas son peligrosas. Las tragedias vividas suelen convertirlas en personas capaces de cualquier cosa. Cuando Adalberto conoció a la Sirena, todavía no era la Sirena. Se llamaba Nadine y era la favorita del Torero, un capo narco que había amasado sus millones colocando las primeras drogas de diseño en las discotecas españolas.

Un recuerdo solía abrirse paso en su mente: ese momento en el que vio por primera vez a una mujer. Se había acostado con decenas, había obligado a tener sexo a otras tantas. Era el encargado de secuestrarlas, drogarlas, mancillarlas, ablandarlas y, a veces, hasta matarlas, pero la noche en la que conoció a Nadine, supo que nunca antes había visto a nadie. Esa noche, como tantas otras, cumplió las órdenes de su jefe, el Egipcio: llevó a quince de las mejores hembras a la disco de moda en Ibiza. El líder de una banda de rock, un empresario de medios de comunicación y un futbolista de la liga europea cumplían años y querían festejar «todo por lo alto». Así le dijeron: «todo por lo alto». Anotó la expresión en una libreta, le gustaba sumar el vocabulario de cada uno de los países en los que repartía mujeres. Las drogas iban a estar a cargo del Torero, eso le habían dicho.

—Yo los divierto de la cintura para abajo, y el torero de la cintura para arriba — se mofaba el Egipcio a los gritos, tomando sidra tirada en la Plaza Mayor.

Los ucranianos le habían mandado a comisión cinco rubias altas y con pocas curvas —el estilo de moda—, los rusos pusieron a disposición otras cinco chicas de dudosos 18 años, y ellos habían enviado la mercadería latina, que solía ser la favorita de los jugadores de fútbol. Adalberto las recibió en el aeropuerto de Ibiza, se encargó de que la ropa fuera la adecuada y en dos limusinas las llevó hasta Zoomp, que esa noche iba a estar cerrada al público. Antes de que se bajaran de los autos, repartió quince sobrecitos de cocaína, uno para cada una. Todas esnifaron sin dudar; algunas por vicio, otras por miedo.

A partir de ese momento, su trabajo consistía en vigilar que nadie lastimara a las chicas; era impensado devolverles a los rusos o a los ucranianos la mercadería dañada. Si eso ocurría, había que darles más dinero de lo que valían y el Egipcio se lo hacía pagar de su bolsillo. Como una sombra de dos metros, recorría las barras, los rincones de la disco, los baños y, sobre todo, las oficinas del primer piso, donde alguno solía buscar más privacidad.

Tan pronto vio aparecer en el medio de la pista al Torero, supo que su vida no volvería a ser la misma. Gran parte de los invitados dejaron en *stand by* los tragos, un pase de coca o el beso de una mujer, solo para mirar al narco que pocas veces se

dejaba ver; sin embargo, Adalberto no podía quitar los ojos de la mujer que se le colgaba del brazo. No era demasiado llamativa, no tenía un cuerpo escultural, ni siquiera era demasiado alta. Intentó hacer una rápida tasación, ese fue el momento en el que se preocupó: no pudo. Cada vez que veía a una mujer en la calle, en el subte, en una playa y hasta por televisión, de manera automática, le ponía una cifra; nadie cómo él sabía los precios del mercado. Tenía ojos de fenicio, le solía decir su jefe, pero esta vez le fue imposible. No había en el mundo la cantidad suficiente de dinero, drogas y joyas que pudieran pagar la mirada de la chica.

No miraba de manera soez, ni provocativa, ni *sexy*, ni desafiante. Tampoco tenía ojos de miedo o de hastío. Solo cuando el Torero le puso la mano alrededor de la parte trasera del cuello para marcar la pertenencia, pudo definirla: la chica miraba con dignidad. Era una golfa, todos lo sabían; ella sabía que todos lo sabían y no parecía importarle. Tenía puesto un vestido largo y pegado al cuerpo, de un género transparente; unas piedritas brillantes acomodadas en lugares estratégicos hacían que no estuviera totalmente desnuda. La espalda entera quedaba cubierta por una mata de rulos dorados que se mezclaban con su piel blanca y sus ojos de un color indefinido.

Cuando volvió a verla, la situación era muy distinta: no había música, ni brillos, ni fiesta. Nadine había sido golpeada de manera feroz y su cuerpo, casi inconsciente, había sido tirado en la puerta de la casa de su jefe en Madrid. El Egipcio y el Torero tenían un sistema de trueque muy particular: uno aportaba las mujeres y el otro la droga. Diez kilos de cocaína de muy baja calidad enfurecieron al Egipcio, que ordenó a sus hombres que fueran hasta la casa de su socio y, como nieve en Navidad, espolvorearan con la droga la vereda y el pasto del jardín. La respuesta no tardó en llegar: cuatro de las mujeres que el Torero tenía a préstamo aparecieron mutiladas en el fondo del parque de su nuevo enemigo. La quinta era Nadine.

—Adalberto, esta mercadería ya no sirve para nada —dijo El Egipcio mientras analizaba los cinco cuerpos inertes que el jardinero había acomodado en el garaje—. Matalas.

El gigante asintió en silencio y se quedó a solas con las mujeres. A las primeras tres se las sacó de encima de manera piadosa: un tiro en la nuca para cada una. Se acercó a Nadine. La había reconocido por los rulos dorados casi blancos. Su cara era un moretón sanguinolento y su cuerpo había sido muy maltratado. Se agachó y le agarró la mano; la chica le devolvió el apretón, mientras intentaba sin éxito abrir los ojos.

—Ella y yo vamos a vivir —murmuró Nadine, señalando con la mano libre al cuerpo de al lado.

Adalberto tragó saliva. Esa fue la primera orden que la Sirena le había dado y la primera que cumplió, pero esta vez, como tantas otras, había resuelto desobedecerla: no iba a matar a la joven policía.

Manejó en silencio hasta el Tigre, dejó a su hombre en la estación de trenes y siguió solo, con la carga, hasta el galpón que había alquilado en la zona de Rincón de

Milberg. Metió la camioneta adentro, se sacó la campera de cuero y se arremangó la polera. Rodeó la Fiorino y apoyó el oído en la chapa de la caja: la chica no emitía sonido.

Abrió la puerta del furgón de un tirón. El golpe en la mandíbula lo agarró desprevenido. Manuela se había colgado de la barra de metal del techo, y usó el impulso de sus brazos para patear al gigante. Aprovechó esos segundos en los que el hombre sentado en el piso tardó en reaccionar para tirarse sobre el portón, empujó con el peso de su cuerpo y pateó con todas sus fuerzas la cerradura, pero fue imposible. Cuando escuchó la carcajada a sus espaldas, no le quedó otra que apoyar la frente contra la madera.

—Resultaste ser brava, putita —dijo el gigante mientras se ponía de pie y se secaba la sangre de la boca con el dorso de la mano, la chica le había partido el labio—. Si te hubieras quedado quieta, si no hubieses metido tu linda nariz en asuntos que no son tuyos, tu destino sería otro, pero ahora...

Manuela se dio vuelta de golpe, la cara le ardía de enojo y frustración. Sus ojos se posaron sobre el pecho del hombre: tenía colgado el rosario que le faltaba al cuerpo del cura asesinado. Ya no tenía dudas, estaba frente a un asesino. No le quedó otra que amenazar.

—¿Ahora qué? —preguntó desafiante—. Te estás metiendo en un quilombo grande...

Adalberto la interrumpió:

—Ah, ¡claro! La señorita es policía —dijo, y sacó de su bolsillo la billetera con los documentos y la placa, y leyó con voz burlona—: Manuela Pelari, División Homicidios. Ya veremos de qué te sirve toda esta mierda.

De una zancada, logró quedar a centímetros de ella, que, apoyada contra la pared del portón, solo pudo mirarlo. Era extremadamente alto, le calculó unos dos metros; la espalda era inmensa, las mangas de la polera levantadas dejaban ver unos bíceps trabajados. Pero lo que más la sorprendió fue su cara; en algún momento, tal vez en otra vida, debió haber tenido unos rasgos agradables: ojos rasgados color café, rostro de formas angulosas, pómulos altos, nariz recta y una boca firme, aunque todo parecía estar cubierto con una pátina de violencia casi voraz. Manuela supo que físicamente no tenía ninguna chance contra el gigante, ni siquiera iba a gastar fuerzas que, sin dudas, iba a necesitar más adelante. Tenía que ir por otro lado, estirar lo que pudiera quedarle de vida: el patovica de boliche que decidía si ella se quedaba o salía de este mundo era ese hombre.

—Tenés razón, esa mierda no me sirve de nada —dijo señalando con la cabeza sus indentificaciones, que seguían en manos del gigante—. Estudié en la Academia, me recibí con los mejores promedios, soy muy consultada por mis pares, pero te miro a vos y no tengo oportunidad. Hagamos esto corto, ¿qué necesitás?

—Tengo orden de matarte —le contestó con la tranquilidad de quien ofrece unas masas para el café.

—¿Y sos muy cumplidor? —preguntó esforzando una sonrisa.

—No siempre —dijo Adalberto. No mentía.

Manuela notó que en el fondo del galpón asomaban dos botes con sus respectivos remos.

—¿Estamos en el Tigre, verdad? —arriesgó.

Como respuesta, la agarró de un brazo y la arrastró hasta una silla de metal. La chica no se resistió y se sentó con los brazos hacia atrás. El hombre sacó del bolsillo trasero de su pantalón una cuerda de nylon azul que acaparó toda la atención de Manuela. ¿Dónde había visto una sogá similar? Mientras el grandote le ataba las manos a la altura de las muñecas, un cúmulo de imágenes ocuparon su mente: mesas de autopsias, cadáveres dejados en casas abandonadas, dos muertos víctimas de secuestros extorsivos, pertenencias que los asesinos tiraban en bolsos o en cajas; no podía recordar, solo sabía que no era la primera vez que veía una cuerda de ese color tan particular.

Adalberto estaba sorprendido, pero lo disimulaba con éxito. Era moneda corriente vérselas con mujeres que lloraban, gritaban y suplicaban, todo al mismo tiempo. Hasta se había acostumbrado, sobre todo, a las que más odiaba, esas que pretendían canjear sexo por piedad, como si el sexo fuera algo sobre lo que se les permitía decidir. Sin embargo, la mujer policía parecía no resistirse a nada, pero no era una actitud de derrota o de entrega, muy por el contrario: era una decisión.

Abrió una valija de metal y desplegó sus elementos sobre la mesa de madera descascarada, sentía la mirada de la mujer policía clavada en la nuca. Acomodó tres frasquitos llenos de un líquido color ámbar, cargó un poco de cada uno en una jeringa, empujó el émbolo para quitarle el aire y, antes de proceder, le regaló una sonrisa a su flamante víctima. Menos de dos minutos tardó Manuela en sentir que los músculos del cuerpo no le respondían, la boca se le puso pastosa y el aire que le entraba por la nariz quemaba. Intentó resistirse al pinchazo en el antebrazo, pero no pudo. La mano del gigante, como una presa de metal, no aflojaba.

Trató de mantener su cabeza clara; seguía consciente, aunque su cuerpo de a poco se iba deslizando por la silla. Adalberto, de brazos cruzados, miraba cómo se vencía. Cuando la chica quedó desparramada en el piso, se acercó y de una patada dio vuelta el cuerpo. Manuela sintió la punta de la bota a la altura de las costillas. Quedó boca abajo, inerte. Lo último que vio antes de que los ojos se le cerraran del todo fue el dibujo pintado en el piso del bote que estaba apoyado contra la pared: otra vez la maldita Sirena.

Cuando el avión aterrizó en una de las pistas del Aeropuerto Internacional de Ezeiza, abrió los ojos. La azafata había servido el desayuno muy temprano: café, leche, jugo de naranjas, un *croissant* y una ensalada de frutas; le resultó imposible no dormir un par de horas más, luego del festín. Se desabrochó el cinturón de seguridad y agradeció haber llevado una campera de abrigo: el cielo gris y el asfalto húmedo con los que Buenos Aires lo recibía auguraban un abril helado.

Salió en primer lugar, la cabina ejecutiva tenía esos beneficios. No pensó que llegar hasta migraciones le iba a costar tanto. La dolorosa rehabilitación después del accidente no había conseguido que sus huesos dejaran de crujir cada vez que pasaba mucho tiempo en la misma posición: los primeros pasos de la mañana, ir a buscar un café después de largos ratos sentado ante la computadora, y ahora se sumaban las ocho horas de vuelo desde Miami. Pero hizo la fila como todo el mundo, no se le ocurrió chapear con su credencial de Jefe de Homicidios; en primer lugar, porque le daba pudor y, en segundo lugar, porque su licencia por enfermedad lo dejaba en un limbo profesional que lo tenía a mal traer. Él era policía, se sentía policía; ni sus huesos, ni su corazón maltrecho lo alejaban de su pasión por ponerle nombre y apellido a los que mataban, a los que robaban, a los que herían.

Su viaje relámpago a los Estados Unidos para reencontrarse con la hija del campeón de boxeo Pipo Larrabe lo había hecho tomar una decisión: iba a retomar su puesto más allá de las diatribas de los médicos. Francisco Juárez no iba a quedarse de brazos cruzados mientras allá afuera cientos de locos vampirizaban vidas ante sus ojos.

Pasó el control de migraciones y se entretuvo un buen rato en el *freeshop*: compró un Macallan, su whisky favorito, y una libretita Moleskine negra. Se había traído una decena de Miami, pero nunca eran suficientes. En esas hojas lisas, convivían los nombres de los asesinos, los sospechosos y las víctimas; eran un apéndice de su cerebro. Sonrió recordando el día en el que en un arrebato de furia presentó su renuncia ante el Ministro de Seguridad y revoleó en el escritorio el arma, la chapa y una de sus famosas libretitas.

En la fila de espera para pasar por la aduana, detectó a tres mujeres y un adolescente nerviosos, mirando al piso. Intentaban disimular, sin éxito, los celulares que pretendían pasar sin pagar el impuesto. Al chico parecían estallarles los bolsillos traseros del jean y ellas se acomodaban el corpiño y los cinturones de manera torpe. Juárez sonrió sin dejar de mirarlos, un poco divertido con la situación y otro poco orgulloso porque no había perdido el instinto: el delito saltaba ante sus ojos como las líneas subrayadas con marcador fluorescente en un libro. Para sus colegas, era el mejor investigador y perfilador de criminales del país, pero él sabía que la influencia y los halagos no son vitalicios; como si fueran una licencia de conducir, había que renovarlos cada tanto.

Antes de pedir un auto de alquiler que lo llevara a su casa, Juárez decidió tomar un café en uno de los bares del aeropuerto. No le importaba pagar más del doble de lo que valía. Sentarse a ver el trajinar de pasajeros y valijas era algo que lo fascinaba desde chico. Pero antes pasó por el baño y se lavó la cara con agua fría. Se quedó unos minutos mirando su imagen en el espejo: los ojos azules estaban enrojecidos por el viaje y la sombra en las ojeras le daban una profundidad poco amistosa, algunas canas mezcladas entre los cabellos castaño oscuro venían a recordarle que había pasado los cuarenta. Sin embargo, el bronceado de las playas de Miami le sacaba el aspecto de «licencia por enfermedad» que lo venía preocupando hacía tiempo. Estuvo tentado con ponerse de perfil y chequear que las margaritas de los bares de Ocean Drive no hubieran modificado su cuerpo esbelto, pero la presencia de dos hombres que se lavaban las manos en las bachas contiguas lo inhibió por completo.

Mientras arrastraba su *carry on* hacia el bar, prendió su teléfono celular. No se había terminado de acomodar en la mesa con vista a la puerta de arribos, cuando la pantalla se le llenó de notificaciones: whatsapps, llamadas perdidas y mensajes de texto. Suspiró y se pidió un café doble, con una jarrita de leche caliente aparte. Sacó del bolsillo de su valija una libreta y una lapicera, por si alguno de los tantos llamados ameritaba algún tipo de apunte. Lo primero que capturó su atención fue lo último que había sucedido: la mayoría de las llamadas perdidas eran del número de emergencia que usaban desde la Jefatura de Seguridad para comunicarse con algunas personas. Devolvió el llamado sin dudar, con una mezcla de preocupación y curiosidad; más lo segundo que lo primero.

—Juárez, qué bueno escucharte —dijo una voz del otro lado de la línea.

—No hablé, solo viste mi número —retrucó.

La moza apoyó la taza de café y la jarra de leche; sin pedir permiso, corrió la libretita hacia un costado de la mesa.

—Perdone, estoy con un quilombo de novela —dijo el comisario Leonardo Sereti, que ocupaba de manera temporaria el puesto de Juárez.

Era riguroso, organizado y lo suficientemente soberbio como para no pedirle ayuda a nadie. Juárez se sorprendió al escucharlo tan acelerado, sobre todo cuando siguió hablando y le explicó lo que pasaba.

—No sé cómo mierda decirte esto, pero no me queda opción: Manuela desapareció.

Juárez sintió que le daban una piña en la boca del estómago. Clavó los ojos en la negrura del café que tenía enfrente y decodificó lo que le había dicho Sereti como si tuviera que traducirlo a otro idioma.

—Amplíame —dijo mientras se estiraba para agarrar su libreta y sostenía el celular entre el hombro y la oreja.

—Pelari estaba trabajando en el homicidio de un curita de la Iglesia de Santo Domingo. Estuvo en contacto con los forenses por los resultados de la autopsia, tenía que pasar por la oficina para llevar documentación a la fiscalía y hacer una

testimonial y nunca vino...

—¿Desde hace cuánto que no saben nada de ella? —interrumpió Juárez.

—Dos días.

—¿Qué tienen?

—No mucho. Tenemos data del celular, la telefónica movió rápido el orto cuando el juez los apuró. Buscamos a una de las nuestras, no es joda. El teléfono estuvo el domingo unas horas por la mañana en la zona de Pilar, ahí la señal muere —Sereti hablaba de corrido, de fondo se escuchaba el crujido de las hojas del expediente en el que estaba lo investigado hasta el momento—. Las llamadas entrantes y salientes van a estar para esta tarde...

—En la casa, ¿algo que sirva? —volvió a interrumpir Juárez, dando por hecho que habían entrado al departamento de Manuela.

—Nada. No había sangre, ni desorden, ni una carta, ni nada —respondió Sereti—. Incluso pasamos luminol por la dudas. La puerta estaba cerrada por fuera. Si algo le sucedió, fue fuera de su casa.

El dato que arrojó el luminol lo tranquilizó y lo preocupó al mismo tiempo. Por un lado, el reactivo que detecta rastros de sangre había arrojado resultado negativo: nadie había lastimado a Manuela en su casa, a puertas cerradas. Por el otro, que sus colegas lo hayan usado significaba que tenían la certeza de que algo grave había pasado.

—¿Últimos lugares en los que fue vista? —insistió.

—El fin de semana estuvo de franco, pero el sábado la convocamos para que le pegara una mirada a la escena del crimen del cura. Declararon el comisario de la zona y el forense Cristian Ado. Abrimos una causa por averiguación de paradero. Ninguno de los dos aportó nada importante. Secuestramos su computadora y la estamos peritando.

—Vos sabés que yo estoy de licencia —aclaró, cuidando cada palabra—, pero también sabés lo que significa Manuela para mí...

Sereti lo interrumpió:

—Y vos sabés que te estoy llamando porque necesito que estés en esta. Manuela es una de las nuestras —dijo e hizo un silencio, parecía haberse conmovido— y vos sos el mejor.

—Laburá lo oficial, yo voy a ir por los márgenes —ordenó y, antes de cortar, necesitó confirmar lo obvio—: Yo estoy, Sereti. Estoy.

El café se había enfriado, se lo tomó igual de un trago. La agente Manuela Pelari estaba desaparecida. Su Manuela estaba desaparecida. La primera vez que la vio supo lo que se sentía en el pecho cuando alguien era perforado con una daga. Así de profunda, así de aguda fue la sensación. Los había unido una muerte, solían bromear; el homicidio de Gloriana Márquez, una chica que según los medios y algunos testigos había sido asesinada por su mejor amiga. Cerró lo ojos y sacudió la cabeza: no quería recordar nada de ese caso. Lo único bueno que había rescatado era el amor más fuerte

que había sentido jamás, el amor por Manuela. Fue ella con sus ojos intensos y la perseverancia de una hormiga la que lo cuidó durante el año en el que, postrado en la cama de la clínica, creyó que su destino era el de un muñeco de trapo: un destino inerte.

No tenía muy claro por qué desde hacía un tiempo había decidido soltar a su Manuela. Podría decir que ya era suficiente, que ella era muy joven y que un hombre quince años mayor no era lo adecuado; también sonaba noble justificarse con el argumento de que su cuerpo maltrecho y su corazón —el que latía, no el que amaba— era una bomba de tiempo. Pero no, nada de eso era verdad. Se alejó, la alejó, y punto. Un hombre que no suele dar explicaciones a los demás no es afecto a buscarlas para sí mismo. Las cosas suceden y ya.

Mientras un remis del aeropuerto lo llevaba desde Ezeiza a la ciudad de Buenos Aires, Juárez habló por teléfono con el forense Cristian Ado. El muchacho parecía haber estado esperando el llamado: en menos de tres minutos lo puso al tanto de lo último que sabía de Manuela. Había estado con ella el día anterior a que se esfumara, trabajando en la iglesia sobre el cuerpo de un cura asesinado, y le sorprendió que la chica hubiera estado en la iglesia horas antes del crimen.

A Juárez ese dato no le pareció menor. Desaparecer sin dejar rastros era una situación atípica; si a esa suerte de incoherencia se sumaban cuestiones más atípicas todavía, sin dudas había una conexión entre los hechos. Anotó en su libreta negra: «¿Manuela en una iglesia?». La respuesta a esa pregunta era una pista, la primera punta de un ovillo de la que había que empezar a tirar.

El viaje le pareció corto. No contó los billetes que el remisero le devolvió y casi se olvida la valija en el baúl del auto. Además de las suyas, en su llavero tenía las llaves del departamento de Manuela, un detalle que, recién ahora, interpretaba como un indicio de confianza total. De manera automática, miró el techo del hall de entrada: una cámara de seguridad enfocaba la puerta. Tomó nota mental del hallazgo. Subió al ascensor y marcó el piso 7.

Al llegar, se quedó unos segundos parado en el pasillo. Las cuatro puertas del séptimo piso estaban cerradas. Metió la llave en la cerradura del departamento A. En cuanto abrió, sintió el aroma del desodorante de ambientes: una mezcla de eucaliptus y naranjas, el olor a la casa de Manuela. Dejó su valija apoyada en un rincón y enseguida sacó del bolsillo delantero un par de guantes de látex. Mientras se los ponía con cuidado, recorrió el *living* con la mirada. Los sillones, la mesa ratona, el televisor de plasma sobre un mueble antiguo, la alfombra de colores, los cuadros, la barra que conectaba el ambiente con la cocina; salvo por los restos de Luminol que habían usado sus colegas, todo parecía en orden.

Centró su atención en los elementos que había sobre la mesa que Manuela usaba de escritorio: el cable del cargador de la computadora estaba enrollado en una esquina —recordó que Sereti se había llevado la *laptop* para registrarla—, una libreta negra igual a las que usaba él, una pila de hojas garabateadas, una taza con la figura de Evita como lapicero. Lo único que le llamó la atención fue un pedazo de género color verde doblado en cuatro. Lo desplegó con cuidado; en el medio de la tela, la figura de una sirena se dejó ver. Tenía muchos colores en el cuerpo y los trazos que componían el pelo lograban un lindo efecto: parecía flotar bajo el agua. No recordaba haber visto ese accesorio dentro del vestuario —siempre sobrio— de Manuela. Volvió a doblarlo y lo dejó en su lugar.

Agarró la libreta y se sentó, sabía que iba a tener para un rato largo. Si Manuela había adquirido su costumbre, todo lo importante de las últimas horas estaba en esas hojas. «Ilusos los que se llevaron la computadora», pensó. Las primeras anotaciones parecían ser apuntes de una charla con una tal Clara; a medida que repasaba el texto escrito con una letra perfecta, la piel se le empezó a enfriar como cada vez que las piezas de un rompecabezas aparecían ante sus ojos de manera desafiante. Prefirió dejar esa sensación de lado para retormarla más tarde, cuando tuviera un poco más de forma. Franciso Juárez funcionaba como una máquina. Donde todos veían un charco de sangre seca, oscura, sin oxígeno, él veía a un asesino. No lo conmovía la sangre de los muertos, no tenía tiempo para eso. No podía perder un segundo en chapucerías sentimentales mientras su contrincante —así nombraba a sus presas— se preparaba para otro ataque. Muchos lo veían como un misterio, otros como un excéntrico; los menos, como un loco.

¿Cómo describir a un hombre que podía quedarse horas observando la manera en

la que estaban colgados los cuadros en las paredes de una casa, mientras en el piso un cadáver masacrado parecía requerir su atención a gritos? ¿De qué modo tratar a una persona que sostenía tener una relación especial con los muertos, ya que no solían montarle escenas desesperadas y no tenían el atrevimiento de mentirle? Juárez no se conformaba con buscar y atrapar asesinos, su cabeza no funcionaba con esa simpleza de manual: él necesitaba entender al criminal, comprender sus motivos, recorrer los laberintos —por lo general, oscuros— que lo llevaban a disfrutar con el dolor ajeno o a hurtar vidas como si se tratara de caramelos en un kiosko. «Porque así nos ven —solía decir Juárez ante la expresión absorta de los alumnos de la Academia—, como golosinas en inmensos escaparates. Algunos asesinos buscan a los que estamos envueltos en papel rojo, otros prefieren a los amarillos, pero los más interesantes, los que justifican que seamos policías son otros: los que eligen el caramelo por el sabor, y para descubrir qué gusto tiene el malogrado favorito, no nos queda otra opción que probar el dulce».

Eso estaba haciendo ahora, sentado frente al escritorio de Manuela: saboreando ese caramelo que alguien había elegido. Porque para una cabeza como la de Juárez, la mejor opción no era una opción. Trabajaba con la posibilidad de una Manuela asesinada o, en el mejor de los casos, en peligro. Los buenos deseos eran para otro tipo de gente, la gente como Francisco Juárez no tenía tiempo para cosas bonitas.

Un ruido del otro lado de la puerta del departamento lo alertó. Se levantó lentamente. Alguien estaba intentando abrir la puerta, supo que no era Manuela: la cerradura estaba siendo forzada. Sacó su arma del bolsillo de la valija y despegó el calco que los de seguridad de la aerolínea le habían pegado en la culata. Esperó parado en posición de tiro. En cuanto la puerta se abrió, Juárez bajó el arma.

—La puta que te parió, rati de mierda —dijo la intrusa mientras guardaba en una riñonera un alambre y lo que parecía ser una tarjeta de crédito.

Alina Zambrano tenía la particularidad de seguir pareciendo flaca como un palo a pesar de estar vestida con cantidades de ropa superpuesta; los años durante los que había sido abusada por su padrastro le dejaron esa costumbre: cubrirse con demasiada ropa para demorar el momento en el que su piel quedaba al servicio del salvaje.

—Explicame por qué forzaste la puerta, o como rati que soy te llevo presa —ordenó Juárez mientras guardaba el arma en la cintura.

—Manuela es mi amiga —respondió la chica mascando chicle con la boca abierta.

—Ah, ¿y vos entrás así en la casa de tus amigas?

—No, solo de las que están peligro.

Juárez conocía la historia de Alina; incluso en varias oportunidades había requerido de sus conocimientos cibernéticos, cuando no quería que sus pasos en alguna pesquisa quedaran registrados. También sabía que, si la chica lo ayudaba a cambio de algunos billetes, era porque Manuela estaba en el medio. Alina no confiaba en los hombres, salvo que Manuela fuera la garante.

La chica caminó sin pudor alguno hasta la cocina, abrió la heladera y tomó un trago de vino blanco del pico de la botella.

—¿Vas a seguir tocando demasiadas cosas sin guantes de látex? —preguntó Juárez, sin sacarle los ojos de encima.

—A Manu no se la llevaron de acá —aseguró.

—Contame, ¿qué sabés? —preguntó Juárez. Levantó la mano y la invitó a sentarse en uno de los sillones de la sala.

—No mucho. Pero si alguien la tiene, se la llevaron del Cudet —dijo, y bajó la mirada por primera vez, intentaba disimular la humedad en sus ojos—, y fue mi culpa.

Durante un buen rato, Alina se dedicó a contarle a Juárez las últimas noticias que podía brindarle sobre Manuela. Revisaron juntos la libreta de anotaciones para lograr desandar sus pasos.

—Hay muchos datos mezclados, tenemos que ordenarlos —dijo Juárez, parado frente al ventanal que daba a la calle. Flexionaba las rodillas de manera alternada para que sus huesos dejaran de crujir.

Alina había sacado de su mochila una computadora. Tardó menos de cinco minutos en adivinar la clave de *wifi* de Manuela. No le reveló al policía que tenía enfrente que al tipear «JUÁNEZ» se conectó automáticamente. «Los secretos de las amigas no se cuentan», pensó. Una búsqueda en Google les sirvió para saber que la dirección que la agente Pelari había escrito en una de las hojas que estaban sobre la mesa era la de la Iglesia de Santo Domingo.

—Es la iglesia en la que mataron al cura —pensó en voz alta Juárez y ordenó—: Buscá en Google las actividades de esa iglesia el último fin de semana.

Los dedos de la chica volaban en el teclado.

—¿Quién es Cornelia Villalba? —preguntó Alina, levantando la cabeza por primera vez.

Juárez pegó un salto y le clavó la mirada. Si bien no había participado directamente, conocía el caso. Antes de que llegara a sentarse junto a Alina, la chica ya había pasado por el buscador la historia.

—Mirá, esta es la foto que me trajo Manuela. ¡Esta es Cornelia Villalba! —gritó señalando la pantalla.

A medida que leía el texto de una vieja publicación, Juárez se sentía traicionado: Manuela, su Manuela, nunca le había contado que había sido protagonista involuntaria de la desaparición de una amiga. Buscó entre los contactos de su teléfono y le mandó un mensaje de whatsapp a un exjefe de policía de la época. La sangre le corría por la venas con la voracidad de un mar. Volvió a las primeras páginas de la libreta de la agente y releyó las anotaciones.

—Metete en los archivos de los avisos fúnebres de *La Nación* y buscá el nombre de la amiga de Manuela.

Alina obedeció. Mientras la chica buceaba entre los muertos, Juárez buscaba

desde su teléfono más notas periodísticas sobre el caso Villalba. Haciendo caso omiso al dolor de sus rodillas, se levantó y sacó su propia libreta de la valija; en la primera hoja escribió: Leonora Durán, Micaela Bordón, Mariana García, Ludmila Roviralta. En otra hoja, anotó el nombre de Clara Villalba, aunque no pensaba contactarla todavía; era una de las personas que había estado con Manuela antes de que desapareciera y prefería andar con cuidado.

—¡Ya los tengo! —dijo Alina con una sonrisa de satisfacción—. Y también tengo hambre.

Juárez le pasó los nombres de las compañeras de viaje de estudios de Manuela y le pidió que las buscara en internet. Fue hasta la cocina y revisó la heladera. Cortó pedazos de queso gruyère y rescató de un táper unas fetas de jamón, que, con asco, acomodó en un plato. Le costaba entender la satisfacción que sentía la mayoría comiendo carne animal. Imaginó que Alina no sería vegetariana. Se acercó a la mesa y apoyó el plato con extremo cuidado, temía distraer la intensa concentración de la chica. Había encontrado los avisos fúnebres, los pasó a un archivo de Word. Estaban ordenados por orden de publicación; por cada año, un aviso.

1. Cornelia Villalba, te extraño.
2. Cornelia Villalba. Por siempre.
3. Cornelia Villalba. Eternamente.
4. Cornelia Villalba. Siempre en mi corazón.
5. Cornelia Villalba, no te olvido.
6. Cornelia Villalba. Esperando.
7. Cornelia Villalba, gracias.
8. Cornelia Villalba, gracias.
9. Cornelia Villalba, gracias.
10. Cornelia Villalba, la mitad de tu ausencia es amor.

Según lo que Manuela había dejado asentado, la familia de la chica desaparecida no solo no había publicado los avisos, tampoco estaba al tanto de su existencia. A lo largo de diez años, alguien había recordado a Cornelia todos los 15 de abril. Los analizó uno por uno y notó algo extraño: durante los primeros cinco años, los mensajes eran melancólicos, amorosos; sin embargo, los últimos eran de agradecimiento, esperanzadores. El aviso que correspondía al año número 6 le llamó especialmente la atención; anotó en su libreta: «Esperando». Luego se quedó un largo rato frente a la ventana, pensando; algo sonaba en su cabeza. Alina interrumpió sus cavilaciones:

—Rati, ya tengo ubicadas en Facebook a las amigas de Manuela. Una es psicóloga, otra periodista, y otra hace algo relacionado con la decoración.

—Alina, ahora te toca a vos —dijo el policía—. Cuando llegaste, dijiste que a Manuela se la habían llevado del Instituto Cudet y te echaste la culpa. En la libreta de

Manuela hay un dibujo de una sirena, el mismo diseño que tiene ese pañuelo que está arriba de la mesa. Si mal no recuerdo, el Cudet es el instituto en el que estuviste internada, ¿no?

La chica mordisqueó un pedazo de queso. Se sonó los dedos, el ruido de los huesos de sus manos flacas fue lo único que rompió un silencio tenso. Con una voz finita, le contó a Juárez sus experiencias en el Cudet; no pudo contener las lágrimas cuando recordó que había sido ella quien había guiado a Manuela hasta la Fantasma. Su mente de niña le ganaba la pulseada a la mujer que era: seguía creyendo que esa pobre mujer mancillada tenía poderes sobrenaturales.

Juárez se limpió la boca con una servilleta de papel y tomó un vaso de agua. Cuando rompió el silencio, fue para dar una orden:

—Vamos al Cudet y vos venís conmigo.

Cuando llegó al restaurante, no fue necesario preguntar nada; un mozo se le acercó y le informó que su jefe lo esperaba en el lugar de siempre. Adalberto cruzó el salón y salió a la galería. A pesar del clima de otoño, las mesas de afuera estaban ocupadas. La vista a los diques de Puerto Madero era inmejorable. Khalfani Sadat, el Egipcio, estaba sentado solo, ante una mesa redonda. Se había enganchado la servilleta en el cuello de la camisa «al estilo italiano», como solía decir, y degustaba con fruición un áspic de camarones con salsa de palta. Era fanático de la comida peruana y ese lugar era su favorito.

—Pedite un pisco, Adalberto —le dijo sin levantar los ojos del plato—. Ni en Lima te lo van a preparar tan bien como acá.

El gigante asintió; mientras se sentaba frente a su jefe, le dijo al mozo:

—Un pisco, por favor.

Notó que el Egipcio se había afeitado una barba que durante meses había sido incipiente, nunca había terminado de crecer o de acomodarse del todo. El mozo le acercó la bebida, y comenzó a tomarla de a traguitos, en silencio: en una reunión con su jefe, quien debía empezar a hablar era él, siempre. Pero esta vez la espera fue bien corta.

—Bertito querido, contame qué te anda pasando. Me sorprendió tu llamado.

Odiaba que le dijera «Bertito», pero nunca se lo había dicho y no era justamente ese el momento.

—Tengo una mercadería que me encargó la Sirena...

—Ya estoy al tanto —interrumpió el Egipcio mientras untaba la crema de palta en una tostada.

—No la voy a matar, es una locura.

Khalfani largó una carcajada forzada.

—¿Desde cuándo matar es una locura para alguien como vos?

—Es una mujer policía, respirarle a la cana en la nuca de esa manera es muy riesgoso. La Sirena anda jugando con fuego, don.

—¿Tenés miedo por ella o por nosotros? —preguntó el jefe mirándolo por primera vez a los ojos—. Te recuerdo que la Sirena ya no es Nadine y que ahora la cuido yo.

No recordaba cuándo había sido la última vez que el Egipcio había pronunciado el nombre de Nadine; se había encargado de bautizarla como la Sirena mucho tiempo atrás, en otra vida. Siempre se jactaba de haberle salvado la vida a la chica; en un mundo en el que la costumbre es matar mujeres, rescatar a alguna, aunque parezca mentira, está bien visto. Pero el Egipcio no la salvó para quedar bien ante la mirada de nadie, básicamente porque no lo hizo. A Nadine la había salvado Adalberto. El gigante todo servicio fue quien la había liberado de su destino: un agujero inmundo en alguna zanja española.

Mientras tomaba el pisco, un recuerdo se abrió paso en la mente de Adalberto: el cuerpo golpeado de Nadine y de su amiga, y ese ruego que le pareció una orden: «Ella y yo vamos a vivir». Fue la primera vez que actuó a espaldas de su jefe: cargó a las dos chicas en la limousine que manejaba en esa época, y las llevó a una clínica clandestina que los tratantes y los narcos mantenían para salvar a sus soldados o a sus putas cada vez que tenían algún altercado. Una de las médicas del lugar era la hija de un narco que había estudiado medicina para ayudar en los negocios de su padre «de manera altruista», como solía decir. Fue la encargada de cuidar a las dos mujeres: suturó cortes, enyesó huesos quebrados, las tapó de antibióticos y las vacunó contra la hepatitis B. Nadine se negaba a ser anestesiada a la hora de las curaciones, sostenía que el dolor era algo que tenía que aprender a soportar si quería sobrevivir en el submundo que había elegido. Lucrecia, acostumbrada y resignada a todo, se dejaba hacer.

Adalberto no sabía qué hacer con las dos chicas: no podía devolvérselas al Torero, tampoco al Egipcio, y matarlas ya no era una opción. Fue Nadine la que puso en sus manos una salida imprevista. Sentada en la cama de la clínica clandestina, con el pelo recogido hacia atrás, la piel blanca, los ojos claros y su cuerpo menudo enfundado en la bata de terapia —la única prenda de vestir que tenía en ese momento—, le habló con una voz tan calma y decidida que el hombre se paralizó. Tratar a una mujer sin miedo no estaba en sus planes y Nadine era eso: una mujer sin miedo. Adalberto no imaginaba que, además, era una mujer sin escrúpulos. Le propuso poner a trabajar a Lucrecia para ellos. «Que nos pague, le salvamos la vida», dijo. Y así fue. Lo que no supo el hombre en ese momento era que el cuerpo de la chica escondía un secreto.

Terminó de tomar el pisco.

—Eh, Bertito, ¿dónde tenés la cabeza?

La pregunta de su jefe lo trajo de vuelta de un pasado en el que solía perderse. Le hubiera gustado contestarle que tenía la cabeza puesta en la Sirena, pero si había algo que Adalberto sabía era que con la vida propia no se juega y meterse con la mujer del Egipcio era, por lo menos y con suerte, perder un brazo o una pierna.

—¿Qué hacemos con la mujer policía, jefe? —preguntó sin paciencia.

—Negocios, Bertito, negocios. Lo único que sabemos hacer.

—Dejá de comerte la uñas —ordenó Juárez mientras manejaba excediendo los límites de velocidad de la Panamericana.

Pero Alina siguió masticando su dedo pulgar hasta hacerlo sangrar. La última vez que había recorrido ese camino lo había hecho en un patrullero, acompañada de una mujer policía que la había esposado. En ese entonces, era una nena y había hecho lo que consideró correcto: intentó matar a su padrastro, un hombre que abusaba de ella de manera sistemática. La idea de volver al Instituto Psiquiátrico Luis Cudet no le gustaba.

Juárez frenó el auto de golpe en un camino de tierra.

—No es acá —dijo Alina.

El policía no le prestó atención. Se bajó y empezó a caminar. El barro se le adhería a la suela de los zapatos, no le importó. Se clavó en la mitad del camino, con las manos en la cintura. Respiró hondo, el aire estaba frío y húmedo. La sangre le burbujeaba como si le corriera soda por las venas. Por ese camino, se llegaba y se salía del Cudet; solo por ese, no había otro. Miró las huellas que habían dejado los autos y las plantas que crecían desbordadas a los costados, pudo armar la escena como si fuera el director de una película. Caminó despacio, tan concentrado estaba que no sintió que Alina lo seguía agitada.

Una nube grande y gris dejó una grieta en el cielo, el rayo de un sol tibio se coló iluminando algo más que la escenografía agreste. A menos de un metro de donde estaban, algo brillaba al costado de un charco pequeño. Haciendo caso omiso al dolor de sus rodillas, Juárez recorrió el trecho con dos zancadas y se agachó.

—¿Qué es eso? —preguntó la chica.

El policía puso ante sus ojos un anillo de oro, el anillo de Manuela. No pudo evitar sonreír.

Podía haberla despertado el frío o el ruido incesante de un motor que se colaba por algún lado. El hambre y la sed también hubiesen sido grandes motivos, pero no. Lo que le abrió los ojos de golpe fue un olor que no solo le hizo rugir el estómago, sino que le disparó los recuerdos. Era dulzón, penetrante: olor como de panadería. ¿Cuándo había sido la última vez que olió algo así? No tenía tiempo para dedicarse a pensar en eso, había cosas más urgentes de las que ocuparse. La habían subido a una avioneta, eso lo tenía claro. También sabía que la habían drogado y que fingió estar más dopada de lo que estaba, fue la manera que encontró para que el gigante no volviera a inyectarla. No recordaba nada del vuelo, ni de la llegada a vaya a saber uno dónde. Sí notaba que el frío era intenso y seco, muy seco, un detalle que no le pareció menor. La habían sentado en un sillón bastante viejo y deshilachado, estaba atada de pies y manos. Movi6 el cuello, los hombros y lo que pudo de las rodillas, sus músculos respondían; las drogas habían dejado de hacer efecto.

La habitación donde la tenían era chica, calculó unos cuatro metros de largo por tres de ancho; no tenía ventanas pero justo frente a ella, había una puerta de madera. El piso era de lajas negras, las paredes estaban pintadas de blanco. A la izquierda del sillón en el que estaba, había una mesita redonda de metal, con un jarrón de vidrio violeta. Y el olor, ese olor intenso que, además de despertarla, ahora la desconcentraba. De repente, casi sin pensar, clavó la mirada en el suelo, en las lajas negras. «Ya estuve en este lugar», pensó. Las lajas, el olor, el frío seco. Lo supo. Estaba en El Paraje, el lugar en el que diez años atrás había desaparecido Cornelia.

La doctora Claudia Marini recibió a Juárez en su consultorio. Alina prefirió quedarse en el auto, se negó rotundamente a entrar al Cudet; el pasado no era su lugar de los buenos recuerdos. El policía se identificó, la puso en autos sobre la desaparición de la agente Pelari y le comunicó la certeza de que el último lugar en el que se la había visto con vida era el Instituto. Nada le dijo sobre el anillo de oro que tenía guardado en el fondo del bolsillo de la campera. Era la alianza de bodas de la abuela de Manuela. La mujer se la había regalado cuando su nieta se recibió de criminóloga; desde ese momento, nunca se la sacó. Con el tiempo se dio cuenta de que esa arandela simple le servía para espantar candidatos indeseados: «Estoy casada», solía decir con sonrisa pícara y moviendo la mano ante las miradas de espanto de los candidatos al fracaso. Una noche Juárez llegó a su casa, se metió en el baño y vio el anillo de Manuela en la bacha. Ella lo esperaba desnuda en la cama, pero la joya —que solo se sacaba para lavarse las manos— había arruinado la sorpresa. «Te encontré por el anillo», le dijo mientras él también se sacaba la ropa.

—¿Cómo sabe que la agente Pelari desapareció cuando salió de acá? —preguntó intrigada la doctora Marini.

Quiso contestarle que Manuela le había dejado una pista que únicamente él podía interpretar, pero no quiso; en definitiva, no estaba ahí para contestar preguntas.

—Doctora, no hay tiempo. En este momento Manuela tal vez esté muerta, pero si está viva lo que usted tenga para aportar puede hacer que la agujas del reloj no giren tan rápido —dijo Juárez con los codos apoyados en el escritorio de la mujer. No era solo un contacto visual, era una actitud casi de contacto físico—. Estoy al tanto de que Manuela se acercó hasta este lugar a visitar a una tal Fantasma...

—¿Quién le contó eso? —interrumpió la médica.

—Era un dato que usted con su pregunta me acaba de confirmar —contestó Juárez: había decidido preservar a Alina como fuente y jugar con todas las cartas al mismo tiempo—. ¿Quién es la Fantasma y cuál era el interés de la agente Pelari en esa paciente?

Claudia Marini se sintió acorralada, ella misma se había colocado contra una pared y le había facilitado la espada al hombre que no le sacaba los ojos de encima. Romper el silencio era, de alguna manera, como abrir una puerta cerrada durante años: había que forzar la cerradura oxidada, empujar la madera hinchada y apretar los dientes al escuchar el chirrido de los engranajes.

—Vino a ver el tatuaje que la paciente tiene en la muñeca —dijo contestando la pregunta más fácil.

—Una sirena, sí, lo sé —retrucó Juárez. La información que le había dado Alina estaba siendo clave para poner nerviosa a la médica—. Necesito los datos de su paciente, ahora.

La médica se puso de pie, se alisó como de costumbre las arrugas invisibles de su

ambo y descolgó el cuadro que disimulaba una caja fuerte empotrada en la pared. Sin dudar, sacó una carpeta de cartón amarillo que estaba entre tantas otras. Dejó la puerta de la caja abierta, como si lo único realmente valioso fueran esos papeles que atesoraba entre sus manos. Volvió a tomar asiento, tosió para aclararse la voz.

—Cuando me hice cargo de este hospital psiquiátrico, me encontré con un campo de concentración: se torturaba, se violaba, se mataba. Mancillaban sin piedad los cuerpos de hombres y mujeres —hizo una pausa para reponerse y siguió—. Los archivos decían que en el Cudet había 230 pacientes; no era así, había muchos menos. Fue imposible saber qué sucedió con los que faltaban. Escuché rumores de tráfico de órganos, de venta de cadáveres, pero nada cierto ni concreto. Los que sobrevivieron a esa masacre de años ya no eran personas, les robaron hasta el alma...

—¿La Fantasma es una de esas personas? —preguntó Juárez casi sabiendo de antemano la respuesta.

—Sí, pero antes de sobrevivir al Cudet, había sobrevivido a muchas otras cosas. Con ella aprendí que hay humanos que no solo sobreviven una vez.

Juárez asintió, la definición de la médica le había parecido maravillosa; pensó en anotarla en su libreta, pero no era el momento.

—Para llegar a Manuela, necesito entender los motivos de Manuela, y su paciente parece haber sido uno de esos motivos, tal vez el último —dijo.

Claudia Marini abrió la carpeta y separó con cuidado las hojas que, con el paso del tiempo, se habían pegado entre sí. Había llegado el momento de decir un poco más.

—Antes de llegar al Cudet, la Fantasma fue víctima de una red de trata. La rescataron en un megaoperativo junto con otras catorce chicas que estaban esclavizadas en una whiskería de mala muerte, en el sur del país. Los investigadores que trabajaron en ese caso no sabían que ese allanamiento al que ante los medios calificaban de exitoso iba a traer consecuencias devastadoras...

Juárez la interrumpió:

—Recuerdo el caso. Algunos de los policías estaban cooptados por los tratantes y divulgaron el lugar en el que estaban escondidas las chicas. Unas desaparecieron y otras se negaron a declarar, habían sido amenazadas.

—Exacto —continuó la médica—. Todas, excepto una.

—La Fantasma.

—Sí, ella. Desde muy chica, había sido víctima de tantas atrocidades que nada le resultaba amenazante. Cuando un ser humano deja de temerle al dolor de la tortura e incorpora la muerte como bendición, se convierte en alguien poderoso, invencible. Ni siquiera tuvo dudas, declaró ante la Justicia y denunció a Khalfani Sadat, un diablo al que apodan el Egipto. La causa se cerró como por arte de magia, resolvieron que ese hombre no existía y que la mujer inventaba, que estaba loca. Así fue como terminó en este lugar, en la época en la que, como ya le conté, esto era el infierno. Esto que le estoy contando no se lo revelé a la agente Pelari, tal vez debería haberlo hecho, no lo

sé.

La cabeza de Juánez había acelerado la marcha, algunas piezas del rompecabezas empezaban a encajar: Manuela no había llegado hasta el Cudet por la Fantasma, el motivo era otro.

—¿Quién es Cornelia? —preguntó Juánez usando la poca información que había encontrado en el escritorio de Manuela.

—Cuando la Fantasma todavía se sumaba a las actividades, capacidad que fue perdiendo con el tiempo, una vez en una clase de pintura escribió «Cornelia» en un dibujo. No aparecía nadie con ese nombre en nuestros registros. A esta altura imagino que tal vez pudo haber sido alguna de las chicas rescatadas en el operativo de trata, o quién sabe.

Juánez se despidió de la doctora Claudia Marini. Salió del instituto Cudet con la certeza de que Manuela no había ido a buscar a la Fantasma: quería encontrar a Cornelia. Mientras caminaba hacia el auto en el que esperaba Alina, mandó un par de mensajes a los investigadores: no tenían novedades. Estaban intentando armar un identikit con las imágenes del hombre que había quedado registrado en las cámaras del la Iglesia de Santo Domingo, el sospechoso de matar al cura. Cuando subió al auto, Alina le dio una sorpresa.

—Te abrí una cuenta en Facebook, busqué una foto tuya en internet. ¿Les mando inbox a las amigas de Manuela? —anunció y preguntó sin levantar los ojos de la pantalla del teléfono celular.

—¿Que me abriste qué? ¿*Inbox*?

—Mirá —dijo la chica—, inbox es un mensaje privado, es como mandar un *mail*. Es la manera más rápida y eficiente que tenemos. Por lo que veo, en los perfiles de las chicas usan mucho Facebook, viven conectadas. Puse una foto tuya de cuando eras más joven y lindo.

Juánez no pudo evitar largar una carcajada. La idea no era mala, en definitiva lo que no tenía era tiempo. Se abrochó el cinturón de seguridad y arrancó.

—Deciles que las quiero ver, no nombres a la tal Cornelia. Poné que es una investigación por Manuela Pelari.

Alina asintió con la cabeza, mientras con sus dedos flacos tocaba la pantalla.

—La piba está muerta y ahora que lo sabés tu situación es más complicada.

Era la primera vez en diez años que Manuela tenía un dato concreto sobre Cornelia. No lo había leído en el diario, ni se lo había contado un fiscal; el hombre que tenía enfrente se lo confirmaba con una tranquilidad pasmosa. «Yo la maté», aseguró. Cuando lo vio abrir la puerta del lugar en el que la tenían cautiva, no tuvo miedo, ni siquiera el más mínimo atisbo de sorpresa; solo sintió curiosidad y preguntó:

—¿Qué le hiciste a Cornelia?

Y Ariel Alonso confesó. Estaba más gordo, más canoso y lucía una barba afeitada casi al ras de la piel, pero lo reconoció al instante. Mantenía la mirada intensa, a pesar de los círculos negros alrededor de los ojos. Seguía usando esos jeans apretadísimos, que en el pasado le resultaron modernos y hasta atractivos, y podría jurar que la campera de cuero era la misma que el chico Alonso solía ostentar como si fuese una prenda de lujo tantos años atrás. El olor intenso que la había despertado del embotamiento de las drogas era producto de la horneada compulsiva de pan y budines con la que Irma, la madre de Ariel, las había recibido en su momento. Estaba en la hostería Los Alonso. El mismo olor, las mismas lajas negras en el piso.

—Te acercaste demasiado, Pipa, lamento reencontrarme con vos en estas circunstancias —dijo el hombre mientras se acercaba a Manuela y con una mano áspera le acariciaba la mejilla.

Manuela clavó los ojos en la cintura de Ariel, no se notaba ningún arma en el cinturón y la campera tenía los cierres de los bolsillos cerrados.

—Desatame, por favor, no hay nada que yo pueda hacer. Si son mis últimos momentos, podrías concederme un poco de comodidad —sonrió de manera provocadora—, en honor a los viejos tiempos, ¿no?

Ariel dudó, pero la vio tan flaca e indefensa que finalmente cedió. La desató sin privarse de manosearle el torso durante unos segundos. La oleada de odio y asco que sintió Manuela fue la gota que le faltaba al vaso de violencia que, en ocasiones, se le desbordaba. El primer golpe seco fue artero: Ariel escuchó crujir el cartílago del tabique de su nariz, los ojos se le llenaron de lágrimas y la sangre empezó a chorrear entre sus labios. El segundo lo dejó desparramado en el piso. Y cuando le clavó la zapatilla derecha en los testículos, el dolor fue tan intenso que no pudo ni gritar.

Manuela dio una zancada para esquivar el cuerpo del hombre y abrió la puerta que había quedado entornada. A pesar de que el corazón parecía querer salirse de su pecho, no pudo evitar sonreír: Pipa parecía dictarle desde el pasado el plano de la hostería. A la derecha, las habitaciones; a la izquierda, una pequeña sala de lectura; abajo el *living*, el comedor y la cocina. No había tiempo para pensar y tomó una decisión.

Había ostentado un poder con pocos límites, supo hacer justicia y también negoció injusticias para que algunas estructuras no se derrumbaran como castillos de arena. Fue amado, odiado, respetado, denostado, pero a él le gustaba que lo recordaran como a un hombre temido. A pesar de todo, el exjefe de policía estaba en silla de ruedas. La última vez que se había mostrado en público hizo un esfuerzo inhumano para mantenerse de pie; se puso su uniforme de gala, recibió la condecoración por los servicios prestados, posó para las fotos con algunos colegas y se fue a su casa con una sola certeza: nadie iba a ver su cuerpo derrotado. La artrosis reumatóidea había logrado en poco tiempo lo que muchos malos y tantos buenos intentaron durante años: sacarlo del medio, apartarlo.

El *living* del departamento del exjefe Ramón Oreyana tenía una ventana enorme que daba a la puerta del Departamento Central de Policía. Pasaba horas viendo cómo «los nuevos» —así los llamaba— entraban y salían del edificio de la Avenida Belgrano. Podía determinar por la manera en la que caminaban o subían las escaleras de la recepción, incluso por la forma en la que tomaban el café en vasos de plástico mientras fumaban un cigarrillo en la vereda, quiénes iban a llegar lejos en la fuerza y quiénes morirían en el ostracismo o por la bala de algún maleante.

Francisco Juárez no le preguntó si necesitaba ayuda para acercar la silla de ruedas al sillón, pero tuvo la gentileza de levantar del piso una agenda de índice telefónico: estaba abierta en la letra C. No pudo evitar sentir ternura, su exjefe seguía anotando los números como si el tiempo no hubiera pasado. Simplemente lo dejó arreglarse solo mientras prestaba atención a la bata a cuadros rojos y negros y al pelo canoso de un largo casi prohibido para un policía.

—Juárez, querido, hacé de cuenta que esta es tu casa. En la cocina hay café, bebidas frescas en la heladera o algún chupi en el armario.

Juárez declinó la invitación, no tenía mucho tiempo para visitas. Le contó que la agente Pelari estaba desaparecida. Prefirió no ahondar en sus sospechas: Oreyana estaba viejo, lisiado y con mañas, pero Juárez no pasaba por alto que estaba frente a uno de los hombres más lúcidos que había tenido la fuerza.

—Jefe, ¿qué sabe de un tal Khalfani Sadat? —preguntó.

Oreyana le clavó los ojos mientras asentía con la cabeza como quien deja entrar los recuerdos desde la grieta de algún pasado. Estuvo unos minutos en silencio, hasta que habló:

—El Egipto, un tipo raro. En su momento, tuvimos una alerta de la Embajada de los Estados Unidos, pero no le dimos mucha bola. Con el tiempo su nombre empezó a sonar en muchas investigaciones de trata de mujeres. Algunos fiolos escupían el nombre a cachetazos, pero cuando lo buscábamos, nada. El tipo parecía invisible —dijo esto último mientras se miraba las manos arrugadas. Juárez ni siquiera parpadeó, conocía ese gesto de su exjefe—. Tengo algo que te puede interesar.

Arrastró su silla de ruedas hasta un mueble viejo, abrió uno de los cajones y se pasó un buen rato separando cuadernos anillados. Había con tapa naranja, marrón, negra; algunos eran pequeños, otros grandes. En ese cajón, estaba archivada la historia criminal de los últimos años. Finalmente, el elegido fue uno amarillo. Oreyana rodó hasta el sillón de pana en el que Juárez esperaba y le puso el cuaderno sobre las rodillas.

—Ahí tenés apuntes míos, impresiones, datos, pero lo más importante son las hojas que están enganchadas en la tapa del cuaderno —dijo, y Juárez las desenganchó y las despegó con cuidado—. Es la merca que nos mandaron los gringos en su momento, lo que ellos tenían del tal Egipcio.

—Ahora sí le voy a aceptar un café. Me gustaría quedarme un rato a leer este material.

Oreyana asintió y se desplazó hasta la cocina. Juárez se hundió en el mundo de un hombre al que había empezado ya a medir: Khalfani Sadat.

Causa 3789/ 1995 – Cindy Carlton sobre denuncia de ataque sexual – Manhattan, NYC (textuales)

«A Cindy la conocí en el Central Park, una noche de verano, hacía mucho calor. Se me acercó y mantuvimos una conversación sobre temas triviales. Recorrimos gran parte del parque. Nos sentamos en el borde de la fuente principal y ella comenzó a insinuar que quería tener sexo conmigo allí mismo, al aire libre. Era una mujer muy bella y estaba escandalosamente vestida. Estoy notando sus caras de asombro y reproche, señores jueces, pero apuesto a que ustedes en mi lugar habrían hecho lo mismo: aceptar.

»Eso hice. Tuve sexo con ella un buen rato, no recuerdo el tiempo exacto. Nos despedimos amablemente y me fui a mi casa, caminando solo por el Upper West Side.

»Ahora ella dice que yo la violé, que nunca me provocó y se muestra golpeada, tajeada y mordida. Una zorra mentirosa, señores jueces».

Causa 4867/ 1996 – Lorraine Shelter sobre asalto sexual – New Jersey – NYC

«Lorrie fue mi novia. Nos conocimos en la inauguración de una galería de arte en Chelsea, ella es artista. Yo pensé que me amaba y ahora me doy cuenta de que solo quería que con mi dinero sostuviera su obra. Salimos un tiempo, viajamos a Miami e hicimos un crucero por el Caribe. Yo puse fin a esa relación y evidentemente ella no pudo soportar perderme. Esta es su venganza. ¿A quién se le ocurre que yo

puedo violar y golpear a mi propia novia? Una puta, eso es Lorrie, una gran puta».

Causa 9817/ 1997 – Alba Guzmán sobre privación de libertad y agresión sexual – Richmond – Virginia

«Alba era la mucama de un hotel en el que me alojé unos días mientras esperaba que terminaran de pintar mi nueva casa en Richmond. Una tarde llegué antes de tiempo a mi habitación y la descubrí revisando mis valijas. Es una ladrona, como todas las latinas, señores jueces. Yo soy extranjero, es verdad, pero nunca tomé prestado nada que no fuera mío. Este país es demasiado blando con los latinos que, además, son mentirosos. Fíjense ustedes lo que dice esta mujer, ¿cómo van a creer que la llevé a mi casa en obra y que la violé durante dos días? Solo a una latina con imaginación se le ocurren semejantes delirios».

A los casos de Manhattan, New Jersey y Richmond se sumaban casos de Carolina del Sur y La Florida. El patrón siempre era el mismo: el Egipcio negaba los hechos y le echaba la culpa a las víctimas. Juárez también notó que, a medida que las mujeres lo iban denunciando, se mudaba de ciudad primero y de estado después. Siguió revisando la documentación, y con sorpresa notó que muchas de las causas en los Estados Unidos se habían cerrado; en otras había pagado una multa, solo en una había cumplido una pena efectiva de dos años en un penal de Georgia. El rastro se perdía, hasta que tiempo después aparecía en México, en la ciudad del infierno.

—¿Este hombre tuvo que ver con los homicidios de mujeres en Ciudad de Juárez?
—preguntó Juárez con sorpresa.

El exjefe Oreyana le contestó sin dejar de mirar por la ventana.

—Eso me llegó en su momento, pero fue imposible de chequear. Por esa época, las autoridades de Ciudad Juárez andaban enloquecidas, todos los días sumaban cadáveres de mujeres echadas en el desierto y familias desesperadas buscando a sus hijas. La presión local e internacional los llevó a cometer muchos errores —dijo mientras giraba la silla de ruedas y se acercaba al sillón en el que estaba Juárez—. Lo habían detenido, ya ni recuerdo por qué circunstancia, pero también habían apresado a una banda de matones narcos de poca monta. Lo cierto es que mientras estaban enjaulados los crímenes de mujeres seguían sucediendo.

Juárez escuchaba mientras daba vuelta las páginas del cuaderno. Entre las hojas, había un sobre; en el lomo decía «CONFIDENCIAL». Lo levantó y lo puso frente a los ojos de Oreyana. El exjefe asintió con la cabeza. Adentro había una carta escrita a máquina con la firma de quien había sido en su momento el hombre fuerte de Interpol. La Organización Internacional de Policía Criminal advertía que Khalfani

Sadat se había escapado de una prisión federal en México y que estaba haciendo viajes frecuentes entre España y Argentina, sospechaban que usaba pasaportes falsos y que un informante les había certificado que solía estar acompañado de un expolicía de GOPES. Oreyana esperó atento la reacción de Juárez.

—¡A la mierda! —dijo.

—¿Qué sabés del GOPES? —preguntó el exjefe.

—Es el Grupo de Operaciones Especiales de México. Tengo entendido que son los hombres más preparados de la fuerza. Trabajan con liberación de rehenes, narcotráfico, narcoterrorismo. Recuerdo que fueron ellos los encargados de la seguridad de los aeropuertos mexicanos después de los atentados contras las Torres Gemelas, ¿no?

—Exacto, pero en todos lados hay ovejas negras que confunden los lados del mostrador en el que tienen que atender. Uno de esos muchachos bravos se convirtió en el guardaespaldas del Egipto.

Francisco Juárez se levantó del sillón y movió sus piernas doloridas, una excusa para hacer tiempo: necesitaba acomodar la información en su cabeza. Miró de reojo a su exjefe, notó que él también estaba pensando. Decidió interrumpirlo.

—¿Qué relación hubo entre el Egipto y el caso de la menor Cornelia Villalba? —el tono de Juárez puso en alerta a Oreyana.

—Ninguna —contestó sin dudar.

—Cuánta certeza, jefe.

—¿Y qué tiene que ver la agente Pelari, que entiendo es el motivo de tu visita, con la piba perdida y el Egipto?

—Es una testigo, Oreyana. Manuela Pelari formaba parte del grupo de chicas que estaba con Cornelia en el sur cuando desapareció.

—Uf, no tenía ese dato, no recordaba los nombres de las pibitas esas —dijo mientras se acomodaba los mechones blancos de pelo detrás de las orejas—. Mirá, dimos vuelta todo, apretamos a media Patagonia. Nos denunciaron por apremios ilegales, y a nadie le importó. Una pibita rica desaparecida no nos dejaba mucho margen ni tiempo para andar pensando en los derechos humanos. Investigamos al padre, al hermano, a la profesora con la que habían viajado y nada. Mi teoría es que salió a caminar por esos bosques de mierda y se perdió. Tal vez se la comió un animal salvaje o se ahogó en algún lago, qué se yo, eso creo.

Juárez no tenía nada más que preguntar. Lo que necesitaba saber, como ocurre con lo importante, no había sido dicho. Se despidió de su exjefe con una mezcla de bronca y desilusión.

Cruzó la Avenida Belgrano y se sentó en las escalinatas del Departamento Central de Policía, sacó su celular y marcó el número del hombre que lo estaba reemplazando en Homicidios.

—Sereti, largá una orden de búsqueda contra Adalberto Calixto. Anden con cuidado, el tipo fue policía de élite en México.

Luego de dar la orden, Juárez levantó la vista hacia el edificio de enfrente y clavó los ojos en la ventana de Oreyana.

—Otra cosa. Hablá con la fiscalía y que vigilen a Ramón Oreyana.

—¿Oreyana? ¿Nuestro ex? —interrumpió con sorpresa el comisario Sereti.

—Sí, el mismo.

Juárez cortó la comunicación. Sabía que sus órdenes no solían ser cuestionadas con pedidos de explicaciones. Ramón Oreyana tenía contacto con el guardaespaldas del Egipcio, su teléfono estaba escrito en la agenda que Juárez había levantado del piso. Hasta un exjefe de policía podía tener un descuido como ese. Calixto Adalberto, el mismo nombre que aparecía en la carta de Interpol.

Francisco Juárez siguió mirando por un buen rato la ventana del hombre a quien en algún momento de su vida creyó un héroe. La mata de pelo blanco estaba del otro lado del vidrio. Supo que Oreyana también lo estaba mirando. Le retumbaban las palabras que acababa de escuchar: «Siempre hay ovejas negras que confunden los lados del mostrador en el que tienen que atender».

Se encerró en la salita de lectura y trabó la puerta del lado de adentro con un sillón de pana rojo. Abrió la ventana: el cielo, las montañas y los árboles formaban un paisaje encantador, pero Manuela solo tenía ojos para calcular la distancia que había hasta el piso. Se asomó y sacó medio cuerpo afuera. «Cuatro metros», pensó. Saltar era una locura, como mínimo podía romperse una pierna; lo único que tenía a favor era el montículo de nieve justo bajo la ventana que, tal vez, amortiguaría el impacto.

Lejos de molestarle, el frío jugaba a su favor y la despabilaba de los restos de embotamiento que le habían dejado las drogas. Recorrió con la mirada la habitación: en una mesa ratona, había un cortapapeles con mango de piedra; parecía viejo y desafilado. Manuela lo agarró igual, lo sujetó entre el elástico de las calzas negras y la piel de su cadera. No había tiempo para perder. Pasó una pierna del lado de afuera de la ventana y apoyó la punta del pie en un pequeño saliente de la madera que recubría el exterior. Se concentró por unos segundos en las técnicas que había practicado infinidad de veces en la Academia de Policía: acortar con el largo del cuerpo lo máximo posible la distancia hasta la base, durante la caída mantener el cuerpo derecho para evitar que sea la cabeza lo primero que impacte y, por último, intentar amortiguar el choque con las partes blandas del cuerpo. Así lo hizo.

No tuvo tiempo de masajearse ni las rodillas, ni el hombro; en cuanto cayó en la parte trasera de la hostería, escuchó voces airadas que venían desde adentro. Irma y Ariel estaban discutiendo. La agente Pelari usó una fila de matorrales nevados para ocultarse y arrancó una rama. Mientras corría, la rama le sirvió para ir borrando sus propias huellas de una capa fina de nieve que cubría el cemento. Llegó hasta una construcción precaria que estaba emplazada a unos diez metros de la casa principal. Se metió por una grieta entre dos listones de madera.

Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la semipenumbra. El lugar era del tamaño de las habitaciones de la hostería; de las paredes colgaban estantes de metal atiborrados de herramientas, el portón de dos hojas estaba cerrado por fuera con cadenas y candado, la poca luz que entraba se colaba por una ventanita de vidrios sucios. En el medio de la estancia, había una moto a la que le faltaba la rueda de atrás, cuatro bidones llenos de un líquido que por el olor parecía ser nafta y una bicicleta vieja. Colgada en un gancho, había una campera de cuero de descarte. Manuela no dudó y se la puso. Oía a humedad, pero no le importó; la piel con la que estaba forrada le devolvió un poco de temperatura a su cuerpo aterido. También se quedó con un martillo que guardó en el bolsillo interno del abrigo.

Las voces que venían de afuera interrumpieron la inspección. Se acercó despacio al portón y espío por la hendidura que lo unía a la construcción de madera. Después de diez años, volvía a ver a Irma. Estaba mucho más gorda y su pelo, totalmente blanco; miraba cómo su hijo hablaba a los gritos por teléfono celular. Manuela no pudo evitar sentir satisfacción al verlo nervioso, apoyándose un trapo en la nariz para frenar la

sangre, que sin dudas le seguía saliendo luego del golpe que ella le había dado de lleno. Ariel cortó la comunicación y se subió a la camioneta que estaba estacionada en la puerta de la hostería. Irma se quedó parada en la puerta con las manos en la cintura y la mirada fija en el hijo que se iba por el camino de tierra.

Tuvo el impulso de salir como una fiera a reclamarle por la vida de su amiga, por haber fingido un papel de mujer hospitalaria montado para engañar a un grupo de quinceañeras; tuvo ganas de aplastarle la cara contra el piso hasta que confesara cuántas Cornelias tenía guardadas en su conciencia, pero ahora su prioridad era salvar su vida.

Volvió a colarse por la grieta por la que había entrado. El aire estaba más gélido y empezaban a caer algunos copos de nieve. Recordaba que la ruta para llegar al pueblo estaba a kilómetros y, además, esa no era una buena opción. Nadie había ayudado a Cornelia diez años atrás, no lo harían con ella ahora. Podía adentrarse en el bosque y sortear algunas de las montañas que tenía enfrente, pero sin agua, ni comida, ni calzado adecuado, las posibilidades eran casi nulas. O podía volver a la casa, reducir a Irma —en caso de que estuviera sola— y usar algún teléfono para pedir ayuda. ¿Y si la mujer no estaba sola?

Aguzó el oído. De lejos pudo escuchar el ruido de un motor: alguien estaba volviendo por el camino que había desandado Ariel. No había más tiempo que perder. Se abrochó los botones de carey de la campera que había robado, tanteó que el corta papeles y el martillo estuvieran en su lugar y corrió hacia el bosque.

Estaba preparada físicamente para correr por la arena, por la nieve, en el llano y en pendiente, pero el hambre, el frío y la sed le estaban jugando una mala pasada. Hizo todo lo contrario a lo lógico: lejos de andar por los lugares amplios y despejados, eligió los de arbustos tupidos, ramas caídas y huecos en las rocas. Solo se abrió unos minutos cuando divisó a los lejos unos manzanos; no era época de cosecha, por lo que se tuvo que conformar con un par de frutos pequeños y arenosos. Tomó agua de un lago; las consecuencias podían ser incómodas para sus intestinos, pero no le importó. Se acurrucó entre dos ramas caídas; las zapatillas le habían hecho ampollas en el talón y las manos se le estaban oscureciendo por el frío.

Tenía que decidir qué hacer. Sin un lugar donde refugiarse, iba a ser muy difícil sobrevivir a la noche. Su objetivo era alejarse lo máximo posible de El Paraje y buscar una zona urbana en otro pueblo más confiable. Pero antes estaba el inconveniente de la noche y las temperaturas bajo cero. Si se quedaba quieta, iba a helarse. Se levantó como pudo, y corrió hacia las montañas.

Entró en el Departamento Central de Policía por la puerta de la calle Belgrano. El agente del puesto de entrada dejó su escritorio de un brinco para saludarlo. Francisco Juárez era un hombre querido y respetado dentro de la fuerza, aunque a veces su soberbia le había hecho ganar más de un enemigo. Las chicas de limpieza también corrieron por el patio principal a darle un beso en cuanto se corrió el rumor de que había vuelto. El accidente de auto que casi le costó la vida y la agónica rehabilitación les hicieron creer a todos, hasta al mismo Juárez, que todo había terminado, que era el fin, pero no.

Caminar por esos pasillos de pisos de baldosones negros y blancos, escuchar desde las oficinas la radio de la frecuencia policial, oler el aroma del café recién hecho que salía de la cocina y, de vez en cuando, el ruido del tecleo de los que todavía tipeaban en las viejas máquinas Remington, le hacía hervir la sangre, sentía que ese era su lugar de pertenencia. Cruzó toda la planta baja hasta la recepción de la calle Moreno, suponía que las llaves de su oficina seguirían estando en el lugar de siempre. Una valla de vidrio separaba la entrada de un pequeño hall repleto de sillas de plástico destinadas a las personas que necesitaban hacer algún trámite personal. Miró de reojo y notó que había bastante gente esperando. Se metió en una salita con las paredes llenas de casilleros para los policías que no tenían un lugar fijo dentro del departamento y debían dejar en algún lado sus bolsos o mochilas. En un mueble de metal gris bastante descascarado, se guardaban las llaves; en el primer cajón, Juárez encontró las de su despacho.

Estaba guardando el llavero en el bolsillo de su campera cuando escuchó al policía de la entrada discutir con una mujer. Ella insistía en que la dejaran entrar porque tenía información importante, él le repetía que no podía dejarla pasar y que dejara su teléfono o que llamara al 911. Ella se negaba a dejar su número porque de ninguna manera le iba a dar esa información personal a un desconocido, él le decía que entonces no podía hacer nada. Ella argumentaba que tenían la obligación de hacer algo porque con sus impuestos le pagaba el salario. Juárez no pudo evitar sonreír con lo delirante del debate. Cerró el mueble, apagó la luz que había encontrado prendida y salió de la salita. Cuando estaba por abandonar la recepción, le pareció escuchar que la mujer que seguía discutiendo con el guardia nombraba a la agente Pelari. Dio vuelta sobre sus pasos y se acercó a la mesa de entradas.

—Perdón, señora, ¿me podría repetir lo que acaba de decir? —preguntó ante la mirada atónita del pobre policía de control.

Antonia Delgado se quedó tiesa y apretó fuerte contra su pecho la caja de zapatos que traía envuelta en una bolsa de nylon transparente.

—Le estoy diciendo a este hombre que se cree el dueño de los impuestos de los ciudadanos decentes que tengo información importante sobre la agente Pelari que están nombrando en la televisión a cada rato —respondió la mujer de corrido, con la

cabeza en alto y actitud desafiante.

Juánez no pudo evitar suspirar. Sabía que era inevitable: tarde o temprano la información se iba a filtrar a los medios de comunicación. Luego de años de participar en investigaciones resonantes, había aprendido a determinar qué noticias podían ser de interés para los periodistas y una agente de la policía científica desaparecida en plena Capital Federal, sin dudas, lo era. La mujer que tenía enfrente era una de las consecuencias de que el caso se difundiera; como ella, decenas de personas iban a acercarse para aportar datos que creían relevantes y había que atender a todos. Estuvo a punto de ordenar que un cabo le tomara una exposición, pero desistió. Pasó por el costado de la valla vidriada y señaló un par de sillas vacías a un costado.

—Solo cinco minutos —le dijo.

Antonia se sentó con dificultad; uno de sus zapatos tenía el tacón vencido y le costaba mantener cerrado su tapado, la caja de cartón en un brazo y el monedero en el otro tampoco colaboraban. Juánez se ofreció a sostenerle la caja mientras se acomodaba, pero la mujer se negó. En cuanto logró dominar sus pertenencias, empezó a hablar sin esperar preguntas:

—Mire, hace un rato estaba en mi casa en Almagro. Tomé el colectivo 84 para venir hasta acá, me bajé en la Avenida Belgrano —aclaró, haciendo caso omiso al gesto de hastío de Juánez—, y en la televisión un periodista contaba que hay una mujer policía desaparecida. Dijo que se llamaba Manuela Pelari, yo me anoté el nombre en un papelito, si quiere se lo muestro, lo guardé en el monedero con la tarjeta SUBE...

—Señora, resume, por favor —dijo Juánez.

—Sí, sí, no se enoje. Resulta que cuando pusieron en la televisión la foto de la agente desaparecida, pegué un salto, porque yo estuve con ella el sábado este que pasó, y no creo que sea casua...

—¿Me repite por favor? ¿Usted dice que estuvo con Manuela Pelari? ¿Dónde? —preguntó.

—En la Iglesia de Santo Domingo, en el homenaje a Cornelia Villalba, tan linda esa nena...

Juánez volvió a interrumpirla, pero esta vez con genuino interés por el relato. Finalmente Antonia consiguió pasar al Departamento Central de Policía, luego de dejar su documento en la puerta. Subieron por el ascensor al despacho de la jefatura. La mujer pidió un vaso con agua y se instaló en uno de los sillones. Miraba todo con el asombro que podría sentir una nena de 5 años en Disney. Le llamó la atención el tamaño del edificio, la enorme cantidad de oficinas y, sobre todo, la oficina tan grande y bien decorada a la que la había llevado Juánez.

—¿Le puedo decir Antonia? —preguntó el policía con suavidad, notando que la mujer podía no ser muy estable.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—No se asuste, lo acabo de leer en el DNI que tuvo que dejar en la puerta. Antonia Delgado, la escucho —dijo.

La mujer asintió con la cabeza y, por primera vez, se animó a soltar la caja de zapatos. La puso sobre sus rodillas.

—Le decía que el sábado fui a la Iglesia de Santo Domingo y vi a esa policía que buscan. No estaba vestida de policía, qué raro ahora que lo pienso, pero era ella. Tenía el pelo atado en una cola de caballo alta y la verdad es que es muy linda para ser policía.

Juánez supo que la mujer no se equivocaba, ese era el peinado que usaba Manuela cuando estaba de civil.

—Me acerqué a hablarle porque me pareció que estaba mareada. Es que estaba muy blanca, y le tengo que decir que me trató bastante mal, sentí que la molestaba y bueno, la dejé ahí sola.

—Antonia, ¿y usted qué hacía en la misa por Cornelia Villalba?

La mujer se recostó en el respaldo del sillón y relató con detalles su dedicación a los avisos fúnebres. No fue necesario que terminara de contar la costumbre que había heredado de su abuela, ni lo obsesionada que estaba con el más allá de determinados muertos. Juánez no tuvo dudas de que esa mujer era la que había despertado las dudas de Clara, la madre de Cornelia; había estudiado con detalle las anotaciones que Manuela había dejado en su libreta. La dejó hablar e irse por las ramas, su atención estaba puesta en la caja de zapatos que Antonia le cedió a cambio de que escuchara su historia.

Llevaron la caja al escritorio y la abrieron con cuidado, como si fuera una ceremonia. Cuando corrieron la tapa, la ramita de romero que estaba encima de una pila de papeles inundó con su aroma la oficina. «Es para espantar los malos espíritus», explicó la mujer. La carpeta de cartón, doblada a un costado, servía para mantener ordenadas unas hojas blancas con avisos fúnebres perfectamente cortados y pegados. Allí estaban los anuncios que Alina había buscado por internet en el archivo virtual del diario. Juánez volvió a repasarlos: eran diez, uno por cada año que Cornelia no estuvo.

—Qué familia amorosa, ¿no? —dijo Antonia sin sacar los ojos de la caja—. Por eso son mis preferidos, nunca se olvidan de publicarle unas letritas a la nena.

Juánez asintió con la cabeza, pero sabía que no habían sido los Villalba y que, antes de que se la tragara la tierra, Manuela había andado detrás de ese misterio. Antonia empezó a desplegar sobre el vidrio del escritorio los recortes que guardaba en la caja. Juánez ni se atrevía a tocarlos. La mujer los desdoblaba y estiraba con sus manos con una solemnidad que no se atrevió a interrumpir. Había páginas de revistas y de diarios de la época en los que se contaba la historia que había acaparado la atención mediática. Como no había aparecido ningún cadáver y la comodidad policial se enfocaba en la posibilidad de que la chica se hubiera perdido en el bosque, Juánez no había sido convocado, pero recordaba la tensión que se había vivido en la fuerza

por esos días.

Le pidió permiso a Antonia para sacar fotos de algunos artículos, la mujer aceptó sin problemas. Las notas estaban ilustradas con fotos de la familia Villalba en el aeroparque, volviendo del sur con rostros de desolación; también se podía ver a las amigas de Cornelia rodeadas de periodistas. Sintió un nudo en el estómago cuando identificó a una Manuela adolescente con esa mirada triste que ahora conocía tan bien, sintió ganas de abrazarla. Eugenio, Clara, Dionisio y Cornelia habían sido una familia vistosa; una revista les había dedicado una doble página para contar quiénes eran y lo felices que habían sido antes del desastre. Se los veía esquiando en una pista blanquísima o riendo en una playa de un mar azul intenso, incluso habían publicado una de las fotos de bodas del matrimonio Villalba. A Juárez le resultó curioso cómo esa familia que se mostraba tan unida, a primer vistazo parecía dividida en dos. Madre e hija eran idénticas: el pelo, los ojos, hasta los oyuelos en las mejillas cuando sonreían. Lo mismo pasaba con Dionisio y el doctor Villalba. Juárez aprovechó y con su celular sacó fotos también de algunos de esos recortes. Antonia lo miró con beneplácito.

—¿Vio que al final le iban a interesar las cosas que yo tenía para aportar? —preguntó desafiante—. Espero que cuando encuentren a la policía desaparecida me lo agradezcan.

La mujer guardó las revistas en la caja con el mismo cuidado con el que las había sacado. Creyendo que Juárez estaba distraído, aprovechó para meterse en los bolsillos unos sobres de azúcar que estaban sobre el escritorio. Juntos caminaron por los pasillos hasta la puerta de la calle Moreno y se despidieron.

Francisco Juárez volvió a su oficina con una sensación de angustia y fracaso. Las horas pasaban y lo único concreto que sabía era que Manuela había sido secuestrada, que nadie todavía había pedido nada a cambio de su vida y que la desaparición de su amiga Cornelia estaba estrechamente relacionada con todo. Sus colegas estaban haciendo un rastreo minucioso, pero todavía insuficiente.

Prendió la computadora y se metió en los portales de noticias. En la primera plana de casi todos, estaba la foto de Manuela; sin dudas, los periodistas habían hecho el pedido a la oficina de prensa de la Federal. La agente Pelari estaba seria y con el uniforme de gala que pocas veces había usado. Un poco lo tranquilizó esa imagen de una Manuela que no parecía Manuela, era como fantasear que la mujer en peligro era otra y no su mujer. Todas las notas tenían la información básica, en ninguna relacionaban el caso con el de Cornelia. Eso era muy bueno, no quería que los allegados a los Villalba tuvieran que lidiar de nuevo con los medios. Eso pensaba cuando Alina le mandó un mensaje de whatsapp: estaba esperándolo en el bar de la esquina.

La encontró acodada en la barra, tomando un vaso de ginebra. Había tenido la deferencia de cambiarse de ropa y Juárez sospechó que hasta se había bañado. El vestido largo, verde oscuro, no combinaba con la campera de cuero morada, pero olía

a un perfume alimonado y llevaba los labios pintados. En cuanto lo vio, no le dio ni tiempo a saludarla.

—Rati, estuve *stalkeando* a las amigas de Manuela —dijo casi en un susurro, como si alguien en ese bar viejo y casi vacío pudiera escucharla.

—¿Qué estuviste qué? —preguntó Juárez levantando las cejas negras que enmarcaban a la perfección sus ojos intensos.

—Revisando los perfiles de redes sociales de las amigas de tu noviecita —contestó irónica—. Me pareció que antes de visitarlas hay alguna información que tenés que tener.

Juárez se sorprendió gratamente, una vez más, con Alina. Ahora entendía los motivos por los que Manuela defendía tanto la ayuda extraoficial que solía darle la chica.

—Bueno, pasame todo por *mail* y lo chequeo —contestó.

—No hay tiempo. Respondieron el mensaje que mandé en tu nombre y nos esperan en una hora en la casa de Leonora Durán. Pero antes hay algunas cosas que tenés que saber.

Durante un largo rato se quedaron en la barra con las cabezas sumergidas en las pantallas de los celulares. La información estaba allí, a la vista de todos.

Leonora había ofrecido su casa sin dudar: «Yo estoy para colaborar en lo que se necesite y no tengo dudas de que mis amigas también», escribió como respuesta al mensaje grupal de Facebook que Alina había mandado en nombre de Francisco Juárez. Acto seguido, le puso hora, fecha y dirección al encuentro. Mariana García y Micaela Bordón aceptaron con un simple «OK». A pesar del tiempo, la Durán seguía encabezando las actitudes colectivas.

La escuela secundaria es el lugar en el que se terminan de definir los roles que, más adelante, la vida adulta se encargará de modelar. Pero ante ese grupo con el que se comparten las primeras rebeldías, la primera vez en el sexo, el primer cigarrillo y las primeras complicidades, los comportamientos se repiten como pasos de comedia o de tragedia; volver a esos lugares es tan simple como andar en bicicleta. La Linda va a seguir siendo la Linda, aunque ya no lo sea, aunque en su cintura la grasa se haya distribuido de manera caprichosa, aunque de ese rostro anguloso solo quede una sombra tenue de lo que alguna vez fue. La Rebelde es sumisa ante el marido y el jefe, ni siquiera se le planta al verdulero si le da los tomates pasados, pero cuando vuelve al grupo de pertenencia, repite todas las frases desfachatadas o políticamente incorrectas de la adolescencia y, si es necesario, inventa historias donde siempre es ella la que da el portazo o, con soltura magistral, retiene la última palabra en discusiones invisibles. La Traga dejó la universidad en segundo año, intentó con una carrera de nivel terciario y fracasó, terminó con un emprendimiento de frascos decorados de miel y mermeladas caseras, pero sus compañeras de secundario siguen escuchándola embelezadas. Sus comentarios políticos, económicos o de técnicas de crianza de niños son tenidos en cuenta con devoción: la Traga nunca se equivoca.

En el grupo del Dullmich College, la ecuación se repetía. Leonora Durán, la Bella líder, abrió la puerta de su piso sobre la Avenida Libertador. La sala era enorme, con ventanales que daban de lleno a los bosques de Palermo; la mesa de inspiración francesa, con sus catorce sillas forradas de un terciopelo *bordeaux* exquisito, contrastaban a la perfección con un juego de sillones Chesterfield de cuero color chocolate. La Durán los esperaba con todo lo necesario para tomar el té. En la amplia mesa ratona, había desplegado un juego de vajilla de Limoge y unas confituras que parecían sacadas de una revista de cocina. Estaba espléndida como siempre; con unos pantalones negros de pana que resaltaban su figura modelada, una camisa blanca de seda y un collar de oro del que colgaba una piedra verde con forma de corazón. Había acomodado su pelo rubio, iluminado con unos reflejos más rubios aún, en un prolijo rodete a la altura de la nuca.

La cita era a las cinco de la tarde. Francisco Juárez había llegado media hora antes. Desde su auto, estacionado en la vereda de enfrente, pudo ver el momento en el que Mariana García, la psicóloga, y Micaela Bordón, la periodista, se encontraron en la puerta del edificio para subir juntas. Esperó unos minutos y bajó del auto, no quería

darles mucho margen de charla en soledad. Alina le había aportado, entre otros, un dato bastante útil: las mujeres no estaban conectadas entre sí por Facebook; por alguna razón, habían decidido seguir sus vidas sin que ni siquiera una amistad digital les recordara el pasado.

Cuando Juárez entró en el departamento, Mariana y Micaela estaban sentadas en los sillones, cada una en una punta distinta; se las veía tensas, incómodas. La única que se desplazaba a sus anchas eras Leonora, la dueña de casa, ocupaba los silencios con presentaciones pomposas e innecesarias.

—¡Qué extraño este reencuentro después de tantos años! —exclamó mientras se ubicaba en el sillón principal y mostraba una sonrisa impostada—. Comisario Juárez, usted ni se imagina lo amigas que hemos sido, lástima que bueno, usted ya sabe, falta una de nosotras...

—Faltan dos —interrumpió Juárez—. El motivo por el que las cité es que la agente Manuela Pelari también está desaparecida.

Leonora se tapó la boca con sus manos de esmaltado perfecto. Micaela Bordón sintió más curiosidad que asombro.

—Unos colegas estaban trabajando en el tema hace un rato, cuando me fui de la redacción. Yo sabía que Pipa era policía, leí su nombre hace un tiempo en unos informes para una nota que escribí para una revista. Soy periodista —aclaró—. Me sorprende que nos haya citado a todas nosotras, ¿la desaparición de Pipa tiene que ver con la desaparición de Cornelia?

Juárez disimuló la sorpresa; sin dudas, el oficio de Micaela la tenía acostumbrada a hilar datos sueltos. No le contestó y prefirió avanzar.

—Tengo entendido —dijo— que el fin de semana pasado hubo una misa de homenaje para Cornelia...

Mariana García levantó con ambas manos su mata de pelo largo color azabache y se lo acomodó hacia un costado, con un movimiento rápido, antes de interrumpir al policía.

—Sí, en la Iglesia de Santo Domingo. Estuvimos todas. En el noticiero comentaron que hubo un robo y que mataron a un cura de esa iglesia, ¿eso también tiene que ver con nosotras?

—Nada tiene que ver con ustedes, ¿o sí? —preguntó Juárez.

Leonora llamó a la mucama para que les sirviera el té. La mujer no demoró ni un minuto en hacerlo. Puso una tetera con agua caliente sobre la mesa y una bandeja con cinco latas de hebras importadas de distintos sabores, se retiró con la misma eficacia con la que había aparecido. Ninguna le hizo caso, cada una miraba su taza vacía como si la bebida fuera a corporizarse por arte de magia. La dueña de casa decidió retomar la conversación.

—Señor Juárez...

—Juárez, Franciso Juárez —aclaró.

—Perdón. Señor Juárez, nada tiene que ver con nosotras, nunca lo tuvo. Fuimos

víctimas de una situación en la que jamás deberíamos haber estado —mientras hablaba, Mariana y Micaela asentían—. Éramos chicas y fuimos expuestas a lo indecible, señaladas. Y ahora, diez años después, siento que no es justo que seamos nuevamente involucradas.

Juánez sirvió agua en su taza y eligió unas hebras de *earl grey*. Mientras esperaba que el difusor tiñera el agua, miró fijo a la Durán.

—No estoy acá para determinar qué cosas son o no son justas, la situación que ustedes vivieron es lo que les tocó. Cómo cada una se las apañó en estos años es algo que me tiene sin cuidado. Tengo a una agente de la Policía Federal desaparecida y necesito saber algunas cuestiones —dijo y luego se dirigió directamente a Micaela, desde el primer vistazo notó que era la más centrada y, tal vez, la menos dañada—. ¿Vieron a Manuela el día de la misa?

—No, yo no la vi —dijo Micaela, Leonora y Mariana también negaron con la cabeza.

Juánez sacó de la carpeta que había llevado una fotocopia a color que le había dado Alina, la puso sobre la mesa, al lado de la fuente de masas finas. Mariana se inclinó y dio vuelta el papel para observarlo con detalle.

—Esta es Cornelia, es la misma foto que estaba en un atril en el altar durante la misa. Horas antes de desaparecer, Manuela estuvo obsesionada con esta foto —explicó Juánez—. ¿Qué creen ustedes que pudo haberle llamado la atención? Mírenla bien y piensen.

Mariana agarró la fotocopia, la miró un instante y se la pasó a Micaela, que hizo lo mismo. Leonora siguió con los ojos clavados en el plato de masas.

—Chicas, cuando vi la foto en la iglesia, me sentí rara, tuve mucha angustia —arrancó Micaela.

Leonora la interrumpió sarcástica:

—Y, sí. Era una misa por una muerta, alegría no había.

Juánez empezó a tomar nota en su libreta negra, decidió dejarlas interactuar.

—Ya lo sé, Leonora —insistió Micaela—. Digo que la foto me angustió y ahora que la miro de cerca, me doy cuenta de que Cornelia está vestida con la ropa con la que desapareció.

—No, no tenía esa ropa —negó Leonora.

Mariana se metió:

—Sí tenía esa ropa. Estoy segura. La remera celeste que se ve debajo de la campera era mía, y nada más la usó esa noche —dijo, y bajó el tono de voz—, la noche en que desapareció.

Micaela pidió la foto y la miró durante un buen rato, hasta que dijo:

—No tiene el collar —aseguró, puso la foto delante de los ojos de las otras y las obligó a ver—. Miren bien. No tiene el collar ese que usaba y estoy segurísima de que en el boliche lo tenía.

Leonora y Mariana ratificaron lo dicho por Micaela. Todas recordaban a Cornelia

con el collar, esa joya que no se sacaba nunca, ni para bañarse. Juárez dejó de escribir y trató de entender por qué un detalle tan menor las había alertado tanto.

—Bueno —dijo—, tal vez lo perdió en el boliche.

—No —intervino Mariana—. No lo perdió.

Con una voz suave, la que solía usar con sus pacientes, le transmitió a Juárez un recuerdo que todas tenían en la memoria: el momento en el que la profesora les mostró el collar que Ariel, el hijo de los dueños de la hostería, había encontrado fuera de la casa.

—Entonces —repasó Juárez en voz alta—, si Cornelia salió de la hostería con el collar puesto y en el boliche fue fotografiada sin el collar, difícilmente pudo haberlo perdido en la hostería.

Micaela asintió y fue por más.

—Creo que nos quisieron hacer creer que Cornelia había regresado con nosotras y eso no sucedió. La Villalba nunca volvió del boliche.

Eso había descubierto Manuela, Juárez no tenía dudas, pero había algo más.

—¿Quién de ustedes sacó esta foto? —preguntó como al pasar.

Las tres mujeres se miraron con desconcierto. Leonora, como siempre, se hizo cargo de la situación.

—Nosotras no. De hecho, recuerdo que no nos dejaron llevar objetos de valor y en esa época no existían los celulares con cámara. Supongo que la foto la puso en el altar la familia de Cornelia. Cuando llegamos ya estaba allí.

Juárez sabía que los Villalba no tenían nada que ver con ese atril, ni con la foto. Los apuntes que Manuela había tomado en su libreta reproducían una charla con la madre de Cornelia. Clara había sido la primera sorprendida.

La puerta del pasillo que conectaba la sala con la otra parte del departamento se abrió de golpe. Una chica de no más de 18 años perseguía sin éxito a un niño mientras pedía perdón por la interrupción.

—Dejalo, dejalo —concedió Leonora—. Rodri se queda conmigo mientras vos le preparás el agua para su baño.

La niñera se retiró a cumplir la orden de su patrona.

—¿Es tu hijo? —preguntó Mariana con sorpresa.

La Durán asintió con una sonrisa, la primera natural de la tarde, sin dejar de mirarlo con condescendencia. Micaela y Mariana lo saludaron y empezaron a hacer monerías para entretenerlo. Juárez aprovechó y pidió permiso para ir al baño, necesitaba unos minutos a solas para ordenar las ideas que de golpe habían estallado en su cabeza. Leonora, atenta a su chiquito mientras recibía gustosa los halagos de su excompañeras, le señaló la puerta por la que se había retirado la niñera. Juárez se levantó del sillón haciendo caso omiso del dolor en sus rodillas.

El pasillo era larguísimo y lleno de puertas, calculó unas seis. Las paredes estaban pintadas de color durazno y repletas de fotos colgadas en marcos dorados. Notó que Leonora siempre había sido bella; las fotos de su boda, las de unas vacaciones en

algún lugar de mar turquesa o esquiando en una montaña la mostraban siempre elegante y sensual, una combinación que no se le daba a cualquiera. Se detuvo en una que le generó curiosidad, era en la ciudad de Nueva York, sin dudas; el parque que se veía era el Central Park. Leonora posaba con una remera y un *short* de jean, con las dos manos se agarraba la cadera; estaba demasiado flaca. Pero no fueron ni los brazos huesudos, ni las piernas que parecían palitos lo que le llamó la atención. Se acercó a la foto para ver los detalles. Una voz suave, con tonada del interior, lo interrumpió:

—Señor, ¿lo puedo ayudar en algo? —La niñera se asomaba por una de las puertas con una toalla turquesa en las manos.

—Sí, gracias. ¿Me podrías indicar dónde está el baño? —contestó.

La chica le señaló la puerta del *toilette* para las visitas. De repente, Juárez tuvo una duda y se dirigió con disimulo a la empleada.

—¿Se porta bien el nenito?

—Sí, es muy mimado, pero es buenito. Los patrones lo tienen bien educadito —contestó la niñera con timidez.

—¿Cuántos años tiene? —insistió Juárez.

—Cinco, este año empezó el preescolar.

—Yo no tengo hijos, pero me imagino que el padre debe estar encantado, ¿no?

—Ay, sí. El patrón lo adora, son muy pegados.

—Bueno, te dejo preparando el agua para Rodrigo. Yo paso al baño, permiso.

Cerró la puerta y, sin dudar, le mandó un mensaje de whatsapp a Alina: «Buscame datos del marido de Leonora Durán». Abrió la canilla y se lavó la cara, necesitaba refrescarse. La sangre le bullía, como cada vez que una pieza encajaba en el rompecabezas de una investigación. Necesitaba recorrer las fotos otra vez. Abrió la puerta de a poco, se aseguró de que la niñera estuviera en el baño, y salió. Del otro lado del pasillo podía oír la voz chillona del nene y las risas de las mujeres.

Solo en la foto de bodas estaba el padre del nene, un hombre alto, unos años mayor que Leonora y con muy buen porte; juntos parecían salidos de una revista de moda. El resto de las paredes estaban tapizadas con fotos de la chica y Rodrigo. Volvió a concentrarse en la que le había llamado la atención. Se dio vuelta de golpe y enfocó la vista en otra foto: Leonora estaba sentada en un sillón azul con el bebé recién nacido en los brazos, estaba vestida de violeta y tenía puesto el mismo gorro que en la foto del Central Park. ¿Por qué una mujer tan pendiente de la imagen se pondría un gorro de la lana en pleno verano neoyorquino? Sacó su libreta negra del bolsillo trasero del pantalón y tomó un par de apuntes. Antes de irse, con su teléfono fotografió la foto de bodas, la única del padre del nene.

Cuando el cachetazo la hizo volar y caer boca abajo sobre la cama, lo primero que pensó fue en no manchar las sábanas blancas con la sangre que le salía del labio. En definitiva, cada uno de los dólares que había pagado por dormir en lienzos de algodón de ochocientos hilos, los había conseguido con su cuerpo; no soportaba la paradoja de que fuera su cuerpo el que los arruinara. Retroceder casilleros como si la vida fuera un juego de la oca fallido no era algo que estaba dispuesta a soportar.

El Egipcio la levantó de los pelos y la tiró contra el placard de la habitación. La Sirena no reaccionó, estaba acostumbrada. Sabía cómo hacer para que su mente se desconectara y su cuerpo permaneciera allí, como una bolsa de boxeo, al servicio del salvajismo ajeno. Ese ejercicio lo había aprendido de su amiga Lucrecia en otra vida. «Separar la mente de la carne es tan útil para las putas como saber hacer una buena mamada», solía repetirle. Y Nadine, así se llamaba en esa época, siempre había sido una buena alumna. La voz de su hombre la trajo de nuevo a la realidad de su habitación.

—Mírame, puta de mierda. ¿Qué carajo hiciste?

El Egipcio tenía la camisa blanca desabrochada y la cara roja por la ira, gritaba y escupía al mismo tiempo.

—¿Quién mierda te pensás que sos para darle órdenes a mi gente?

La mujer hizo un gesto con sus labios hinchados, que a simple vista pareció una mueca de dolor, pero no. Por dentro, no pudo evitar reír a carcajadas. «Mi gente», decía el Egipcio convencido de que Adalberto le pertenecía. Nadie en el mundo era tan de la Sirena como ese gigante bruto y soez, pero por sobre todas las cosas, eficaz.

Luego de que Lucrecia y Nadine fueron dadas de alta en la clínica clandestina de Madrid, Adalberto Calixto las alojó a ambas en un monoambiente cerca de la Puerta del Sol. Tuvo que apelar a sus ahorros para poder pagar el alquiler en una de las zonas más caras de la ciudad. «Es fundamental que vivamos por estas calles, los clientes necesitan un lugar seguro, de cómodo acceso y, sobre todo, un lugar que les dé una excusa. Si algún conocido los ve por acá, pueden decir que fueron por unas tapas a la Plaza Mayor o a comprar alguna chuchería por la calle Zaragoza», argumentaba.

Lucrecia trabajaba hasta diez horas por día, y Adalberto era el encargado de conseguirle los clientes. Guardaespaldas de maleantes conocidos, barmans de boliches, hombres que ni con dos salarios llegaban a pagar las putas del Egipcio eran bienvenidos entre las piernas de la chica. El gigante custodiaba la puerta del departamento para intervenir en el caso de que alguno se pusiera violento. Si bien se trataba de un pequeño emprendimiento, las reglas del negocio eran siempre las mismas: mercadería dañada, mercadería que no servía más.

Mientras tanto, Nadine pasaba mañanas y tardes enteras dando vueltas por una Madrid que nunca llegó a seducirla del todo. Eternas caminatas por el Parque del

Retiro, paradas cortas para comer chiquitos de jamón a lo largo de la Gran Vía y, de vez en cuando, un paseo por el Museo Reina Sofía. De todas las obras solo le interesaba el Guernica de Pablo Picasso. Donde todos veían plasmado el horror que supuso la Guerra Civil Española, ella veía en el toro, en el caballo herido, en el pájaro alado y hasta en la madre que lleva a su hijo muerto, sus propios horrores: bocas gritando, ojos desorbitados, brazos en alto pidiendo una ayuda que no llega. Así era su vida: un mural de espantos silenciosos.

De a poco, Lucrecia empezó a fallar. Se puso demasiado flaca, su higiene dejaba bastante que desear, tosía y escupía unas flemas sanguinolentas que no se preocupaba ni en limpiar, ni en disimular, y su *performance* sexual solo traía quejas de los clientes. Cada noche le subía la fiebre y en un delirio permanente recitaba en voz baja, y a veces no tanto, los nombres de ciudades de Argentina —ese país al que quería volver—, y se despertaba llamando a una niña a la que decía querer como a una hija. Cada vez que la mujer gritaba el nombre de la tal Cornelia, el gigante y Nadine se miraban con el desconcierto con el que se miran las personas que no supieron acallar bien a sus muertos.

Lo miró con esa intensidad que solo ella lograba. Era la única mujer que podía frenar un puño con un golpe de pestañas.

—Tuve que hacerlo, mi rey —intentó explicar la Sirena, mientras se levantaba del rincón en el que se había protegido de las patadas—. La mujer policía me vio, estoy segura de eso.

El Egipcio respiró hondo y le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie. No era un hombre que manejara el arrepentimiento como costumbre, pero cuando le vio el labio partido, la inflamación debajo del ojo derecho y los moretones en las piernas, sintió un poco de culpa. La acompañó hasta la cama y la tapó con el acolchado, no porque hiciera frío, sino porque no quería ver en la piel de su mujer el resultado de la paliza que acababa de darle.

—Ay, Sirenita. Si no te mandaras tantas cagadas, yo no tendría que lastimarte —le dijo mientras le acomodaba el pelo detrás de las orejas—. Mirá lo que me hiciste hacer.

—Sí, sí, ya lo sé, mi rey, pero esta vez no hubo opción. Tuve que ir a la iglesia para ver si estaba todo en orden y esa mujer policía empezó a meterse en mis cosas, y bueno... —dijo y se incorporó como pudo, tenía un dolor punzante en el costado, a la altura de las costillas—. No le di ninguna orden a tu gente, solo le pedí ese favor a Adalberto. Nada más.

El Egipcio fue hasta el *living* y trajo dos vasos con whisky, le alcanzó uno a la Sirena.

—Tomá un trago de esta bebida, te va a hacer bien. —Ella obedeció—. Yo habría podido evacuar tus dudas, no era necesario que fueras hasta ese lugar. No siempre las cosas te van a salir bien, Sirena. La suerte no siempre va a estar de tu lado. Mi madre Basira solía decir: «Las estrellas a veces se apagan».

Escuchar el nombre de la madre del Egipcio le produjo un estremecimiento. Basira había sido la verdadera sirena en el desierto, la mujer que no había sido bendecida con el don de la supervivencia. Khalfani le había puesto el apodo en honor a ella y coronó el momento con un regalo especial: un pañuelo verde de seda con el dibujo de una sirena. Lo único material que le había quedado como herencia. Tomó otro trago, el alcohol le hizo arder el corte en el labio, cerró los ojos y rememoró el momento en el que su vida cambió para siempre.

«Tomar decisiones te hace libre», decía un *graffiti* que algún ingenuo había dejado estampado en uno de los muros de la Plaza Mayor. Nadine siempre elegía tomar un café con leche en la mesa de un bar que daba justo a esa pared, a esa proclama de pintura roja. Y murmurando le contestaba: «De ninguna manera. Tomar decisiones no te libera de nada, solo te ata a tu elección. Toda elección incluye una pérdida, ¿y si eso que perdés es exactamente la libertad? Deje de escribir pavadas en las paredes, no sea cosa que la gente le haga caso, se la pase decidiendo cosas y en la

jaula de los que deciden, seamos un montón». Ese *graffiti* la obsesionaba: lo miraba, le hablaba, soñaba con él. Una mañana se levantó temprano, todavía no había amanecido, caminó por las calles de Madrid hasta llegar al muro, sacó un aerosol de color negro que había comprado el día anterior y tapó la palabra «libre». El *graffiti* se transformó en «Tomar decisiones te hace». Así lo dejó. Eso creía Nadine.

Esa misma noche citó a Adalberto en la Plaza de Cibeles. Pasearon en silencio por la calle de Alcalá, ambos sintieron que esa caminata era una despedida de la ciudad que los había albergado. Madrid estaba por pasar al recuerdo.

—Vayamos a Argentina —dijo Nadine.

—Yo no puedo ir a ningún lado, puedo subirte en un avión con Lucrecia...

Nadine lo interrumpió:

—No, no estoy huyendo, no se me da bien eso de escapar —dijo, y ambos sonrieron—. Quiero que me presentes al Egipto. Desde hace años, ese hombre maneja mi vida. Bueno, ahora el volante lo quiero manejar yo. Puedo hacerlo.

Adalberto la miró como si acabara de conocerla. Eso sucedía con Nadine: cada día descubría en ella a una mujer diferente. Y cada nueva Nadine lo atrapaba más y más. El gigante asintió con la cabeza y puso la mano en la panza abultada de ella.

—Tu bebé nacerá en Buenos Aires entonces.

Nadine asintió con una sonrisa.

Ariel entró hecho una tromba en la comisaría del pueblo, llamó a los gritos al comisario.

—¿Qué pasa, muchacho? —preguntó el comisario Olivera—. Esa nariz está rota, se te tuerce para un costado.

—Tuve un problema con una mercadería, se escapó. Debe estar vagando por los bosques, necesito refuerzos.

El comisario levantó las manos en un gesto de resignación. Antes de responder, se prendió un cigarrillo.

—Qué problema, Arielito. Se viene una tormenta de nieve bastante fuerte, dicen en el pronóstico, y tengo a la patrulla avisando en zonas rurales.

Ariel lo interrumpió de un manotazo, agarró a Olivera del cuello y lo puso contra la pared.

—Escuchame bien, la puta que parió. Si esta mina llega a conseguir ayuda, en menos de una hora nos levantan todo el pueblo —amenazó. El comisario lo miraba con los ojos inyectados en sangre y la respiración agitada—. Ahora mismo mandás a esa patrulla a recorrer las afueras de mi hostería y vos te vas a la ruta a pegarle un aviso a los locales.

Olivera logró zafarse de la mano de hierro del muchacho y, sin sacarle el ojo de encima, moduló a sus hombres del patrullero. Ariel se dio media vuelta y pegó un portazo.

Le costaba respirar. El aire helado parecía convertirse en hielo en la humedad de sus pulmones. Cada bocanada era una tortura. Apoyó ambas manos sobre su boca para intentar, sin éxito, calentar cada inspiración. Cuando los primeros copos de nieve empezaron a caer, tuvo ganas de llorar por primera vez desde que había sido capturada. Manuela apoyó la espalda contra la piedra de la base de una montaña y se quedó quieta unos minutos. Una luz que salía desde un peñasco cercano le llamó la atención, se volvió a cerrar la campera y avanzó muy despacio. Pudo divisar un hueco similar a una cueva. Lo que le había parecido una luz, no lo era; alguien había prendido fuego dentro del agujero.

Siguió caminando; cuando llegó a menos de un metro, sacó del bolsillo del gamulán el martillo que había robado del garaje de los Alonso, se pegó a la piedra y se desplazó hasta la entrada de lo que efectivamente era una cueva. Se asomó despacio y espió hacia adentro, tuvo que clavar las zapatillas en el barro para no caerse. Ella estaba ahí. El pasado la estaba provocando con la peor de las jugadas.

Ni el fiscal ni el juez se habían tomado la molestia de ir hasta el Tigre. El operativo era descomunal: dos camionetas del grupo de asalto, un helicóptero del Ministerio de Seguridad, quince agentes provinciales, doce federales y una ambulancia. Juárez dejó el auto detrás de un patrullero zonal y se puso el chaleco antibalas que siempre guardaba en el baúl. El comisario Leonardo Sereti, que también se había desplazado hasta el lugar, se acercó corriendo; al chaleco antibalas, él le había sumado un casco. Ambos estaban a cargo de la requisita.

—Ya tengo la orden del juez —dijo esgrimando un papel—, mis hombres van a romper el portón. Estuvimos caminando sobre la pista de ese tal Adalberto Calixto: efectivamente laboró en el grupo de élite mexicano y creemos que pudo haber tenido que ver con la fuga del Egipto de una cárcel de ese país. Tenemos el dato de que se vinieron a la Argentina y durante varios años rotaron destino en España. Drogas, armas, pero sobre todo putas. El negocio más grande de esta gente es el de las minas.

—¿Qué es esto? —preguntó Juárez señalando con la cabeza el galpón enorme rodeado de policías.

—Un aguantadero, supongo. Tenemos imágenes de las camaritas de la autopista. En la mira está una camioneta Fiorino blanca a nombre de un alias de este Calixto. El vehículo anduvo por la zona de Pilar y vino hasta acá. Los vecinos nos dieron una descripción física bastante acertada del tipo que entra y sale de este lugar.

Juárez supo que la información que le daba Sereti era correcta. Con esa camioneta habían capturado a Manuela en el área del Instituto Cudet.

—No perdamos más tiempo —dijo un entusiasmado Sereti—, avancemos.

Juárez asintió en silencio. Según el protocolo, el grupo de choque entraba primero para limpiar el lugar; eran los que ponían el cuerpo ante la posibilidad de que del otro lado de la puerta los recibieran de manera hostil.

Juárez escuchó cómo los hombres demolían a patadas el portón, y los gritos de «alto policía» mezclados con la adrenalina de los que sabían que podían ser los últimos minutos de sus vidas y la voz del encargado del ataque anunciando el resultado: «Limpio».

El galpón era espacioso y similar a todos los que existían en la zona y solían usarse para guardar los elementos náuticos. En este caso, además se usaba como garaje. La camioneta Fiorino blanca estaba estacionada en el medio del corralón. Juárez se puso los guantes de látex que siempre llevaba en el bolsillo del chaleco y abrió la puerta de atrás del vehículo. Sereti estaba revisando la parte de adelante.

—¡Mirá, Juárez! —gritó—. Dejó las llaves en la guantera.

No era un detalle menor.

—Entonces no tenía pensado usarla. O tiene otro auto. O se fue de viaje. Chequealo —ordenó, mientras miraba con atención el espacio de carga de la Fiorino.

El utilitario estaba preparado para trasladar gente sin levantar sospechas: tenía los

vidrios tapados y un chapón para impedir el contacto con el chofer. Mientras Sereti metía en una bolsa de pruebas los papeles de la camioneta, una caja de carilinas, una gamuza limpiavidrios y tres latas vacías de cerveza, Juárez se paró en el medio del galpón con las manos en la cintura. Sentía alivio, desde el momento en el que lo convocaron al allanamiento temió encontrarse con el cuerpo sin vida de Manuela. No estaba preparado para lidiar con el cadáver de la mujer de su vida.

Debajo de una mesa larga de madera y hierro, había una caja de metal de las que suelen usarse para guardar herramientas. Adentro no había clavos, ni martillos, ni destornilladores; Adalberto la usaba para atesorar botellitas llenas con un líquido color ámbar, jeringas y agujas.

—Las trae hasta este lugar con la camioneta y las droga para manipularlas a su antojo —concluyó Juárez en voz alta—. Que periten esta falopa, pero no tengo dudas. Es algún tipo de benzodiacepina o algún otro inhibidor del sistema nervioso central.

Sereti se acercó con un gesto preocupado.

—Juárez, ¿creés que a Manu la fallo con esto?

Nunca la había llamado por el apodo, eso le causó ternura a Juárez.

—No tengo dudas, es la única manera de lidiar con Pelari. Sereti, ¿qué hay detrás de ese bote? —preguntó para cambiar el eje de la charla.

Era un error ponerle emotividad a la búsqueda. Estaba desaparecida una agente de la Policía Federal. No era la Manu de nadie, era ni más ni menos que una agente.

El bote era rústico, estaba hecho con madera de baja calidad y los clavos se veían oxidados; la pintura de la base, que en algún momento fue verde, estaba descascarada casi en su totalidad. Sereti lo corrió con una sola mano, era pequeño y bastante liviano. Detrás no había nada, solo estaba apoyado contra un rincón del galpón. Juárez se paró a un costado y empezó a sacarle fotos con su teléfono celular. Sereti descubrió en segundos lo que había llamado la atención de su colega.

—Ah, mirá qué fetiches son estos delincuentes. ¡Pintan el dibujo de la minita en todos lados! —exclamó en tono burlón.

Juárez dejó de sacar fotos y lo miró extrañado.

—¿De qué minita estás hablando?

—La minita del tal Egipcio. Le dicen «la Sirena». No hay nada en contra de ella, pero tenemos la data de que lo acompaña desde hace tiempo. Se llama Nadine Basset. No tenemos muchos datos de ella, solo que entró al país desde España hace un poco más de cinco años. Según migraciones, no vino sola; llegó acompañada de otra mujer llamada Lucrecia Carmona; después se le sumó un hombre con un pasaporte a nombre del mismo tipo que tiene registrada la Fiorino —explicó señalando la camioneta que tenían a menos de dos metros.

—¿Es la identidad falsa de Adalberto Calixto? —preguntó Juárez con el ceño fruncido.

—Sí, creemos que circula con documentación trucha a nombre de un tal Rodrigo

Valdez.

—Rodrigo... —murmuró Juárez.

Las piezas empezaban a encajar.

No le temía al Egipto, ¿cuánto peor podía pasarla? Había sido violada tantas veces que ya ni recordaba cuántas; había pasado hambre, frío, sed. La habían golpeado, pateado, quemado con cigarrillos; había sido sometida infinidad de veces al capricho gozoso del perverso de turno. Las salvajadas la habían convertido en una mujer poderosa. A veces se sentía sola, eso sí. En el mundo en el que se manejaba, tener amigas resultaba una utopía: conseguir un mejor cliente, evitar una paliza y hasta ganar un plato más grande de guiso eran motivos suficientes para romper las más férreas lealtades. Sin embargo, a pesar de que Nadine sabía que lo mejor era mantenerse lejos de lo que se ama, ella había podido sostener una amistad durante años. Nunca se había olvidado de Lucrecia y muchas noches, embotada con champán o vodka, solía llorar por la única amiga de verdad que había tenido en su vida, esa a la que debió descartar para usar como moneda de cambio y así salvar su propio pellejo. Siempre el último trago antes de caer rendida era en honor a ella, en honor a la Lucre.

La noche en la que dejaron Madrid llovía a cántaros. Habían tardado menos de una hora en hacer el equipaje: las pertenencias de ambas entraban en una sola valija. La salud de la Lucre era cada vez más endeble, pero desde que supo que volvía a Buenos Aires se había puesto más animada y el color gris de sus mejillas hundidas fue reemplazado por un rozagante color humano. Llegaron a Barajas con el tiempo suficiente para tomar café con leche y comer unos sándwiches de jamón ibérico; lo hicieron despacio, como si con cada bocado saborearan una España que jamás volverían a ver. Nadine tenía puesto un vestido de flores al que había tenido que quitarle el cinturón, su embarazo avanzado no le permitía más opciones; Lucrecia, sin embargo, no encontraba ropa que se ajustara a su talle diminuto: estaba en los huesos. Unos días antes de partir, se había sacado sangre, pero tiró el sobre con los resultados sin abrir; si tenía VIH prefería no saberlo.

Adalberto las había acompañado hasta el embarque; le dio a Nadine un sobre con dinero argentino y una tarjeta con un nombre, una dirección y un teléfono. Las abrazó con torpeza y les prometió que en unos días se reencontrarían en Buenos Aires.

Cuando el gigante tocó el timbre de la casita de General Pacheco, habían pasado mucho más que unos días. Ninguna de las mujeres le reprochó la mentira. En definitiva, no creían en nada que pudiera decir un hombre; sin embargo, de por sí, eso no las salvaba de las ilusiones ni las hacía inmunes a futuros engaños.

Nadine abrió la puerta con un bebé muy pequeño colgado de la teta. Los kilos que había ganado con el embarazo y el nacimiento de la criatura le daban un aspecto saludable. La mata de rulos dorados le llegaba hasta los hombros, enmarcando con gracia sus ojos enormes, que chispeaban más que nunca. Adalberto estaba desconcertado; no sabía si era por ver a Nadine con su hijo o por el simple hecho de pisar otra vez, después de tantos años de vivir en México y en Europa, la casa en la

que se había criado, la casa de su abuela.

Nadine dejó al bebé en un sillón y lo rodeó con almohadones. Con orgullo, le mostró a su amigo todo lo que había hecho para que el lugar fuera habitable. Además de limpiar y sacar las ramitas que habían empezado a crecer en las grietas del piso de cemento, reparó la cadena del inodoro, le sacó el óxido a la grifería, y pudo desarmar y poner en funcionamiento el termotanque.

—¿Y la Lucre? —preguntó el hombre.

—Se puso mejor. Volvió a comer, recuperó peso. A veces desaparece por algunas noches. Ella dice que se va a visitar familiares, pero no le creo —contó Nadine mientras se acercaba a su bebé para acomodar uno de los almohadones—. Debe haber vuelto a la ruta, otra cosa no sabe hacer.

Regresar a su país realmente le había hecho bien a Lucrecia. Nadine llegó a la conclusión de que las mañas de salud de su amiga tenían más que ver con España que con su cuerpo. Y por primera vez, creyó que alguien podía enfermarse de solo extrañar.

—¿Y vos qué otra cosa sabés hacer? —preguntó Adalberto.

—Salvarme. Eso se me da muy bien.

Con los años, había refinado ese don de salvarse que cinco años atrás le había confesado a Adalberto. Así como los velocistas van acortando los tiempos para recorrer determinada cantidad de kilómetros, o los que practican salto en alto suben la valla, Nadine cada vez corría más riesgos. Pero el Egipto, con los años, había dejado de tenerle tanta paciencia. Esa vez había ido demasiado lejos. El segundo vaso de whisky sirvió para aflojar las emociones y se puso a llorar. El Egipto creyó que su Sirena derramaba lágrimas por su culpa. Ella no lloraba ni por los golpes, ni por las patadas, ni por los insultos, pero le pareció conveniente que él creyera lo que más poderoso lo hacía sentir. La clave para manejar a los hombres estaba en esos pequeños detalles.

El teléfono de Khalfani sonó, el *ringtone* de música árabe los sobresaltó a los dos. El hombre miró la pantalla. Por cuestiones de seguridad y un poco, también, por privacidad, solo atendía los llamados de la mujer que tenía al lado y los de un número que su mano derecha, Adalberto, usaba únicamente cuando había problemas.

—¿Qué pasa, Bertito?

La respuesta fue tan corta como punzante: «La mujer policía se escapó».

La Sirena recibió la novedad con un cachetazo, el Egipto estaba furioso. Se le tiró encima y le rodeó el cuello con las manos. Ella se puso roja, no podía respirar; pataleó, pero le fue imposible mover un milímetro a esa mole que la aplastaba contra el colchón.

—Estoy rodeado de inútiles —gritaba mientras aflojaba la presión del cuello—. Si esa puta policía no aparece, vos y Adalberto la van a pasar muy mal, ¿escuchaste?

Logró sacarse las manos del hombre del cuello y atinó a afirmar con la cabeza. No quería hablar, solo necesitaba respirar. Como pudo, se levantó de la cama y se

limpió la sangre que le chorreaba del labio.

—No te preocupes, vamos a encontrar a esa policía. No va a llegar a hablar con nadie, tiene los minutos contados —dijo la Sirena con certeza.

El Egipcio se le acercó y levantó la mano derecha. La Sirena no corrió la cara, ni intentó protegerse con los brazos, hizo lo que él esperaba que hiciera: nada. El hombre le acarició la mejilla y sonrió. Le gustó que, a pesar de la paliza, su mujer no le tuviera miedo. Ella le devolvió la sonrisa.

—Martín Ortiz Zavaleta, 35 años. Se recibió de médico en la Universidad de Buenos Aires con uno de los mejores promedios de su camada. Vivió un tiempo en los Estados Unidos para hacer una especialización en cardiología. Conoció a Leonora Durán durante un verano en Punta del Este. A los pocos meses de estar de novios, se casaron. Tienen un hijo de 5 años, Rodrigo Ortiz Zavaleta.

Mientras Juánez metía en un bolso un par de *sweaters*, una polera, dos camperas y dos pantalones de corderoy, Alina recitaba los datos que leía en la pantalla de su celular. Se había pasado varias horas buscando información sobre el marido de Leonora Durán.

—Hice lo mismo que con las chicas, le mandé mensaje desde la cuenta que te hice en Facebook.

—Tal vez Leonora ya le adelantó algo sobre la desaparición de Manuela —interrumpió Juánez.

—Dice que va a estar hasta la noche en el hospital de urgencias. Vamos a verlo —dijo la chica.

Juánez la miró con sorpresa mientras ella seguía tecleando en la pantalla con una habilidad pasmosa. Alina estaba despatarrada en el sillón de la casa del policía, se había tomado casi toda la botella de cerveza que Juánez había tenido que comprarle como pago por la información que estaba recavando. En las últimas horas, se había convertido en una chica agradable, parecía haber dejado atrás a esa Alina arisca, encerrada más en sí misma que en ese aguantadero donde vivía.

—Si me querés acompañar, vamos. No hay tiempo —ordenó Juánez mientras cerraba el bolso.

La placa de policía ayudó a que pudieran estacionar el auto en el lugar del playón destinado a los médicos del hospital. Alina decidió quedarse afuera fumando un cigarrillo; su miedo a las personas, sobre todo si estaban vestidas de blanco, seguía allí, intacto.

El doctor Ortiz Zavaleta recibió a Juánez en un pequeño consultorio que compartía, según los días y el turno, con una médica emergentóloga. El ambo blanco parecía hecho a medida, dejaba notar un cuerpo con horas de gimnasio y destacaba un bronceado fuera de temporada.

—Comisario, no tengo demasiado tiempo, este es un hospital público. Vengo de atender a una chiquita que se intoxicó con lavandina y están derivando pacientes de un centro de provincia por un choque grande en la General Paz. Mi trabajo es salvar vidas.

—El mío también —dijo Juánez, sin sacarle los ojos de encima—. Tome asiento, me va a dedicar una rato. Le conviene, doctor. Si lo mando a declarar a la fiscalía, va

a demorar tanto que para cuando vuelva la chiquita de la lavandina va a estar cumpliendo los 18 años.

Ortiz Zavaleta entendió la ironía y se sentó en una silla de metal, detrás de una mesa de madera de pino que hacía las veces de escritorio. No sabía qué hacer con sus manos y se puso a jugar con un gotero.

—Ya le habrá comentado Leonora que estoy investigando el paradero de una agente de policía, excompañera de colegio de su mujer. Tengo la certeza de que la desaparición de la agente Pelari tiene relación con la desaparición de Cornelia Villalba...

El médico dejó el gotero y lo interrumpió con un tono de reproche.

—Estoy al tanto. Leonora quedó muy nerviosa después de su visita. Lo que le pasó fue muy grave y le costó años de terapia superarlo, no voy a permitir que usted, ni que el fiscal, ni nadie, vengán a incomodar a mi mujer.

—¿Y qué le pasó? —preguntó Juárez.

—¿A quién?

—A su mujer. Usted acaba de decir que lo que le pasó fue muy grave, bueno... quiero saber —dijo, y esbozó una media sonrisa. Luego se cruzó de piernas.

El hombre volvió a entretener sus manos con el gotero, no conseguía relajar la tensión de los músculos.

—Bueno, desapareció su amiga Cornelia —dijo.

—Eso le pasó a Cornelia. A su mujer, a Leonora Durán, ¿qué le pasó?

Desde que lo vio en la puerta del consultorio, Juárez supo que Martín Ortiz Zavaleta estaba dispuesto a mentirle. Podría haberse ido en el acto, pero no lo hizo: quería saber hasta dónde llegaba el engaño.

—Leonora siempre fue una chica para todos frívola y arrogante. Fue criada casi dentro de una cajita de cristal transparente por la que todo el mundo espiaba. Siempre sintió la obligación de estar perfecta y lo está, pero no lo es —dijo, y tragó saliva antes de seguir—. Amo a mi mujer y juntos pudimos sortear el agujero enorme que tiene en su alma. Mi Leonora era una nena cuando todo pasó e hizo lo que pudo.

—¿Qué hizo? —preguntó Juárez sosteniéndole la mirada.

El doctor Martín Ortiz Zavaleta se levantó, caminó hasta la puerta de su consultorio y la abrió, pero antes de despedir al policía respondió:

—La que desapareció fue Cornelia, pero podría haber sido Leonora. Lo único que hizo mi mujer fue salvarse. Pero ahora no está sola, ahora estoy yo.

Juárez no quiso irse sin hacer una última pregunta.

—Doctor, ¿usted es capaz de hacer cualquier cosa para que Leonora sea feliz?

—No tenga dudas. Cualquier cosa, lo que sea.

Francisco Juárez caminó por el pasillo del hospital hasta la salida, con la certeza de que Martín Ortiz Zavaleta era capaz de hacer cualquier cosa por su mujer. Y ya lo había hecho.

La imagen parecía sacada de un cuadro: una cueva oscura, apenas iluminada por el fuego de una pequeña hoguera; en un costado, una manta a cuadros rojos y negros, tirada sobre la tierra, y una niña casi hipnotizada, agachada mirando las llamas que le daban un fulgor dorado a su pelo infinito.

Manuela demoró unos minutos en recordar el nombre. Livia, se llamaba Livia, y era la hija menor de la familia Alonso. Pudo evocar, también, a la chiquita deambulando silenciosa por la posada el día en el que llegaron a El Paraje, cuando todavía eran cinco, cuando todavía Cornelia vivía. Livia, esa nena a la que la genética le había jugado una mala pasada y que, a pesar de sus dificultades, intentó avisarle la noche del desastre que no salieran porque algo, que finalmente sucedió, podía suceder. Diez años después, Manuela pudo comprender por qué la chiquita le había escondido las botas; no había sido una travesura, ni un capricho, ni una maldad: había sido una alerta que no supo comprender.

Los copos de nieve empezaron a blanquear la montaña, el viento los deshacía en partículas blancas antes de que tocaran el piso. Manuela notó que la cueva era bastante pequeña y que Livia estaba sola. La peor de sus sospechas se confirmaba: había estado caminando en redondo. Era imposible que Livia hubiera andando lo mismo que ella, volvía a estar cerca del lugar del que se había escapado. La tormenta que amenazaba con congelarla, la había obligado a tomar una decisión. Había entrado muy despacio en la cueva, y había mantenido las manos en alto para que la chica no se asustara.

Livia giró la cabeza y la miró con unos ojos tan tiernos que Manuela tuvo ganas de llorar otra vez. Ya no era una nena; a pesar de que estaba vestida con jardinero y polera, tal como la recordaba, Livia se había convertido en una mujer. Era una nena encerrada en un cuerpo de mujer. Manuela se acercó al fuego y no pudo evitar acercar las manos para calentarse, estaban tan frías que la proximidad del calor le hizo arder la piel. Mientras movía lentamente los dedos, no dejaba de mirar a la chica. Por un segundo, llegó a pensar que esa paz repentina que estaba sintiendo tenía más que ver con la muerte que con la vida.

Por suerte Livia la sacó de esas ensoñaciones; se levantó, se sacudió la tierra del corderoy de los pantalones y le acercó una mochila de plástico rosa. La niña-mujer había impuesto el silencio, Manuela acató y corrió el cierre. Adentro había una caja de dulces regionales y dos tabletas de chocolate; sin dudar desgarró el papel de uno de los chocolates y comió con fruición, sabían a paraíso.

Cuando solo quedaba un pedazo, notó que Livia se había alejado de la hoguera para acurrucarse en un rincón oscuro de la cueva. Manuela guardó los restos en la mochila y se acercó. En ese lugar, la tierra del piso se notaba distinta, removida. En una punta, una cruz de madera coronaba lo que parecía una tumba pequeña. En el centro de la cruz, un cartel, también de madera, tenía una palabra escrita.

—Jimie —dijo Livia con una voz metálica, casi gutural.

Manuela no le prestó atención a lo que dijo, su atención estaba puesta en la cuerda de nylon azul que sostenía el cartel. Era la misma cuerda con la que el gigante la había atado y, ahora recordaba, la misma que había visto diez años atrás en la camioneta de Ariel, la noche en la que Cornelia desapareció.

—Vení, Abelito, parece que la puta que buscamos no está sola.

La cueva se oscureció de golpe. La figura de un hombre tapó la poca luz que entraba de afuera, la hoguera había empezado a apagarse. En menos de un minuto, fueron dos hombres los que entraron de golpe. Manuela sacó despacio el martillo, de un tirón puso a Livia contra el fondo de la cueva y se paró delante de la chica.

—¡Uh, mirá! ¡La hermana mogólica de Alonso! —exclamó con una risotada Abelito, que se había sumado al llamado de su colega—. Le crecieron unas buenas tetas a la pendejita esa.

Ambos estaban vestidos con el uniforme policial de fajina y el olor a alcohol era innegable. Manuela escuchaba el llanto de Livia y supo que la prioridad era defenderla de esas bestias, la pregunta era de qué manera. Le revolvió el estómago pensar que esos dos hombres eran colegas suyos, pero vio en eso un atisbo de esperanza.

—Soy la agente Manuela Pelari del Departamento de Criminalística de la Policía Federal —dijo.

Mientras hablaba con tono seguro, le pasó con disimulo a Livia el cortapapeles que había robado de la hostería. La chica lo agarró sin dudar.

—Me pasan sus nombres, colegas, por favor.

Los dos hombres dejaron de reírse de golpe, nadie les había dicho que tenían que capturar a una mujer policía. A pesar de la botella de vodka que habían vaciado en el auto y de los pocos pruritos morales con los que contaban, sabían que las consecuencias de meterse con una de los suyos eran graves. Abelito salió de la cueva y Manuela pudo escucharlo hablar por su handy, el rugido del viento le impidió entender lo que decía. Cuando volvió a entrar, supo que la orden seguía en pie.

—Escuchame, vos te venís conmigo y mi compañero va a llevar a la pibita Alonso a la casa.

—No, ella se queda conmigo. Llamen a Ariel Alonso —dijo, y se sorprendió con sus palabras.

Sabía que su destino estaba jugado y no pensaba poner en manos de esos hombres a Livia. A pesar de la oscuridad, Manuela pudo ver el gesto que Abelito le hizo a su compañero y comprendió que era el momento de pelear por la vida de ambas. Se acercó a Livia, que seguía acurrucada contra la pared de piedra, y le susurró unas palabras rápidas al oído. Si lograba derribar a uno de ellos, mientras lidiaba con el otro, Livia podía tener la oportunidad de escapar.

Abelito se le acercó con una sonrisa perversa, se sentía confiado, pero sin querer, pisó el costado de la hoguera. El alcohol que había tomado en el patrullero le hacía

perder estabilidad. El olor a caucho quemado que salía de la suela del borcego inundó la cueva. Manuela no esperó, pegó un salto y le dio con el martillo de lleno en la cabeza. Abelito tuvo el reflejo de mover el cuello y amortiguó el golpe, pero no pudo esquivarlo. Quedó agachado sobre sus rodillas, intentando contener la sangre que le salía del costado de la coronilla. El compañero hizo lo que Manuela esperaba: se le abalanzó con el ímpetu de un toro para aplastarla contra el fondo de piedra.

—¡Corré, Livia, ahora! ¡Andate! —gritó mientras intentaba, sin éxito, zafarse del policía.

Livia salió corriendo de la cueva. Abelito estiró la mano para intentar detenerla, pero no pudo. Le dolía el golpe y la pérdida de sangre le estaba causando mareos. A pesar de todo, y desde el piso, seguía a cargo del operativo captura como le habían ordenado.

—Roque, llevate a esta puta, dejala en el galpón y venime a buscar. No me puedo ni parar. Yo le aviso al jefe que ya la tenemos.

Manuela no opuso resistencia, Roque la tenía agarrada de ambas muñecas y le doblaba los brazos contra la espalda. En cuanto salieron de la cueva, el viento les hizo perder estabilidad. Los copos de nieve parecían baldazos de agua, apenas se veía el patrullero que estaba estacionado a pocos metros. Manuela calculó la distancia y el peso de Roque y supuso que, con alguna toma de aikido, podía voltearlo, pero ¿y después qué? Era impensado sobrevivir en la montaña con semejante tormenta, la mejor de sus opciones era ser llevada a algún lugar donde planear otra estrategia de fuga.

Estaban a punto de llegar al auto cuando Manuela sintió que el hombre le soltaba las manos de golpe, giró sobre sus talones y la escena la dejó estupefacta: Livia estaba colgada al cuello de Roque y, con una furia desmedida, le clavaba el cortapapeles que ella le había dado. Le costó frenarla, la agarró por la cintura y tiró con todas sus fuerzas. Ambas terminaron revolcadas en la nieve y el hombre desplomado. Manuela tuvo el impulso de certificar si Roque estaba vivo para socorrerlo, pero se abstuvo; no estaba allí como policía, estaba como víctima. Levantó a Livia, que temblaba más de miedo que de frío, y la empujó hasta el patrullero. Se asomó por la ventana y no reprimió un grito de júbilo cuando vio que las llaves habían quedado puestas. Acomodó a la chica en el asiento del acompañante y le puso el cinturón de seguridad. Prendió la calefacción en máxima potencia y arrancó con rumbo incierto.

Abelito se había arrastrado desde la cueva para intentar ayudar a su compañero, pero la cabeza le latía del dolor y las piernas no le respondían. Antes de desmayarse, pudo modular desde su handy un mensaje.

—Ariel, se me escapó la mina esta, pero hay algo peor: secuestró a tu hermana.

Estaba convencida de que todo lo que le estaba sucediendo tenía que ver con la pérdida de su pañuelo de seda verde. Desde que se le había caído en la calle, su vida era una seguidilla de tropiezos innecesarios. Nadine nunca había sido supersticiosa; creía que quienes se aferraban a talismanes, cábalas o costumbres místicas eran personas ignorantes. Le gustaba pasar por debajo de las escaleras y acariciar a cuanto gato negro se le cruzara; más de una vez cambió fechas de viajes para que coincidieran con los martes 13, en los que no hay que casarse, ni embarcarse. Sin embargo, su pañuelo era cosa seria. Habían pasado cinco años desde la noche en la que su destino se había ligado a la figura de una sirena que parecía nadar, plácida, entre las arrugas de un trozo de seda verde.

La Argentina tenía para ella un único objetivo: Khalfani Sadat. Desde chica, supo que el hombre al que todos apodaban el Egipcio movía los hilos de cantidades de muñecas que eran obligadas a ofrecer su carne en sacrificio, para que él tuviera una vida de opulencia. Por suerte o por desgracia —nunca lo tuvo demasiado claro—, ella había caído en la red del Torero, un gitano que lo más cerca que había estado de un toro era en los palcos de las corridas, pero que por alguna extraña razón había convencido a todos de que era un verdadero matador de fieras. El negocio del Torero eran las drogas de diseño con las que regaba todas las fiestas electrónicas de la Costa del Sol española. Más por perversión que por dinero, no se privaba de regentar a algunas mujeres de muy bajo perfil, no quería que el Egipcio supusiera que le quería copar la actividad. A Khalfani se lo respetaba y, sobre todo, se le temía.

En esa época, Nadine todavía no lucía los implantes mamarios, ni los glúteos descomunales, ni los labios carnosos que tendría tiempo después. Era una chica bastante delgada, sus piernas eran demasiado flacas y nada en su aspecto se podía relacionar con la lujuria. A pesar de eso, había tenido bastante éxito en la plaza de los empresarios que no querían ser vistos con mujeres voluptuosas o vulgares; los avergonzaba ser señalados como compradores de mujeres. Nadine era la coartada perfecta: tenía el aspecto de novia o de cita decente. Fue exactamente eso lo que la hizo llegar más rápido entre las piernas del Torero. El muchacho estuvo casi dos meses buscando una chica rubia, blanca, sin tetas, sin caderas, sin muslos torneados y que hablara en español; la necesitaba para llevarla a Galicia. Allí vivían sus padres, un matrimonio de campesinos que se la pasaba contando con orgullo a los vecinos las historias que inventaba su hijo y que ellos creían sin dudar. La última vez que los había visitado juró que estaba enamorado y que pronto iba a formar una familia. Y de repente, quedó preso de la mentira: tenía que procurarse una mujer idéntica a la que les había descrito a sus padres.

Así llegó Nadine a su vida: con un vestido blanco virginal y una trenza decolorada de un rubio casi blanco, coronada con una vincha de flores rosas. Durante meses, fue la hembra que nadie se atrevía a disputarle en Madrid y la joven cálida y

sumisa en los almuerzos pantagruélicos que sus suegros le preparaban en Galicia. La vida del Torero era perfecta: había conseguido a una mujer tan mentirosa como él.

A la pareja se les sumó Lucrecia, una argentina de edad indefinida que Nadine presentaba como su hermana de la vida. Cada vez que llegaba, todo se convertía en una fiesta, no solo porque la Lucre tenía un humor a prueba de desgracias; también era la encargada de llevarle al joven narco algo que le daba más felicidad que el sexo, que la droga o el alcohol de calidad. «¡Feliz Navidad!», gritaba la chica desde la vereda mientras bajaba del baúl del auto bolsos llenos de dólares. El Torero ponía sobre la mesa del *living* una máquina de contar billetes, mientras las dos mujeres abrían botellas de champán Cristal. Las noches en las que la suma superaba lo esperado, los tres nadaban desnudos en la pileta al ritmo de las canciones de los Rolling Stones, la banda preferida del muchacho.

«Los paraísos son tan temporarios como el purgatorio», solía advertir la Lucre cada vez que notaba que Nadine estaba más feliz de lo que merecía. Y no se equivocaba. La noche en la que el Egipcio regó el jardín del Torero con los kilos de cocaína de baja calidad con los que el narco había pretendido engañarlo, el purgatorio se convirtió en infierno. No alcanzaron los gritos ni las amenazas, menos aún los ruegos y las promesas. El Torero, pasado de droga, venganza y humillación, había decidido devolverle a Khalfani Sadat la jugada: «Este cornudo me llenó el jardín de droga. Muy bien, yo le voy a llenar la casa de cadáveres, no sabe con quién se ha metido». Levantó el teléfono y ordenó que masacraran a golpes a tres de las mujeres que el Egipcio tenía trabajando en uno de los boliches del Torero, pero no era suficiente, quería demostrarle que no tenía límite alguno y que era capaz de cualquier cosa. Dos matones sacaron de los pelos a Lucrecia y a Nadine de la casa, ellas también iban a ser parte de la lluvia de mujeres que le iban a tirar al Egipcio.

Años que parecieron siglos habían pasado desde esa noche de furia, lágrimas y sangre en Madrid, y ahora era inevitable pensar en las palabras de la Lucre. ¿Sería que el edén en el que estaba viviendo también estaba por terminar? Había decidido viajar al sur, pero no quería dejar solo a Adalberto. Si no lograban atrapar a la mujer policía, el gigante iba a ser víctima del escarmiento de Khalfani. Conocía al gigante como nadie, y sabía que su dignidad no iba a permitirle pedir clemencia; podían torturarlo durante días o meses y jamás iba a rogar la muerte.

Armó una valija con poca ropa, quería acabar con esa historia lo antes posible; aunque sabía que tal vez la historia terminaría devorándola. Antes de cerrar la puerta de su departamento, tomó una decisión: sacó de su mesa de luz una carpeta de cuero con hojas rayadas que le habían regalado en un hotel de Miami, rescató una lapicera Mont Blanc del fondo de su cartera, se tiró boca abajo en la cama y empezó a escribir.

Manejó en silencio unos cuantos kilómetros. El paisaje que en otro momento le habría parecido soñado, ahora le resultaba desolador. Por momentos, tenía que bajar la velocidad; no solo los baches de la ruta eran un riesgo, la fuerza del viento y de la nieve hacían muy difícil dominar la dirección del auto. Mientras con un ojo controlaba cómo iba bajando la aguja del tanque de nafta, con el otro espiaba a Livia. Se la notaba tranquila; cerraba los ojos, los abría y hasta esbozaba alguna que otra sonrisa. Manuela intentó sintonizar la radio policial del patrullero que acaba de robar; por momentos se escuchaba con mucha interferencia; la dejó prendida con la esperanza de escuchar en algún momento los pasos de los policías que, sin dudas, estarían buscándola. Estaba escapando de sus propios colegas, la situación se le hacía tan insólita como peligrosa.

Sin emitir sonido alguno, Livia levantó un brazo y señaló con el dedo. Manuela se apoyó sobre el volante y aguzó la mirada; las luces del auto solo enfocaban asfalto, niebla y nieve.

—No veo nada, Livia —murmuró.

La chica, tiesa, seguía señalando. De repente, notó algo a un costado de la ruta; estaba lejos, pero a medida que el auto se acercaba, podía distinguirlo con mayor nitidez. La cabeza de Manuela retrocedió en el tiempo. Recordó ese pícnic con Ariel y sus compañeras, hasta el gusto del budín que les había preparado Irma se le vino al paladar.

—Ahora sí lo veo —dijo—. Es el volcán Tunik.

La montaña maldita se abría ante sus ojos con todo su esplendor. Manuela frenó y estacionó, como pudo, lejos de la ruta. Las posibilidades que tenía eran escasas; no solo tenía que salvar su pellejo, el de una chica discapacitada también dependía de ella. No había posibilidad alguna de pedir ayuda en ningún retén policial, no tenía certeza de hasta dónde llegaba la connivencia. Del otro lado del volcán, estaba Chile. Sacudió la cabeza como para espantar las ideas; no existía chance alguna de cruzar al otro lado, sin saber nada de la geografía del lugar. La cordillera no era una opción.

Livia seguía con los ojos clavados en el Tunik, con una fascinación que a Manuela le resultó encantadora. Pero ella no tenía tiempo para la contemplación, necesitaba saber con qué contaba para seguir la huida. Abrió la guantera del auto, intentando no molestar a su inesperada compañera. Encontró una linterna, un paquete de chicles de menta y un encendedor. Todo podía servir.

—Livia, quedate acá quietita. Voy a ver qué hay en el baúl del auto. No te asustes, ya vuelvo.

Se abrochó hasta el cuello los botones del abrigo y salió. El viento casi la tumba. Fue hasta la parte trasera sin despegarse del auto; por un momento, tuvo miedo de salir volando. Tardó unos minutos en embocar la llave en la cerradura del baúl, las manos heladas no respondían.

No pudo creer lo que veía, reprimió un grito de felicidad: un *pack* de seis botellas de agua mineral, dos botellas de vodka y una bolsa de supermercado llena de alimentos. Como pudo, metió todo en un bolso que encontró en el fondo y volvió al auto.

Livia reaccionó al estímulo de la comida. Había pan, queso y dos paquetes de papas fritas. Manuela decidió guardar para otro momento las tres bolsas de galletitas dulces. Comieron sándwiches, tomaron agua y se quedaron un buen rato hipnotizadas mirando por la ventana. Otra vez, como había ocurrido diez años atrás, a Manuela la vida la sorprendía comiendo a los pies del volcán.

A 130 kilómetros del Tunik se había desatado una furia casi tan poderosa como la de un volcán. Cuando Ariel Alonso se desbordaba, lo hacía en forma de estallido: sus gritos y, sobre todo, sus decisiones eran como lava ardiente que arrastraba a todo el mundo. La primera orden que dio en cuanto supo que la mujer policía había secuestrado a su hermana fue la muestra del desastre que se veía venir.

—¡Maten a Roque y a Abelito, no me sirven de nada! —gritó.

Dos piadosos tiros en la nuca solucionaron la primera cuestión. La segunda era mucho más difícil que el simple trámite de matar. Desde que Mario Alonso, su padre, había muerto, la vida de Ariel giraba en torno a las dos mujeres más importantes de su vida: su hermana Livia y su madre, Irma. Una estaba secuestrada por su culpa y la otra lo amenazaba en la cocina de su casa.

—Escuchame bien, ¡te voy a sacar las tripas a cuchilladas si no me traés a mi nenita de nuevo! —exclamó Irma esgrimiendo una cuchilla de cocina—. Durante años me hice la boluda, vi desfilar por la hostería chicas de todo tamaño y color, me tapaba los oídos con las almohadas para no escuchar los gritos y los pedidos de auxilio. Te defendí aquella vez hace años cuando vinieron desde la Capital a investigar la desaparición de la piba esa. Lo más importante que hice como madre no fue mentir. Nunca te pregunté nada, nunca te pedí una explicación, pero con Livia no. Te metiste con lo más sagrado, no la supiste cuidar.

Irma dejó el cuchillo sobre la mesada y se tapó la cara con las manos rugosas. Ariel intentó abrazar a su madre, pero ella lo rechazó. Ariel Alonso pensaba que solo le temía a su jefe, el Egipcio; ahora sabía que más miedo le provocaba Irma. La idea de que ella dejara de quererlo y de protegerlo le parecía lacerante y, si no traía a Livia a casa, era inevitable que eso sucediera.

Salió a la galería de la hostería y prendió un cigarrillo. La tormenta había amainado, el viento la había desplazado a la zona de las montañas. Con la tercera pitada, se tranquilizó un poco y empezó a ver las cosas con más claridad. Sus hombres tenían que encontrar a Pipa, pegarle un tiro, descartar el cadáver en la cordillera y volver con Livia. Si Adalberto le hubiera dicho que la Pipa que él había conocido hacía diez años se había convertido en cana, no habría ofrecido la hostería como aguante. Tenía razón el Egipcio cuando una vez le comentó que el gigante se estaba mandando cagadas para cubrir a la Sirena, pensó. Tiró la colilla en la nieve y se distrajo viendo cómo se humedecía. Irma abrió la puerta y, sin cruzar palabra, le revoleó el teléfono celular. Ariel llegó a atajarlo en el aire. Miró la pantalla: tenía un mensaje. Respiró hondo y se prendió otro cigarrillo. La Sirena estaba volviendo al pueblo.

Alina se había negado a acompañarlo. Además de temer a las personas desconocidas, a los médicos y a quedarse sin alcohol, también tenía miedo de los aviones. Nunca había viajado en uno, pero decidió que le daba miedo igual. A pesar de que él mismo se lo había propuesto, se alivió cuando la chica dijo que no. No había terminado de invitarla y ya se había arrepentido de sus palabras. Juárez no sabía qué tipo de sorpresas podía encontrar en El Paraje y no quería ponerla en riesgo.

Antes de subirse al avión, había recibido un llamado de su exjefe. Ramón Oreyana sabía que había sido puesto bajo vigilancia; lo supo, incluso, antes de que un topo amigo de la fuerza lo alertara. Cuando Juárez se fue de su departamento, ya tenía claro que no había podido engañarlo. Durante toda esa noche, se debatió entre whisky y moral, y llegó a la conclusión de que la botella valía más. El primer gesto de nobleza que tuvo después de muchos años fue no avisarle a Adalberto Calixto que Juárez andaba tras su pista. El gigante le había hecho ganar mucho dinero, lo único que había tenido que hacer era mirar para otro lado. De vez en cuando, le volteaba alguna red de trata; él también tenía sus límites, y sabía que el Egipto acataba esos mensajes y se mantenía prolijo un tiempo. Pero lo de la piba Villalba había sido grave y Oreyana supo de inmediato que era el principio del fin de su carrera. Tuvo que elegir entre callarse y jubilarse con medalla, premio y dignidad o hablar y terminar preso. Hasta un tonto hubiera hecho silencio, y él cerró la boca. No fue tan difícil plantar la idea de que Cornelia se había perdido en el bosque; las investigaciones falsas eran su especialidad, y esta no tenía por qué fallar. Y no falló.

Juárez no se sorprendió cuando escuchó la voz áspera de Oreyana del otro lado de la línea, imaginó que tarde o temprano iba a comunicarse.

—Tengo la información que necesitas para encontrar a la agente Pelari, pero a esta altura de mi vida necesito garantías —dijo sin respirar.

—Quiero un gesto de buena voluntad.

Juárez respondió con la frase que se usaba en las negociaciones de las tomas de rehenes. Cuando el ladrón pedía algún beneficio, el gesto de buena voluntad que exigía a cambio la policía solía ser la liberación de algunos de los capturados. Juárez le hablaba como lo que era: un delincuente.

—El gesto de buena voluntad ya te lo di. Calixto no sabe que le estás atrás, esto significa que el Egipto tampoco.

Juárez evaluó las posibilidades que tenía. Eran pocas y la vida de Manuela las valía.

—¿Qué garantías? —preguntó.

—Salir limpio de esta. La data que tengo lo vale —insistió Oreyana.

—Te escucho, habla —concedió Juárez. Ya no lo trataba de usted: le había perdido el respeto.

Llamó con urgencia a Alina, que atendió al instante.

—Comunícate ya mismo con la periodista Micaela Bordón —ordenó.

—¿La amiga de Manuela y de la desaparecida? —preguntó la chica con sorpresa.

—Esa misma. Necesito un dato urgente.

Alina tomó nota del pedido e hizo un esfuerzo enorme para que Juárez no notara que estaba empezando a preocuparse.

—Yo me encargo, Juárez —aseguró, y remató con voz muy bajita—: Confía en mí.

Juárez cortó la comunicación sonriente. «Confío, Alina», pensó.

A Manuela le pareció acertado dormir un rato, tanto Livia como ella necesitaban descansar. Reclinaron los asientos del auto y durante casi dos horas se desconectaron de la encerrona en la que estaban. La tormenta había pasado. En la cima del volcán Tunik, se veían unas nubes negras que lo hacían parecer más amenazante. Sin el viento y sin la nieve, la ruta se presentaba más amigable. Quedaba menos de medio tanque de nafta, tocaba apagar la calefacción para ahorrar combustible. La única opción que Manuela veía por delante era pedir ayuda en el primer lugar habitado o al primer auto que cruzaran.

La noche empezaba a caer. El espectáculo era maravilloso: desde las montañas, la oscuridad lo iba cubriendo todo como si fuera un manto. Livia miraba por la ventana y movía sin parar uno de sus pies, estaba nerviosa. Manuela dejó una mano en el volante y con la otra le acarició la mejilla y le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja. A la distancia, del lado derecho de la ruta, le pareció ver una luz. Aceleró, no quedaba demasiado lejos.

Pocos metros antes de llegar, apagó las luces del auto y frenó. Se quedó un buen rato mirando, amparada por la oscuridad. Era una casa pequeña, con el techo a dos aguas, pensado para dejar deslizar la nieve. La puerta era de madera y estaba protegida por un sobretecho que formaba una galería, en el costado, dos ventanas estaban iluminadas por dentro. A la derecha de la construcción, había una camioneta vieja estacionada. Manuela agarró el martillo y decidió bajar sola.

—Livia, quedate acá. No salgas del auto, ya vengo —dijo con firmeza. La chica no respondió. Seguía con los ojos clavados al frente.

Cuando llegó a la casa, respiró hondo y golpeó la puerta con la mano abierta. Pudo escuchar que desde adentro alguien bajaba el volumen de la televisión. Un hombre abrió apenas la puerta y espió con el pestillo puesto; en cuanto la vio, abrió de golpe. Tendría unos 60 años; era bastante fornido y llevaba el pelo totalmente blanco, a la altura de los hombros. El gesto de sorpresa que puso cuando la vio hizo que desaparecieran como por arte de magia las profundas arrugas que tenía en la frente y alrededor de los ojos. Manuela no lo dejó hablar.

—Señor, se me quedó el auto en la ruta y necesito un teléfono para pedir ayuda —mintió.

—Sí, pase. No se quede afuera, que se va a congelar.

Una salamandra alimentada con quebracho le daba al ambiente una temperatura ideal. El hombre parecía vivir solo. Sobre la mesa, un plato, un vaso y un par de cubiertos daban la pista.

—Estoy calentando un guiso de lentejas. Si gusta, me puede acompañar.

—No, gracias, necesito un teléfono —insistió Manuela.

El hombre la guio hasta un pasillo que conectaba la sala con el baño; en el centro del distribuidor, había una mesita de madera. El teléfono antiguo estaba allí. Manuela

se abalanzó y levantó el tubo mientras repetía en su cabeza el número de emergencias al que tenían que llamar los policías cuando estaban en peligro. Las rodillas se le aflojaron. Presionó varias veces la horquilla, y nada: no había tono. Se dio media vuelta. El hombre la miraba apoyado contra el borde de la puerta.

—Nos debemos haber quedado sin línea, hace un rato hubo una tormenta muy fuerte. Es común quedarnos sin teléfono.

—¿Tiene teléfono celular? —preguntó con un hilo de voz. El hombre negó con la cabeza. Manuela dejó el tubo en su lugar e insistió—: ¿A cuánto vive el vecino más próximo?

—Lejos, a más de una hora de ruta. ¿Pero usted no me había dicho que tenía roto el auto?

—Sí. Bueno, en realidad no tengo combustible —siguió mintiendo a medias—. ¿Usted tiene algún bidón de nafta para prestarme? Le prometo que en cuanto consiga ayuda me voy a encargar de devolvérselo.

El hombre levantó las manos con gesto de resignación.

—No, no tengo. No es mala voluntad, pero si quiere se puede quedar a comer y pasar la noche acá. No se asuste, no soy ningún degenerado —dijo con una sonrisa—. Tengo un sillón cama en el comedor. Mañana a primera hora vienen unos empleados que me están ayudando a armar un corral nuevo para las ovejas, y seguro que ellos andan con celulares o la pueden acercar a algún lado.

La propuesta no era mala. Livia no estaba preparada para pasar la noche en un auto helado y ella tampoco quería hacerlo.

—No estoy sola, mi prima está en el auto —volvió a mentir.

—No hay problema. Donde entran dos, entran tres —dijo el hombre.

Manuela salió a la ruta a buscar a Livia, que seguía en la misma posición en la que la había dejado. Antes de volver a entrar en la casa, estacionó el auto en el fondo. No era buena idea dejarlo a la vista de cualquiera.

El hombre las estaba esperando con la mesa puesta. Había agregado dos platos y una canasta de panes que parecían recién horneados. El guiso estaba delicioso. Por primera vez en una semana, Manuela se sintió segura.

El hombre que las había alojado se llamaba Pedro. Durante la cena, contó con orgullo que pertenecía a una de las primeras familias que habían habitado la Patagonia. Sus padres, sus abuelos y sus tatarabuelos habían sido criados en esas tierras de condiciones duras; sin embargo, a pesar del clima hostil, no las cambiaban por ningún otro lugar en el mundo. Nunca había ido a Buenos Aires y no tenía idea de lo que podía encontrar fuera de las fronteras de la Argentina. Una sola vez se había alejado del campo familiar para ir a visitar a una abuela en Tierra del Fuego; no recordaba si había conocido Ushuaia o Río Grande, pero ese viaje le bastó para no volver a salir nunca más de las afueras de El Paraje.

Se había casado joven, había cumplido los veinte cuando con Élide, su mujer, decidieron formar una familia. Durante años buscaron tener el hijo que nunca llegó. Tal vez la frustración, la soledad o los inviernos en los que pasaban días enteros encerrados mirándose la cara, y sin hablar, hicieron que empezaran a culparse mutuamente por ese útero que todos los meses les avisaba que no iban a ser padres.

Manuela escuchaba la historia que el hombre le relataba con entusiasmo entre plato y plato de lentejas. Pedro no contó nada sobre aquella tarde en la que Élide le reprochó a los gritos no ser todo lo hombre que ella necesitaba, tampoco dijo que la respuesta a la agresión había sido una paliza que los dejó a los dos mudos y asustados. También mintió cuando confesó que su mujer lo había abandonado. Después de comer, Manuela lo ayudó a levantar la mesa y a lavar los platos; a cada rato se escapaba al pasillo donde estaba la mesita del teléfono para certificar con desilusión que la línea seguía sin funcionar.

Pedro movió la mesa del *living* y desplegó un sillón cama de dos plazas, les alcanzó unas sábanas y un acolchado que tenía un fuerte olor a alcanfor y alimentó el fuego para que durara toda la noche. Con un tímido saludo, dejó a las dos mujeres solas en esa habitación improvisada. Livia se lavó las manos y la cara en la pileta de la cocina, se sacó las botas y puso a secar sus medias húmedas cerca del fuego. No necesitó ninguna explicación: se acurrucó en la cama y se durmió en segundos.

Manuela estuvo dando vueltas por la sala arropada con una manta que había encontrado en un rincón. Le sorprendió la negrura que le devolvía la ventana; no se veía la ruta, ni el cielo, ni la tierra. Todo era negro. Faltaban pocas horas; en cuanto amaneciera y con la llegada de los empleados de Pedro, pediría ayuda.

La denuncia iba a ser grave: quería ver a Ariel Alonso y a sus cómplices presos por el asesinato de Cornelia, él mismo se lo había confesado. Además, el gigante que la había secuestrado tenía colgado el rosario del cura asesinado en la Iglesia de Santo Domingo. Había muchas puntas que cerrar: los avisos fúnebres que habían alertado a Clara, la madre de Cornelia; la foto del atril que —ahora lo sabía— había sido tomada la noche de la desaparición de su amiga y esa sucesión de sirenas que la persiguieron la última semana. De todos los pendientes, el más urgente era recuperar

el cuerpo de Cornelia. Pensó que sus huesos estarían esperando en algún lugar de esa inmensidad negra que había del otro lado del vidrio y, a pesar de la manta y la salamandra, sintió frío. Se metió en la cama; la respiración acompasada de Livia la ayudó a relajarse. Lo último que vio fueron las figuras que el fuego reflejaba en el techo.

Nunca supo si lo que la despertó fue un ruido o una pesadilla. Cuando abrió los ojos lo primero que vio fue a Livia sentada en la cama con la cara desencajada. Desde afuera, llegaban voces de hombres, la de Pedro resaltaba por sobre el resto. Manuela no pudo descifrar qué decían. Ya había amanecido.

—Tranquila, Livia —dijo y le acarició la espalda—. Vestite que nos vamos.

Se levantó de un salto y se acercó a la mesa para recuperar las medias que ambas habían dejado estiradas cerca de la salamandra. No llegó a agarrarlas cuando se dio cuenta de que todo había sido un engaño. Un teléfono celular estaba allí, al lado de un servilletero. Tocó el botón del menú y, como protector de pantalla, apareció una foto. Era el teléfono de Pedro, el mismo que unas horas atrás le había jurado estar incomunicado. El hombre en el que había confiado, el que las alimentó con guiso de lentejas y hasta, incluso, avivó el fuego para que durmieran en un ambiente cálido, las había entregado a sus captores.

Se abalanzó sobre el celular al mismo tiempo que la puerta de abría de golpe. Pedro entró como una tromba; lo escoltaban tres hombres, dos de ellos armados. Llegó a marcar el 911, pero cuando uno de ellos agarró del cuello a Livia y le clavó una calibre 22 en el costado de la cabeza, desistió de completar la llamada. Tiró el celular al piso y levantó las manos.

—Tranquilo, yo me entrego, pero dejen a la chica —dijo con tono firme—. No le hagan nada, es la hermana de Ariel Alonso.

El hombre dejó de apuntar a Livia como si el hecho de haber escuchado el nombre de Ariel Alonso le hubiera dado una descarga eléctrica. La chica, que seguía sentada en la cama, se tapó la cara con las manos y se puso a llorar.

Pedro se agachó a levantar su celular y cruzó una mirada con Manuela. Parecía haber envejecido diez años en una noche: no se había cambiado la ropa, tenía el pelo revuelto y unas ojeras profundas. Encogió los hombros y torció la boca, parecía estar pidiendo perdón.

Otro de los hombres era alto y extremadamente flaco, se notaba que comandaba el operativo. No iba armado, no lo necesitaba: sus soldados darían la vida por él si fuera necesario. Él fue el encargado de hacer el llamado telefónico; sin perder ni un instante la sonrisa sobradora que parecía estar dibujada en su cara, avisó: «La puta ya está capturada». Así lo dijo, ahogando una carcajada.

Manuela se tranquilizó cuando escuchó que el destinatario del aviso había sido Ariel Alonso, eso garantizaba la seguridad temporaria de Livia. Ahora solo tendría que preocuparse por la propia.

Uno de los soldados, el que había apuntado a Livia con el arma, fue el encargado de atar a Manuela; le puso las manos en la espalda y no se privó de apretar la soga de nylon hasta lastimarle la piel.

Primero la sacaron a Livia de un brazo y la sentaron en el asiento trasero de una

camioneta; el chofer era el hombre alto y flaco que daba las órdenes. Con Manuela fueron menos piadosos: la arrastraron de los pelos hasta un segundo vehículo y la encerraron en el baúl.

Se alejaron por la ruta a gran velocidad, sin ni siquiera saludar. Pedro se quedó un buen rato parado en la puerta de su casa, mirando el vacío que dejaron los autos cuando desaparecieron.

La última vez que se habían cruzado, las cosas terminaron mal. Durante años Ariel había fantaseado con la gran ciudad, pero lo hacía en silencio. En el pueblo, no estaba bien visto manifestar los deseos de conocer la Avenida 9 de Julio o el Obelisco; sin embargo, a todos les pasaba lo mismo. El Egipcio había terminado de convencerlo: «Tal vez algún día puedas regentear mis boliches de la Capital». Tomó el primer avión hacia el aeroparque porteño con el corazón que se le salía del pecho. No podía dejar de sonreír ante la posibilidad de dejar El Paraje; ese lugar que, junto con su familia, había ayudado a reconstruir ya no era su lugar. Todo allí le resultaba chato, precario; desde la ropa hasta las mujeres. El pueblo olía a pobreza.

Siempre recordaba la mirada que le dedicó ese día la Sirena, con una mezcla de asco y desprecio. Durante toda esa tarde en la que el Egipcio hizo de anfitrión y lo llevó a conocer sus *cabarets*, Puerto Madero y la cancha de Boca, ella no le dirigió la palabra. Solo se dedicó a observar, durante ratos que a él le parecieron eternos, sus botas pasadas de moda, la campera de mala calidad, y hasta la vio sonreír con ironía cuando clavó sus ojos sobre el bulto que le marcaban los jeans achupinados. El único fin de la mujer era humillarlo de manera solapada, y lo consiguió. Hizo que su estadía en Buenos Aires fuera una pesadilla. La propuesta de Khalfani nunca se concretó y Ariel se quedó en el lugar para el que parecía estar destinado. Aunque nunca nadie le contó —ni siquiera como rumor— que había sido la Sirena quien había sepultado su destino bajo toneladas de nieve y hastío, él no tenía ninguna duda de lo que en verdad había sucedido; sabía lo que esa mujer podía lograr con su cuerpo, le constaba más que a nadie.

Ahora iba a encontrarse de nuevo con ella en una situación bien distinta: ambos estaban siendo presionados por el Egipcio y Ariel Alonso jugaba de local. Fue a buscarla personalmente al aeropuerto, Khalfani había puesto a su disposición su avión privado. Por intermedio de una secretaria, la Sirena le había mandado decir que no se iba a alojar en esa posada inmunda —así textual escribió: «posada inmunda»— y que le reservara una habitación en el mejor hotel de la zona.

Ariel llegó con tiempo al aeropuerto, se distrajo viendo llegar a los turistas en el avión diario de Aerolíneas Argentinas. Podía pasarse horas mirando a los porteños, les tenía una secreta envidia: la ropa que usaban, cómo se movían, la manera que tenían de dar órdenes camufladas de una falsa simpatía, el entusiasmo que le ponían a todo lo autóctono, como si ellos no pertenecieran al mismo país, como si vinieran de un país más grande y mejor. Más de una vez había practicado esas actitudes corporales frente al espejo del baño y hasta se jactaba de ser experto en imitar esa tonada con cadencia tanguera que los identificaba. Sus amigos del pueblo le festejaban la gracia creyendo que era una burla; en realidad, para Ariel era una manera de intentar pertenecer a una élite que no había sido creada para él.

Los gritos de un nene de aproximadamente ocho años le llamaron la atención, se

quejaba porque en el avión solo les habían dado un alfajor y un jugo, y tenía hambre. La madre, con una paciencia infinita, le pedía que se calmara; le decía que en un ratito iban a ir a almorzar a un restaurante típico. Con una sola palabra la mujer exudó su porteñitud. ¿Qué sería para ella un restaurante típico?, pensó Ariel. Otro grupo se había abalanzado sobre el mostrador de un local de chocolates, llenaban las bolsas de cajas como si en Buenos Aires el cacao estuviera prohibido. Decidió salir a fumar un cigarrillo; le quedaban unos minutos libres antes de que la Sirena aterrizara en la pista. Pensar en ella lo había puesto de tan mal humor que no se dio cuenta del hombre que tenía enfrente, hasta que sin querer se lo llevó por delante.

—Perdón —dijo Ariel levantando las manos.

—No pasa nada —contestó el hombre sin detenerse.

No pudo evitar observarlo desde el lado de afuera, mientras sacaba del bolsillo de la campera los cigarrillos y el encendedor. No parecía turista y, si lo era, no mostraba ninguna de las actitudes que tenía tan bien estudiadas. Era alto, la ropa de invierno no llegaba a ocultar del todo su contextura atlética. El pelo castaño y entrecano, lejos de acercarlo a la vejez, le daba un aspecto jovial. Ariel decidió en ese instante que iba a dejarse crecer el pelo, para lograr ese largo hasta el inicio del cuello que le resultaba elegante. Le gustó también el bolso de cuero marca Adidas que el hombre cargaba en el hombro con naturalidad, calculó que le habría costado más de dos mil pesos.

Aplastó la colilla con la punta de su bota texana, miró el reloj y apuró el paso hasta la puerta de desembarque. Antes procuró pasar cerca del hombre del bolso que parecía estar esperando a alguien. Respiró hondo para inundarse de su perfume; no sabía nada de fragancias importadas, pero tuvo la certeza de que esa mezcla de lavanda y madera no se fabricaba en la Argentina. Tampoco sabía que ese hombre refinado era el policía que estaba por cambiarle la vida.

El último tramo del vuelo lo hizo con la frente apoyada en el vidrio de la ventana. El blanco de las nubes bajas que se fundía con las montañas nevadas le regaló una paz que no tenía. Cuando el piloto avisó por el parlante que estaban por aterrizar, enderezó el asiento, se abrochó el cinturón de seguridad y cerró los ojos. Llevaba una cartera grande como único equipaje, no tenía pensado quedarse mucho tiempo en ese lugar que le sabía a infierno.

—Señora, llegamos —dijo el piloto corriendo la cortina que lo separaba de los asientos—. Puede bajar cuando quiera.

Le gustaban las pistas de los aeropuertos del interior porque podía caminar desde el avión hasta la plataforma sin que ningún carrito de seguridad viniera a buscarla. Más de una vez, y violando toda norma, se había perdido entre los aviones con la ilusión de una nena. A pesar del frío intenso, no se puso la campera larga que había llevado. Prefirió dejar al descubierto el enterito de *lycra* negra que marcaba cada una de sus curvas desde el escote hasta las pantorrillas. Usó como espejo el vidrio del ventanal de la terminal. Se miró de frente, de costado y de atrás; sonrió satisfecha. Así como a muchas mujeres sus hombres les regalan perfumes o joyas, el primer regalo que le había hecho el Egipcio fue un cuerpo.

Adalberto la había ayudado a llegar hasta Khalfani. Después de mucho pensar, ambos decidieron que esa vez el camino más directo no era el del sexo, cosa que al hombre le sobraba. El gigante le planteó a su jefe la necesidad de tener a alguien que pudiera regentar la mercadería. Un golpe de suerte hizo que la propuesta llegara justo en el momento en el que la red del Egipcio estaba con algunos problemas: compraban chicas muy por encima del precio que valían, varias se habían escapado en el interior, y habían recibido quejas de varios clientes de lujo que consideraban que las acompañantes estaban muy por debajo del nivel prometido. Khalfani dudó: no creía que una mujer pudiera hacer otra tarea que no fuera abrir sus piernas. Pero cuando tuvo a Nadine enfrente, sintió que ella era la reencarnación de la mujer que solía revivir en su memoria, la única a la que había amado. Sintió que su madre, Basira, se comunicaba con él a través de Nadine. Ella era la sirena en el desierto. Su sirena.

Se calzó unos anteojos oscuros que le tapaban casi toda la cara, se soltó la trenza que le llegaba hasta la cintura y avanzó hacia la salida de la terminal.

A pesar de que parecía otra, Ariel supo que era ella. La última vez que la había visto tenía el pelo por los hombros, de un rubio no tan blanco, y todavía no se había agregado las prótesis en los pechos, pero su actitud altiva la hacía inconfundible. Se volvió a sentir, como tantas otras veces, una cucaracha. Con su sola presencia, ella venía a recordarle que él era un pedazo de carbón junto a un diamante.

Sin ni siquiera saludarlo, ella tiró la cartera y el abrigo; Ariel los atajó en el aire. La Sirena se le adelantó y usó todo el pasillo del aeropuerto de pasarela. No hubo

hombre que pudiera contener la tentación de recorrerla con la mirada. Ariel notó que también se había agregado glúteos. No pudo evitar sentir la erección. Recién se dignó a dirigirle la palabra cuando llegaron al *lobby* del hotel.

—¿Qué sabés de la mujer policía?

—Quedate tranquila, no pasa de hoy. Es personal, la puta esa se llevó a mi hermana. Tengo a todos mis hombres desplegados.

La Sirena se sacó los anteojos.

—Mirame y escuchame bien —ordenó, y Ariel asintió con la cabeza—. En primer lugar, a mí no me tuteás y a partir de ahora me decís «señora». En segundo lugar, te aclaro que no tenés más de veinticuatro horas para encontrarla y, en tercer lugar, te ordeno que en cuanto la captures, me lo informes al instante.

—Tengo orden del Egipcio de matarla... señora —dijo con una cuota de ironía.

—Y la vas a matar, pero antes me vas a llevar a hablar con ella.

Ariel encogió los hombros con desinterés.

—Como quiera... señora —contestó.

El comité de emergencia se reunió en la sala VIP del aeropuerto. Juárez había sido claro: ser vistos en la mesa de algún bar, en el *lobby* de algún hotel o hasta en un restaurante era como llegar disfrazados a una fiesta que no es de disfraces.

Durante el vuelo, había estado estudiando la información que le había dado su exjefe Oreyana y concluyó que no había lugar en El Paraje donde pudieran estar a resguardo: todos le debían algo al Egiptio. Manuela no estaba secuestrada solo por una banda, la tenía capturada un pueblo entero.

Khalfani Sadat había llegado a la Argentina huyendo de México. No se había escapado de las autoridades mexicanas, a las que fácilmente podía regar con dólares; su problema había sido con los narcotraficantes del norte, que pretendían embarrarlo con la sangría incontrolable de mujeres en Ciudad Juárez. A pesar de que quería como nada en el mundo instalarse en Buenos Aires, sus contactos porteños se negaron rotundamente. «No es momento, te vas a la Patagonia y cuando las aguas se calmen, venís», le repetían.

En El Paraje, empezó a trabajar en la tarea a cambio de la cual lo habían asilado: la creación de fórmulas químicas para fabricar drogas de diseño. Estuvo meses encerrado en una cabaña; parte del tiempo, lo dedicaba a tejer y destejer las proporciones exactas de fenciclidina, metanfetaminas o efedrina para crear efectos opiáceos, alucinógenos o estimulantes según requerían los clientes. En sus ratos libres, se paseaba por el pueblo, que de a poco empezaba a levantar cabeza, luego de la noche eterna que había significado la erupción del volcán Tunik.

El Egiptio siempre estaba disponible para dar una mano en la construcción de las casas y fue quién aportó la donación económica para que la única escuela del lugar volviera a funcionar. Nunca nadie preguntó de dónde sacaba el dinero o los motivos por los que el hombre, que parecía tan refinado, había elegido ese agujero alejado de todo para instalarse. De a poco, Khalfani Sadat empezó a ocupar el rol que el Estado dejaba libre. Si había que arreglar el sistema de cloacas que las cenizas del volcán habían destruido, él no solo ponía la plata; se calzaba las botas, un overol y cavaba a la par de los habitantes. Cuando se enteró de que la sala de partos del hospital estaba fuera de funcionamiento, no dudó en comprar en Chile todo lo necesario para que las mujeres de El Paraje pudieran parir sin tener que viajar cientos de kilómetros. Hasta el primer patrullero de la comisaría local salió de su bolsillo.

Durante un tiempo largo desapareció. En el pueblo circulaba el rumor de que había viajado a España, pero nadie ahondó demasiado en el tema; no era falta de interés, sino el pudor de reconocer que no sabían qué era España o cuán lejos quedaba.

El VIP del aeropuerto era espacioso, con sillones blancos y mullidos y un ventanal por el que se podía ver el despegue de los aviones. En un costado, sobre una mesa larga, dos mozos habían dejado bandejas con sándwiches de miga, paquetes de

papas fritas, termos de café y botellas de gaseosa.

Juáñez fue el primero en entrar, tiró el bolso de cuero marca Adidas en uno de los sillones y se obligó a comer algo; tenía el estómago cerrado, pero iba a necesitar energías para lo que venía. Detrás de él entró el comisario Leonardo Sereti, técnicamente el segundo de Juáñez; el jefe del grupo de asalto, Guido Núñez, y la comisaria Eva Rojas, a cargo de la división que se dedicaba a rescatar a mujeres víctimas de la trata. Los hombres de Núñez tenían la orden de quedarse dentro del avión de línea que los había llevado, nadie tenía que verlos. Por otro lado, dos psicólogas especialistas en rehenes y *shock* post traumático que había traído Eva Rojas estaban en el bar del aeropuerto tomando café, como si fueran dos turistas más.

En las últimas horas, algunos buches que querían sumar puntos ante la policía habían empezado a hablar. Sereti los puso al tanto de los pasos del Egiptio y su red en la Patagonia.

—Casi el ochenta por ciento de las esclavas sexuales de Río Negro para abajo son propiedad de Khalfani —contó mientras señalaba un mapa que habían desplegado sobre una mesa ratona—. A la vera de la ruta 3, sobre el Atlántico, y de la 40, sobre la cordillera, hay un reguero de whiskerías de su propiedad. No vamos a reventar todas ahora, es imposible. Hay varias localidades involucradas y es algo muy grande.

—Siempre es algo muy grande, nunca pueden ahora... —interrumpió irónica la comisaria Rojas.

Juáñez les clavó la mirada a ambos. A pesar de que Eva Rojas estaba en lo cierto, no era momento de pasarse facturas impagas. Sereti siguió con el relato.

—Vamos a avanzar sobre un par de *cabarets* que están en las afueras de El Paraje, y tengo detectado un galpón del que suelen salir autos de alta gama que nada tienen que ver con el lugar.

Juáñez se acercó al mapa, dibujó una cruz con un marcador rojo y habló:

—En los dos *cabarets* y en el galpón vamos a poner una guardia. Antes de romper ahí vamos a allanar este lugar —dijo, y señaló la cruz que acababa de dibujar—. Es la hostería de la familia Alonso. Hace diez años fue uno de los escenarios de la desaparición de Cornelia Villalba. Ariel Alonso, el hijo de la familia, es, como mínimo, uno de los responsables. Y tiene a Manuela.

Eva Rojas, Sereti y Núñez cruzaron miradas de ceños fruncidos. Juáñez se levantó de uno de los sillones y sirvió cuatro tazas de café. Durante los minutos siguientes, se dedicó a ponerlos al tanto de la información que le había dado Oreyana. Evitó revelar la fuente y se guardó un par de datos que tenían que ver con los Villalba. No era el momento. Toda la atención tenía que estar puesta en la agente Pelari.

Guido Núñez, del grupo de asalto, rompió el silencio; se había dedicado a comer sándwiches, a tomar café y a escuchar con atención.

—Juáñez —dijo—, te voy a poner un par de hombres de civil en esas guardias y a los mejores los llevamos a la hostería. No puedo hacer una entrada violenta, no

sabemos cuántas personas hay alojadas en el lugar y tampoco conocemos las dimensiones para planear el despliegue. Estamos ciegos.

Juárez levantó la palma de la mano derecha y con la otra sacó el celular del bolsillo de la campera. Sonrió a medias cuando vio el mensaje de Alina, que había cumplido, como siempre, con su pedido. Era la foto de una hoja de cuaderno; plasmado con birome azul, un plano. Micaela Bordón recordaba con detalle la ubicación de cada una de las habitaciones de la hostería y el dibujo era claro. Núñez copió el croquis en su libreta, mientras analizaba el posible operativo.

—¿Creés que a Pelari la tienen en la hostería? —preguntó.

—Es una de las posibilidades —contestó Juárez, sin dar más explicaciones.

Oreyana le había contado que durante las primeras horas del secuestro a la chica Villalba la habían tenido en el sótano del lugar. Mientras la policía local fingía una búsqueda y las fuerzas federales daban vuelta El Paraje, nadie allanó la hostería Los Alonso. Adentro, la profesora y las amigas lloraban; por su parte, los Villalba montaban un espectáculo que dejó a todos atemorizados. El Ministro del Interior no se despegaba del teléfono y el gobernador provincial caminaba de la recepción a la cocina sin parar. Ninguno sospechó que unos metros más abajo, dormida por las drogas, Cornelia empezaba a transitar el mundo de los que ya no están.

Armaron el operativo con extremo cuidado. Núñez hizo bajar a sus hombres del avión y se subió con ellos a un micro turístico que habían contratado en la provincia vecina. El chofer se mezcló con otros tres ómnibus de las mismas características, que llevaban grupos de cordobeses y porteños a conocer el volcán Tunik. Juárez, Rojas y Sereti alquilaron una camioneta 4x4. En silencio, recorrieron los kilómetros que separaban el aeropuerto de la hostería. A medida que avanzaban, la geografía se volvía más desangelada: las casas dejaban de formar una línea recta al costado de la ruta y las copas verde intenso de las coníferas se fundían con un cielo casi turquesa.

Pasaron por la puerta de la hostería y siguieron de largo, sin bajar la velocidad. Para llegar a la construcción, había que meterse por un camino rodeado de arbustos de rosa mosqueta que estaban en plena floración.

—Ahí está Núñez —dijo Sereti, señalando por la ventanilla del acompañante.

El micro estaba detenido al otro lado del giro de la ruta, al pie de una montaña. El grupo de hombres se preparaba para avanzar. Núñez había decidido que iban a recorrer esos metros a pie: cinco de ellos iban a entrar por la puerta principal, los otros tres tenían que cuidar el fondo, el resto iba a cortar la ruta para evitar que llegara algún tipo de refuerzo inesperado. Por primera vez desde que la búsqueda de Manuela había comenzado, Juárez se sintió nervioso. La inquietud que había logrado dominar gracias a un oficio de años, devino en una sensación helada en la piel y en un corazón que no estaba preparado para el galope.

Eva Rojas iba a quedarse en la camioneta, ella sería la encargada de la primera contención que iban a necesitar las mujeres esclavizadas, en el caso de que las hubiera. Juárez y Sereti, a cargo del operativo, encabezarían el rastrillaje y custodiarían las pruebas luego de que Núñez se apropiara de la hostería. No había más tiempo para perder. El Paraje tenía ojos y oídos en todos lados; a pesar de los cuidados que estaban teniendo, la desgracia podía colarse por cualquier resquicio.

Los uniformados esperaron la indicación de ataque con la adrenalina desbordada. Emprendieron una carrera veloz que en minutos los hizo recorrer un tramo de la ruta y el camino de entrada a la hostería. El primero de ellos abrió la puerta de madera con una patada.

—¡Manos arriba, todos al suelo! ¡Policía! —alertó con un grito que se hizo eco entre las montañas.

Núñez fue el primero en entrar. El pasamontañas solo dejaba a la vista sus ojos de mirada feroz. El resto del cuerpo estaba cubierto por el uniforme camuflado y un chaleco antibalas que le daba el aspecto de robot. Irma Alonso levantó las manos con desesperación, la voz se le atoró en la garganta. De repente, todos gritaban: los policías que entraban a patadas en cada habitación; dos turistas que fueron sorprendidos durmiendo; Livia, que rompió el silencio en el que se había mantenido luego de que su hermano la devolviera a casa, y Juárez, que, imprudente, bajó sin

custodia las escaleras que lo llevaron al sótano.

Cuando prendió la luz, tuvo ganas de vomitar. Sus peores miedos, pesadillas, suposiciones estaban ahí bañados con la iluminación cansina de una bombita de baja potencia. Sereti, agitado, le puso la mano en el hombro. Tampoco se animaba a entrar.

—Llamala a Eva —murmuró Juárez—. Que venga urgente.

El olor era insoportable: una mezcla de encierro, materia fecal, transpiración y humedad. Sin embargo, no era lo peor que sucedía en el sótano. Cuatro mujeres estaban allí, inmóviles. Lo único que les daba la condición de vivas eran los ojos extremadamente abiertos con los que miraban a los policías. No lloraban, no gritaban, no temblaban. Parecían un poco muertas. Dos de ellas estaban desnudas, atadas en la misma cama que apenas las contenía. Otra, sentada en el piso con la espalda apoyada en la pared descascarada y con las piernas estiradas y abiertas. La cuarta mostraba de manera involuntaria la imagen más espantosa. Ni un centímetro de su piel estaba libre de tajos o golpes; en alguna de las heridas, la sangre seca daba dimensión de la cantidad de tiempo que la habían mantenido así. Alrededor de sus tobillos, se notaban las marcas infectadas de lo que en algún momento fue una soga. Se había acurrucado en posición fetal contra un rincón y con los brazos protegía su cabeza, como esperando una paliza inminente.

Eva Rojas llegó corriendo. Ni sus kilos de más, ni el paquete de cigarrillos que fumaba por día habían podido impedir que recorriera los metros desde la camioneta hasta el sótano a toda velocidad; la empujaba la urgencia de la urgencia, como solía repetir en los seminarios de género y lucha contra la violencia machista en los que siempre era invitada de honor. Se tiró sobre cada una de las mujeres, repetía en sus oídos palabras que solo quedarían entre ellas, en secreto. Era la forma que había encontrado Eva para que esas mujeres recuperaran algo que se les había arrebatado a patadas: la intimidad.

El comisario Sereti se encargó de pedir una ambulancia al hospital zonal. A simple vista, Eva pudo determinar que no estaban en condiciones de moverse por sus propios medios. Habían sido castigadas hasta lo indecible.

Francisco Juárez subió las escaleras de a poco, cada ruido del zapato contra los peldaños resonaban en su cabeza en forma de frase: «No está, no está, no está».

En la recepción de la hostería, la situación era bien distinta: Ariel Alonso estaba tirado en el piso con las manos esposadas a sus espaldas, Irma Alonso también había sido detenida y estaba siendo trasladada a la comisaría local, los únicos dos turistas esperaban un taxi con sus valijas en la puerta, se los notaba todavía asustados.

—Juárez, tenemos un problema —dijo Núñez señalando a la chica rubia de pelo largo, sentada en un sillón—. Es la hija de la dueña de acá y la hermana de Alonso. Está muda, no tiene reacción. Me parece que es un poco... No sé... rara.

Desde el piso, Ariel Alonso interrumpió la conversación.

—¡Hijo de puta, mi hermana tiene una enfermedad! ¡No la molestes! —gritó mientras se removía.

Uno de los policías le puso un pie en la espalda para que se quedara quieto. No lo consiguió.

—¡Si le ponés una mano encima te mato! ¿Me oíste?

Juánez se agachó para quedar en su línea visual.

—No estás en condiciones de pedir nada, lacra. ¿Dónde está Manuela? —dijo Juánez, sin dejar de mirar al policía que empezó a pisarle con fuerza la columna vertebral a Alonso.

—¡Que me traigan un abogado! Yo no voy a hablar —contestó apretando los dientes. La suela del borcego le estaba perforando la piel de la espalda—. No soy boludo.

De repente, Juánez dejó de escuchar las amenazas y los reclamos de Ariel Alonso como si tuviera un control remoto y el botón de mute se hubiera activado automáticamente. A medio metro, sobre la mesita ratona de la recepción, estaban las pertenencias que le acababan de sacar de los bolsillos. Se acercó y repasó: una billetera con 400 pesos, 30 dólares y algunas monedas, el DNI, la licencia de conducir, un paquete de cigarrillos arrugado, una tableta de chicles de menta, las llaves de un auto, un encendedor con el escudo de Boca Juniors. En una bolsa de nylon en la que se recolectaban las pruebas, Sereti había guardado el arma de Alonso; ya habría tiempo de chequear si estaba registrada y si, además, tenía permiso de tenencia y portación.

Las llaves del auto. Juánez clavó la mirada sobre ese objeto; en realidad, en el llavero que pendía de un anillo dorado. Lo desprendió y lo puso frente a sus ojos. Era un círculo de metal redondo, casi tan pesado como una llave más. En la pared de adelante, tenía pegada una calcomanía plastificada con un logo: fondo rojo y en el centro una letra T en relieve dorado. Apretó el llavero en el puño y caminó hasta la puerta de la hostería. Recordaba haber visto ese diseño en algún lugar. Puso a funcionar los engranajes de la memoria mientras respiraba un aire tan frío como puro.

Una presencia a sus espaldas lo sacó del sopor. Se dio vuelta de golpe y vio a la chica rubia del sillón. Era bastante alta y desgarbada, de una edad indescifrable. El flequillo se le había corrido y le tapaba los ojos, miraba por entre las hebras doradas. Con dificultad, metió la mano en el bolsillo del jardinero de corderoy marrón que vestía y le extendió una caja de fósforos. «Bar Tunik», estaba impreso en el cartón. El mismo fondo rojo y la misma letra T que tenía el llavero. Del otro lado de la caja en letras pequeñas, la dirección. Juánez miró a la chica con una sonrisa y creyó notar en un leve gesto que ella también le había sonreído. O tal vez no.

Esa vez no habían tenido la gentileza de dormirla con drogas: una trompada en el pómulo derecho la dejó sin reacción. Cuando intentó abrir los ojos, no pudo. La mitad de la cara estaba tan inflamada que le impedía el mínimo pestañeo. Hasta el roce de sus propios dedos le producía un dolor lacerante. Tirada en un suelo duro y helado, notó que estaba desatada. Lo que en otras circunstancias podría haber sido una buena noticia, esa vez no lo era. No necesitaban inmovilizarla, ni siquiera eso.

Movió las piernas y los brazos para comprobar si tenía algún hueso quebrado. Le dolía un poco el costado izquierdo, a la altura de las costillas. Tal vez un golpe o una patada. No lo recordaba.

Con todo el impulso que puede tener una persona que sabe que está pronta a morir, se levantó y se quedó clavada en el medio de un salón que le resultó familiar. Con el ojo sano, recorrió cada rincón: sillones de cuerina blancos, una mesa con seis sillas de madera y, colgadas en el techo, las típicas bolas de boliche de luces de colores. Por un segundo, creyó haber estado allí en otro momento de su vida, pero no. Se parecía bastante al bar Tunik, el lugar en el que había visto por última vez a Cornelia. No había ventanas y la única puerta estaba trabada por fuera. Dio un giro y caminó hacia una de las paredes. Estaba pintada de azul, varios estantes de madera sostenían decenas de botellas de bebidas alcohólicas perfectamente ordenadas. En el estante del medio, entre el vodka y el gin, vio un cuadro redondo con el logo del bar: fondo rojo y en el medio una letra T dorada.

De repente, se olvidó del dolor insoportable en un costado de la cara y hasta del terror a que volvieran a golpearla. Su mente fue ocupada en su totalidad por Cornelia: «Dejá de tomar agua, te quiero decir algo. Voy al fondo, ahora vuelvo. No se vayan sin mí». Esa fue la última frase que escuchó por boca de su amiga, un pedido que no había cumplido. Y ahora el destino la había llevado hasta «el fondo» que hacía diez años había devorado a la Villalba. «Este es el lugar en el que alguien le sacó esa foto que fue exhibida en el atril de la Iglesia de Santo Domingo», pensó.

Poner a funcionar su cabeza la acomodó de nuevo en la pelea. No tenía pensado morir, ahora no. Pasó frente a uno de los espejos gigantes que estaba amurado en una pared y evitó mirarse. No lo necesitaba; el latido en el pómulo y el ardor cada vez que intentaba abrir el ojo lastimado le daban la certeza de que la mitad de su cara estaba destrozada, tal vez con algún hueso astillado. Abrió una botella de gin y se tiró un chorro en las heridas del rostro. El ardor la hizo temblar, pero ahogó el grito. No dudó en tomar un trago largo del pico para aguantar. Revisó los cajones de la barra y no encontró nada que le pudiera servir como arma, se conformó con la botella. La vació en una pileta de cocina y la agarró con fuerza. Un botellazo bien dado podía ser letal, lo sabía y no iba a dudar. La pulsión por sobrevivir se había vuelto descarnada.

Se acomodó en el costado de la única puerta. Solo quedaba esperar.

Las noticias llegaban a su celular como catarata y todas eran malas: habían detenido a Ariel Alonso, habían liberado a las cuatro chicas que tenían en ablande en el sótano de la hostería, los policías aliados de El Paraje se mostraban colaborativos con sus pares de la Capital para cuidarse el pellejo. Y el Egipcio le había mandado un mensaje de texto furioso porque había notado que los servicios de inteligencia lo estaban siguiendo. «Estás muerta, Sirena», eso le puso, siempre tan claro y directo. Revoleó el teléfono sobre la cama, no quería saber nada más. Tampoco pensaba esconderse, ni huir como una rata, ella no.

Adalberto llegó dando dos golpes suaves en la puerta de la habitación del hotel. Por primera vez la Sirena lo vio devastado. El hombre que siempre la había protegido, el que tenía en la retina y la memoria las peores imágenes de la degradación humana, que muchas veces él había provocado, la miraba con la desolación de los que creen que había llegado el momento de decir «hasta acá llegamos».

Se quedaron un largo rato abrazados en el medio de la sala, no era necesario decir nada. La sensación de despedida estaba allí, latente. Ella sintió el calor que emanaban los músculos fuertes del gigante y él, los contornos del cuerpo de una mujer que le era tan ajeno como propio. Se besaron por primera vez. Fue un beso triste; apasionado, pero triste. Adalberto sintió en su lengua el sabor salado de las lágrimas de Nadine, porque así quería recordarla, como Nadine. La Sirena era la mujer de otro.

Con la habilidad que le habían dado los años y las incontables veces que lo había hecho, Nadine se quitó la ropa. Primero las botas de taco infinito, después el *body* de lycra, y por último, una bombacha de encaje negro casi invisible. El hombre hizo lo propio con una torpeza que las manos expertas de la mujer supieron corregir. Terminaron la faena en la cama: él poseyendo algo que había evitado durante años y ella conquistando un cuerpo preparado solo para matar o morir.

Después del sexo, se quedaron bromeando como si fueran cualquier pareja, una pareja normal. Nadine se reía mientras hacía una lista con cada una de las cicatrices que surcaban el cuerpo de Adalberto y él intentaba disimular la fascinación que le provocaba la risa tintineante y casi infantil de esa mujer de hierro que tenía entre sus brazos.

La Sirena estaba tranquila. Se había alojado en el hotel con un pasaporte falso, a nombre de una mujer italiana que había muerto hacía meses. Las autoridades iban a tardar varios días en relacionar ese nombre ficticio con ella. Para cuando lo hicieran, si acaso lo hacían, ella iba a estar muy lejos. Inalcanzable, como siempre.

Se levantó de la cama para cambiarse, sin privar a Adalberto del desfile de rigor. Paseó su cuerpo perfecto un buen rato y se encerró en el baño. Se miró en el espejo. Su largo pelo rubio, casi blanco, la cubría por completo. De todos los colores que había usado en su vida, ese era el que más la satisfacía. Con algodón y crema limpió

todos los restos de maquillaje y se arrancó las pestañas postizas. Sacó de su bolso un jean que le quedaba bastante grande, una polera de lana roja y zapatillas.

Adalberto la miró sorprendido. Nunca la había visto vestida de esa manera. Le gustó, y mucho. Antes de salir, la Sirena sacó unas hojas que guardaba en una carpeta de cuero. El gigante pudo ver que eran varias y estaban todas escritas, algunas con renglones tachados con birome. Seleccionó con cuidado dos páginas, las dobló y las metió dentro de un sobre blanco. Con letra delicada, escribió un nombre; del otro lado, estampó su firma. Se pintó la boca de un rojo furioso e imprimió la forma de sus labios en el sobre. Por primera vez en años su marca ya no era una sirena.

Empezó a estar mareada y el dolor del pómulo empezó a bajar al cuello. No podía estar ni un segundo más parada al costado de la puerta sin desmayarse. No tuvo otra opción que recostarse en uno de los sillones. El placer que sintió su cuerpo al acomodarse en los almohadones mullidos le resultó obsceno. Pero los músculos acalambrados no respondían a otra lógica que no fuera el reposo. A pesar de sus esfuerzos, el ojo sano empezó a cerrarse. Quería dormir, necesitaba dormir. El miedo de no saber qué encontraría al despertarse no evitó que finalmente el cuerpo ganara la compulsión.

No supo cuánto tiempo había pasado desde ese momento hasta que escuchó que la puerta se abría de golpe; solo supo que la parte de su cerebro que estaba atenta había activado todas las alarmas. Se sentó con la espalda derecha apretada contra el respaldo, como si el sillón pudiera devorarla y hacerla invisible.

El gigante estaba allí, de nuevo lo tenía enfrente. Tanteó los almohadones buscando la botella, no se iba a dejar matar tan fácilmente, no estaba en su naturaleza. Pero cuando el hombre se agachó y le mostró con gesto burlón la botella que había olvidado al costado de la puerta, el corazón le dio un brinco y sintió que le caía una lágrima desde el único ojo que podía abrir.

—La cosa va a ser rápida. Hoy me levanté con ganas de ser piadoso —dijo mientras se le acercaba con cautela, ya había comprobado que la agente era una mujer llena de sorpresas—. No quiero más problemas de los que tengo.

Manuela no se opuso a nada. Ya estaba, era hora de bajar los brazos.

Adalberto la levantó del sillón sin tirones de pelo, ni empujones. Bastó con guiarla sosteniéndola del codo. Cruzaron la puerta, del otro lado estaba el Bar Tunik. Manuela empezó a temblar y esa vez no fue por el dolor, ni por el miedo. Los ventanales, las mesas, los sillones, todo estaba tal cual lo recordaba. Parecía un lugar congelado en el tiempo. Con la misma delicadeza, la sentó en una silla, pero esa vez sí le ató las manos por detrás de la espalda. Fue hacia las ventanas que daban al lago y cerró las cortinas. Lo único que iluminaba el lugar era un candelabro de bombitas de electricidad que simulaban un fanal de velas.

Adalberto se agachó y empezó a maniobrar en la chimenea enorme que coronaba la pared principal. Manuela estuvo a punto de rogarle, de pedirle, de negociar, pero decidió callar: si no iba a poder pelear antes de morir, iba a hacerlo con dignidad.

Alguien golpeó la puerta. El gigante dejó lo leños que había apilado a un lado, se limpió las manos en los costados del jean y abrió. A pesar de la penumbra, pudo divisar a una mujer de pelo casi blanco, que le caía por el pecho hasta la cintura. Le pareció que el hombre la saludaba con un beso corto en la boca. Escuchó que murmuraban, aguzó el oído, pero no pudo entender lo que decían.

La mujer se acercó de a poco, con movimientos casi ondulantes. De a poco la luz cansina del candelabro empezó a iluminarla. Cuando ya estaba demasiado cerca,

Manuela pudo abrir el ojo lastimado. La impresión fue tan fuerte que ni siquiera le dolió.

A pesar del jean amplio y del *sweater* que no dejaba ver ni un centímetro de piel, las curvas de la rubia eran inagotables. A pesar del pelo larguísimo que la emparentaba más con una criatura salida de la isla de las amazonas que con alguien de este mundo, a pesar del perfume intenso que inundó la habitación en cuanto ella entró, a pesar de unas pequeñas arrugas al costado de los ojos, a pesar de la sonrisa sarcástica que coronaba unos labios adquiridos en algún quirófano, a pesar del tiempo, a pesar de los años, la reconoció.

—Hola, Pipa —dijo la mujer.

—Cornelia —murmuró Manuela con un hilo de voz.

Cornelia Villalba caminó hasta la barra y se sirvió una medida doble de whisky. Hacía tiempo que había decidido dejar de fumar, pero se prendió un cigarrillo. Tomó un trago que le calentó la garganta.

—Acá termina la historia, donde comenzó la historia —dijo abriendo los brazos—. En este lugar me dejaste esa noche. Te pedí que no se fueran y se fueron igual. Pero no importa, ya pasó. *Tout est pardonné*, dirían los franceses.

En cuanto la escuchó hablar, Manuela no pudo evitar las lágrimas. El tono de la voz, la cadencia de las palabras, hasta la costumbre de mezclar el español con otros idiomas estaba intacta. Debajo de un disfraz adquirido, estaba su excompañera. La desaparecida, la perdida, la que «se la tragó la tierra», la que ya no está y sin embargo estaba. Las palabras se le atoraban en la garganta. Manuela necesitaba explicar, pedir perdón, preguntar, saber. Hizo lo que pudo.

—No sé qué pasó esa noche. Muchos años después recordé tu pedido, yo no... —dijo, y se vio obligada a interrumpir la frase. Le costaba pensar y hablar. La inundaba el asombro de verla de nuevo viva.

—¿Qué pasó esa noche? Te voy a contar. Me parece justo que te lleves la verdad a la tumba, porque ahí vas a ir: a un agujero —dijo, tomó el whisky de un trago y se sirvió otro—. La desaparecida no tenía que ser yo. A la que habían señalado, a la que querían era a Leonora y se la llevaron un buen rato. Yo la vi irse con Ariel en una camioneta y la vi volver a las dos horas. Pero no devolvieron a la Durán, no, no. Lo que volvió era un cuerpo vacío. Eso pasa cuando te violan: se te vacía el alma y quedan solo los huesos y la carne.

El llanto de Manuela era atronador, no podía parar de gemir acongojada, mientras escuchaba de boca de la mismísima Cornelia el lado B de esa noche que les había cambiado la vida para siempre. Aunque relataba por primera vez unas horas tan viejas como definitivas, no había tensión en su voz. No era Cornelia, ni Nadine: era la Sirena hablando de esa nena que alguna vez había sido y ya no identificaba con ella. Reveló que Leonora había vuelto amenazada de muerte; le habían jurado que, si contaba lo sucedido, la venganza iba a ser peor. La devolvieron al Bar Tunik con las instrucciones de que se comportara como si nada hubiera pasado, pero no aguantó y

se quebró. Quiso esconderse y abrió una puerta pensando que era el baño; no quería que la vieran llorar, pero Cornelia la siguió. Esa fue la primera vez que la Villalba supo de la existencia del Egipto; el hombre al que buscaría con los años era quien había violado a Leonora.

—¿Qué pasó después? —logró preguntar Manuela.

—Pasó que el lugar no era un baño, era esa oficina del fondo en la que estuviste hasta hace un rato. Ariel escuchó nuestra conversación. Ya no era una sola chica, había dos a las que tenían que callar.

—¿Por qué dejaron a Leonora y te llevaron a vos? —insistió.

—Supongo que la Durán le gustaba. A todos les gustaba la Durán y habrá sentido culpa, no sé —dijo largando una carcajada fuera de lugar—. En realidad, se quedaron con las dos, la diferencia es que a mí no me vieron más. La vida nos sorteó y si me preguntás quién de las dos ganó, te digo que no sé.

Manuela se incorporó en la silla. Se le estaban acalambrando los brazos, pero necesitaba saber más. Una sospecha la atravesó como un rayo.

—¿Leonora sabe que vos estás viva?

Cornelia sonrió perversa, le costaba sacarse el disfraz de la Sirena.

—Claro que lo sabe. Siempre lo supo, y el miedo a que el destino volviera a sortear vidas y a ella le tocara la mía, la mantuvo en silencio. Nunca más nos vimos, pero ella tiene la delicadeza de publicar en el diario un aviso en mi honor, todos los 15 de abril.

Manuela no pudo evitar imaginarse la vuelta de Cornelia, hasta la imaginó rodeada de besos, abrazos, bienvenidas eternas: su familia, sus amigas, todo lo que había quedado congelado diez años atrás. Pero al observarla de nuevo, las escenas se desvanecieron. Esa mujer ya no era Cornelia y era obvio que nunca iba a regresar, pero intentó, tal vez, la última jugada.

—Tu madre te sigue buscando, Cornelia. Estuve con ella hace unos días, piensa en vos todo el tiempo...

—Yo no tengo ni madre, ni padre, ni hermano —interrumpió—. En la familia que inventé soy la mayor de cinco hijos, nací en España y ya ni me acuerdo de las otras mentiras. Después de mucho tiempo vi a Clara, a Eugenio y a Dionisio en la iglesia, durante ese *show* que montaron en mi memoria.

La sorpresa de saber que Cornelia había estado en la Iglesia de Santo Domingo tapó la impresión que le había causado escucharla nombrar a su familia real como si se tratara de absolutos desconocidos.

—¿Estuviste en tu misa? —preguntó Manuela con un hilo de voz.

La carcajada forzada fue atronadora, todo en la Villalba era un montaje.

—Claro que sí. Pensé que iba a ser reconfortante ver quiénes me recordaban después de tanto tiempo —mintió.

Nunca iba a reconocer que la única motivación que había tenido para arriesgar tanto había sido la de ver por unos segundos y de lejos a su hijo, tampoco la

frustración y el dolor que había sentido cuando vio llegar a Leonora sola, sin Rodrigo.

—Llegué temprano. Me refugié en la mesa del bar de enfrente y pude verlos llegar a todos.

La cabeza de Manuela se activó de golpe.

—Estabas vestida con un conjunto de pollera y saco color blanco y perdiste un pañuelo verde en la vereda —dijo sin dudar.

—Mi pañuelo, sí. Lo echo bastante de menos, fue mi objeto de la suerte durante mucho tiempo.

—Lo tengo yo en mi casa —retrucó Manuela, en lo que le pareció el último acto de revancha que tenía a mano.

Cornelia sonrió pérfida, con ambas manos en las caderas.

—Por lo que veo, a vos esa suerte no te funciona, querida mía. Hasta acá llegamos, Pipa. Suficiente por esta vida, tal vez nos encontremos en otro tiempo.

Se dio media vuelta y se fue. Lo último que Pipa vio fue cómo esa mata de pelo blanca se esfumaba en la oscuridad. Cornelia se iba otra vez.

Núñez y sus hombres subieron al micro y pusieron primera. Juárez los había alertado. El despliegue tenía que ser cuidadoso y firme. La comisaria Eva Rojas se quedó en la hostería a cargo de las mujeres liberadas y a la espera de una ambulancia, mientras tranquilizaba con palabras dulces a Livia, que parecía no escucharla.

—Yo te cubro —dijo Sereti—. Pase lo que pase con la agente Pelari, estoy con vos.

—Tal vez esté muerta —se sinceró Juárez, poniendo en palabras por primera lo que venía pensando desde hacía tiempo.

Como respuesta, Sereti le palmeó el hombro y sacudió las llaves de la camioneta. El Bar Tunik no quedaba lejos de la hostería, pero a todos la distancia se les hizo eterna. Cuando vio el llavero de Ariel, Juárez supo que ese tenía que ser el lugar de cautiverio. Recordó la foto ampliada que Alina le había mandado a Manuela. Cornelia miraba a la cámara, vestía la ropa con la que había desaparecido; en el fondo, una pared azul con estantes y botellas; en el medio, un cuadro con el logo del Bar. El bar y la hostería eran los lugares de cautiverio primario de las mujeres que, tiempo después, eran ingresadas a la red de trata del Egipto.

El local quedaba sobre la calle principal del pueblo, la parte de atrás daba a un lago rodeado de montañas. Los hombres de Núñez imitaron el operativo que habían llevado adelante un rato antes. Algunos coparon el fondo y otros rodearon la puerta de entrada. Pero en ese lugar se sumaba un inconveniente: los vecinos de las casas y negocios, sorprendidos, habían salido a la calle a ver qué estaba sucediendo. A muchos les había llegado el rumor de que Ariel Alonso y su madre estaban detenidos en la comisaría local. La presencia de las fuerzas federales en El Paraje había dejado de ser un secreto. Sereti, mostrando su placa, los hizo retirarse de las veredas y les ordenó que se metieran en sus casas. Obedecieron, pero no pudieron evitar asomarse a las ventanas. Nadie quería perderse un evento del que se hablaría durante meses.

—Núñez, la de siempre —dijo Juárez—. Ataque sorpresivo, limpieza, y entro yo. Disparar es la última opción.

Juárez y Sereti desenfundaron sus armas y se pusieron en posición de tiro. Iban a cubrir las espaldas de los dos primeros hombres que entraran. Una voz desesperada los detuvo a todos. Por el medio de la calle, un hombre grande movía los brazos mientras intentaba hacer algo parecido a correr.

—Paren, paren, no entren de golpe —gritaba.

Juárez dio la voz de alto para sus hombres y trotó hasta el hombre que, además, sufrió un ataque de tos por el esfuerzo.

—No entren —insistió agitado, mientras se corría una mata de pelo blanco de los ojos—. Ese lugar está lleno de gas, si prenden la luz o entran a los tiros vuela todo.

—¡Mierda! —murmuró Juárez—. ¿Usted quién es? ¿Cómo tiene esa información?

—Me llamo Pedro. Si la salva a la chica, mándele mis saludos y pídale perdón de mi parte. ¿Lo va a hacer? —preguntó con un tono angustiado.

Juánez asintió con la cabeza y volvió a la posición a comunicar el cambio de planes. En menos de dos minutos se reacomodaron y con los escudos de metal rompieron los ventanales que daban al lago.

El lugar apestaba, en el apuro se habían olvidado de ponerse las máscaras antiguas que habían llevado entre los equipos del grupo de élite. Aturdido por el olor y los gritos de «alto policía», Francisco Juánez la vio. Manuela estaba atada a una silla, con la cabeza volcada sobre un hombro. No había tiempo de desatarla, no podía seguir respirando un segundo más ese aire.

La sacaron con silla incluida. Mientras Sereti preparaba la máscara de oxígeno, Juánez le liberaba las manos. La recostaron en el pasto y empezaron a oxigenarla. Recién cuando notó que el pulso de Manuela empezaba a normalizarse, descubrió el golpe salvaje que tenía en la cara. Una furia desconocida lo consumía por dentro. Cerró los ojos con fuerza y se negó a pensar qué cosas le habían hecho. Manuela seguía inconsciente, pero su piel había recuperado color y el tono azulado de sus labios había desaparecido.

—Juánez, venite a la puerta del bar, tenemos un kilombo —alertó Núñez.

Sereti se quedó reanimando a Manuela y Juánez fue a encontrarse con una situación inesperada.

En el medio de la calle principal, un hombre armado amenazaba con quitarse la vida. No tardó en reconocerlo: el gigante que estaba haciendo el escándalo que había sacado nuevamente a los vecinos de sus casas era Adalberto Calixto. Los hombres de Núñez lo habían rodeado manteniendo la distancia, listos para atacar en caso de que el hombre le disparara a terceros; así y todo la prioridad era no dejar que se dañara.

Juánez se paró enfrente, a unos metros, y dejó su arma en el piso, como gesto de buena voluntad y confianza. El gigante lo miraba, mientras con la calibre 22 se apuntaba la cabeza.

—Calixto, ya está. No hay nada más que hacer —le gritó.

No fue por azar que lo llamó por el nombre. Quería que el hombre supiera que sus cartas estaban echadas, más allá de la decisión que tomara. Una pequeña venganza en nombre de Manuela.

—Baja el arma y entregate. Listo.

Adalberto hizo caso omiso al pedido de Juánez y siguió gritando incoherencias. Pedía la presencia de un juez, de la televisión; dijo que él era el culpable de todo lo que había sucedido y ofreció su testimonio en calidad de arrepentido. Todo a los gritos y sin coherencia alguna.

Algo no le cerraba a Juánez, que lo escuchaba en silencio. Adalberto Calixto no era un lumpen desesperado. Estaba entrenado para soportar todo tipo de tensión y sus circunstancias. Su arma secreta, la que lo había mantenido con vida en ambos lados del mostrador, era justamente lo que ahora parecía haber perdido: su sangre fría. Lo

que tenía enfrente no era un hombre enloquecido, era un hombre montando un *show*. Estaba actuando, pero ¿por qué?

Durante un buen rato siguió con la cantinela: repetía las frases, al igual que un mal actor que no recuerda la letra del guión. En un momento, dijo algo que a Juárez le llamó la atención.

—¡A la agente de policía la maté yo, solo yo! ¡Nunca tuve cómplices! ¡No busquen a nadie más!

—La agente Manuela Pelari no murió, Calixto. ¡Está viva! —retrucó Juárez, también a los gritos.

En ese momento, el gigante dejó de actuar. Se quedó mudo, con el rostro desencajado. Esa novedad no estaba en sus planes. De reojo, miró la hora en el reloj de su muñeca: había pasado el tiempo suficiente para que Nadine pudiera escapar. Sonrió, se apoyó el caño de la 22 contra la sien y apretó el gatillo.

Manuela tardó casi dos días en reponerse. Llegó a la clínica policial en Buenos Aires con un cuadro de deshidratación, una costilla fisurada y el hueso del pómulo astillado. Los antiinflamatorios y los calmantes la hicieron dormir durante horas. A su lado, tal como había hecho ella en su momento, Juárez se convirtió en su guardián. Veló sus sueños sentado en una silla, le daba agua de a tragos pequeños y le ordenaba con una sonrisa que terminara de comer cada uno de los platos que preparaban para ella. Mientras Juárez cuidaba a Manuela, Alina lo cuidaba a Juárez. Lo esperaba en la puerta de la habitación para entregarle chocolates y bolsas de gomitas de eucalipto que sabía que le gustaban.

Mientras tanto, los operativos, producto de la detención de Ariel Alonso y el suicidio de Adalberto Calixto, no paraban. En el sur, habían logrado liberar a más de veinticuatro mujeres esclavizadas y habían clausurado catorce whiskerías. En la ciudad de Buenos Aires, otras catorce esclavas; diez de ellas, menores de edad; ya estaban al resguardo de Eva Rojas. Interpol se había sumado a la investigación y había logrado identificar y detener a los contactos de la banda en Paraguay, Uruguay y España.

Khalfani Sadat fue un hueso difícil de roer. Sus contactos lo habían alertado de la situación y había desaparecido de su departamento de Puerto Madero media hora antes de que llegaran las fuerzas de élite a buscarlo. Finalmente, había sido capturado en la triple frontera, intentando pasar a Brasil con un pasaporte falso. Nadine Basset estaba inhallable. Se la había tragado la tierra. Irma Alonso fue excarcelada, su supuesta participación secundaria en la red de trata iba a seguir siendo investigada, pero el juez decidió que esperara el proceso en libertad. Había tenido en cuenta la falta de antecedentes y su condición de guarda de una chica discapacitada.

El día que a Manuela Pelari le dieron el alta, Juárez decidió invitarla a almorzar a un restaurante de pastas en San Isidro. Era uno de esos días de temperatura ideal que regala el otoño porteño. Alina se les sumó a último momento. Durante el almuerzo, Manuela no paró de hablar. Quería contarles a ambos la verdad que se había develado ante sus ojos y que creyó que se iba a llevar a una tumba que, por suerte, iba a tener que esperar.

Juárez y Alina no pudieron terminar sus platos de ravioles. La noticia de que Cornelia Villalba estaba viva fue algo que no esperaban. Ellos le contaron a Manuela la información con la que se habían ido topando mientras la buscaban por cielo y tierra. Luego Juárez se quedó callado un buen rato, mientras Alina y Manuela decidían si pedir flan con crema o panqueques con dulce de leche. Había un dato que había quedado dando vueltas, perdido entre la prioridad del rescate. Y que, en ese momento, tomaba forma.

—Cornelia tuvo un hijo —dijo sin anestesia.

Alina asintió con la cabeza y Manuela dejó caer el menú a un costado.

—Es un nene de cinco años, tan pelirrojo como su tío Dionisio y su abuelo Eugenio Villalba.

Durante la siguiente media hora, Juárez contó que había conocido a Rodrigo en la casa de Leonora; un nene precioso cuyos rulos rojos, casi naranjas, le daban un aspecto encantador. La primera sospecha había surgido cuando una señora que coleccionaba avisos fúnebres e información de casos policiales se había presentado en el departamento central de policía y había puesto ante sus ojos los archivos del caso de Cornelia. Las fotos de los Villalba eran elocuentes: padre e hijo, pelirrojos; madre e hija, castañas.

Manuela escuchaba y con las manos apretaba el borde de la mesa, tenía miedo de caerse de la silla. Por momentos, la cabeza le giraba.

—Noté que Leonora escondía algo, pero no podía determinar qué —siguió Juárez—, y fui hasta el hospital de urgencias a visitar al marido de Leonora Durán, que es médico. Me abrió la puerta un pelirrojo doctor Martín Ortiz Zavaleta.

Mientras escuchaba con atención, Manuela negaba con la cabeza, como si su cerebro no quisiera incorporar esa información.

—Bueno —balbuceó Manuela—. Ahí tenés, el nene es colorado como el padre. No veo la conexión que estás haciendo.

—Martín Ortiz Zavaleta no es pelirrojo, es rubio —dijo, e hizo un pequeño silencio ante la cara de desconcierto de Manuela—. En la foto de bodas que está colgada en una de las paredes de la casa de Leonora, se lo ve claramente rubio. El médico sabe que no es el padre y se tiñe para disimular.

—Está bien, está bien —concedió Manuela—. ¿Pero por qué suponen que Leonora no es la madre y que, además, Cornelia sí lo es?

Juárez miró de reojo a Alina y asintió con la cabeza. La chica descolgó de la silla su mochila y sacó unas hojas impresas, que había bajado de internet. Se las pasó a Manuela. Era una nota larguísima de una revista de medicina. El tema en cuestión era cómo transitaban los médicos las enfermedades de familiares cercanos. Varios especialistas habían sido consultados y relataban anécdotas de cómo dejar a un lado la condición de médico para ocupar el rol de marido, hermano o padre junto a la persona enferma. Uno de los entrevistados era el doctor Ortiz Zavaleta, quien contaba cómo había hecho para contener a su mujer cuando el diagnóstico había sido devastador: un cáncer de útero la había tenido al borde de la muerte. Daba detalles específicos del tratamiento al que había sido sometida en los Estados Unidos.

Manuela levantó la vista de la hoja con los ojos llenos de lágrimas, no recordaba haber llorado tanto como en las últimas horas. La verdad estaba allí y la sensación era la misma que la de un globo de cumpleaños explotando en su cara. Necesitaba pensar en voz alta, escucharse.

—A Leonora le sacaron el útero —dijo—. El nene no había nacido aún.

—«La mitad de tu ausencia es amor». —Juárez recitó el aviso fúnebre que había salido el día del aniversario número 10 de la desaparición de Cornelia—. Rodrigo

tiene cinco años, la mitad de lo que la Villalba estuvo ausente.

Esa comunión entre Leonora y Cornelia la conmovió profundamente. A pesar del espanto, la Villalba había puesto su secreto y a su hijo en manos de la Durán. Un aviso fúnebre al año, la manera de comunicarse, un contacto tan efímero como intenso. Con la mano, se acomodó la venda que le cubría el pómulo y se quedó mirando su copa de agua con gas. Estuvo así un largo rato. Juárez y Alina respetaron ese silencio.

Después del almuerzo, pasearon un poco por la Avenida Libertador. Caminaron los tres del brazo, hablando de pavadas y haciendo chistes tan bobos como liberadores. Cuando el sol dejó de entibiar, se subieron al auto.

Alcanzaron a Alina hasta su departamento y decidieron dormir juntos, en la casa de Juárez. Caía la noche y en la radio del auto sonaba una balada de Bon Jovi. Manuela rompió el silencio.

—Hablemos como policías. Todos están buscando a Nadine Basset y vos y yo sabemos que no la van a encontrar —dijo y necesitó tomar aire—. Mi obligación es decir que hay que lanzar un pedido de captura a nombre de Cornelia Villalba, pero no sé si lo puedo hacer.

Juárez se encogió de hombros y maniobró con el volante hacia la derecha.

—Si no podés, no lo hagas —dijo tajante.

Manuela apoyó la cabeza contra el vidrio, cerró los ojos y los labios se le curvaron en una sonrisa. Cornelia Villalba volvía a desaparecer.

Cuando llegó al jardín de infantes a buscar a Rodrigo, la recepcionista se le adelantó.

—Señora Durán, hace un rato vino una mujer y me dejó esto para usted —dijo mientras le extendía un sobre—. Le pedí los datos, pero me dijo que era su amiga.

Antes de tocar el sobre con la punta de sus dedos, supo que era una carta de Cornelia. Había estado siguiendo por televisión la aparición de Manuela Pelari y supo que los allanamientos por trata de mujeres tenían relación con eso. No se puso nerviosa; no supo bien si la tranquilidad que sentía tenía que ver con los calmantes que le estaba recetando su marido o con la idea de que Cornelia ya no era una amenaza para ella. Le agradeció a la recepcionista y miró su reloj: tenía quince minutos antes de que Rodrigo saliera. Ese día le tocaba clase de natación.

Se apoyó en uno de los autos que estaba estacionado en la puerta del colegio y se sacó los anteojos de sol. El sobre era blanco, estaba dirigido a ella; en el lugar del remitente decía «YO». No pudo evitar sonreír cuando vio la marca del beso rojo arriba de su nombre. Lo abrió con cuidado y, de manera mecánica, se lo acercó a la nariz, con la esperanza de rescatar el olor de Cornelia.

Rodrigo:

Cuanto leas esta carta vas a ser un hombre. O tal vez no la leas nunca. No lo sé. Es una decisión que dejo en manos de tu madre Leonora. Ella es tu madre porque yo así lo quise. Ella tiene la valentía y el amor para criarte, virtudes de las que yo carezco.

A pesar de todo, es bueno que sepas que voy a recordar siempre el último beso que te di en esa cabecita de círculo perfecto por la que ya asomaba una pelusa roja. Te envolví en una mantita celeste que te había tejido la Lucre, una tía invisible que alguna vez tuviste, y te abroché con un alfiler de gancho una foto mía. La única foto en la que me parezco a la madre que te hubieras merecido y nunca fui. Y nunca seré.

Tenés el nombre de un héroe imperfecto, fallado: Rodrigo. No es tu padre, claro que no. Pero es bueno que lo sepas también.

Naciste con el don de modificarles la vida a las personas. Tu varita mágica me tocó en esas pocas horas que estuvimos juntos y me cambiaron para siempre.

Solo eso.

Cornelia

Leonora volvió a ponerse los anteojos oscuros. No quería que nadie viera las lágrimas que corrían por sus mejillas. La tranquilizó saber que tenía años por delante para decidir si Rodrigo alguna vez iba a leer esa carta o no. Y también tenía la foto que Cornelia le había mandado junto con el bebé, esa foto que decidió ampliar y poner en un atril para que todos la vieran en la misa en la Iglesia de Santo Domingo.

Cuando estaba doblando la hoja, se dio cuenta de que en el sobre había otro papel más pequeño y fino. Lo sacó con curiosidad.

Durán:

Lo que decidas va a estar bien. No te angusties.

Solo quiero pedirte un favor: Instituto Luis Cudet en Pilar. Preguntá por la Fantasma y llevale chocolates de mi parte. Se llama Lucrecia Carmona, pero esto es un secreto entre vos y yo. Otro más.

Villalba

Los gritos de Rodrigo la distrajeron. Leonora guardó a las apuradas el sobre y las cartas en el bolsillo de su cartera y corrió a abrazar al nene, que agitaba sus manitos con una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

Lo abrazó como siempre y también como nunca. Esa vez, en su pecho, no solo sintió el calor del cuerpo de su hijo, también creyó abrazar el cuerpo de Cornelia.